Bruno Rizzi

LA BUROCRATIZACIÓN DEL MUNDO

Prefacio de Salvador Giner

Postfacio de Juan-Ramón Capella



Ediciones Península®

Traducido de la versión italiana editada en 1977 por Sugarco Edizioni bajo el título de *Il Collettivismo burocratico*.

Traducción de *Juan-Ramón Capella*.

Cubierta de Loni Geest y Tone Hoverstad.

Primera edición: mayo de 1980.

Impreso en Márquez S.A. Ind. Gráf., I. Iglesias 26, Badalona.
Depósito legal: B. 16.354-1980.
ISBN: 84-297-1593-2

PREFACIO

De la burocracia al corporatismo: transformaciones de la dominación social en el mundo moderno

1. *Rizzi y el debate comunista sobre la naturaleza de la sociedad soviética*

La degradación progresiva de la revolución bolchevique de 1917 en terror institucionalizado, ejercido por un partido monolítico y burocrático, bajo la égida de Stalin, provocó un importante debate ideológico y teórico en el seno del movimiento comunista internacional. Naturalmente, tal debate no pudo tener lugar dentro de las fronteras de la Unión Soviética, que es donde mayor apoyatura empírica hubiera encontrado, sino más allá de ellas.

Una de las fases más importantes, y paradójicamente menos conocidas de la polémica, es la que giró (y todavía gira) en torno a la cuestión de la posible aparición de una nueva sociedad clasista en la URSS, basada no ya en la propiedad privada sino en el control burocrático de los excedentes económicos y de la vida social en general. La idea inicial de la existencia incipiente de tal modo de dominación surge, posiblemente, en el campo socialista y comunista, con el mismo León Trotski.[1] No obstante fue el comunista italiano Bruno Rizzi quien, en 1939, presentara una formulación más acabada e incisiva, la cual había de tener un extraño destino, pues sería tan ignorada o desconocida por el gran público como influyente, emulada y hasta plagiada, por una serie de críticos y teóricos sociales de mucha monta, cuyas obras, en gran medida inspiradas por Rizzi, iban a alcanzar extraordinaria difusión.

1. Para un análisis detallado de las teorías socialistas y comunistas de la burocratización del socialismo, *cf.* S. Giner y M. Pérez Yruela, *La sociedad corporativa*, Madrid: CIS, 1972, capítulo V, «El socialismo corporativo y sus enemigos», pp. 45-52.

Bruno Rizzi (1901-1977) se afilió de muy joven al Partido Comunista de Italia, el cual abandonó para entrar en la Cuarta Internacional. Tras haber visitado a varios miembros importantes de este movimiento trotskista en París y Londres, entró en una viva polémica con Trotski sobre la interpretación dada por éste a su propia noción de la «degeneración burocrática» sufrida por la revolución soviética. En efecto, una de las tesis principales de Trotski en *La revolución traicionada* es la de que «la burocracia se ha convertido en una fuerza incontrolada que domina a las masas» en la Unión Soviética.[2] Esta tesis, que apareció en torno al año 1937, no impedía a Trotski sostener también que la burocracia no había aún dejado de ser del todo un «arma de la dictadura proletaria» y que la URSS continuaba siendo una república socialista de trabajadores. La contradicción flagrante entre ambos asertos, obvia para cualquier crítico burgués o liberal, era de difícil aceptación para quienes, a la sazón, a pesar de todos los pesares, seguían poniendo sus esperanzas en el futuro de la sociedad soviética. Las distorsiones ideológicas de la época, en la que el fascismo alcanzaba sus mayores victorias, sea a través de la derrota de la República sobre los ensangrentados campos de batalla españoles, sea con la consolidación de los regímenes de Hitler y Mussolini, hacían extremadamente ardua la comprensión de lo que en verdad ocurría en Rusia. El mismo terror stalinista empezaba sólo entonces a alcanzar su zénit y establecerse como sistema «normal» de vida

2. L. TROTSKY, *The Revolution Betrayed*, Nueva York: Pathfinder Press, 1970, pp. 51-52. Aunque no ha habido rehabilitación alguna de Trotsky, algunos comunistas occidentales han aceptado implícitamente algunas de sus opiniones sobre la naturaleza de la Unión Soviética, aunque no su teoría de la revolución permanente. Véase, por ejemplo, la suave crítica de Jean Ellenstein contra Rizzi, que no descarta totalmente sus opiniones (y por implicación las de los trotskistas en general sobre el tema de la burocracia en la URSS): *Histoire du phénomène stalinien*, París: Grasset, 1975, capítulo 7. El intelectual comunista francés descarta la posibilidad de una clase burocrática en la URSS, pero acepta la noción de dictadura burocrática.

política. No es de extrañar, pues, que el ensayo que hiciera circular Rizzi en Italia en 1937, eludiendo la censura fascista, *¿Dónde va la URSS?*, no hiciera sino repetir los argumentos de *La revolución traicionada*, y no consiguiera, como él mismo reconocería más tarde, dar una verdadera respuesta a la pregunta del propio título.

Esa respuesta creyó encontrarla Rizzi en su breve, cuasipanfletario e incisivo ensayo de 1939, *La burocratización del mundo*, publicada fuera del alcance del fascismo italiano, pero muy poco antes de que se desatara la conflagración mundial. Quizá la guerra fuera responsable de la falta de publicidad que recibiera el texto, pero tengo para mí que esa falta de eco público se debió más que nada a su carácter de polémica interna entre los disidentes de una Internacional dominada por el stalinismo, y, en especial, entre trotskistas. No obstante, su contenido trasciende las estrechas fronteras de cualquier querella ideológica interna, para pasar a plantear problemas harto más generales.

La idea central de Rizzi posee dos componentes, el primero de los cuales puede decirse que es de origen plenamente trotskiano, mientras que el segundo constituye su aportación original, a saber: *a*) la sociedad soviética ha pasado a estar dominada por una burocracia de partido único, de modo que las clases otrora subordinadas (proletariado, campesinado), tras un breve paréntesis revolucionario, han vuelto a ser clases inferiores, sin control democrático sobre su destino; *b*) la socialización (o «nacionalización») de los medios de producción no ha eliminado la propiedad privada de clase sino que la ha convertido en propiedad colectiva de clase. (De ahí el título alternativo de *Colectivismo burocrático*, que recibe esta obra en su edición italiana posterior, y que surge como conjunción de estos dos postulados rizzianos.) En consecuencia, la Unión Soviética no sólo no es una sociedad sin clases, sino que posee una nueva clase, formada por los miembros de un partido monopolista del poder económico, político y cultural. Esta última formulación es conocida de todos a través de textos

célebres como el del ex trotskista yanqui James Burnham, que la incorporó plenamente —y según parece incurrieron en plagios— en *La revolución gerencial* (*The Managerial Revolution*, 1941) tras haber leído el texto de Rizzi o el más tardío de Milovan Djilas *La nueva clase*. En el caso de Djilas, naturalmente, su extracción comunista no disidente (III Internacional) lo desliga de todo contacto directo con Rizzi, pero es evidente que en el momento en que aparece *La nueva clase* (1957, en edición inglesa) las tesis de Rizzi eran ya ampliamente conocidas. Y no lo eran sólo a través del *best seller* de Burnham, sino también a través de autores tan castigados por el propio Rizzi en su texto como el señalado sociólogo francés Pierre Naville. Aun defendiéndose de los ataques de Rizzi, correligionario suyo de la Cuarta Internacional, Naville, una de las figuras más importantes de la sociología del trabajo europea, supo enfrentarse con las cuestiones de la burocratización política, la tecnificación del trabajo manual y el control gerencial de los obreros desde la perspectiva marxista, y ello incorporando, modificándolas, las posiciones de Trotski y, hasta cierto punto, las de Rizzi. La posición de Naville, comunista en un momento inicial cofundador del movimiento surrealista y de la Cuarta Internacional, cofundador del Partido Socialista Unificado francés y, como acabo de indicar, sociólogo muy señalado, había de dar carta de naturaleza y, como suele decirse, «respetabilidad académica» a la temática rizziana.

Es evidente, a la luz de todo esto, que la obra de Rizzi, por muy desigual y esquemática que sea, posee una importancia singular en la historia de la crítica socialista de la burocracia y de la dominación burocrática de las clases subordinadas, y quizás aún más en la del socialismo monopolista de estado, cuyo modelo inicial aparece en la Unión Soviética. En cuanto sigue, no obstante, voy a eludir toda reflexión directa sobre este tema [3] para

3. Soslayo la cuestión por dos razones; en primer lugar, el lector tiene a mano, en este mismo volumen, el ensayo de Juan

hacer algunas observaciones sobre la cuestión general de la posible burocratización progresiva de la sociedad moderna en general, tomando a Rizzi como pretexto.

II. *La burocratización del mundo y sus teóricos*

Sorprende un tanto detectar en los comentaristas de texto de Rizzi un tono de asombro ante la supuesta novedad de la aportación del autor italiano, militante de entrambas internacionales. Sorprende principalmente porque la cuestión de la penetración burocrática de la sociedad posee una historia conocida, muy anterior a Rizzi, en los anales de la teoría social moderna. La aportación que hay en Rizzi, a pesar del título de su famoso ensayo, no es otra que la de su aplicación de la noción de clase dirigente a una sola sociedad, la Unión Soviética, mediante el desarrollo embrionario, pero identificable, de una teoría de la propiedad colectiva de clase, es decir, de lo que él llama colectivismo burocrático. Junto a esto hay en Rizzi, y de un modo muy deslabazado, una serie de referencias incidentales a la posible generalización del modo burocrático de dominación (no con estas mismas palabras) a todos los países industrializados, incluso los capitalistas.

Aquí y allá, y sin desarrollar jamás la idea, Rizzi nos habla de una «burocratización del mundo» que parece ir más allá de las fronteras del mundo soviético. Su referencia concreta más clara a la cuestión se halla en el brevísimo capítulo VIII donde habla del reino de la pequeña burguesía como fenómeno que trasciende las fron-

---

Ramón Capella, «Sobre la burocatización del mundo», en el que se explora esta faceta clave de la aportación de Rizzi; en segundo lugar, el ensayo de Rizzi es tan breve y conciso que necesita poca paráfrasis por mi parte. De este modo el lector del presente volumen se encuentra con dos trabajos críticos que estudian aspectos relacionados, pero distintos, del texto de Rizzi. En todo caso, véase también M. Hirszowicz, *The Bureaucratic Leviathan*, Oxford: Martin Robertson, 1980.

teras rusas, pero sólo para confinarse a los países totalitarios de nuevo cuño, es decir, los fascistas. El dominio pequeñoburgués de las grandes compañías anónimas, administraciones y aparatos estatales en los países capitalistas parlamentarios no es tratado por Rizzi. A lo sumo hallamos la afirmación de que

«las nacionalizaciones de los ferrocarriles, del correo y telégrafos o de los tabacos, que ocurrían en el ápice del desarrollo económico capitalista, señalaban claramente la transformación ineluctable e inevitable de la propiedad privada en colectiva, e iniciaban también aquel proceso de involución estatal en el cual el capitalismo se ha ido enzarzando cada vez más hasta acabar en su espasmódica fase presente, de liquidación de la vieja sociedad».[4]

En otras palabras, no existe una formulación mínimamente coherente en Rizzi de la burocratización general de las sociedades modernas, aunque sí es posible, quizás inevitable, empezar a pensar en ello al leer su libro. Mas hay buenas razones para explicar por qué Rizzi no osara dar el paso que diera, por ejemplo, Burnham, y aplicara su teoría a cualquier sociedad industrial avanzada. Esa razón nos la revela el mismo párrafo recién citado: Rizzi cree a pies juntillas en la inminente liquidación (autoliquidación) del sistema capitalista, y por lo tanto su crítica de la burocratización se limita bien a la sociedad «socialista» posrevolucionaria y antiautogestionaria, stalinista, bien a ciertos casos de totalitarismo pequeñoburgués fascista, y, según él, condenados a hundirse en la crisis de todas maneras. Es por esto que parecen un tanto ligeros los ataques contra algunos críticos acusados de mero plagio, cuando lo que ellos hicieron fue extraer consecuencias que las creencias mismas de Rizzi sobre el futuro inmediato de la historia le habían vedado vislumbrar.

4. B. Rizzi, *La burocratización...*, capítulo VI, sobre las nacionalizaciones de las empresas.

Mas volvamos a mi afirmación de más arriba, en la que expresaba alguna sorpresa ante la admiración general por la supuestamente absoluta novedad de la aportación de Rizzi. Con todo y con no estar falta de originalidad —¿qué sentido tendría si no imprimir este texto?— es preciso recordar la sólida tradición que la problemática sobre la burocratización de la vida social posee en el marco de la sociología y de la filosofía de la sociedad. Lo más curioso es que tal tradición no queda confinada a la corriente que podríamos llamar liberal de la ciencia social, sino que halla un eco especial, aunque ciertamente menos desarrollado, en autores de uno u otro modo conectados con el pensamiento socialista y en especial con el marxismo. No es éste el lugar para dar cuenta, siquiera sea en escorzo, del contenido de tal tradición: [5] por ello, y para que sirva como marco de referencia, me limitaré solamente a recordar algunos de los hitos principales de ambas tradiciones, la que procede de la sociología y la que está relacionada con la teoría socialista, ya como parte de ella, ya como revisión crítica de ella nacida. Todo esto, bien entendido, en los tiempos anteriores a los de la polémica entre Trotski y Rizzi.

A) Existe una considerable corriente de análisis sociológico de las «organizaciones formales», burocracias y empresas corporativas que ha alcanzado un alto grado de madurez. Esta tradición está muy estrechamente ligada con la que aquí nos interesa, a saber, aquella que supone la presencia en el mundo moderno de un proceso creciente de burocratización de las relaciones sociales, o por lo menos de ciertas categorías clave de relaciones sociales. Es esencial distinguir muy cuidadosamente entre estas dos corrientes, pues una cosa es el estudio de la burocracia, las corporaciones y las llamadas «organizaciones formales» y otra es la investigación de las tenden-

5. Una vez más refiero al lector a mi propio escrito, compuesto en colaboración, para una descripción y análisis de la tradición en cuestión: S. Giner y M. Pérez Yruela, *op. cit.*, caps. II, IV y V.

cias históricas socio-estructurales, políticas y culturales en las que están insertas y con las que están en juego. Puede afirmarse, con razón, que ambos fenómenos van inextricablemente unidos, pero también es cierto que son analíticamente separables.

En este sentido, la historia de la crítica de la «burocratización del mundo» posee sus fases distintivas. Aunque tiene precedentes anteriores a ellos, son Tönnies, Durkheim y Weber quienes echan las bases de la consideración sistemática del fenómeno en la sociología. El paso de las sociedades comunitarias (clánicas, tribales, de linaje) a las sociedades asociativas (con organizaciones formalizadas, corporaciones, aparatos de estado, empresas impersonales, clasistas) fue analizado en primer lugar en el texto que abre la época de la sociología moderna, *Comunidad y asociación*, de Ferdinand Tönnies,[6] en 1887. Ese mismo problema, analizado en términos de división progresiva de las tareas a través de la historia, de complementaridad, interdependencia funcional y modos generales de cohesión social compleja, dio lugar poco después a *La división social del trabajo*, de Durkheim. Fue Max Weber, no obstante, quien al interesarse estrictamente por la sociología de la burocracia vino a elaborar una teoría incipiente de la burocratización del mundo, dotada de un notable grado de proyección histórica. La teoría de Weber, apoyada en una concepción específica de la conducta instrumental racional y de la manipulación administrativa, de los asuntos humanos con criterios relativamente impersonales, se plasma en los primeros dos decenios de este siglo, para aparecer en su forma más acabada en su clásico póstumo, *Economía y sociedad*, de 1922. Es, hay que insistir, una teoría incipiente por lo que se refiere a la visión de la marcha de la historia futura, aunque no lo sea en lo que tiene de análisis concreto de los fenómenos burocrático-administrativos.

6. *Cf.* la versión castellana de este texto: F. TÖNNIES, *Comunidad y asociación*, Barcelona: Península, 1979, serie «Homo Sociologicus».

Ligada a las concepciones weberianas del desencanto progresivo del universo social a través del tratamiento tecnológico y científico de los problemas, y a otros factores «racionalizadores», su obra sienta las bases del desarrollo de teorías posteriores sobre la burocratización progresiva general de las sociedades modernas.

B) La corriente de estirpe socialista es tan antigua como la anterior, pero tiene un curso mucho más azaroso. Empieza quizá, paradójicamente, con la incipiente glorificación de la eficacia administrativa que halla un lugar prominente en la obra de Henri de Saint-Simon. Mas Saint-Simon, primer teórico de lo que podría venir a llamarse socialismo tecnocrático, sueña más con una sociedad corporatizada y basada en el conocimiento científico y el control tecnológico que en una sociedad burocratizada. (Las relaciones entre burocracia y corporatismo moderno son muy estrechas, pero ambas cosas son diferentes: aunque la primera sea una condición de la segunda, no se confunde con ella.)

La cuestión de si existe o no, en Marx, una teoría de la burocracia es tan compleja como la de averiguar si existe en su obra una teoría satisfactoria del estado moderno. La crítica marxológica parece inclinarse hacia la negativa y muchos somos los lectores (no específicamente marxólogos) que no vislumbramos tal teoría, si bien haya que reconocer en Marx una serie de afirmaciones, tanto sobre la administración pública como sobre el estado, que son sumamente sugestivas, y por supuesto importantes en tanto en cuanto Marx supo desvelar su relación directa con la estructura de clases.[7] Más negativo tendría que ser el juicio sobre Engels, a pesar de su obra sobre el origen histórico del estado. No obstante, no cabe duda que tanto Marx como Engels dedicaron la suficiente atención al tema como para que su aportación (que incluye su creencia en el desvanecimiento eventual

7. Sobre este tema, *cf.* V. PÉREZ DÍAZ, *Estado, burocracia y sociedad civil: Discusión crítica, desarrollos y alternativas a la teoría política de Karl Marx,* Madrid: Alfaguara, 1978. Esp. pp. 146-149.

del estado a través del modo socialista de producción) sea imprescindible en la historia de la elaboración pre-trotskista. Su subordinación del aparato de estado a la dominación de clase les llevó a suponer que un nuevo e insólito modo de dominación —la dictadura del proletariado— conduciría a la demolición del de ambas cosas: la sociedad comunista futura, no lo olvidemos, no sólo es una sociedad sin estado, sino también una sociedad totalmente desburocratizada.

Aparte de estos antecedentes, la teoría socialista (o de raíz socialista) del universo burocrático surge principalmente, y a no dudarlo de forma asaz paradójica, como crítica de la burocratización misma del movimiento socialista, es decir, no se desarrolla inicialmente como crítica de la burocratización social en el capitalismo avanzado. Hallamos, así, dentro de la corriente marxista que floreció en Viena antes y después de la Primera Guerra Mundial, ciertas reacciones teóricas iniciales ante los problemas creados por la rutinización de la administración de los grandes sindicalismos europeos, los partidos políticos y las diversas organizaciones socialistas de la época. Algunos de los miembros de esta señera fase austromarxista de la historia de pensamiento socialista naturalmente dedicaron cierta atención a los fenómenos capitalistas de corporatización y burocratización, notablemente Rudolf Hilferding en cuanto que trabajó sobre la cuestión de la gran banca y su relación con los monopolios. No obstante, es en los ataques de Max Adler contra la burocratización en el seno del movimiento obrero o en el desarrollo, por parte de Karl Renner, de la noción de clase de servicio (que en cierto sentido y sin confundirse con ella anuncia las más recientes de «burguesía de estado», «intelectuales administrativos» y «funcionarios de partido») donde se nota la orientación que iba tomando esta escuela en cuanto a su crítica socialista del socialismo. Por eso parece grave constatar no ya la ignorancia de Rizzi, sino la del mismo Trotski y sus múltiples seguidores ante estos precedentes. Otto Bauer, por ejemplo, otro de los austromarxistas mejor conocidos, ya había hecho ciertas

críticas al modo soviético de dominación, insistiendo, hacia 1936, en que la URSS había degenerado en dictadura de una burocracia todopoderosa de partido.[8]

Finalmente, no hay que olvidar a aquellos socialistas o socialdemócratas de la misma época cuyo descubrimiento de los procesos de anquilosamiento, esclerosis burocrática y rutinización administrativa en el seno del socialismo entrañó su paso a posiciones a él antagónicas. Así la fuerza del argumento de Roberto Michels en su discusión de la por él llamada «ley de hierro de la oligarquía» no estriba en su crítica del aparato de los grandes partidos conservadores —que se suponen por definición oligárquicos, nepotistas y favoritistas— sino en su análisis de los procesos de corporatización oligárquica y burocratización progresiva en el seno mismo de los sindicatos (y centrales sindicales) y los partidos obreros, obreristas o de programa socialista en general.

El vasto eco hallado por estas dos tendencias, la sociológica y la socialista (algunos autores, como Michels mismo, las aúnan en sus propias obras), reduce a sus justas proporciones la originalidad de la aportación del «grupo» formado por Trotski, Rizzi, Naville y Burnham. Hay en la aportación particular de estos últimos, no obstante, cierta voz propia, cierto énfasis característico sobre la estrecha interdependencia que existe entre la clase social dominante y el control burocrático de la sociedad que merece una atención aparte.

En las páginas que siguen abandonaré toda glosa de su texto, todo intento de localización de sus teorías y doctrinas en el marco de las corrientes de pensamiento modernas, para pasar a ofrecer algunas reflexiones de

8. ADLER, *Wandlung der Arbeiterklasse*, en «Der Kampf», núm. XXVI, 1936; O. BAUER, *Zwischen zwei Weltkriegen*, Bratislava: Eugen Praeger, 1936. Estas hipótesis, junto a las de Rizzi, son recogidas y replanteadas posteriormente dentro del campo teórico socialista por C. LEFORT, D. MOTHÉ y C. CASTORIADIS en su revista «Socialismo on Barbarie». Véanse los ensayos de CASTORIADIS recogidos en *La société bureaucratique*, 1973. (Versión castellana publicada por Tusquets Editor, Barcelona.)

mi cosecha sobre ciertas facetas de la problemática hasta aquí pergeñada.

III. *La reestructuración corporativa de la desigualdad social*

El sortilegio ideológico cobra su sórdido precio de muchas maneras: la sumisión pacífica de las clases subordinadas es la más conocida; el bienestar mental que produce a las gentes con ansias de explicaciones sencillas de lo complejo, no lo es tanto, aunque no sea ningún secreto. La noción, pura y simple, de que existe una burocratización general del mundo, la cual explica prácticamente todo lo que nos pasa, pertenece a esta categoría de pseudoexplicación general de la vida social.

A mi juicio, es muy seria la proposición de que el modo burocrático de organizar la conducta social colectiva proporcionó un impulso inmenso al desarrollo del modo capitalista de producción al aliarse con sus tendencias de racionalización (maximización) de la producción y del consumo. Por ello la investigación del paso de la burocracia preindustrial característica de los reinos e imperios de antaño a la burocracia mercantil, industrial y financiera de las primeras fases del capitalismo no ha cesado tras las aportaciones seminales de Weber: sigue fascinándonos. Lo importante de este fenómeno sin precedentes, desde el punto de vista de la desigualdad social y de los modos modernos de dominación y conflicto es, fundamentalmente, el hecho de que la administración burocrática de los asuntos viene a convertirse, en unas fases decisivas de la historia moderna, en herramienta de dominación de clase, y no en modo, en sí mismo, de dominación. El modo de dominación burgués tradicional estriba en la propiedad privada de los medios de producción aunque se ejerza con la ayuda de toda la panoplia burocrática: la contabilidad, los registros, el cálculo sistemático de riesgos y el mantenimiento de archivos secretos en el seno de cada empresa.

La importancia progresiva de lo que en un largo período de tiempo fuera herramienta de la dominación de clase condujo a bastantes observadores a pensar que la burocracia en sí había venido a convertirse en modo de dominación, amalgamándose con viejas o nuevas clases dirigentes, según los casos. Es aquí donde hay que introducir ciertas distinciones y empezar a discrepar. En primer lugar, y con el consabido retraso vespertino con que se echa a volar la lechuza de Minerva, los críticos sociales han empezado a percatarse del inmenso alcance de la burocracia (y de la supuesta burocratización del mundo) en el momento en que ésta está empezando a sufrir las mudanzas más profundas posibles. Creer que la revolución electrónica y de los microprocesadores informáticos es una mera extensión de la burocracia tradicional es cosa de tamaña ingenuidad. Nos hallamos ante un cambio cualitativo muy serio que en gran medida invalida los análisis que hasta ahora poseemos. No va a ser menester descartar a Weber y a Michels, por un lado, y a los austromarxistas y a los trotskistas, por otro: lo que sí va a ser necesario es reintegrarlos a todos en hipótesis más amplias, y sobre todo dar a sus hallazgos teóricos y generalizaciones empíricas el justo valor histórico que merecen. Para empezar a caminar en esa dirección, formularé esquemáticamente una distinción fundamental entre burocracia y corporatismo en tanto en cuanto se articulan con dos modos diversos de dominación.

A) La burocracia precapitalista iba unida a registros feudales o feudalizantes: archivos eclesiásticos, legajos aristocráticos, cuentas reales. Desuncida de ese universo, legitimado en mitologías religiosas y nobilitarias, esa burocracia incipiente fue fomentada y cobró un nuevo sentido económico a manos de las burguesías patricias de las repúblicas marítimas (Barcelona, Génova, Venecia, Amsterdam) y sobre todo en las de la banca prestamista (grandes familias renacentistas, como los Fugger, ligadas a deudas reales) para ir al final a reforzar y, a no dudarlo, hacer posible el gran capitalismo ulterior (bol-

sa, banca, empresa y dirección de empresa: universalización de la contabilidad y del derecho mercantil).

La burocracia tradicional no se paró en el nivel privado de los negocios y beneficios sino que fue penetrando el aparato de estado. Ello ocurrió con ayuda de fenómenos como el de la movilización militar general: cajas de recluta, que a su vez exigen una nueva eficacia censal de cada ayuntamiento; los nuevos modos de contribución fiscal universal; la extensión paulatina del voto por la transformación de los vasallos en ciudadanos. Tal burocracia vino a potenciar el modo clasista y capitalista de dominación. Se trata de un fenómeno de gran importancia histórica, que se bifurca en dos ramas, la del estado liberal subordinado a una burguesía liberal (Inglaterra victoriana, EEUU antes y después de su Guerra de Secesión) y la del estado despótico administrativo, igualmente subordinado a la burguesía, o a las clases dominantes en proceso de rápida reconversión burguesa (Prusia, Japón después de la Restauración Meiyi). Las burocracias despóticas «modernizantes», a la prusiana, desde Federico el Grande hasta Bismarck, son más espectaculares y fáciles de aislar para el estudioso, pero no son menos importantes históricamente que las privadas o semiprivadas como pueda serlo la de la Compañía de las Indias Orientales, de Inglaterra. En todos estos casos, cuyas últimas ramificaciones alcanzan el estado bolchevique con su incorporación sistemática de la administración despótica zarista, que no fue desmantelada, la burocracia es un conjunto de prácticas administrativas que entraña a lo sumo un cuerpo funcionarial (a menudo de reclutamiento pequeñoburgués y provinciano) sin excesiva entidad propia en muchos países. No obstante, en algunos, como en los de lengua alemana, aparece un funcionariado *(Beantentum)* asaz característico, como estrato intermedio y con un espíritu de casta: ello no invalida la dominación de clase a través del control privado y burgués de la propiedad de los bienes materiales, de los culturales codiciados y necesarios para el mantenimiento de privilegios civiles y, asimismo, del gobierno y el estado.

B) Frente a este modo de dominación, y a través de una serie de rápidos procesos históricos cuya descripción huelga en este lugar, las potencias centrales del mundo industrial (capitalista burgués o socialista de estado) consolidan sus estructuras de autoridad, desigualdad y distribución del poder y de los bienes según nuevos criterios, que pueden llamarse corporativos. Para ello se crean unas condiciones previas, algunas de las cuales son harto conocidas. Entre ellas descuella la del desdoblamiento de la propiedad privada (ahora fragmentada mediante el mercado de acciones en bolsa) y el control ejecutivo de la empresa por parte de gerentes y directores.

La corporatización consiste menos en la burocratización de la vida social que en el firme establecimiento, relativamente generalizado, de coaliciones de individuos según criterios explícitos para la obtención, protección y fomento de haces específicos de intereses: sindicatos obreros, partidos políticos, asociaciones deportivas, centros de investigación científica, cuerpos profesionales y, naturalmente, el estado mismo, corporación suprema que se atribuye soberanía y que agrupa un número importante de corporaciones públicas: la policía, el ejército, el funcionariado administrativo. Lo que distingue a estas coaliciones institucionalizadas es su estructura interna corporativa, es decir, jerárquica, establecida según justificaciones mundanas de efectividad máxima o maximización de beneficios para sus miembros, así como para sus públicos, clientelas o poblaciones administradas. (Que tal maximización sea real o ficticia es otra cuestión.) En ciertos casos, muy importantes, tales justificaciones mundanas e instrumentales van unidas a apelaciones a entidades teológicas, metafísicas o morales. Tal apelación legitima o pretende legitimar la existencia de la corporación y su control monopolista de ciertos aspectos de la realidad, pero esto no anula la dimensión instrumental que también poseen.

La primacía de lo económico como poderoso criterio legitimante en la era contemporánea, combinado con el hecho de que la empresa industrial, financiera o mer-

cantil ha venido a ocupar un lugar central en la división social (local o internacional) del trabajo, ha hecho que varios críticos o teóricos hayan identificado lo que ya puede llamarse, con la debida cautela, sociedad corporativa con la galaxia de compañías multinacionales, grandes corporaciones industriales transnacionales, y demás entidades de semejante envergadura y orientación.[9] Tal identificación entraña un error de monta, pues impide percibir la reestructuración general de la vida social según criterios generales de corporatización, que trascienden el mundo empresarial de la producción, consumo y control de bienes económicos para alcanzar el de los culturales y los políticos así como el de la gerencia, vigilancia y canalización de los recursos emocionales colectivos. En otras palabras, el confinamiento de la noción de sociedad corporativa al terreno económico (que puede llegar a incluir la función del estado como interventor de la economía) implica una visión tan parcial del problema que lo desvirtúa totalmente. Mayor aún es el error de confundir la sociedad relativa pero claramente corporatizada de hoy en día con el llamado corporatismo político semifascista o fascista de otrora, por mucho que existan en él curiosas premoniciones de lo que ocurre hoy en algunos terrenos, o de lo que puede llegar a ocurrir, caso de que aparezca el totalitarismo en el marco de las sociedades que hoy por hoy no son totalitarias.

Es, pues, esencial distinguir entre el modo burgués de dominación, apoyado en la burocracia privada o pública de manera cada vez más dependiente, pero siempre parcial, y el modo de dominación corporativo, plenamente ligado a la institucionalización de coaliciones de actividad especializada, coordinación imperativa interna y una ideología de supuesta maximización de los bienes o servicios obtenidos o a obtener. La sociedad corporativa, en contraste con el grado de burocratización creciente que existía en épocas anteriores a la nuestra, va ligada a ciertas mudanzas socio-ambientales muy grandes, que contras-

9. Entre otros, P. SCHMITTER y J. WINKLER.

tan con la situación anterior. Así, la burocracia capitalista (burguesa y/o de estado) fue de la mano y potenció la fase de expansión económica basada en la concurrencia abierta y un mercado que era semilibre merced a la baratura energética, la abundancia de mano de obra asalariada poco costosa (con corporaciones sindicales obreras débiles o inexistentes) y una amplitud espacial y de recursos sin precedentes. En contraste con ello, el auge de la sociedad corporativa ha ocurrido a través de la saturación espacial, geopolítica y demográfica así como a la vista de techos energéticos muy claros. Esta sociedad aparece presa de contradicciones insólitas: riqueza social con escasez, productividad altísima con paro, libertad con servidumbre, independencia nacional de cada pueblo e interdependencia y subordinación internacional crecientes, racionalidad sin fe.

Llegado a este punto parece interesante indicar algunos de los rasgos y fenómenos principales que caracterizan a esta sociedad y señalan al tiempo los justos límites de la propia dimensión corporativa sobre la que estoy haciendo hincapié, pues ésta, naturalmente, no agota todo nuestro universo social. Para ello me fijaré, principalmente, en la cuestión clave de la mediatización corporativa de la desigualdad y el conflicto social tal como ocurre, sobre todo, en las sociedades tecnológicamente avanzadas que poseen politeyas pluralistas, economías neocapitalistas y sitemas clasistas cuya estructura burguesa no ha sufrido solución revolucionaria de continuidad en épocas recientes. Sin que exista precedencia temporal entre ellos, podemos destacar los fenómenos siguientes en las sociedades corporativas en cuestión:

1. *La mediatización corporativa del conflicto de clase.* Gran parte del conflicto interclasista es susceptible de redefinición y filtración a través del complejo aparato institucional de las sociedades avanzadas modernas. Toda evaluación realista de la situación descarta la posibilidad de entender la sociedad moderna como superación de la estructura horizontal (de clases) a través de la vertical (de

corporaciones). No obstante, éstas permean y penetran las clases con sus jerarquías ocupacionales, y hasta un cierto punto evitan confrontaciones a través de la promoción interna individual de individuos de origen social inferior a puestos jerárquicamente altos, ya que uno de los imperativos de la modernidad consiste en la adopción de un grado mínimo de reclutamiento universalista. Además, el mantenimiento de una ideología promocional privatiza los objetivos de las personas y las disuade de formar coaliciones de espíritu igualitario hostiles al sistema.

La opinión de algunos sociólogos de la revolución de que ésta es imposible a causa de avances tecnológicos en el ejército y la policía es equivocada, como lo demuestran varias sublevaciones populares contemporáneas y el éxito completo o relativo de las tácticas guerrilleras o terroristas. La barricada es impotente contra el tanque sólo cuando éste halla suficente apoyo en la estructura política general, es decir, cuando existen grandes partidos mayoritarios, sindicatos, prensa y organizaciones de toda índole dispuestos a la colaboración abierta o encubierta con el poder establecido. Y esto es precisamente lo que genera una sociedad corporativa pluralista: la creación de vastas clientelas partidistas y sindicales, capaces de ser movilizadas, desmovilizadas, canalizadas y persuadidas por sus partidos y organizaciones respectivas.

Tales clientelas, públicos o sectores de apoyo a las corporaciones políticas pueden ser relativamente interclasistas en algunos casos (partidos de adhesión religiosa, como ciertas «democracias cristianas»; partidos de lealtad étnico-minoritaria, en Bélgica, Canadá, País Vasco) pero los de clara dimensión clasista son los más señalados. Mientras las direcciones de los partidos, profesionalizadas por un continuado corporatismo, sean más leales a la «clase política» de la sociedad que a la clase social de la que proceden, su actuación irá hacia el reforzamiento del consenso y del sistema de desigualdad establecido, mediante una filtración y mediatización de los deseos de la «base» de tales partidos, y una respuesta amortiguada a las presiones electorales de sus clientelas. La neutralización de la

tensión entre la tendencia centrípeta (consensual) y la centrífuga (reivindicaciones clasistas) es una de las funciones principales de la gerencia de partidos y sindicatos y la tarea cotidiana de sus funcionarios y directivos.

2. *La formación de nuevas clases.* Está claro, pues, que no presento aquí una visión de la sociedad corporativa como alternativa total a la sociedad de clases heredada. La nueva sociedad es en gran medida una sociedad de clases tradicional. Genera, no obstante, estratos de servicio que actúan como cuasi clases, y se integran en las clases dominantes establecidas, imbricándose en el sistema social general de modos diferentes. Así, por ejemplo, el desarrollo del capitalismo estatal de gran envergadura puede dar lugar a una burguesía de estado reclutada de las diversas clases medias (IRI en Italia, INI en España) en países con expansión económica reciente, o ligada a la comunidad empresarial establecida *(National Enterprise Board,* en Gran Bretaña). El crecimiento inmenso del aparato estatal y paraestatal puede llegar a crear un sector público (por definición, corporativo) capaz de neutralizar grandes sectores de la población subordinándolos a los intereses gubernamentales. Sin duda, los fundadores de la constitución yanqui, obsesionados como estaban por limitar los poderes del estado, no podían soñar con el inmenso aparato federal hoy en vigor, y, a no dudarlo, lo considerarían como lo más anticonstitucional del mundo. Por su parte, los partidos poseen sus funcionarios, entre los cuales habría que incluir a los «intelectuales administrativos»,[10] por mucho que algunos de ellos prefieran definirse a sí mismos como «intelectuales orgánicos», en el sentido dado al término por Gramsci. Mas el intelectual orgánico gramsciano es un crítico de la sociedad y un pensador de la liberación unido a un movimiento popular que, aunque milite en un partido, no espera consignas transmitidas por canales burocráticos.

10. J. FRASER, *L'intellettuale administrativo nella politica del PCI,* Nápoles: Liguori, 1977.

Como se indica, no es correcto interpretar la formación de estos y otros estratos como la aparición de nuevas clases, ni mucho menos, a lo Rizzi, identificar todo el universo corporativo (en su lenguaje, burocrático) con una imaginaria nueva clase. En primer lugar la estructura jerárquica y vertical de las pirámides y redes corporativas no halla paralelo en la más difusa de las clases, basada sólo en posiciones congruentes de poder y privilegio. Trátase de estratos articulados a su vez en el sistema de clases y en el de corporaciones que mediatizan y, valga la repetición, amortiguan conflictos clasistas. Su función es la de consolidar la desigualdad. En efecto, las estructuras sociales más sólidas son las que poseen, grosso modo, tres niveles estratificacionales: un estrato dirigente, en el poder, uno intermedio (que recibe órdenes pero quien también las da) y otro plenamente subordinado. La obtención de la lealtad del segundo por parte del primero no es difícil y la coalición de ambos contra el tercero genera un equilibrio que de otro modo sería inestable. De hecho este principio que doy en llamar principio tripartito del mantenimiento de la desigualdad, puede generalizarse a todas las sociedades, en todo tiempo, y a relaciones de estratificación internacional.[11] En todo caso la multiplicación de estratos es tan reforzante de las estructuras internas de las corporaciones (al crear canales de promoción y difundir la autoridad y las recompensas percibidas subjetivamente) como reforzante del sistema intercorporativo general.

3. *El arbitraje estatal del conflicto social.* Quizá ya vaya siendo hora de revisar la sabiduría recibida acerca

11. I. WALLERSTEIN (*The Capitalist World Economy*, Universidad de Cambridge, 1979) hace uso amplio de este principio, que no enuncia así, aunque sólo para explicar la división internacional del trabajo, merced a su distinción entre centro, semiperiferia y periferia del sistema económico mundial. *Cf.* también R. COLLINS, *Conflict Sociology* (Nueva York: Academic Press, 1975), en su uso del «principio tripartito» para explicar el orden social en burocracias y sistemas de clase por igual.

de la dicotomía estado/sociedad civil. Los motivos de tal revisión no estriban tanto en la hipotética debilidad de la distinción (por otra parte tan importante históricamente a lo largo de la filosofía social moderna y en especial la marxista) como en la posibilidad de que los nuevos tiempos, la nueva sociedad que comienza a tomar cuerpo en nuestra época, hayan comenzado a periclitarla. No obstante, la tarea de tal revisión no puede ser incorporada en el marco de estas reflexiones, de modo que su necesidad solamente puede quedar apuntada. Esa necesidad dimana de la naturaleza misma de la interpenetración corporativa en todos los niveles de la vida social, y también, de la endeblez de la vieja noción de que el estado es una mera herramienta de una clase dominante burguesa.

Negar la subordinación esencial del estado a una clase formada por propietarios individuales de los bienes de producción y distribución no significa afirmar su neutralidad, o creer que, con los avances de las funciones estatales de seguridad social, educación e instrucción públicas, financiación del desarrollo económico, y demás, el estado haya dejado de ser clasista. La alternativa no se plantea en términos tan simplistas. El estado moderno en la sociedad corporativa funciona como antaño, como instrumento, entre otras cosas, de la reproducción de la desigualdad social y de protector de las galaxias de privilegios clasistas que le garantizan el apoyo de ciertos sectores minoritarios y poderosos de la población. Sin embargo, la extensión de sus competencias, la absorción de nuevos funcionarios, la consolidación de los intereses creados del vasto alto funcionariado de cargo vitalicio —ejércitos, profesorado numerario, órdenes médicas, ingenieriles, de finanzas públicas y demás, con su igualmente vitalicio funcionariado subalterno— le confieren un grado de autonomía muy considerable con respecto a las clases dominantes tradicionales precorporativas.

Más poderosa quizá sea la función arbitral del estado moderno en los conflictos internos de la «sociedad civil», conflictos interclasistas por lo general. La gerencia y re-

solución de conflictos ya no puede dejarse en manos de magistrados solamente, sino que ante la imposibilidad de la existencia de un derecho intercorporativo, deben ser resueltos por la única entidad, el estado, con recursos suficientes para asumir la carga de los costos incurridos por las partes perdedoras. Antaño, la quiebra de una compañía representaba su cierre y la miseria y el paro de gran número de trabajadores. La misma quiebra hoy, en presencia de poderosos sindicatos que pueden amenazar con paralizaciones gravísimas de la economía, entraña soluciones muy diferentes, como puedan serlo la financiación deficitaria de la empresa, la reabsorción de los trabajadores con la creación pública de nuevos puestos de trabajo y los subsidios automáticos de paro. El asalariado, nótese, sigue en una posición de subordinación —aceptada por sus sindicatos, que no exigen autogestión obrera de la empresa— pero obtiene a cambio una protección mínima y «suficiente» de los entes públicos. El arbitraje del estado, pues, no es simétrico: su justicia distributiva es clasista y en todo caso siempre favorece los intereses de los organismos corporativos y de los grupos privilegiados (oligarquías sindicales, clases políticas, etcétera) además de aquellas clases sociales de corte tradicional con suficiente influencia para la protección eficaz de sus privilegios. En una palabra, el estado en la sociedad corporativa es a la vez gerente del conflicto y parte interesada en ese conflicto.[12] Ambas posiciones son, claro está, perfectamente compatibles. El arte de gobernar hegemónicamente consiste, desde siempre, precisamente en compatibilizar tales fenómenos, sólo en apariencia contradictorios.

12. Escrito esto hallo la siguiente frase prácticamente idéntica en T. NARDIN, *Violence and the State: A Critique of Empirical Political Theory,* Londres y Beverly Hills, 1974) «*...the state is both conflict manager and party to the conflict*» (p. 61) y descubro en su interesante ensayo un conjunto de coincidencias importantes con mi propio enfoque general del conflicto en las sociedades modernas.

4. *La novedad esencial de la situación.* La repetición constante por parte de todos los observadores del mundo moderno de que nos hallamos ante una situación nueva con condiciones sin precedentes no suele impedir que, consistentemente, recurran a argumentos viejos para explicarla. Ello es característico de una gran parte de la tradición marxista de la cual surge el tema que me ha servido de pretexto para estas observaciones. De Trotski y Rizzi a Djilas el esquema clasista tradicional adquiere un carácter sacrosanto y es tímidamente reformado para interpretar situaciones que, una vez más, se afirman como totalmente nuevas. Si lo son, ¿por qué seguir con los esquemas viejos? ¿Qué clase de fetichismo doctrinario entraña que el marxismo tenga que poseer el monopolio del pensamiento crítico y hasta revolucionario? ¿Hasta cuándo habrá que ir reformándolo, cualificándolo, refinándolo y puliéndolo, al tiempo que se intenta salvar su inmarcesible esencia? ¿Quién puede llamarse marxista que crea en esencias inmarcesibles, aunque sólo sea en el campo de las ideas y las teorías?

Por poner un solo ejemplo, y siguiendo con el tema del estado, no parece satisfactorio proponer que la aparición del estado como gran compañía universal de seguros sea un mero cambio secundario en el panorama de la sociedad clasista. Al contrario, y al hilo de lo que decía en el apartado anterior, el desarrollo de un sistema de seguridad sanitaria y sobre todo contra las oscilaciones del mercado (seguro de paro, fomento del empleo parasítico, mantenimiento inflacionario de los niveles de ocupación, etcétera) indica la presencia de un tipo esencialmente distinto de sociedad, en que la realidad social general es negociada corporativamente entre las diversas coaliciones, y en la que los perdedores máximos son aquellos marginados sociales de débil o nula representación corporativa, desde los pobres a los enfermos mentales, pasando por las colectividades étnicas mal integradas. (Una vez más, por falta de órganos corporatizados que los representen en el forcejeo político aceptado.)

Bajo la nueva situación ya no se va a la maximación

privada de los beneficios, y, muy a menudo, tampoco a la pública. Se va —ante los peligros de la escasez energética, los límites geográficos, las incertidumbres políticas internacionales— a la busca de la seguridad que parecen ofrecernos las organizaciones de siempre mayor tamaño, el mayor control organizativo y las tecnologías cada vez más grandes. Cada una de ellas a su vez produce nueva inseguridad y agravio, pues todos deseamos su tutela con igual intensidad. Se percibe en todo ello la transición capitalista a lo que Heilbronner llama «socialismo gubernamental». Este economista yanqui enfatiza, y con razón, el cambio cualitativo creado por la seguridad social, la política inflacionaria y la incesante expansión del sector público estatal, cuyo gasto, «hoy en día alcanza entre un tercio y la mitad de la capacidad de gasto en casi todas las naciones capitalistas» y «proporciona una contracorriente muy poderosa contra el flujo y reflujo del gasto privado»,[13] es decir, contra las incertidumbres de la fortuna. Pero éste no es más que un aspecto de la cuestión. Más importante para el mantenimiento de la cohesión social general en un mundo de problemática legitimación laica como es el occidental es la amenaza del holocausto bélico nuclear, que justifica en todos los países una acumulación de armamentos con un potencial destructivo gigantesco, lo cual, a su vez, exige el establecimiento de las fuerzas armadas más corporatizadas que haya visto la historia. No es menester dar más ejemplos para ilustrar la novedad radical de la situación.

IV. *El azoroso porvenir de las virtudes teologales*

La doble erosión efectiva de la fe, la esperanza y la caridad por el flanco de la ética concurrencial capitalista así como por el de los avances del desencantamiento ra-

13. R. HEILBRONNER, *Inflationary Capitalism* en «The New Yorker», 8 octubre 1979, p. 134.

cionalista ha sido compensada parcialmente, y a lo largo de los dos últimos siglos, por un conjunto de contracorrientes. Algunas, como la filantropía pública —en su nueva guisa de seguridad social— han conseguido compensar algunos desmanes del individualismo egoísta y competitivo del capitalismo burgués. Otras, tal el liberalismo doctrinario y radical en su tiempo, o el socialismo militante más tarde, se han hecho con la antorcha de la fe, transfigurada ahora en confianza en el futuro de la humanidad terrena, sin salvaciones de ultratumba. Por ello no es poco el mérito de ciertas ideologías laicas (y aun militantemente ateas) de poder coadyuvar a la movilización y sacrificio de enteras generaciones, en ciertos países, en nombre de un excelente futuro terrenal para sus descendientes. Convenientemente secularizada, la supuestamente astuta razón histórica concebida por Hegel ha alcanzado dudosos triunfos. Habrá, pues, que suponer el Gulag como parte esencial de las argucias de la razón histórica para conducirnos a la bienaventuranza, o mejor dicho, a la bienaventuranza de nuestros biznietos.[14] Lástima que no estemos ya allí para verlo.

En esta tesitura parece sensato no atribuir a la llamada burocratización del mundo y a sus fases ulteriores de corporatización demasiadas promesas liberadoras, por mucho que tengamos que reconocer que no existe quizá formación social más eficaz que la corporativa para la consecución de ciertos fines colectivos beneficiosos: está aún por demostrar, por ejemplo, que la medicina socializada o las operaciones de rescate y salvamento tras una catástrofe, puedan realizarse efectivamente según criterios de colectivismo libertario. Lo cual no implica, naturalmente, que cierto grado de espontaneísmo y sobre todo de tratamiento personal, antiburocrático, de los necesita-

14. He desarrollado un tanto este tema en mis comentarios a la obra filosófica de Javier MUGUERZA: *Desventuras de la razón o la historia sin astucia*, «Sistema», setiembre 1978, núm. 26, pp. 107-117.

dos por parte de quienes puedan ayudarles no sea necesario o deseable: al contrario, el redescubrimiento de viejos principios anarquistas de ayuda mutua, desburocratización y rechazo del gigantismo es algo esencial en estos momentos, como tantos críticos se esfuerzan por poner de relieve.

El problema fundamental de la división corporativa del trabajo, del modo corporativo de producción y de la estructuración corporativa de toda la sociedad es su incapacidad de establecer ligámenes con valores últimos y trascendentes, y no, como podría creerse, su incapacidad por corporatizar plenamente y sin resquicios, toda la sociedad. Como dice Habermas lacónicamente: «Las corporaciones multinacionales o el mercado mundial no son capaces de legitimación.»[15] Ni ellas, ni el estado mismo ni, perdida su aura revolucionaria, el gran partido socialdemócrata, llámese como se llame. De ahí la desazón última de quienes no obtienen satisfacción en las redes promocionales corporativas, ya porque quedan fuera de sus recompensas ya porque éstas, por definición, no pueden abarcar a todos por igual. Cuando el estado pierde su magia sus súbditos se vuelven hacia el populismo, hacia el nacionalismo milenarista étnico, hacia la guerrilla, hacia el revivamiento de viejas religiones o hacia el hedonismo fácil del estupefaciente. La incesante búsqueda de la comunidad primordial[16] que no ha abandonado al hombre desde que la civilización neolítica introdujo el fenómeno permanente de la alienación por causa de la manipulación y la explotación indirecta de unas gentes por otras, se redobla hoy en día de mil modos diferentes.

La contradicción cultural del corporatismo es aún más profunda que la contradicción cultural esencial del capi-

15. J. HABERMAS, «Legitimation problems in the modern state», en *Communication and the evolution of society*, Londres: Heinemann, 1979, p. 179. Esta cuestión, naturalmente, es central en el pensamiento de Habermas, así como lo es en todo el presente tratamiento de la problemática burocrática y corporativa.

16. De ahí la continua importancia de la obra de TÖNNIES, *op. cit.*, nota 6.

talismo.[17] Bajo la égida de este último, un número considerable de individuos (no sólo empresario, sino médicos, escritores, artistas, exploradores, científicos) podían lanzarse a su aventura personal de creación individualista, solos, por así decirlo, contra un mundo a la vez hostil y prometedor. Para muchos esa aventura personal consistía en un posible enriquecimiento, pero la ética burguesa no se paraba allí sino que incluía a la autopromoción individualista en todos los terrenos: invención ingenieril, abogacía, medicina, arquitectura. La contradicción estribaba en la imposibilidad de que todos se enriquecieran, de que todos descollaran o alcanzaran el grado de originalidad (real o imaginaria) que les exigía el valor cultural supremo del capitalismo: el éxito mundano individual. Por su parte la contradicción cultural interna del corporatismo consiste en la aceptación ideológica, con muchas menos posibilidades aún de realización, de los valores heredados de la sociedad burguesa que ha precedido a la nuestra y su superimposición a una serie de valores hipotéticamente colectivistas y altruistas. En nuestra época, por ejemplo, hasta los gobiernos más reaccionarios y los movimientos sociales más perniciosos se justifican en términos de bienestar colectivo, y apelan invariablemente a las nociones legitimantes de democracia, libertad y justicia.[18] Por ello la única ventaja concebible de la barbarie nazi sobre los genocidios que están ocurriendo hoy, mientras esto escribo (por ejemplo en Indochina) es que por lo menos, la primera actuaba en nombre descarado de la injusticia y de la supuesta desigualdad racial entre los hombres.

La saturación, primero capitalista, luego corporativa,

17. Compárese lo que sigue con D. BELL, *The cultural contradictions of Capitalism,* Londres: Heinemann, 1976.

18. Invariablemente, las oficinas de relaciones públicas de las grandes multinacionales justifican sus actividades predatorias como sumamente beneficiosas para la humanidad. De todos modos desconozco la justificación oficial de la compañía ITT en sus esfuerzos para derrocar al gobierno de Salvador Allende en Chile. Prometo publicar su explicación en la próxima edición de este texto si la recibo.

del mundo, parece (digo parece) haber agotado el campo de las aventuras humanas genuinas. Hoy en día no sólo han muerto Satán, los ángeles y los arcángeles —con la posible excepción de Tronos y Dominaciones— sino, como algunos afirman, hasta Dios mismo. Entre tanto fallecimiento es como si la aventura humana se hubiera ido a pique. Así quienes zarparon de Sanlúcar a circunnavegar la tierra sabían de aventuras, pues mezclaban su ignorancia con sus conocimientos marítimos, su arrojo con su pericia. En cambio, los astronautas de nuestra era, gente de sangre fría si la hay, no conocen otros riesgos que los que un casi imposible error de cálculo en alguna computadora electrónica pueda depararles. Los esfuerzos denodados que hacen los ávidos sirvientes de las corporaciones que manufacturan cultura televisiva por mostrar la vida del astronauta en términos de aventura genuina merecen, pues, universal encomio.

Las corporaciones han sido inventadas para reducir el riesgo a la nada, mediante un cálculo infinitesimal del mundo. Si no lo han conseguido ello no se debe solamente a la pertinaz manía de los hombres de practicar su albedrío o iniciar conducta innovadora, sino sencillamente porque existen otras corporaciones. En muchos casos la especialización corporativa permite la complementaridad funcional entre corporaciones: así, en principio, el servicio de correos, la Cruz Roja, La Interpol, la UNESCO y las multinacionales petrolíferas no tienen por qué entrar en conflicto entre sí. Pero estamos muy lejos de una *pax corporativa universalis* basada en tal complementaridad: tal paz sería parte de una utopía corporativista a la que hay poco peligro en alcanzar. Al contrario, los intereses corporativos, ligados a los de clase, estado, partido, religión, nación, etcétera, chocan y se encuentran entre sí con frecuencia. La liza que se produce nos mantiene en vilo y merece una explicación para la cual las teorías de la clase dominante —de toda laya y calidad— desde las tradicionalistas (Mosca, Pareto) hasta las socialistas (Marx, Gramsci) parecen insuficientes.

El héroe de nuestro tiempo, en este universo tan nue-

vo, es, por antonomasia, el héroe anticorporativo. Es por ello por lo que la vida del espía (interestatal o interindustrial) posee fascinación. También nos fascina el ciudadano K del castillo burocrático kafkiano así como el buen soldado Schweik, con sus cazurras y ancestrales virtudes, nuevo Sancho Panza inmerso en el universo mortífero de la guerra total moderna. A ellos se ha unido el nuevo burlador de la justicia paternalista y el hospital psiquiátrico,[19] que alguacila a los alguaciles modernos, guardianes, asistentes sociales, médicos y enfermeros. Los héroes anticorporativos, émulos modernos de Lázaro de Tormes, parecen querernos dar señas de por dónde es posible restituir la aventura al hombre que vive en el mundo que, un día ya lejano, los avances de la burocracia comenzaran a desmitificar, desencantar y hacer manipulable. Podría ser que quien quisiera huir hoy de soluciones totalmente ególatras y del sálvese quien pueda, sin enajenar su libertad hecha jirones en las aristas de los pasillos y organigramas del laberinto corporativo, hallaría cierta solución en el mensaje que tales héroes oscuramente nos envían.

Por mi parte tengo alguna idea, mal formada, del asunto. En principio tal idea tendría algo que ver con el supuesto de que la reconversión de las estructuras corporativas sería posible siempre que se consiguiera crear una nueva legitimación trascendente (una nueva cultura) que pusiera fin al divorcio entre racionalidad esencial y fe primordial. (Nótese que no hablo de racionalidad instrumental ni de fe mitológica.) Pero la idea[20] es tan incipiente y,

19. Véase la novela de K. Kiesing, *One flew over the cuckoo's nest*. En cuanto al espía como héroe (o villano) hoy tiende a aparecer más como personaje de la «guerra fría» que como aventurero de la era informática y de la vigilancia internacional por satélite. Los novelistas (Mary McCarthy) vuelven su atención hacia la captura de rehenes, el chantaje anticorporativo y antiestatal y el terrorismo de bases ideológicas.

20. El nivel general de mi noción alternativa no significa que no case con investigaciones empíricas de soluciones sociales concretas que difieran de la corporación tal como existe hoy en día y que posean igual o mayor eficacia en la resolución de proble-

a no dudarlo, tan poco clara y tan susceptible de malentendidos que me apresuro a poner fin aquí a estas reflexiones, no sea que mis tanteos en el espinoso terreno de la problemática corporativa vayan a caer en nebulosa exhortación moral. Quede la faena de dar consejos para quienes poseen más amplios conocimientos y, sobre todo, certidumbres mejor ancladas que las mías.

SALVADOR GINER

Londres, noviembre de 1979

---

mas específicos de la vida diaria. Al contrario, esta línea de ataque es fundamental para elaborar proposiciones positivas de acción. En este sentido, véase J. ROTHSCHILD-WHITT, *The collectivist organization: an alternative to rational-bureaucratic models* en «American Sociological Review», vol. 44, agosto, 1979, pp. 509-527.

Introducción

En esta primera parte se hace un análisis marxista de la sociedad soviética, con algunas alusiones a los regímenes fascista y nazi. Éstos se hallan en vías de rápida burocratización y han cobrado ya un carácter anticapitalista aunque en ellos, a diferencia de la URSS, no se haya eliminado radicalmente el Capital.

Los recientes acontecimientos políticos han de despertar a los espíritus más obtusos: los dictadores —negros, pardos o rojos— se hallan en vías de admitir, tal vez incluso oficialmente, que el carácter social de su país es el mismo.

El mundo se halla en vísperas de un formidable giro histórico.

Creemos que Stalin recordará que ha sido un revolucionario antes de convertirse en un dictador, y que comprenderá las terribles responsabilidades que le vinculan al proletariado internacional. Pero sólo juzgaremos a partir de los hechos, aconsejando a los trabajadores que hagan lo mismo.

Europa y el mundo han de fascistizarse o socializarse. El capitalista ya no tiene posibilidades de vida. La URSS se ha convertido en el eje de la política mundial: será el bastión de la revolución proletaria o una emboscada para el proletariado mundial.

La burguesía es una fuerza social muerta; políticamente, carece de posibilidades de ofensiva. Aún resiste, pero día a día se ve obligada a ceder. Manchuria, China, Abisinia, Austria, los Sudetes, la Bohemia, España y Albania... representan ya una síntesis política. En realidad las fuerzas que están en juego en la Sociedad actual, que es UNA, ya no se llaman Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, URSS, Japón, etc., sino Capitalismo, Colectivismo bu-

rocrático y Socialismo. No se trata de palabras vacías, de abstracciones sociales o de ficciones político-administrativas: cada una de ellas tiene su propia base social.

El capitalismo se apoya en la clase de quienes poseen los medios de producción del mundo entero. Éstos se hallan vinculados por relaciones de negocios, de interés, y por una solidaridad política que se manifestó inmediatamente después de la Gran Guerra por el estrangulamiento colectivo de la Revolución, y que se ha visto confirmada por los acontecimientos de Munich. Esta Internacional ha funcionado siempre; ahora se halla en vías de crear un bloque capitalista que se oponga a la invasión del Colectivismo burocrático. Este bloque trata de someter lo mejor que pueda a las fuerzas proletarias para mantener los antiguos privilegios.

El Colectivismo burocrático, a su vez, tiene su base social en las clases sociales que han establecido su sede en el Estado de Rusia, en Italia, en Alemania, en el Japón y en Estados más pequeños, débiles desde el punto de vista capitalista y situados en el radio de acción de los grandes Estados totalitarios.

Esta nueva forma social es una forma degenerada, pero a pesar de ello, se halla en actividad y se impone cada vez más a un Capitalismo muerto como sistema propulsor y en situación de disgregación física. Este bloque, a su vez, ha formado con el pacto anti-Komintern su propia Internacional, en la que pronto hará acto de presencia la URSS para devorar por medio de amenazas o de actos al viejo Mundo capitalista.

El Socialismo tiene su base social en las masas trabajadoras del mundo entero. Es la auténtica fuerza viva de la nueva Sociedad que debe sustituir al Capitalismo, pero todavía es engañado por jefes ignorantes o traidores que no le dotan de una política propia y le han situado tras las espaldas patrióticas de los burgueses o de los fascistas.

El Socialismo canta «La Internacional» pero en la práctica no la aplica como sus dos concurrentes; representa, en realidad, la carne de cañón en la lucha que éstos libran entre sí. El Socialismo es el objeto de su explota-

ción: el buey apacible y bueno que arrastra el carro y va incluso al matadero. La lección de 1914-1918 no ha sido suficiente. Entonces, los diversos imperialismos creyeron poder resolver la crisis imperialista mediante una victoria que diera la hegemonía a sólo unos de ellos; veinte años después, en Munich, han firmado su derrota al confirmar la inanidad de la carnicería anterior realizada bajo las banderas de la Paz, de la Civilización verdadera, del Progreso, de la guerra para acabar con todas las guerras, de la lucha contra los bárbaros, etc.

Las fuerzas sociales que se hallan en juego son tres; tres son los movimientos políticos y tres las clases que los representan. Y precisamente la clase que tiene los mayores derechos sociales e históricos está sometida, en parte por un mundo moribundo y en parte por un nuevo mundo monstruoso naciente; por un mundo de tan mal nacimiento que tras dos mil años de historia resucita la esclavitud.

No se trata de una «Paz indivisible», sino de una Lucha indivisible. No es a partir de las Naciones como deben los proletarios reconocer a sus amigos y a sus enemigos.

Como dijo Marx, es en las clases, en la lucha entre las clases, en la dialéctica y la lucha de clase donde debe encontrar su política el Socialismo, incluso en este período de Capitalismo en putrefacción. ¡Pensad en ello, trabajadores!

En breve será publicada la segunda parte de *La Burocratización del Mundo,* que se ocupará del Estado totalitario y particularmente del Fascismo (análisis del capitalismo en putrefacción).

Siempre son las clases dominantes las que hacen las guerras. La única guerra de los trabajadores es la Revolución.

Los trabajadores deben luchar contra el Capitalismo y contra el Fascismo y liberarse de su abrazo. Deben tener una política PROPIA, independiente. Al pretender haberla encontrado, sólo pido ser refutado, corregido o ayu-

dado por todos los camaradas, por todos los trabajadores y por todos los hombres que quieren vivir con honor y con libertad, y que desean evitar al mundo la afrenta de una nueva esclavitud.

El autor
París, 15 de julio de 1939

Primera parte

EL COLECTIVISMO BUROCRÁTICO

I. Naturaleza del estado soviético

A últimos de octubre de 1917 según el calendario ruso, un acontecimiento político de enorme alcance se inscribía con caracteres indelebles en el libro de la historia. El proletariado de Petersburgo y de Moscú se apoderaba del poder político guiado por el partido bolchevique. En aquel gran acontecimiento histórico se agigantaron dos dirigentes: Lenin, el incomparable maestro del movimiento revolucionario, y Trotsky, el alma y el genio de la insurrección proletaria.

El mundo enfurecido se detuvo un instante en su salvaje obra de destrucción. Dirigió una mirada atónita e incrédula hacia las infinitas llanuras de Rusia. Sobre las blancas nieves lucía una bandera roja ornada con el martillo y la hoz. Tras un instante de perplejidad, los hombres en lucha volvieron una vez más a mirarse frente a frente, como diciendo «luego veremos», y reanudaron su guerra de aniquilación.

Un soplo de esperanza se alzaba entretanto entre las masas empobrecidas y diezmadas. En medio de tanto horror y de tanto oscurantismo, para ellas había brillado una altísima luz. «La luz viene de Oriente»: tal era la consigna que corría de boca en boca. Y por segunda vez en la historia, la abandonada masa de los explotados levantó la cabeza del trabajo rutinario para escrutar el horizonte, olisqueó el viento como un animal de presa que sale de su guarida, y le pareció que se trataba de un buen viento, que había llegado el momento favorable. Ciento cuarenta años antes esta masa había sido despertada por los disparos de Valmy y hasta los montañeses habían salido de sus valles remotos provistos de picas y de hachas. Unidos al desembocar en la llanura, vieron alzarse a lo lejos pequeñas nubecillas blancas y una lluvia de hierro

se abatió sobre sus filas: eran recibidos por los cañones de la burguesía. Los montañeses se habían equivocado; dieron media vuelta y volvieron a los valles de los que habían salido con una esperanza secular reverdecida. Y fueron prudentes; comprendieron en seguida que aún no había llegado su hora y se guarecieron en sus montañas para una nueva y prolongada espera.

Pero esta vez no se detuvieron donde los valles desembocan en el llano, ni tropezaron con la barrera de fuego de la artillería burguesa; se extendieron como dueños y señores por los campos de los amos del mundo. Había sido proclamado el estado de los obreros y de los campesinos; desde las torres del Kremlin se difundía el toque de diana de la revolución proletaria y los guardias rojos acampaban en los patios del palacio de Iván el Terrible.

Los estratos más bajos de la población abandonaron su sopor secular, abandonaron sus barrios y mostraron sus harapos en las principales calles de las grandes ciudades, llevando consigo la psicosis propia de la víspera de una revolución.

Tres o cuatro años después de esta marea alta, que pareció capaz de reventar los poderosos diques del capitalismo, las aguas volvieron a bajar a regañadientes, con alguna reanimación a derecha e izquierda pero sin lógica revolucionaria; eran oleadas que venían de lejos, como producidas al paso de una nave inmensa, pero no de los movimientos profundos de la mar.

La fuerza potencial de la marea alta revolucionaria se empleó mal o ni siquiera se puso en actuación. Donde los ingenieros especialistas de la revolución supieron traducirla en energía, la encontraron luego en seco, aislada, impotente, pues había descendido el nivel de las aguas alrededor. Gracias al oportunismo de los partidos proletarios de Occidente la Revolución Rusa quedó reducida a un oasis en el desierto; y de socialismo, o sea de economía proletaria internacional, ya no se pudo ni siquiera hablar.[1]

1. En aquella época excusábamos el fracaso socialista en Rusia por el fracaso de la revolución europea. Una explicación clara-

Sin embargo, tampoco hay que hablar de capitalismo al referirse a la naturaleza social del estado llamado soviético. ¿De qué se trata? He aquí la cuestión.

Resulta extraño que más de veinte años después del advenimiento de la Revolución Rusa nadie se haya dedicado aún al estudio del resultado social de este gran hecho histórico. La URSS es discutida, comentada e historizada casi únicamente desde un punto de vista político propio de adversarios o de partidarios. El hecho social queda descuidado. Sin embargo, al cabo de veinte años, no creemos que pueda hablarse todavía de período transitorio o de transformación: alguna concreción social determinada debe de haber cristalizado ya. Hay quien ha visto en ella «El imperio del trabajo forzado» o «La revolución traicionada»; otros, «El triunfo del fascismo» o «El país de la gran mentira»; hay quien supira por el «Destino de una revolución» y quien ha hecho «El balance del comunismo». Han sido escritas obras verdaderamente apreciables por escritores que componen toda la gama

---

mente política, no económica y, por consiguiente, no marxista.

Luego advertimos que los «científicos» del socialismo se habían nada menos que olvidado de poner a punto el sistema económico socialista. Lenin, Stalin y Trotsky no podían aplicar lo que no existía. Se contentaron con «colectivizar» la propiedad atribuyéndola al estado. En suma: se potenciaba del modo más eficiente precisamente el órgano que el socialismo debía eliminar progresivamente. Los enemigos de los monopolios creaban un monopolio total de estado falto de la inteligencia y la capacidad capitalista, tarado por la insuficiencia, la haraganería y la estrechez de miras burocráticas. Estaba claro que debía salir de ahí un socialismo monstruoso, pero no se comprendía todavía...

El socialismo no es «una economía proletaria internacional», sino el edificio social que se alza sobre un sistema económico capitalista (en términos de coste y de salarios).

Si al internacionalizarse por mediación de un mercado cada vez más amplio se perfecciona como un capitalismo, de la misma manera podría perfeccionarse todavía hoy y en parte sobrevivir durante algún tiempo. No hay socialismo sin relaciones de producción socialistas, de la misma manera que no hay capitalismo ni feudalismo sin las relaciones de producción correspondientes. O se halla el orden económico de la empresa socialista o el socialismo seguirá siendo una esperanza «internacional».

de los partidos, desde los comunistas a los burgueses y a los fascistas. Ha habido estudiosos que se han interesado por el asunto y han ido a hacer observaciones sobre el terreno. Obreros franceses, alemanes o americanos acudieron entusiasmados al país donde debían realizarse sus esperanzas sociales y regresaron de allí con el corazón lleno de tristeza o con el ánimo envenenado; nos han dejado documentaciones objetivas, prácticas, interesantísimas, sobre la vida, el trabajo y la libertad en la URSS.

Con todo, esta masa enorme de literatura no nos suministra nada respecto de la cristalización social de la URSS, y menos aún una síntesis. Sin duda, aquí y allá, han surgido alusiones; carecen, sin embargo, de auténtico interés directo y son más bien el fruto natural y ocasional de la polémica que el resultado sistemático de una investigación sociológica. El mismo Trotsky, a quien consideramos el mejor conocedor de las condiciones actuales del estado soviético y de la evolución que ha vivido, confiesa haber empleado nueve párrafos en el intento de dar, sociológicamente hablando, una definición de la URSS. Ni siquiera nosotros, hace dos años, con nuestro modesto trabajo *¿A dónde va la URSS?*, conseguimos hallar una respuesta. En él se trataba de preguntar lo que nosotros mismos preguntábamos; y aunque no conseguimos la respuesta al menos planteamos la cuestión. En 1938 había concluido nuestro trabajo intelectual. Nos habíamos plantado, y cuanto ocurría en el campo social en los demás países del mundo confirmaba lo que ya habíamos considerado como adquirido en el campo social del estado soviético.

Dado que el mundo se halla ahora reducido a una sola forma de civilización, la capitalista, la transformación social de cualquier estado es de vivo interés para todo el resto del planeta, pues en una transformación localizada y precoz el mundo puede ver reflejada la imagen de su futura forma social.

Se han dicho cosas de todos los colores acerca de la URSS; la prensa vendida y los oradores a sueldo han oscurecido artificialmente el problema en vez de esclare-

cerlo. Se han dicho las mayores necedades y también las mayores vilezas.

En realidad, el fenómeno social también resultaba difícil de entender especialmente para los periodistas visitantes de Rusia que poco o nada saben de Marx, de Lenin y de sus teorías. Además, el fenómeno social en formación tuvo primero una dirección en la línea comunista, y el fracaso de la revolución proletaria en el mundo, produjo luego una degeneración que sólo en estos últimos años ha acabado de fijar sus formas socialmente.

Hoy el modelo social del estado soviético ha cobrado líneas decididas, casi acabadas. Al menos, como tales las tomamos aunque los especialistas en el problema insistan en una tesis distinta de ésta. Estos especialistas son pocos, y hay que buscarlos en ese renglón de revolucionarios que han abandonado la Tercera Internacional considerando que ésta ha pasado desde hace tiempo y definitivamente a un terreno claramente oportunista. E incluso estos revolucionarios han llegado a plantearse la cuestión de la naturaleza del estado soviético sólo como consecuencia de sus internas diatribas de fracción sobre la táctica y la estrategia de la revolución proletaria. Ni siquiera se les ocurría la posibilidad de una cristalización intermedia entre el capitalismo y el socialismo, sino que, al calor de sus polémicas, el problema ha quedado planteado por sí mismo inequívocamente y mantiene esas divergencias doctrinarias que se hallan en la base de su importancia política.

¿Qué es la URSS hoy? Al principio seremos voluntariamente imprecisos en el diagnóstico de esta sociedad; más adelante se pasará a las precisiones. Pero primero se quiere señalar lo que ha sido unánimemente admitido.[2]

2. Al llegar a este punto de mi película mental creía aún que la URSS representaba un tipo de orden social, todavía no socialista, pero progresivo en relación con el capitalismo. El «marxismo» y la ley del progreso continuo pregonada a bombo y platillo por los universitarios me indujeron a este error.

Hacia el final del libro comprendí que la URSS era ciertamente una nueva síntesis histórica de la sociedad, pero una sín-

No se trata, ciertamente, de un estado democrático; es, antes bien, un estado autoritario. La economía no es burguesa ni está basada en la propiedad privada, sino que se basa en una propiedad colectiva de los medios de producción. También es algo comúnmente admitido, desde Citrine a Trotsky y desde Roosevelt a Mussolini, que la economía soviética no es socialista. Sólo Stalin es de distinta opinión, por razones obvias, y por ello no nos lo tomaremos demasiado en serio. Decenas de autores le han hecho tragarse su socialismo y su Constitución, «la más democrática del mundo». Él ni pestañea y, como es natural, prohíbe estas publicaciones en el país de la «vida feliz» y «más democrático del mundo». Otra característica indiscutible, documentada por Trotsky, Citrine, Victor Serge, Ciliga y una multitud de escritores de las más diversas nacionalidades y opiniones políticas, es que en ningún país del mundo capitalista o fascista se encuentra el proletariado en condiciones tan tristes como en la Rusia de los soviets.

No hay libertad de palabra, de reunión, ni de prensa. La delación se halla a la orden del día y el estado es característicamente policíaco. También están todos de acuerdo en que la explotación del hombre perdura en el país de la «vida feliz», concretada en aquella plusvalía que los señores capitalistas exprimían de los trabajadores. Solamente surgen las diferencias cuando se trata de determinar quiénes son los acaparadores.

Otro aspecto característico y que no puede dejarse de lado es que las manifestaciones estatales son publicitarias y coreográficas como en los estados totalitarios occidentales; la veneración auténtica o fingida por el jefe, elevado casi al rango de divinidad, es la misma o incluso mayor. Las distinciones jerárquicas están en auge y el servilismo llega a límites extremos. La gente vive en un am-

---

tesis regresiva. Dejé de escribir mi película porque hacerlo se volvía peligroso en el ambiente de aquel estado fascista; me trasladé a Inglaterra y a Francia, donde escribí el prefacio.

biente de temor, como si las paredes tuvieran oídos: tiene un aspecto en público y otro en privado.

Integrando estos datos generalmente admitidos con nuestras diferenciaciones, la fisonomía política y social del estado soviético queda, a nuestro modo de ver, bien definida, y así nos proponemos exponerla al lector.

La Revolución de Octubre tenía la finalidad principal de servir de palanca a la revolución en Occidente. No obstante, fueron tomadas al mismo tiempo las medidas de una política económica socialista. Fundamentalmente, fue abolida la propiedad privada de la tierra y de las grandes empresas industriales. La dirección económica de esta propiedad pasó de manos de las clases burguesas a las del proletariado victorioso.

No eran, ciertamente, de lo más alegre las premisas económicas para una transformación socialista en la URSS; el país era en lo fundamental campesino e iletrado, y la industria estaba infinitamente por debajo de las necesidades de una economía de vanguardia.

Si los bolcheviques, apenas tomado el poder, se aferraron a la radio para pedir a los distintos proletariados europeos que siguieran su ejemplo, fue porque sentían y comprendían que la revolución rusa, sin el injerto de una nación occidental técnicamente desarrollada, con una clase proletaria amplia e instruida, estaba fatalmente condenada a la derrota en el terreno económico-social, incluso si militarmente y de un modo heroico lograba resistir a los embates del viejo mundo.

El proletariado alemán se presentaba como el aliado natural de la revolución bolchevique. Su burguesía salía derrotada y debilitada de una guerra, ofreciéndole casi el poder sin resistencia. Con la excepción de los movimientos espartaquistas y el sacrificio de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, el proletariado alemán fue de derrota en derrota. Aún se le ofreció el poder una vez más en 1923, pero abandonó el campo sin lucha, al igual que sin lucha lo dejó más tarde a las escuadras hitlerianas. ¿Culpa de los dirigentes? ¿De la Tercera Internacional? No: de todos a la vez, incluido el proletariado alemán, demasiado frío,

amigo del orden y de naturaleza escasamente revolucionaria. Cincuenta años antes los obreros de París habían constituido la Comuna tras la derrota de la burguesía francesa en 1870, y cien mil de ellos, tras combatir sólo con una leve esperanza y en un ambiente económico inmaduro, se dejaron matar estoicamente contra los muros de París.

Los señores marxistas,[3] los que sólo se fijan en la economía, los que sólo hacen la política con estadísticas, pueden darse a los demonios tanto como quieran, pero el espíritu poco revolucionario del proletariado alemán tiene mucho que ver con esta derrota de la clase obrera europea mundial, del mismo modo que el espíritu estrictamente revolucionario del proletariado ruso tiene mucho que ver con la victoria de Octubre.

El pueblo alemán nunca ha hecho una revolución, y en el desarrollo político siempre ha seguido con un retraso de al menos un siglo a las demás naciones. Francia, por el contrario, siempre ha vertido su sangre por el mundo. Las condiciones económicas son las condiciones *sine qua non* de las posibilidades de una transformación social; pero una vez que están dadas, esto es, que han madurado, el éxito revolucionario es sólo cuestión de espíritu revolucionario en los que se deben batir, y de capacidad revolucionaria de los dirigentes. Expliquen los señores marxistas, si son capaces, la derrota del proletariado europeo con el materialismo. ¿Acaso la economía alemana no estaba ultramadura para el cambio?

Para abreviar y no repetir lo que de mil maneras se ha

3. Mentía; escribía en un régimen fascista sin saber dónde ni cuándo imprimiría lo que estaba redactando; traté de disfrazarme de antimarxista. Prestaba atención fundamentalmente a la economía, al menos en lo poco que sabía, pero es un hecho que el marxismo puede explicar las líneas maestras de la historia y no sus detalles. La economía sitúa el devenir social en un plano inclinado, pero el camino para llegar hasta el final puede ser vario, por no decir precoz o retardatario.

Ahora me explico muy bien la derrota del socialismo en Rusia: no se aplicaron relaciones socialistas de producción y de distribución.

dicho, con la derrota de la revolución proletaria alemana la dictadura del proletariado ruso se encontró aislada en un mundo capitalista y hostil. El reflujo de aquella oleada revolucionaria que había atemorizado al mundo burgués inmediatamente después de la guerra era general; las perspectivas revolucionarias, para cualquier observador sensato, se aplazaban *ad calendas graecas*. Entretanto, el capitalismo recuperaba el aliento con un aumento de la producción que se prolongó hasta 1929 principalmente por medio de los trabajos de restauración de las zonas devastadas por la guerra y la reconstitución de los *stocks*.

El experimento ruso quedó ante una encrucijada: o bien acampar fundamentalmente a la espera de la revolución proletaria en Occidente o bien ponerse de acuerdo con el mundo exterior y por tanto cambiar radicalmente de política. Se optó por la segunda solución, de la que Stalin fue primero el inspirador y después el implacable ejecutor. Naturalmente, este cambio radical de política había de ser ocultado, al menos formalmente, al proletariado ruso y al proletariado internacional. No fue muy difícil conseguirlo; desde hace casi cien años los trabajadores han sido regular y sistemáticamente engañados por los partidos rojos de todos los matices que han aparecido en la escena política. El proletariado ruso e internacional padeció también esta solemne mixtificación sin dar excesivas muestras de legítima cólera contra sus dirigentes, auténticos traidores. Parece incluso que se ha acostubrado a ello, que se ha encallecido.

La muerte de Lenin exigía un sucesor, y la figura más digna, ya moralmente, ya intelectualmente, era Trotsky. Su rectitud revolucionaria y su genio sin duda habrían defendido bastante mejor el primer estado proletario que se había afianzado en el mundo. Pero Trotsky fue dejado de lado, llevado al ostracismo y boicoteado unánimemente por los epígonos de la revolución. Quien conozca algo los partidos socialistas y comunistas no se asombrará ante semejante fenómeno.

Puesto que Trotsky se alzaba como un gigante entre los que rodeaban a Lenin, se pensó en neutralizarlo, y de

este modo fue sorteado un primer y grave obstáculo que habría dificultado la campaña nacional e internacional de atontamiento.[4]

Los acontecimientos que siguieron a la muerte de Lenin han sido ampliamente descritos por diversos autores; lo que interesa en el presente trabajo es determinar los resultados sociológicos alcanzados.

En la obra de colectivización de la tierra y de industrialización del país, los funcionarios estatales y del partido fueron minando el poder de los trabajadores hasta convertirse en los monopolizadores del estado. Para ello tuvieron que vincularse sólidamente con los técnicos, de los cuales no se podía prescindir, y de este modo se produjo la primera gran soldadura en la formación de la nueva clase dominante en Rusia. La campaña stajanovista es una simple expresión de ello, y representa también un método nuevo para azuzar a la masa trabajadora a dar un rendimiento mayor. A esta soldadura siguieron otras: con los grandes incensarios del régimen, con la adhesión de los altos cargos militares y de toda la burocracia paraestatal.

4. Lo cierto es que la verdadera dictadura fue la del partido bolchevique y no la del proletariado; se concentró en las células y no en los soviets. Y así sucedió que ese partido, único en el mundo, que no había traicionado a los trabajadores antes de la situación revolucionaria, les traicionó después, cuando se creía que ya no había peligro.

Los teóricos de la dictadura *sobre* el proletariado, los que sólo pleonásticamente concebían el partido bolchevique como guía de un régimen democrático de soviets y lo concebían en la práctica como monopolizador de la dirección social proletaria, han dado el espectáculo de una degeneración burocrática facilitada por la coyuntura histórica.

El proletariado se encontró desposeído por sus hombres de confianza, incluidos los que le habían conducido al ataque y a la victoria, pero más particularmente por la masa inmensa de los *parvenus*.

Un partido solo no podía pretender erigirse en dictador con un programa social enorme que exigía la participación y el control de todos los trabajadores. La única garantía era la clase proletaria, con todo el poder de los soviets.

Se ha llegado, pues, a un punto en el que toda la dirección económica y política está monopolizada por la burocracia, y la nueva Constitución no hace más que sancionar oficialmente este hecho. En esta burocracia no hay más que una división del trabajo; en conjunto, todo se encamina al mantenimiento del predominio político y de los privilegios económicos logrados. Los burócratas, con sus familias, componen una masa de unos quince millones de habitantes. Son suficientes para constituir una clase y, dado que Trotsky nos asegura que el 40% de la producción lo arranca la burocracia para sí, creemos poder decir que esta clase es también una clase privilegiada.

Al tener en sus manos todas las palancas económicas, salvaguardadas por un estado policíaco levantado expresamente, la burocracia es omnipotente. Determina a su gusto los salarios y los precios de venta al público con aumentos sobre los precios de coste dos o tres veces superiores a los acostumbrados en los denostados países capistalistas, de modo que las «sanguijuelas» burguesas de otro tiempo aparecen como «honrados comerciantes». Acerca de ello nos da Citrine una documentación indiscutible. A veces la burocracia adquiere incluso grano a bajo precio de los campesinos para revenderlo luego a los obreros diez veces encarecido.

El plan económico es, naturalmente, asunto que atañe exclusivamente a los burócratas, y, lógicamente, las inversiones siguen las vías que resultan más beneficiosas para los intereses de la nueva clase. La propia prensa soviética ilustra las miserables condiciones en que viven los obreros, a quienes se les reserva un promedio de cinco metros cuadrados de vivienda; pero en vez de construir viviendas obreras nuevas y más decentes o solamente éstas, se piensa en la construcción de la Casa de los Soviets, de 360 metros de altura, porque en realidad no se trata de una Casa de los Soviets sino de la sede de la burocracia soviética. Si se inquieren las razones de esta mala administración del erario público, el burócrata interpelado responde invariablemente que los obreros no han planteado objeción alguna, como si fuera normal

que los trabajadores de la URSS pudieran expresarse libremente y oponerse a las decisiones de sus amos.

Entre los burócratas (funcionarios, técnicos, policías, oficiales, periodistas, escritores, mandarines sindicales y todo el partido comunista en bloque) ha nacido una solidaridad de clase cuyos estropicios, naturalmente, se hacen recaer sobre los trabajadores, ligados como siervos a la máquina económica estatal, a la que los burócratas, para colmo de escarnio, declaran órgano de la clase proletaria.

Si los funcionarios realizan la administración, los técnicos representan a los llamados hombres de confianza. La policía tiene la misión de salvaguardar la nueva propiedad y de mantener la conducta de los ciudadanos dentro de la «línea» establecida por las altas jerarquías. Periodistas y escritores están encargados de engañar «científicamente» al gran público. Los mandarines sindicales se han convertido en funcionarios situados entre los trabajadores para sondear sus estados de ánimo y engañarles, lo mismo que siempre se hizo en las organizaciones amarillas o rojas en todos los países capitalistas del mundo. Entre la burocracia sindical soviética y la americana, la inglesa o la francesa no hay mucha diferencia en los fines a alcanzar, pero en cambio hay una diferencia sustancial en el hecho de que mientras las burocracias sindicales de los países capitalistas están al servicio de la burguesía, en el estado soviético esta burocracia está al servicio de un estado burocrático, o sea, de sí misma.[5]

El partido comunista ruso, en el que ahora los trabajadores casi ya no están presentes y que se ha convertido en pasto de burócratas, representa el perro guardián que vigila las ovejas, y Stalin es el gran pastor que, bastón a la espalda y alforja en bandolera, azuza a sus bestias. Si alguna oveja se descarría, el perro ladra y Stalin suel-

5. Por fuerza he de convenir que los funcionarios sindicales no siempre han estado al servicio de la burguesía. Frecuentemente lucharon contra ella y ayudaron a los trabajadores a mejorar su nivel de vida. Sin embargo, a menudo obedecieron a los partidos y sirvieron a los intereses de éstos y no a los de los trabajadores.

ta un bastonazo. El resto de la grey toma nota de ello, aprende a temer cada vez más al perro guardián y dirige al «gran pastor» sus balidos lastimeros.

El proletariado no tiene más derecho que el de ir a trabajar a esas fábricas que irrisoriamente se declara que son propiedad suya pero en las que no tiene la menor función directiva y donde sólo puede sudar en abundancia, azuzado por sistemas que además de no tener nada de socialistas, son todavía peores que los habituales en los denostados países capitalistas. Como se ve en este breve cuadro, no inventado por el autor, sino confeccionado a partir de los informes de los «especialistas» en la cuestión, con los que se discutirá más adelante, el socialismo no tiene existencia alguna en esta sociedad. Todo el mundo está de acuerdo en este punto, salvo, naturalmente, Stalin y la burocracia soviética.

El gran argumento de Trotsky y sus compañeros, y también el de todas las sectas revolucionarias anticomunistas, es que la propiedad de los medios de producción es colectiva y que la economía está planificada. Para Trotsky, a pesar de todo, el estado soviético sigue siendo un estado obrero y la dictadura del proletariado se halla en vigor todavía. Esta cuestión se discutirá más adelante; de momento sólo se intenta inferir, con buen sentido, la naturaleza del estado soviético; a las disquisiciones «científicas» o pretendidamente tales se pasará después.

Para nosotros, de la Revolución de Octubre y de su reflujo ha salido una nueva clase dirigente: la burocracia. La burguesía ha sido liquidada y ya no tiene posibilidad de retorno. Poseer el estado le da a la burocracia la propiedad de los medios de producción, que es colectiva y no ya privada, que pertenece *in toto* a la clase dirigente.

Es obvio que la nueva clase se guarda muy bien de declarar oficialmente su propiedad, pero en la práctica tiene en sus manos todas las palancas económicas y políticas y las hace custodiar por la GPU y por las bayonetas del ejército «purificado». De un modo que no es sólo metafórico, cada fábrica tiene su escuadra GPU que monta

guardia, y en las grandes empresas entra en acción incluso el soldado regular del ejército con la bayoneta calada. Vigila quién entra, examina los documentos y sigue paso a paso al visitante, incluso cuando se trata de un personaje al que deberían tratar con todo miramiento como el tradeunionista Walter Citrine.

En vez de socializarse, el estado soviético se burocratiza; esto es: en vez de desaparecer lentamente en la sociedad sin clases, se hincha espantosamente. Los individuos que se han aferrado al tronco estatal y absorben su savia son ya quince millones. La explotación se produce en bloque, de acuerdo con la transformación de la propiedad: la clase burocrática explota a la clase obrera, cuyo nivel de vida determina con las pagas y con los precios de venta de los productos en los almacenes estatales. La nueva clase dominante ha sometido en bloque al proletariado. A los trabajadores ni siquiera les queda la libre oferta de su «fuerza de trabajo» a los diversos empresarios: la burocracia es monopolista, ha perfeccionado el sistema de explotación. Los proletarios rusos han caído de la sartén a las brasas.

Desde el punto de vista social, esta forma nueva resuelve el insostenible antagonismo que hacía a la sociedad capitalista incapaz de todo progreso. En esta última, la forma de producción es colectiva desde hace tiempo, puesto que para la producción de una mercancía cualquiera, concurre todo el mundo directa o indirectamente, mientras que la apropiación de las mercancías resulta ser individual como consecuencia, precisamente, del mantenimiento de la propiedad privada. Con la transformación de la propiedad privada en propiedad colectiva, puesta efectivamente bajo la dirección de una sociedad que actúa como un todo armónico en una dirección única, el antagonismo productivo de la sociedad capitalista se resuelve y es sustituida por un nuevo sistema. En sus comienzos es ferozmente explotador, como por lo demás lo fue el propio capitalismo, pero es posible que con el afianzamiento y el perfeccionamiento del sistema, y el aumento productivo consiguiente, la clase dirigente tenga la posi-

bilidad de distribuir a sus explotados una porción mayor del producto. En un ambiente internacional normal, el desarrollo de la producción sobre bases colectivistas, incluso con dirección burocrática, debería ser cosa cierta, pues se eliminarían o al menos se reducirían los enormes gastos que para la preparación bélica se realizan hoy por doquier. El armarse se ha hecho continuo; no se hace sino transformar los estados en organismos fundamentalmente militares; y esta enorme dilapidación del trabajo puede neutralizar y volver negativo el impulso que recibe indiscutiblemente la producción a consecuencia de la transformación de la propiedad privada en propiedad colectiva y de la organización económica según un plan preestablecido.[6]

Este nuevo sistema social se presenta como un fenómeno histórico parasitario en el desarrollo social. Lógicamente, el poder debía pasar de la burguesía al proletariado, pero este hecho no se ha producido. La causa es, evidentemente, la inmadurez política de la clase obrera.[7] En

6. Hoy no razonaría así. En aquel momento de mi película mental, todavía no habíamos derribado el famoso antagonismo insanable del capitalismo formulado por Marx. Yo seguía a Marx y me parecía documentarlo. Me equivocaba, como explico en *Il socialismo dalla religione alla scienza,* que empecé a escribir tras *La Bureaucratisation du Monde* cuando me di cuenta de que el colectivismo burocrático era un fenómeno social regresivo y no progresivo.

7. Pido perdón a los trabajadores por este pasaje. Los trabajadores han demostrado, particularmente en Italia, estar más que maduros políticamente. Fueron los dirigentes quienes impidieron la toma del poder, y donde la revolución obtuvo la victoria fueron los dirigentes una vez más quienes dieron muestra de cómo se trabaja en contra del socialismo. Ni siquiera Lenin pudo impedirlo, y está ampliamente excusado. Se trataba de resolver un problema sociológico y económico de primera magnitud: hallar primero y aplicar después la relación de producción socialista. Al masacrar a los marinos de Kronstadt y a la oposición obrera, Lenin resolvió políticamente la cuestión, cuando la solución marxista podía brotar precisamente de estos balbuceantes indicios.

Se retrocedió en seguida a la NEP y el desastre le pareció a

la práctica se pasa a una dirección social que no es burguesa ni proletaria. En el fenómeno de la gran producción la figura del capitalista se ha vuelto inútil, y queda automáticamente descartada. El ex funcionario, chupatintas de la burguesía, se pone un traje nuevo al aliarse a la burocracia sindical y a la del estado totalitario: en el horizonte asciende una nueva clase. Sólo el próximo futuro podrá decirnos si esta nueva clase que atisba en el mundo será capaz de allanar todas las divergencias políticas legadas por el imperialismo para lograr después, con la nueva organización económica, aumentar el volumen de la producción misma y elevar el nivel de vida de las masas. Aquí mostraría su valer.

Los síntomas políticos también concuerdan con la incipiente burocratización del mundo. Munich representa una primera cristalización de la consciencia burocrática. Capitalistas y representantes de los nuevos regímenes, tras haberse empujado recíprocamente hasta el borde del abismo, se han puesto de acuerdo de modo imprevisto. acaso empujados por la subconsciencia del próximo devenir social. Los viejos imperialismos francés, inglés y americano se dan cuenta de la inutilidad y de la imposibilidad de mantener una hegemonía en un mundo que si quiere sobrevivir ya no puede ser imperialista y que se transforma burocráticamente a ojos vista.

Las viejas democracias recitan una política antifascista para no desvelar a los canes que duermen.[8] Hay

---

Lenin tan grande que llegó a ofrecer las famosas concesiones en Rusia a los capitalistas del mundo. Éstos las rechazaron y se limitaron a hacer caridad. El repliegue a la economía de mercado fue justo, pero ocultar a los trabajadores el desastre económico del comunismo de guerra y los estragos de Kronstradt, evitaron la discusión sobre el sistema económico socialista que anunciaba la oposición obrera, y precisamente a falta de esta oposición, un Stalin cualquiera pudo posteriormente proceder a abolir el mercado de nuevo y a imponer la autarquía mediante un diluvio sin precedentes en la historia. Demasiado político y demasiado poco marxista, Lenin no nos hizo aquí ningún favor.

8. El antifascismo de los capitalistas, en cambio, se había

que mantener tranquilos a los proletarios mientras en sus países la transformación social se produce a la chita callando, y entretanto dan de comer antifascismo a las masas obreras para el desayuno, para el almuerzo y para la cena. Y les va bien que España se convierta mientras tanto en una carnicería proletaria internacional, tanto para calmar los ánimos revolucionarios de los trabajadores como para dar salida a los productos de su industria pesada. En China los proletarios se ven empujados a una política antijaponesa justamente bajo la dirección de ese Chiang Kai-chek que aún tiene las manos tintas de la sangre en flor de los proletarios chinos. No es necesario decir que las masas trabajadoras se lo tragan todo y siguen ignorantes, casi resignadas.

Poco a poco los trabajadores de Francia, de Inglaterra y de América se encontrarán con que ya no son ciudadanos normales, sino «súbditos» de un régimen burocrático que «nacionalizará» la propiedad y tomará muchas otras medidas de cuño «socialista». No se llamará a eso, ciertamente, fascismo, nazismo o stalinismo; ciertamente, su nombre será distinto, aunque su fondo siempre será lo mismo: propiedad colectiva en manos del estado, burocracia como clase dirigente, organización colectiva y planificada de la producción, y una explotación que pasará del dominio del hombre al de la clase.

Al llegar aquí el marxista Trotsky nos gritará que no sólo las condiciones de distribución, sino que tampoco las de producción, son socialistas, contrariamente a lo que destaca respecto de la URSS, y de ahí pasará a la propaganda revolucionaria contra la burocracia mundial. La afirmación de esta burocracia representa, en sus conceptos, «una posibilidad histórica y no un hecho consumado». Hemos de esperar, pues, a que el hecho se con-

---

vuelto real al menos en el plano internacional, pero los marxistas revolucionarios todavía situábamos en primer plano el antagonismo entre capitalistas y proletarios, cuando el proletariado ya había sido quitado de en medio, tanto en Oriente como en Occidente.

suma para permitir que Trotsky haga su análisis de él. Luego habrá que dirigirse al proletariado, que ya estará bajo la tutela de los gobiernos burocráticos, con el éxito que cabe imaginar.

El examen de Trotsky será, ciertamente, científico y marxista al cien por ciento, pero llegará tarde y no cuando se perfilaban las posibilidades; incluso podrá convencer a los dirigentes burocráticos mismos, que por toda respuesta le darán un fascista: «¡A mí qué me importa!»

El hecho consumado existe en Rusia y es preciso desentrañarlo. Se está realizando, y es visible, en Italia y en Alemania. Los primeros síntomas del hecho aflorarán por todas partes, incluso en los países de las grandes democracias.

A Trotsky, precisamente, le quedaba todavía una carta que jugar, pero todo demuestra que no tiene las menores ganas de hacerlo. Su gran figura desciende lentamente en un trasfondo gris, y oscurece el recuerdo de un día que estuvo lleno de sol.

Joffe, antes de suicidarse, le había escrito una carta recomendándole que no temiera el aislamiento siempre que mantuviera intacta la línea leninista. Nos parece que Trotsky ha seguido este consejo de un modo excesivamente mecánico, y no, ciertamente, a la manera de Lenin. En el momento de la escisión del partido socialdemócrata ruso, cuando se había defenestrado a Plejánov, Lenin le pidió reiteradamente a Trotsky que permaneciera con él. No lo consiguió. Pero cuando León Trotsky regresó a Petrogrado en 1917 y admitió que se había equivocado, Lenin le aceptó entre las filas de los bolcheviques porque comprendía que un error político no significa una traición. Trotsky, en cambio, rechaza a todos aquellos que no piensan exactamente como él, y ha amaestrado una escuela de jóvenes que siguen la «línea» de la misma manera. Ni por un segundo piensa el Danton de la Revolución de Octubre que se puede equivocar. Está demasiado seguro de sí mismo; y eso, hasta cierto punto, está bien, pero conduce al fracaso cuando el razonamiento necesita recurrir a la demagogia, al sofisma

y a la *boutade*. Esto significa que uno ya no está demasiado seguro en el terreno que pisa, y debería tomar en cuenta las razones ajenas y no temer admitir el propio error. Cualquier otra solución llevará a resultados mucho peores.

En conclusión: la URSS representa para nosotros un nuevo tipo de sociedad dirigida por una nueva clase. La propiedad está colectivizada y pertenece a esta clase que ha organizado un nuevo sistema de producción. La explotación pasa del dominio del individuo al de la clase.

Todas las luchas políticas que se han desarrollado en la URSS desde 1923 han sido luchas de la nueva clase en formación contra el proletariado, a pesar de que al principio se tratara de combates inconscientes. Los estragos que desde la muerte de Kirov hacen las delicias de la Unión Soviética, con la eliminación de la vieja guardia leninista y de cuantos podían ensombrecer el dominio de la burocracia, no son sino la necesaria guerra civil de la nueva clase que quiere afianzar su dominio. No se trata de un signo de debilidad, sino de una demostración de su fuerza.

La URSS ha abandonado desde hace tiempo toda veleidad revolucionaria y se ha puesto a los pies de la burguesía francesa e inglesa.[9] Los capitalistas se han convencido hasta tal punto de que hoy en Rusia la revolución y el socialismo no son más que una mascarada para ingenuos que han invitado y aceptado a la Unión Soviética incluso en su santuario de Ginebra. De puertas adentro siguen protestando contra los manejos revolucionarios de la Komintern, pero sólo para embaucar mejor a los obreros. Lo que cuenta son los hechos, y éstos nos dicen que la URSS se ha enganchado desde hace años al tren burgués de los capitalismos. París, Londres y Nueva York han reconocido en la llamada república soviética un estado explotador y opresor de los trabajadores.

9. El revolucionario exagera, pero la URSS hacía realmente la corte a las democracias capitalistas y no vaciló en traicionar al proletariado español.

Pese a esta situación política y social real en el país de Stalin, Trotsky y sus discípulos pretenden que la URSS representa todavía un estado obrero en régimen de dictadura proletaria. Éstos, junto con otras corrientes que disienten de la política de la Tercera Internacional, son los únicos que en sus discusiones se interesan, aunque sea indirectamente, por la naturaleza del estado soviético. Polemizaremos con ellos precisamente porque así hemos consolidado nuestro juicio sobre la naturaleza social de la república soviética.

II. En el campo de Agramante

Entre los fugitivos y exiliados de la Tercera Internacional reina una soberana discordia, como en el campo de Agramante, el caballero legendario. Trotsky ni siquiera responde ya a sus contradictores ultraizquierdistas porque, como él dice, «sustituyen el análisis científico por *des glapissements perçants*».

Las escisiones, las exclusiones, los *fins de non recevoir*, la orden de mantener la discusión en la «línea» preestablecida, no sirven sin embargo para ahogar la cuestión. Ésta reaparece siempre aunque el círculo de los miembros se reduzca, y actúa como un hacha que se abate periódicamente sobre el tronco de la IV Internacional exfoliándolo antes incluso de que se haya hecho fuerte.

Trotsky responde a los compañeros B. y C., no mejor identificados, con un artículo que se titula: «¿Un estado ni obrero ni burgués?» La respuesta es ociosa para un marxista que sigue al pie de la letra el pensamiento del maestro: el estado burgués debe ser derribado por la revolución y sustituido por el estado obrero. La historia no tiene otro camino.

Ciertamente, lo ha dicho Marx; como muchas otras cosas que no se han verificado. No estamos aquí para echarle las culpas, sino que creemos que su mayor mérito consiste en haber enseñado a pensar sobre los hechos sociales y en haber suministrado al estudioso un medio formidable de interpretación histórica. Nos parece que los marxistas deberían examinar los hechos contingentes a la luz del método marxista, en vez de limitarse a comprobar si estos hechos encuentran su casilla correspondiente en el catálogo de las previsiones del gran pensador y de sus discípulos. Al hacerlo, y se trata de un sistema inveterado, se transforman en otros tantos jesui-

tas que se encuentran cortos de razones, y por ello nos inundan de citas de este o aquel santo para discutir nuestra opinión. Si alguien se atreve a responder que esos «santos» también podían equivocarse, el jesuita se queda lívido y nos dice *tout court* que puesto que se ponen en duda las profecías de los santos es completamente inútil prolongar la discusión. No sois católicos; estáis entre los réprobos, y réprobo es vuestro pensamiento, privado de la gracia divina.

Marx ha sido, ciertamente, santificado; y si el pensamiento de alguno llega a conclusiones distintas de las previsiones del judío de Tréveris, aunque en la investigación de los hechos sociales actuales se haya valido del método marxista de investigación, su lugar está entre los condenados.

Los compañeros B. y C. sostienen que la URSS ha dejado de ser un estado obrero «en el sentido dado tradicionalmente a este término por el marxismo». Niegan que represente un estado burgués o un estado proletario; y nosotros nos preguntamos, incidentalmente, de qué suerte de estado se trata. Admiten además que la «dominación del proletariado no es en primer lugar una categoría económica, sino sobre todo una categoría política... Todas las fuerzas, órganos e instituciones de la dominación de clase del proletariado han sido destruidas, y esto es decir, por tanto, que la dominación de clase del proletariado ha sido destruida».

Hay, pues, mucha confusión en los conceptos de B. y de C., confusión propia de ese estado mental en que las ideas se hallan en vías de formación.

Trotsky barre para casa al declarar que si la dictadura del proletariado es una categoría política, la política no es más que la economía concentrada, y, por tanto, «el régimen que salvaguarda la propiedad expropiada y nacionalizada contra el imperialismo es, independientemente de sus formas políticas, la dictadura del proletariado». Y eso es así salvo que la burocracia —añadimos nosotros— no resulte ser una clase perfectamente coherente con la propiedad expropiada y nacionalizada.

¿Acaso la naturaleza de un estado puede juzgarse siempre y en cualquier momento, independientemente de sus formas políticas? ¿Es que las formas de propiedad y las relaciones de producción han cambiado ya totalmente cuando un estado se afirma desplazando a otro? ¿No es ésta, por el contrario, la tarea de la nueva clase dominante? ¿No descansó durante algunos años el gobierno del Tercer Estado en Francia sobre una economía en buena parte nobiliaria?

Evidentemente, en este período la economía concentrada no puede representar la política, pero ésta se halla concentrada potencialmente en la clase social que tiene el mando en sus manos y en su programa de actuación.

El propio Trotsky admite que «durante los primeros meses del régimen soviético el proletariado dominaba sobre una economía burguesa». Y esto no se admite ciertamente para sostener nuestra tesis, pero sí con el mismo fin de ilustrar un caso de oposición de clase entre la forma política y la realidad económica del cual poder concluir que «la concentración del poder en manos de la burocracia, incluso si se advierte la detención del desarrollo de las fuerzas productivas, no altera la naturaleza de clase de la sociedad y de su estado».

Creemos que el punto esencial consiste en ver con qué fin es salvaguardada en la Rusia soviética la propiedad expropiada y nacionalizada contra el imperialismo, admitido —y no concedido— que el imperialismo sea aún una fuerza eficiente. ¿Quién nos asegura que un invasor cualquiera, imperialista o no, no transformaría la forma de propiedad de la URSS?

Si es cierto que en los primeros meses del régimen soviético el proletariado dominaba sobre una economía burguesa, y si ahora, diversamente, existe un caso de oposición entre la economía y el estado, ¿acaso es ésta una buena razón para dar por válida la tesis de que la dictadura del proletariado es todavía una realidad en el país de los soviets? Por último, la oposición inversa no debería tener valor alguno. Extraño modo de razonar. Pues, ¿por qué no es verdad precisamente lo contrario?

Es decir: si ha habido un estado proletario con una economía burguesa, ¿por qué no puede haber un estado no proletario con una economía nacionalizada? Acaso porque nunca se ha visto un fenómeno así, o porque no lo ha previsto Marx. Nos parece que nuestra tesis es más lógica, ya que los demás factores que sirven para caracterizar la esencia de un estado han sido dejados de lado en el país de Stalin.

Ni soñarlo, piensa Trotsky; incluso la segunda e inversa oposición debe ayudar a comprobar su tesis. (Nótese bien que esta segunda oposición no debería haberse verificado en un régimen tendente al socialismo, mientras que la primera es clara y comprensible.)

Si todo el mundo está de acuerdo en que, incluso sin una propiedad nacionalizada, en los primeros meses tras la Revolución de Octubre, la dictadura proletaria era un hecho auténtico y real, esto significa que la dictadura del proletariado es ante todo una cuestión de formas políticas, y no económicas, al menos en la fase de transición de la economía burguesa a la economía socialista.

Por lo que sabemos, la dictadura proletaria es la forma política de la clase obrera en esta fase, durante su construcción social; pero cuando dejan de producirse sus resultados peculiares y específicos resulta lógico pensar que la propia dictadura proletaria ha dejado de existir. Hasta el día en que debería desaparecer en el socialismo alcanzado, los factores políticos tendrán algo que decir en la clasificación del carácter del poder. Del mismo modo que es cierto y cosa por todos admitida que incluso con la nacionalización de la propiedad el socialismo no es un hecho consumado en la URSS, nos parece igualmente evidente que la nacionalización de la propiedad y la economía planificada no son razones suficientes para demostrar la existencia de la dictadura proletaria. Una verdad de La Palisse: también es necesario que el proletariado tenga en sus manos el poder; y esta condición es tan importante que, a pesar de que hemos visto una auténtica dictadura proletaria aunque la economía fuera burguesa, el caso contrario todavía no se ha dado nunca en la histo-

ria, y la URSS actual dista mucho de convencernos. Debe de tratarse necesariamente de una forma de sociedad que no es capitalista ni socialista y de un estado que no es obrero ni burgués. Todavía creemos que la dictadura del proletariado, una vez realizada la nacionalización de la propiedad, debe seguir en el programa socialista, mientras que todos excluyen —y entre ellos, en primera fila, Trotsky— que en el país de los soviets se siga por este camino. Así, ¿de qué dictadura del proletariado se habla? ¿De la que ha dado al estado proporciones inauditas? ¿De la dictadura que hace *tabula rasa* de los revolucionarios? ¿De la que organiza con asesinos y traidores el sabotaje de la revolución proletaria en el mundo? ¿Es tal vez la que avanza hacia una diferenciación cada vez más acentuada entre las clases?

La URSS no responde a las normas del estado obrero que hemos desarrollado en nuestro programa. «La historia nos muestra un proceso de degeneración del estado obrero», dice Trotsky. Pero, después de esta degeneración, ¿qué nos queda del estado obrero y de la dictadura del proletariado? Trotsky contesta: «La nacionalización de la propiedad y la planificación de la economía.» Muy cierto, pero ¿con qué finalidad? ¿Acaso para la realización del socialismo? No, evidentemente; el propio Trotsky lo niega. ¿Entonces? Entonces si perduran la propiedad nacionalizada y la economía planificada es porque ambas son adecuadas al régimen que tiene en sus manos el poder. En realidad la burocracia soviética no tiene ninguna razón para eliminar estas innovaciones de la Revolución de Octubre, y en cambio para mantenerlas tiene razones de carácter político y social. Desde el punto de vista político, engaña al proletariado diciéndole que la propiedad nacionalizada es suya; y desde el punto de vista social, no puede ir contra la corriente, contra el desarrollo de la producción. Los propios estados burgueses también avanzan día a día por el camino de la nacionalización de las propiedades y de la planificación económica. Minan, al mismo tiempo, el canon sagrado de la propiedad privada. ¿Acaso hay que echar por tierra este trabajo donde ya

ha sido realizado? Aunque sólo fuera por esto, no hay que temer una nueva transformación de la propiedad en Rusia.

Todo prueba que la dominación burocrática es efectiva en el otrora país de los soviets. Y lo es desde hace tanto tiempo que se ha producido una clara diferenciación de clase. Todos los actos políticos y sociales son los propios de una clase dominante que tiene la preocupación de mantener y afirmar su poder. Pues bien: según Trotsky no es legítimo pensar que la burocracia soviética, monopolizadora del estado, puede representar una nueva clase.

«No se trata de una nueva burguesía», se nos dice. O bien: «Todavía no lo es»; no se trataría en este caso de una clase, sino de un «dependiente». Pese a que la tradición, incluso la doméstica, nos enseñe que muchos dependientes acaban convirtiéndose en patrones, en el campo de Agramante no se logra concebir una nueva clase al margen del proletariado y de la burguesía, incluso cuando la última está muerta y enterrada y el segundo es fustigado normalmente por un nuevo patrón. Por fuerza debe de tratarse de un simple dependiente, casi de un burócrata normal, que en el caso de la URSS se convertiría en el servidor del imperialismo mundial.

No creemos que el marxismo pueda llevar a semejantes sinsentidos. Los marxistas siempre han tenido el vicio de la unilateralidad pese a que el fondo de la doctrina de su maestro es universal. Marx no podía prever el caso del estado totalitario con la dominación primero de una *clique* y luego de un estrato social que a continuación debería afirmarse definitivamente como clase. Pero lo que hay que examinar aquí son los hechos, y las ideas no llueven del cielo. Incluso en el campo de Agramante estas ideas flotan como raros y grandes copos, como indicios de una inminente nevada.

Los marxistas que pretenden ser ortodoxos no se contentan con examinar los hechos: investigan al modo marxista lo que hay por debajo de ellos. Descubren que quien razona como nosotros es víctima de una ilusión óptica,

cuando en la realidad son ellos quienes vuelven el mundo del revés como los filósofos idealistas de antaño. Sirven cada plato de su saber con una guarnición de dialéctica marxista, que nosotros consideramos basada en buena parte en la lucha de clases; pero no advierten siquiera que en el mundo está cristalizando una clase nueva.

Para explicar lo que ocurre actualmente en el país de los soviets, pretendiendo desconocer e ignorar a la clase burocrática en el poder, Trotsky dice: «Con toda razón puede decirse que el proletariado dominante en un solo país atrasado y aislado sigue siendo pese a todo una clase oprimida. El origen de la opresión es el imperialismo mundial; el mecanismo de transmisión de la opresión es la burocracia.»

La mente de Trotsky, y su arte, saben dar realidad hasta a las tesis más extravagantes, y un observador superficial fácilmente se siente atraído por la fascinación de este gran razonador. Sea como fuere, a nosotros no nos conmueve; lo cierto es que si el proletariado internacional hubiera vencido ahora tendríamos una república soviética mundial que se desarrollaría en la dirección del socialismo. Hasta cierto punto podemos por tanto sostener también nosotros que el origen de la opresión proviene del imperialismo; pero lo más importante estriba en determinar si la burocracia soviética representa o no un mero mecanismo de transmisión.

La URSS, asediada por el capitalismo, ha experimentado una degeneración cada vez más profunda, mientras que el mecanismo de este proceso se ha concretado en la burocracia soviética, pero ¿cuál es el producto social de este retroceso? ¿Acaso no está representado por la omnipotencia del «mecanismo de transmisión»? ¿Es que no se trata de la defenestración del poder proletario para dejar espacio al llamado agente del imperialismo? ¿Es concebible que este doméstico de un pretendido imperialismo defienda las conquistas de la Revolución de Octubre? Contrariamente a ello, pensamos que debería obedecer al nuevo patrón y hacer un funeral de tercera a las conquistas revolucionarias. En realidad le vemos va-

ciar a los soviets de su contenido de clase, encadenar al proletariado, destruir físicamente a los marxistas y hacer distinciones entre los imperialismos para entrar en la congregación de los más poderosos. Le vemos, pues, recitar el papel que le apuntan en la arena internacional no ya para reintroducir el capitalismo en su propia casa sino a cambio de la protección que recibe por su actual régimen de servidumbre estatal. Si se vuelve patriota es sólo por razones de conservación.

Trotsky no niega estos hechos, pero añade que el régimen soviético mantiene la propiedad nacionalizada y la defiende: «Mientras la contradicción no pasa del ámbito de la distribución al ámbito de la producción, el estado sigue siendo obrero.»

Para Trotsky, y para todos los marxistas, es inconcebible pensar en una sociedad que no sea burguesa ni socialista. Una forma social nueva que organice la producción a partir de una propiedad nacionalizada y una economía planificada no puede ser más que socialista, incluso aunque en el campo de la distribución las directivas sean antisocialistas.

Para nosotros, en Rusia el proletariado no ha hecho más que cambiar de amo tras un breve período de poder. El actual estado burocrático mantiene las formas de propiedad colectiva y de economía planificada sólo porque son coherentes con su naturaleza. Estas nuevas formas económicas surgen en la tierra por todas partes, y en primer lugar en los países capitalistas débiles, menos resistentes a la muerte general del capitalismo. Si este último ha agotado su tarea histórica y la revolución proletaria no ha obtenido la victoria, el mundo bien tendrá que proseguir su desarrollo en una forma social nueva incluso aunque no haya sido prevista por Marx y los señores marxistas no la perciban.

Ese «dependiente» que según Trotsky es el mecanismo de transmisión del imperialismo domina en Rusia desde hace ya veinte años y dirige un país que es la sexta parte de la superficie sólida de la tierra con una población de 180 millones de habitantes. El «dependiente» ha ad-

quirido, evidentemente, proporciones inquietantes, bastante mayores, con mucho, a las de algunos de sus «patrones». Una dominación de este género necesita un *staff* que para nosotros representa, a escala nacional, una clase. Para hacerse más fuerte se extiende a todos los ámbitos sociales y donde encuentra resistencia pasa sobre montañas de cadáveres. El régimen burocrático de la URSS ha sacrificado primero al partido comunista y a la III Internacional, y luego al ejército rojo. Tareas de semejante envergadura no pueden ser realizadas por *cliques*, *staffs* o «dependientes», sino solamente por clases.

III. La propiedad de clase

Dado que Trotsky atribuye un valor inconmensurable al hecho de que la contradicción no ha pasado del ámbito de la distribución al de la producción, preciso es pensar que concibe la producción soviética como de carácter socialista. Y nos parece que en esto experimenta también una ilusión óptica que por nuestra parte no se da.

Por el mero hecho de que la propiedad ha sido nacionalizada y la economía está planificada, se piensa que la producción es de una cualidad suficientemente socialista para asegurarnos la perduración del «estado proletario». En realidad todo el sistema de producción es colectivo, como en la organización de las grandes empresas capitalistas, mientras que la propiedad pasa de la forma privada a la colectiva. De ello se deriva, pues, que si las características económicas son las únicas determinantes de la naturaleza del estado en lo que a Rusia respecta, nos vemos reducidos a las nacionalizaciones y a los planes estatales.

Está por ver qué representa en realidad la nacionalización de la propiedad en la URSS; y también aquí nos permitimos, sin pretender ser marxistas ortodoxos, indagar por debajo de los hechos. La nacionalización ha sido, ciertamente, la primera medida revolucionaria decretada por la clase obrera en el poder con el fin de construir el socialismo, pero esta construcción se ha detenido con la degeneración staliniana y resulta lógico preguntarse en qué se ha convertido socialmente esta nacionalización que debía tener como conclusión una socialización de la propiedad. De un modo simplista, se nos dice que la propiedad está «nacionalizada». Esto es muy poco para marxistas científicos. ¿Quién la dirige? Ciertamente, no el proletariado sino la burocracia soviética. En el cam-

po de Agramante sobre este punto todo el mundo está de acuerdo, y Trotsky añade que la distribución de los productos se hace de un modo tal que la burocracia se lleva la parte del león. Nos preguntamos qué clase de propiedad «nacionalizada» es ésta, dirigida exclusivamente por una clase que se apodera luego de los productos con tanta desfachatez como la de la vieja burguesía. En la práctica existe en Rusia una clase explotadora que tiene en sus manos los medios de producción y se comporta precisamente como propietaria de ellos. Su posesión no está fraccionada entre los componentes de la clase, sino que estos últimos en bloque, como clase, son los poseedores reales de toda la propiedad «nacionalizada».

Parece que la propiedad, después de haber sido de todos, y por consiguiente casi inexistente para los hombres primitivos, y haber pasado luego a las comunidades para transformarse a partir de ahí en propiedad privada, representa ahora una forma colectiva bajo el aspecto de propiedad de clase.

En Rusia la clase explotadora se ha convertido en propietaria y ha concretado su esencia jurídico-social. Para evitar el asalto de los trabajadores, les hipnotiza con la «nacionalización» de la propiedad, como si esto representara en la práctica una propiedad de todos. No obstante, la clase explotadora tiene miedo y no puede desarrollar su trabajo en un ambiente democrático; al menos momentáneamente, está condenada a construir un estado policíaco.

Las formas de propiedad deben acompasarse al sistema de producción, y si la clase explotada no está a la altura de su tarea histórica, de la disolución de la clase dominante surge una nueva clase —llamémosla históricamente parasitaria— que tal vez manifiesta en el estado policíaco la condena de la historia.

La contradicción entre el modo de producción y la forma de la propiedad, propios de la sociedad capitalista, llega a ser resuelta, pues, en la URSS incluso sin alcanzar el socialismo y la elevación del proletariado a clase dominante. Perdura la explotación, que únicamente pasa

del dominio del hombre al de la clase sobre la clase. La explotación humana, con el impulso del inevitable desarrollo económico, ha cobrado una forma nueva. La propiedad privada se ha convertido en colectiva pero de clase: no sabríamos definir de otro modo esta «propiedad» nacional que no es de todos; esta propiedad que no es burguesa ni proletaria, que no es privada pero que tampoco es socialista.

Trotsky no logra concebir la nueva clase explotadora de Rusia ni la progresiva pulverización de la burguesía en el mundo; no entrevé la determinación cada vez más notable de la propiedad de clase no sólo en Rusia sino también en los países totalitarios. Concibe el mundo como «una sociedad burguesa en putrefacción».

Poca cosa es esto para un marxista que pretende hacer un análisis científico. De Mussolini a Labriola, de Tardieu a Wallace, toda la literatura de este cuarto de siglo no es más que un acta de acusación, un sarcasmo, dirigido a la vieja sociedad burguesa. Al capitalismo se le ha cantado el *de profundis* en todas las lenguas. Nos parece que la tarea de los marxistas «científicos», depositarios de la dialéctica de la lucha de clase, no consiste en salir del paso con una definición trivial, sino que, precisamente, consiste en ver cuál es el movimiento de clases que se produce en esta época del final del capitalismo y determinar, además de las nuevas formas de propiedad, las nuevas relaciones sociales. Así, vemos que la famosa «plusvalía» no ha desaparecido siquiera en este estado-jeroglífico que es la Unión Soviética; en esto todo el mundo está de acuerdo. Las discordias surgen cuando se trata de determinar a dónde va a parar. ¿Acaso a la inexistente burguesía? No. ¿Acaso a los obreros? Tampoco, puesto que entonces nos encontraríamos con que el socialismo está en construcción en un solo país, y precisamente en el de la «gran mentira». ¿Debemos pensar tal vez que la plusvalía va a parar al «estado obrero»?

Responder afirmativamente sería, por las razones antes dichas, el triunfo del stalinismo, cuyo primer enemigo es Trotsky; y si se pretendiera que la plusvalía ha de-

saparecido en el país de los soviets, habría que deducir que tampoco la fuerza de trabajo se compra ya, y entonces el socialismo sería un hecho contra toda evidencia.

En realidad no hay más que una respuesta posible y admisible: la plusvalía pasa a la nueva clase explotadora, la burocracia en bloque.

Cuando se dice que la sociedad se halla en vías de descomposición, esto significa que está perdiendo sus características económicas; para ello es necesario que las características peculiares de la clase dominante desaparezcan y que la sociedad se convierta en algo distinto. El fenómeno se ha producido ya en el llamado estado soviético, y se halla en vías de producirse en todo el mundo. Esa propiedad de clase que en Rusia es ya un hecho no está registrada, ciertamente, ante notario alguno, ni en el catastro; pero la nueva clase explotadora soviética no necesita de estas pequeñeces: tiene la fuerza del estado en sus manos y esto vale más que los viejos registros jurídicos de la burguesía. Salvaguarda su propiedad con las metralletas de su omnipotente aparato de opresión y no con documentos notariales.

Si para el fascismo, con sus conceptos de colaboración de clase y de estado por encima de las clases, es sostenible la tesis de la propiedad nacionalizada, no comprendemos cómo unos marxistas, científicos además, pueden equivocarse en este punto. Para Marx y Lenin el estado es el órgano de opresión de la clase dominante; mientras existe el estado las clases perduran; y la propiedad, bajo la égida del estado, es gestionada en la práctica por la clase dominante mediante su aparato de dominio. Hablando desde un punto de vista marxista el concepto de propiedad nacionalizada carece de sentido, es anticientífico y antimarxista. Para Marx la propiedad privada debía convertirse en socialista, y como tal la entendía, al menos potencialmente, en el período de la dictadura proletaria. Siguiendo la teoría marxista, por detrás del estado está siempre la clase, y si la posibilidad de

10. Primeras intuiciones del carácter regresivo del fenómeno.

una forma intermedia de propiedad (la propiedad de clase) no quedó prevista, esto se debe casi sin duda al equivocado cálculo de una rápida desaparición de las clases después de que el proletariado hubiera tomado el poder. En realidad, incluso durante la dictadura del proletariado, la propiedad toma el carácter de clase, pertenece a y es gestionada por los burócratas, y sólo manifiesta su carácter socialista potencialmente. Además, si la propiedad es nacionalizada en un régimen no proletario pierde incluso su carácter potencial de propiedad socialista para seguir siendo únicamente propiedad de clase.

En el caso de la URSS, estado en el que la burguesía tiene un peso social ínfimo, si perdura la organización estatal esto significa que al menos dos clases deben permanecer en vida y activas todavía. Si el buen sentido se niega a considerar a los trabajadores soviéticos propietarios de los medios de producción, lógico es pensar que la propiedad de estos medios pertenece efectivamente a la burocracia. En vez de un «dependiente» se trata de un propietario bien definido.

Muy probablemente el hecho de que no se haya previsto una forma transitoria de propiedad entre la privada y la socialista, se halla en la base no sólo de la discordia en el campo de Agramante, sino también de la confusión política aún reinante en el mundo, donde se considera socialismo o capitalismo lo realizado por Stalin, Mussolini o Hitler, cuando en realidad se trata de colectivismo burocrático.

En el campo de Agramante se hacen terribles esfuerzos por evitar estas lógicas deducciones.

El lugarteniente Naville, preguntado acerca de «qué diferencia hay entre la propiedad privada y la propiedad colectiva» si de ésta únicamente puede beneficiarse una burocracia, responde que entre la propiedad privada capitalista y la gigantesca propiedad «privada» de la burocracia hay sólo una diferencia de grado.

Milagroso hallazgo. La propiedad de muchos millones de ciudadanos, concebidos en su conjunto social, debe seguir siendo privada todavía. ¿Sabrá decirnos ahora este

marxista científico qué entiende por propiedad colectiva? ¿Y por qué no ha de seguir siendo también privada la propiedad de una sociedad socialista si se trata sólo de una cuestión de grado? ¿Es que este Solón confunde la sociedad humana con una sociedad por acciones?

Las sociedades humanas se consideran en síntesis y no como sumas. La propiedad sigue siendo privada hasta que la continua estatalización altere sus características.

La ley dialéctica de Hegel sobre la transformación de la cantidad en cualidad es válida para la propiedad. La primera cristalización de la propiedad colectiva se identifica con la propiedad de clase, incluso bajo la égida del proletariado. Otra cosa es que los marxistas no lo hayan previsto y no lo vean.

Si para Naville sigue siendo privada la propiedad de las estatalizaciones fascistas, incluso aunque este proceso está a punto de extenderse a todo el capitalismo, no vemos por qué razón no se debe considerar privada también la propiedad de las nacionalizaciones soviéticas, donde el proceso está completamente acabado siendo la burocracia su gran beneficiario. Siguiendo el razonamiento de Naville, esta deducción es lógica aunque pueda estar equivocada. En realidad la nacionalización de los medios de producción en la URSS ha creado una forma de propiedad, colectiva pero de clase, que resuelve el antagonismo capitalista de la producción colectiva y la apropiación privada.[11] Nosotros no usamos dos pesos y dos medidas en el examen de los hechos sociales; y afirmamos que también el profundo trabajo económico de los estados totalitarios, con las nacionalizaciones y los planes económicos, lleva a la resolución de ese mismo antagonismo con la consecuencia social de la aparición de la propiedad de clase, del dominio de la burocracia, de la pulverización de la burguesía y de la transformación de los proletarios en súbditos de estado.

11. Antagonismo fatídico pero inexistente, como demostré en «Critica Marxista», volumen III de *Il socialismo dalla religione alla scienza.*

Naville, refiriéndose a la burocracia en general, prosigue: «Tenga o no títulos de propiedad, y no los tiene, la burocracia no puede disponer libremente del capital acumulado ni de la plusvalía producida. Para ella no se trata más que de una propiedad capitalista privada, aunque sea a escala de monopolios estatales.»

Nos parece que la verdad va precisamente en sentido contrario. La burocracia soviética, en especial, dispone de capitales acumulados y distribuye la plusvalía. Trotsky llega a decir: «Lo que no era más que una deformación burocrática ahora se dispone a devorar al estado obrero sin dejar nada, y a formar sobre las ruinas de la propiedad nacionalizada una nueva clase poseedora.» Y nosotros añadimos: ¿Quién dirige la economía? ¿Quién prepara los planes quinquenales? ¿Quién señala los precios de venta? ¿Quién decreta las obras públicas, las construcciones industriales, etc., sino la burocracia soviética? Y si la propiedad no estuviera a disposición de ésta, ¿a disposición de quién iba a estar? ¿Quién está encargado de la distribución de la plusvalía? ¿Acaso la burguesía zarista, muerta y enterrada? ¿El imperialismo mundial? ¿El proletariado ruso? Naville no nos da explicaciones, sino que prosigue: «¿Se trata entonces de una nueva forma de propiedad, de relaciones establecidas históricamente sobre la base de la apropiación colectiva pero a beneficio de una clase —la burocracia— particular? En este caso habría que admitir que la burocracia disfruta del sistema *como una clase capitalista,* puesto que se apropia de la plusvalía como una *empresa capitalista.*»

Pues sí, diablos; se trata precisamente de esto. Pero hay que admitir que la burocracia disfruta del sistema de la sociedad dividida en clases no ya como clase capitalista, sino como clase burocrática; y que se apropia de la plusvalía no ya como una empresa capitalista sino como una clase explotadora distinta.

Naville, por el contrario, responde como sigue a las preguntas que tímidamente se hace: «La historia demuestra que el fenómeno de la producción y de la apropiación de plusvalía no está precisamente limitado al capitalis-

mo liberal o al monopolio privado. La renta agraria y la plusvalía existentes en la época feudal han cobrado su sentido con la economía mercantil y a continuación con el desarrollo industrial. Siguen existiendo en la URSS a pesar de las negativas de Stalin, Bujarin y su escuela. Sólo que *están nacionalizados, y aquí está la diferencia esencial.* Si se quiere esclarecer la naturaleza de la actual sociedad soviética hay que evitar los errores también por este lado.»

Puesto entre la espada y la pared, ante la ineluctable necesidad de admitir que la plusvalía «cobra todo su sentido» también en el colectivismo burocrático, el discípudo de Trotsky salva el obstáculo de un modo muy poco científico y subraya la posición ambigua, antimarxista y reaccionaria según la cual la renta agraria y la plusvalía han sido nacionalizadas en la sociedad soviética. Ahí encuentra también una diferencia esencial.

Le responderemos con las palabras de su maestro, que en *La revolución traicionada* se expresaba como sigue: «No es discutible que los marxistas, empezando por el propio Marx, hayan empleado respecto del estado obrero los términos de propiedad "estatal", "nacional" o "socialista" como sinónimos. A gran escala teórica, este modo de hablar no presentaba inconvenientes. Pero se convierte en una fuente de errores groseros y de engaños cuando de lo que se trata es de las primeras etapas aún no aseguradas de la evolución de la nueva sociedad, aislada y retrasada respecto de los países capitalistas desde el punto de vista económico.

»Para que la propiedad privada se convierta en social debe pasar inevitablemente por la estatalización, del mismo modo que el gusano, para convertirse en mariposa, debe pasar por la crisálida. Pero la crisálida no es una mariposa. Millares de crisálidas perecen antes de transformarse en mariposas. La propiedad del estado no se convierte en propiedad "del pueblo entero" más que en la medida en que desaparecen los privilegios y las distinciones sociales, fase en la que el estado, como consecuencia de ello, pierde su razón de ser. Dicho de otro

modo: la propiedad del estado se convierte en socialista a medida que deja de ser propiedad del estado. Y, al contrario, cuanto más se eleva el estado por encima del pueblo soviético, más duramente se opone como dilapidador guardián de la propiedad y más claramente testimonia contra el carácter socialista de la propiedad estatalizada.»

No parece, pues, que tras una nacionalización —por así llamarla— de la propiedad, la renta agraria y la plusvalía queden efectivamente nacionalizadas, es decir, sean de todo el pueblo. No hay diferencias esenciales fuera de que la burguesía ya no es la clase explotadora que se apodera de la plusvalía, sino que quien se ha adjudicado este honor es la burocracia.

Naville juega con la identificación de propiedad nacionalizada y propiedad socialista, lo cual no nos parece demasiado científico ni demasiado marxista. Un error así era excusable en los tiempos de Marx, pero ya no lo es en sus discípulos, ahora que las previsiones del maestro, aunque no claras, cobran sustancia social.

Si se quiere poner en claro «la naturaleza de la sociedad soviética actual», hay que evitar los errores también por este lado y desentrañar qué es lo que representa realmente, hablando en términos sociales, la propiedad nacionalizada. Se admite que este trabajo debe hacerse de un modo científico, marxista si así lo prefieren los caballeros del campo de Agramante. No pretendemos haberlo realizado sino, solamente, esbozado.

Siguiendo esta vía, también el advenimiento del estado totalitario en el mundo les resultará un poco más claro a quienes hasta ahora han mostrado una incomprensión total respecto del fascismo, todavía infamado como salvador y continuador del capitalismo.

En estos regímenes, una nueva clase dirigente en formación declara que el capital está al servicio del estado. Facilita las cosas, y ya fija en gran parte los precios de las mercancías y los salarios de los trabajadores, y organiza la economía nacional según un plan preestablecido.

Evidentemente, la propiedad de los medios de producción no es tan sencilla de determinar como la de los me-

dios de consumo. Estos últimos son de uso personal, mientras que los otros están más fijos que las montañas. No hay proletariado, estado o clase algunos que se los pueda cargar a la espalda y llevárselos adonde le plazca. No hay que sorprenderse cuando llegan momentos en que es difícil determinar la propiedad.

Para nosotros, en la URSS los propietarios son los que tienen la fuerza en sus manos: son los burócratas. Ellos son quienes dirigen la economía, como era normal entre los burgueses. Ellos son quienes se apropian de las ganancias, como es normal entre todas las clases explotadoras. Ellos son quienes fijan los salarios y los precios de venta de las mercancías: los burócratas, una vez más.

Los obreros nada tienen que ver con la dirección social; menos con los ingresos de plusvalía y tanto peor entonces en lo que respecta a la defensa de esta extraña propiedad «nacionalizada». Los obreros siguen siendo explotados y los burócratas son sus explotadores.

La propiedad nacionalizada por la Revolución de Octubre pertenece ahora, como un «todo», a la clase que la dirige, la explota y... la salvaguarda: es una propiedad de clase.

Con el sistema de producción colectivo, que se ha integrado durante la evolución capitalista, la propiedad privada no podía escapar a la colectivización. La realidad es que la propiedad colectiva no se halla bajo la protección de la clase proletaria, sino bajo la de una nueva clase que en la URSS representa un hecho social ya acabado mientras que en los estados totalitarios se halla en vías de formación.

IV. La explotación burocrática

«Si es verdad que la URSS ha cristalizado en una nueva forma social estable, distinta del capitalismo y del socialismo, y que en lugar de la vieja burguesía se ha situado otra clase dominante, esto también explicaría cuál es la nueva forma de explotación y por qué vías es extraída la plusvalía a los trabajadores.»

Así pueden expresarse, más o menos, los marxistas científicos, y nosotros haremos lo que podamos para adelantarnos a sus deseos. Si Trotsky está de acuerdo con Naville en la cuestión de la propiedad nacionalizada, considerándola un rasgo peculiar del estado obrero, no parece, en cambio, que el maestro esté de acuerdo con el discípulo en considerar que en el país de Stalin están nacionalizadas la renta agraria y la plusvalía. Véase lo que dice en *La revolución traicionada*: «Si para expresarnos mejor traducimos las relaciones socialistas en términos bursátiles, los ciudadanos podrían ser los accionistas de una empresa que poseyera la riqueza del país. El carácter colectivo de la propiedad supone una distribución "igualitaria" de las acciones y, por tanto, un derecho a dividendos iguales para todos los accionistas. Los ciudadanos, por otra parte, participan en la empresa nacional como accionistas y como productores. En la fase inferior del comunismo, la que hemos llamado socialismo, la remuneración del trabajo se hace todavía según las normas burguesas, o sea, según la cualificación del trabajo, su intensidad, etc. La renta teórica de un ciudadano está formada, pues, por dos o más partes, el dividendo más el salario. Cuanto más se desarrolle la técnica y se perfeccione la organización económica, mayor será la importancia del factor *a*) respecto del factor *b*), y menor la influencia ejercida sobre la condición material por las di-

ferencias individuales del trabajo. El hecho de que las diferencias salariales, en la URSS, no sean menores sino mayores que en los países capitalistas nos impone la conclusión de que las acciones están desigualmente repartidas, y que la renta de los ciudadanos comporta al mismo tiempo que a un salario desigual corresponden partes desiguales de dividendos. Mientras que el peón sólo percibe *b*), salario mínimo —que, consideradas iguales las demás condiciones, percibiría también de una empresa capitalista—, el stajanovista y el funcionario perciben dos *a*) más *b*), o bien tres *a*) más *b*), etc., pudiendo *b*) convertirse, por otra parte, en dos *b*), tres *b*), etc. En otras palabras: las diferencias de renta no están determinadas solamente por las diferencias individuales de rendimiento, sino también por la apropiación enmascarada de trabajo ajeno. La privilegiada minoría de los accionistas vive a expensas de la mayoría.

»Si se admite que el peón soviético percibe más de lo que percibiría en régimen capitalista, suponiendo igual el nivel técnico y cultural, o sea, suponiendo que a pesar de todo sigue siendo un pequeño accionista, su salario debe ser considerado como *a*) + *b*). Los salarios de las categorías mejor pagadas se expresarán en este caso según la fórmula $3a + 2b$, $10a + 15b$, etc., que significará que si el peón tiene una acción, el stajanovista tiene tres y el especialista diez; y que además sus salarios, en el verdadero sentido de la palabra, están en la proporción de 1 a 2 y a 15. Los cantos de alabanza a la propiedad socialista parecen mucho más convincentes, en estas condiciones, para el director de fábrica o el stajanovista que para el obrero corriente o el campesino del *kolkhoz*. Pero los trabajadores corrientes forman una inmensa mayoría en la sociedad, y el socialismo debe contar con ellos y no con una nueva aristocracia.»

Enteramente de acuerdo; y como es Trotsky quien dice que una minoría privilegiada vive a costa de una mayoría burlada, creemos que también Naville se convencerá de ello.

Nosotros no podemos esperar siquiera que se nos

lea, pero nos parece, dicho sea incidentalmente, que si la nacionalización de la plusvalía y de la renta agraria acaba en los bolsillos de los burócratas, es lícito pensar que también la propiedad «nacionalizada» es suya, y que sólo podrá pertenecer a la sociedad cuando ésta sea rigurosamente socialista. Como buen discípulo, el lugarteniente francés ha sacado las consecuencias de las ideas del maestro relativas a la propiedad soviética. La inferencia es correcta, pero el punto de partida estaba equivocado y el resultado sólo podía estarlo igualmente. Que la emprenda con Trotsky, si quiere, o que aprenda que también los genios son hombres y por tanto pueden equivocarse, mientras que las mediocridades a veces pueden advertir los errores de los grandes hombres. Muy oportunamente, no obstante, nos recuerda Naville un interesantísimo pasaje de *El Capital*: «La forma económica específica en la que el trabajo excedente no pagado es extraído a los productores inmediatos, determina la relación de dependencia entre propietarios y no propietarios tal como se deriva directamente de la producción misma y, a su vez, reacciona sobre ésta. Por otra parte, es la base sobre la que se alza toda la estructura de la comunidad económica, de las propias condiciones de la producción y, por tanto, al mismo tiempo, la forma política específica.» «Es siempre en la relación directa entre los propietarios de las condiciones de la producción y los productores inmediatos —relación cuya forma siempre corresponde naturalmente a un estadio determinado en el desarrollo de las modalidades del trabajo, o sea, de su productividad social— donde encontramos el secreto íntimo, el fundamento escondido de todo el edificio social, y, consiguientemente, también la forma política que asume la relación de soberanía y de dependencia: en una palabra, toda la forma específica del estado. Ello no impide que la misma base económica —entendamos: la misma en cuanto a las soluciones principales— pueda presentar, por influencia de diversas condiciones empíricas históricamente dadas que actúan desde fuera, condiciones naturales, diferencias de raza, etc., en cuanto a su manifestación,

infinitas gradaciones y variaciones, cuya comprensión sólo es posible a partir del análisis de estas circunstancias empíricas dadas.»

También nosotros pensamos precisamente que el secreto último del edificio social lo revela la forma económica específica en la cual la plusvalía se extrae a los productores inmediatos; pero si esta plusvalía va a parar a una clase privilegiada y la renta agraria de los *kolkhoz* sigue el mismo camino, como demuestra Trotsky, y no va ya al estado, como querría demostrar Naville con su ingenuo ejemplo del *kolkhoz*, esto demuestra que la clase burocrática soviética no es un fantasma, en realidad cobra las características de dirigente y de explotadora.

Veamos el ejemplo de Naville sobre el *kolkhoz*, por medio del cual nos muestra que sólo el 37 % de la producción corresponde a los trabajadores y el resto va al estado y sólo en parte a la burocracia directamente.

«Un ejemplo. Véase cómo la renta agraria vuelve al estado. La distribución de los productos y del dinero en un *kolkhoz* se hace siguiendo reglas dictadas por el gobierno. En primer lugar se toma una cantidad en beneficio del estado, cantidad cuya importancia varía según la fertilidad de la región y que llega hasta el 41 % de la cosecha. Luego se reduce el 2 ó 3 % para los gastos administrativos, y del 13 al 25 % para amortizar los tractores y máquinas agrícolas, y por último el 10,5 % para los fondos de reserva. El resto se distribuye entre los trabajadores, proporcionalmente a la cantidad y a la calidad del trabajo efectuado por ellos.»

La cuestión esencial consiste en ver si con los porcentajes entregados directamente para los gastos de administración los burócratas son pagados proporcionalmente a la paga del obrero, y más interesante aún es ver qué hace el estado soviético con el 60 % de la producción acaparada. ¿Vuelve a poner en circulación totalmente esta plusvalía en interés de la masa extraña al gobierno, de la «cosa pública»? ¿O bien hace que tome una dirección particular cara a sus cualidades específicas de estado de clase? La respuesta casi es ociosa: incluso Cristo lavó

primero sus santísimos pies para dejar luego el turno a los apóstoles. Toda la literatura de los caballeros de Agramante, toda, repetimos, debe ser acusada en este punto: «Las enormes diferencias en las retribuciones entre los ciudadanos soviéticos, la creciente diferenciación de las clases, la nueva burguesía, la aristocracia soviética, la parte del león, el 40 % de la producción devorada por la burocracia, el crecimiento de los antagonismos sociales, de la desigualdad... —y si alguien tiene más, que lo ponga.» Sólo faltaba la cándida ingenuidad del filisteo Naville para suponer que la plusvalía extraída a los trabajadores soviéticos vuelve en gran parte a ellos, por medio de un sedicente «estado obrero».

En realidad, el estado burocrático devuelve la plusvalía de varios modos a sus funcionarios, los cuales forman la clase privilegiada, directamente aposentada en el estado.

Tampoco nosotros hemos visto nunca una clase dominante puesta directamente en la dirección del estado, ni una burocracia que fuese al mismo tiempo clase dominante. Sin embargo, lo vemos hoy, e igualmente estamos convencidos de no tomar gato por liebre. Sentimos que los caballeros de Agramante combatan hoy contra molinos de viento, y también lo sentimos por los Quijotes que han invadido el campo condenado a la discordia por un arcángel vengativo, pero creemos que la realidad social es precisamente ésta. Ironías de la historia, pequeños contratiempos revolucionarios de los grandes marxistas científicos o de los filisteos. Para ser objetivos, hay que convenir que también Naville se da cuenta de que los burócratas soviéticos no permanecen indiferentes ante las montañas de plusvalía acumuladas por el «estado obrero»; he aquí lo que dice: «Los stalinistas repiten que en la URSS ya no existe plusvalía puesto que "las fábricas pertenecen a los obreros".» Pero es inútil oponer a este absurdo otro igualmente grande: esto es, que la plusvalía se produce y distribuye allí como en el sistema capitalista, y que, consiguientemente, las relaciones entre propietario y no propietario, según la expresión de Marx,

son iguales. En realidad, la forma específica de la apropiación de una parte del trabajo excedente no pagado le confiere el papel y la función de una clase semiparasitaria, y, en determinados estratos, se deja sentir la tendencia directa a abrirse el camino a la propiedad privada.

«La diferenciación extrema de los salarios, fenómeno sorprendente y cargado de significado, no agota sin embargo la cuestión del "secreto íntimo, del fundamento escondido de todo el edificio social". Este secreto del estado transitorio de la URSS y de las nuevas contradicciones que contiene, se revela si no se pierde de vista el sentido real de las nacionalizaciones y si no se enmascara su verdadero carácter con analogías superficiales respecto de las estatizaciones fascistas de Mussolini o de Hitler.»

¡Qué modestos ve a estos burócratas soviéticos, normalmente cubiertos de injurias por el propio señor Naville! ¡Sólo se apropian de una «parte» del trabajo excedente no pagado! A saber con qué aparato puede medir Naville. A continuación entrevé en la burocracia una casta «semiparasitaria». Bonito, este «semi»: así, deberá ser también semidirigente, semiexplotadora y semipropietaria. A decir verdad, el «secreto íntimo» no queda agotado en absoluto por las «extremas diferencias salariales», sino sólo apuntado; el secreto íntimo reside en la relación entre los propietarios de las condiciones de la producción y los productores inmediatos. Esto es: en forma algebraica, propietarios/productores = secreto íntimo. El término de la relación que está en el lugar del denominador es conocido, puesto que los productores inmediatos representan una constante conocida en el desarrollo social del trabajo. El numerador, en cambio, es variable, puesto que variable es la forma de propiedad en el desarrollo económico. Precisamente es necesario determinar este término, y nosotros lo hemos hallado representado en la burocracia propietaria de los medios de producción en bloque, como clase. Consiguientemente escribiremos la relación como sigue: burócratas/productores = secreto íntimo. Sin la nueva determinación de la propiedad el secre-

to íntimo seguirá siendo siempre, por tanto, un misterio.

Si a continuación se quiere conocer la relación de dependencia entre patrón y no patrón, debe investigarse el modo como la plusvalía es extraída a los productores inmediatos.

En la sociedad soviética los explotadores no se apropian directamente de la plusvalía como hace el capitalista embolsándose los dividendos de su empresa, sino indirectamente, a través del estado, el cual almacena toda la plusvalía nacional y luego la distribuye a sus propios funcionarios. Buena parte de la burocracia, técnicos, directores, especialistas, stajanovistas, etc., queda en cierto modo autorizada a obtener directamente en la empresa que controla, sus sustanciosos emolumentos, y además goza, como todos los burócratas, de «servicios» estatales pagados con la plusvalía, que en la URSS, en honor a las formas de vida «socialista», son importantes y numerosos.

En conjunto, la burocracia extrae la plusvalía a los productores directos con un agigantamiento colosal de los gastos generales en las empresas «nacionalizadas». No se trata del 2 o del 3 % de gastos administrativos señalados en el célebre *kolkhoz* de Naville, sino de porcentajes que pondrían los cabellos de punta al capitalista más desaprensivo y que están documentados en las obras del mismo Trotsky.

Vemos, pues, que la explotación se transforma de su forma individual a una forma colectiva correspondiente a la transformación de la propiedad. Se trata de una clase en bloque que explota a otra, y que luego, por vías internas a través de su estado, pasa a la distribución entre sus miembros (es de temer que los cargos burocráticos tomen un aspecto hereditario). Nuevos privilegios engullen la plusvalía a través de la máquina estatal, que ya no es sólo un aparato de opresión política sino también de administración económica de la nación. Se ha reunido en un solo órgano la máquina de la explotación y la máquina del mantenimiento de los privilegios sociales; el aparato parece perfecto.

La fuerza de trabajo ya no es comprada por los capi-

talistas sino monopolizada por un solo patrón: el estado. Los obreros ya no van a ofrecer su trabajo a diversos empresarios para optar por el que les ofrece mejores condiciones. La ley de la concurrencia ha dejado de funcionar: los trabajadores se encuentran a la merced del estado.

Los gastos generales de las empresas, que aumentan de un modo fortísimo en los estados autoritarios y que ni siquiera perdonan a las grandes democracias, nos indican que el colectivismo burocrático está en vías de formación en todo el mundo y que está cristalizando la propiedad de clase.

Los salarios son fijados en la URSS por la comisión del «plan», o sea, por la alta burocracia. Los precios de venta al público corren la misma suerte, y esto nos permite intuir que entre el costo de producción de las mercancías y el precio de venta al público hace su agosto la burocracia. El costo de producción aumenta a causa de estos fuertes gastos, y para cubrir sus emolumentos más o menos disfrazados la burocracia recarga enormes cantidades en los precios de venta. El tradeunionista Citrine, que visitaba una fábrica soviética de calzado, no logró obtener del director los precios a los que el público tendría que comprar el calzado que se le mostraba, pero consiguió saber que en el local de ventas de la propia fábrica el precio era de 32 rublos, mientras que en los almacenes de venta al público encontró posteriormente el mismo calzado a 70 rublos. La venta de los artículos fabricados por la empresa en la tienda de ésta es muy limitada: la burocracia trata a los obreros como clientes y los envía a «almacenes estatales».

En un régimen de «tendencias socialistas» un recargo sobre el precio de coste del 120 % nos parece un disparate. Los comerciantes capitalistas se limitan para este mismo artículo a una media de recargo del 40 %. La burocracia es quien hace los balances de las empresas y del estado, y, aunque no percibe dividendos como los viejos capitalistas, dispone a su antojo del destino de las sumas acumuladas. Todo el sentido de la «vida feliz» anunciada por

Stalin está en los recargos y en los precios de venta impuestos por la burocracia, por no hablar de la asignación de capitales para obras «públicas» que sean sobre todo útiles a la clase burocrática.

El señor Naville dirá que también se capitaliza para el estado y para el porvenir con la creación de grandes centros industriales, de centrales eléctricas, etc., pero ¿qué clase explotadora no ha estado obligada a hacerlo? También el burgués que explota al proletario ha podido llevar una vida feliz capitalizando al mismo tiempo para la humanidad: nos ha legado la más formidable y perfecta organización productiva que se haya visto nunca en el mundo. Y no por hacer un regalo a la humanidad, sino porque se veía empujado a perfeccionar sus máquinas, a la racionalización científica del trabajo y a crear empresas modelo por las necesidades de desarrollo de la producción. No hubo en ello nada de filantropía, y la burocracia soviética, por las mismas leyes, está obligada a «capitalizar» para el futuro incluso aunque su propia esencia sigue siendo típicamente explotadora.

V. El proletariado

¿Qué ha ocurrido con el proletariado en la URSS? Todo el mundo está de acuerdo en considerarlo defraudado, oprimido y explotado, pero no se ha levantado ni una voz para ver si por casualidad la personalidad jurídica del trabajador, que había cambiado tras la Revolución de Octubre, ha experimentado posteriormente una nueva metamorfosis. Y, sin embargo, los productores directos han cambiado a menudo de ropaje social en el curso de la historia: han sido esclavos, siervos, proletarios, parias, etc. Y no se ha alzado ni una voz, naturalmente, porque en la Biblia marxista «está escrito» que el proletariado será la última clase explotada que tiene el deshonor de aparecer en el escenario de la historia, después de lo cual las clases desaparecerán en la humanidad de los iguales.

Sin embargo, no han faltado las disputas.

«El obrero no es en nuestro país un esclavo asalariado, un vendedor de la mercancía trabajo», dice «Pravda». Y Trotsky responde: «En la hora presente, esta fórmula grandilocuente no es más que una fanfarronada inadmisible. El paso de las fábricas al estado sólo ha modificado la situación jurídica del obrero; de hecho, vive en la necesidad, trabajando durante cierto número de horas por un salario determinado. Las esperanzas que el obrero ponía antes en el partido y en los sindicatos, después de la revolución las ha puesto en el estado que ha creado. Pero el trabajo útil de este estado se ha visto limitado por la insuficiencia de la técnica y de la cultura. Para mejorar una y otra, el nuevo estado ha tenido que recurrir a los viejos métodos, al desgaste de los músculos y de los nervios de los trabajadores. Se ha formado todo un cuerpo de azuzadores. La gestión de la industria se ha vuelto ex-

tremadamente burocrática. Los obreros han perdido toda influencia sobre la dirección de las empresas, trabajando a destajo, viviendo en un profundo malestar, privados de la libertad de cambiar de empleo, experimentando en la propia empresa un terrible régimen policíaco; mal podría el obrero sentirse "un trabajador libre". El funcionario es para él un jefe; el estado, un patrón. El trabajo libre es incompatible con la existencia del estado burocrático.

»Todo lo que hemos dicho se aplica también al campo con algunas modificaciones necesarias.»

Pero si el estado es un patrón y el funcionario un jefe, dado que el estado es un aparato y que, hablando desde un punto de vista marxista, por debajo del estado hay siempre una clase, ¿acaso no es verdad que el «burócrata-jefe» es también el patrón y el estado su órgano de opresión? Más adelante Trotsky prosigue: «La nueva Constitución, cuando declara que "la explotación del hombre ha sido abolida en la URSS", dice lo contrario de la verdad. La nueva diferenciación social ha creado las condiciones de un renacimiento de la explotación bajo las formas más bárbaras, que son las de la compra del hombre para el servicio personal de otro.»

¡De acuerdo! Sí, «la compra del hombre para el servicio personal de otro»; pero hay que decirlo con una sola palabra: «¡Esclavitud!» [12] ¿Qué se entendía en realidad por proletario, sino el libre vendedor de fuerza de trabajo en el libre mercado capitalista? En una palabra: el que obtiene su sustento únicamente del empleo de sus músculos en una empresa privada. Su paga estaba regulada por la oferta y la demanda en un mercado que no tenía límites.

En la URSS esta ley ya no tiene ningún valor. El mercado es cerrado; la concurrencia ha sido abolida; la paga es fijada por el estado por medio de factores que han anulado completamente las influencias de la ley de la concurrencia, y además, para descartarla del todo, el es-

12. Se trataba en realidad de servidumbre: servidumbre de estado.

tado ha monopolizado la fuerza de trabajo. No hay más patrón que él. En otro tiempo el proletario ofrecía sus servicios a quien quería, y, por tanto, también se iba cuando le daba la gana y a donde prefería; tenía libertad de pensamiento y sindical, libertad de prensa, de reunión y de culto. Sufría las incertidumbres del mercado, pero era como un pájaro libre en medio del cielo que podía anidar en cualquier lugar de la tierra.

El trabajador soviético solamente tiene un patrón, y ya no puede ofrecer su mercancía, la fuerza de trabajo; se encuentra prisionero sin opción alguna, limitado a la *parte congrua*, desarraigado de su tierra para ser trasplantado a donde al estado le place y reducido a la necesidad de tener un pasaporte para viajar por el interior del país. El estado concibe su personalidad en función de la economía nacional; su individualidad desaparece; se ha convertido en un pequeño engranaje de un organismo inmenso y sólo tiene sentido social si está adecuadamente colocado en este último.

Las relaciones sociales entre proletarios y capitalistas se reducían a la simple expresión de un acto de compraventa, y el rito se consumaba una vez a la semana con la entrega de la magra paga. Fuera de este sencillo y rápido gesto no había ningún otro vínculo social, y todo el mundo iba por su propio camino según sus propias preferencias.

Ahora, en cambio, el trabajador ruso está en contacto directo y continuo con su patrón: en la fábrica, en la vivienda, en la escuela, en el sindicato, en el teatro, en el campo; debe intervenir en reuniones «políticas», decir siempre que sí, participar en colectas lo quiera o no, comprar el periódico o escuchar el discursillo de la radio que le ha preparado amorosamente el patrón como plato espiritual del día. Si quiere hacer política sólo tiene un partido que escoger, y sólo puede entrar en él no ya como ser pensante, sino como soldado. La burocracia soviética está en todas partes; es omnipresente como una divinidad.

El estado, único empresario de la mano de obra, no

puede permitirse el lujo capitalista de pagar a la fuerza de trabajo y luego desinteresarse por completo del ser humano que la presta. Como monopolizador ya no puede limitarse a la compra de una determinada cantidad de mano de obra para un período de tiempo también determinado. Al acapararla toda y sin límites de tiempo, se convierte de hecho en poseedor, también, de quienes producen la fuerza de trabajo. En último término el estado soviético de hoy ha sometido en bloque al proletariado y las relaciones entre empresario y prestadores de mano de obra han cambiado completamente. El trabajador de la Rusia actual ya no tiene nada que ver con el proletario sino que toma los caracteres peculiares del siervo.

La explotación se produce más o menos como en las sociedades feudales: el súbdito del estado trabaja para un solo patrón: el estado. Se convierte en un utensilio suyo, representa las mesnadas vivas que hay que cuidar, alojar, y en cuya producción se pone gran interés. Igualmente, la paga del llamado salario, realizada en parte con servicios estatales y productos, no debe inducir a engaño y hacer suponer una forma socialista de retribución: se trata en realidad del mantenimiento del siervo. La única diferencia fundamental es que antiguamente a los siervos no se les permitía, en general, el honor de llevar armas, mientras que los siervos del estado moderno son amaestrados prudentemente en el arte de la guerra y deben estar dispuestos a dejarse perforar por una ametralladora o a ser destruidos de un cañonazo, por los intereses de la burocracia. El trabajador soviético pertenece al estado desde la cuna hasta la tumba.

La clase burocrática rusa es el patrón de la clase trabajadora. Dispone de su fuerza de trabajo y de su sangre, y, puesto que todo es relativo, le da la posibilidad de vivir a un nivel superior al de los siervos de la Antigüedad; pero la clase trabajadora rusa ya no es una clase proletaria: es sierva del estado. Sierva en la sustancia económica y sierva en sus manifestaciones sociales. Se arrodilla al paso del «padrecito», le diviniza; adopta todos los rasgos serviles; se deja pelotear de un extremo a otro del

inmenso imperio en compactas *corvées*; construye canales navegables, carreteras y ferrocarriles igual que en otro tiempo se levantaron las pirámides o las torres de Babilonia. La pequeña parte de la clase obrera que todavía no se ha perdido en la indiferencia y conserva su fe, se reúne a discutir en las cantinas como en otro tiempo los cristianos oraban en las catacumbas. De vez en cuando se produce una incursión de pretorianos y la emprenden con todo el mundo. Se montan procesos monstruosos a la manera de Nerón, en los que los acusados recitan el *mea culpa* en vez de defenderse.

Todas las características del trabajador ruso son antitéticas de las proletarias; se ha convertido en un súbdito de estado, ha adquirido casi todos los caracteres del siervo y no tiene en común con el trabajador libre más que el sudor de la frente. Ya pueden armarse los marxistas de la linterna de Diógenes si quieren encontrar algún proletario en las ciudades soviéticas. El trabajador ruso ha sido trasplantado con armas y bagajes, con su sindicato, al estado. En otro tiempo escuchaba los *pamphlets* escritos por Lenin y leídos en la Duma por su diputado; ahora, en cambio, se le envía en rebaños a reuniones políticas, reducido a elemento inconsciente de una masa de maniobra dirigida exclusivamente por la burocracia.

En las llanuras de Rusia ha surgido un único señor de los siervos: el estado. Marx no había previsto para el proletariado semejante fin, pero esto, al menos en lo que a nosotros respecta, no es razón suficiente para que haya que negarlo. Nosotros no adoramos a los santos.

De la misma manera que los judíos salen cada año de las murallas a esperar al Mesías, también los marxistas filisteos esperan la insurrección del «proletariado» en Rusia.

Cuando la burocracia soviética caiga derribada a los pies del mausoleo de Lenin, habrá sido la espada de un siervo la que le haya atravesado el corazón. Y si el cuarto escuadrón internacional del campo de Agramante sigue sosteniendo, siempre científicamente, que ahora ya no hay necesidad de revolución social en la URSS y que todo

se reducirá a un golpe de palacio estrictamente político, que invoque en las próximas sesiones de espiritismo a las almas de Zinoviev, Kamenev, Tomski, etc., junto a la serie infinita de los mártires oscuros, y les pregunte. Responderán a coro: «Hemos muerto en la guerra de clase necesaria para que la burocracia afirmara su dominio social; lo que nosotros queríamos era algo distinto: ensillad los caballos y blandid las lanzas.»

Para colmo de ironía no se empuñan las lanzas: se despedazan «en defensa de la URSS».

VI. Las nacionalizaciones

La nacionalización de los medios de producción en Rusia representa la baza principal con que cuentan los caballeros de Agramante para sostener su tesis del «estado obrero». Según Trotsky, el capitalismo de estado significa la sustitución de la propiedad privada por la propiedad estatalizada.

En cambio, entiende por estatismo la intervención del estado sobre las bases de la propiedad privada. Mientras el capitalismo del estado representaría «uno de los síntomas por los cuales las fuerzas productivas del capitalismo van más allá de éste y le inducen a negarse parcialmente en la práctica», lo segundo no sería más que el resultado económico de la intervención del estado burgués, obligado a salvar la propiedad privada. No niega que se parezcan, pero, como sistemas, los considera contradictorios.

Esta contradicción no nos convence. Para nosotros sólo se trata de dos manifestaciones distintas de un mismo fenómeno, en cierto modo como de reacción interna, diríamos casi que natural, del organismo social enfermo, que nos indica de un modo preciso la forma colectiva que debe tomar la propiedad, por no hablar de la necesaria introducción de una economía planificada.[13]

El estatismo se pone en juego para salvar las fuerzas productivas; no puede tener un programa de desarrollo porque representa una reacción inconsciente del orga-

13. Creía aún en la planificación, como creen tantos hoy; pero al desarrollarse esta película mental, acabo sacando las debidas conclusiones del hecho ya señalado de que nacionalizaciones y programación son perfectamente coherentes con una burocracia de estado que se transforma acaso inconscientemente en una nueva clase dirigente.

nismo capitalista, pero, desde el punto de vista social, no puede verse como si tuviera el fin de «conservar la propiedad privada en detrimento de las fuerzas productivas». Mientras el médico burocrático o socialista no interviene, el enfermo se cura por sí mismo.

Capitalismo de estado y estatismo, a nuestro modo de ver, corresponden en miniatura a la nacionalización de la propiedad y a la economía planificada. Mientras se mantienen como una medida de carácter esporádico, permanecen en ellos las características sociales propias del carácter de la economía en la que surgen; pero cuando el fenómeno se generaliza es el propio tipo de economía el que cambia. Entra en juego la ley dialéctica de la transformación de la cantidad en cualidad, por ignorancia de la cual algunos ultraizquierdistas han creído oportuno tachar a Trotsky de *jongleur*.

A nuestro modo de ver, el error de Trotsky consiste precisamente en el hecho de que no aplica esta ley al fenómeno fascista, por lo cual si «el estado burgués pertenece a la burocracia solamente en cierto modo», con el desarrollo progresivo de las estatizaciones y del capitalismo de estado debe llegar un momento en que la economía ya no es capitalista y el estado burgués ya no pertenece «en cierto modo» a la burocracia fascista, sino que se ha vuelto peculiarmente fascista y la burocracia representa en lo sucesivo la clase en la que se basa. En la URSS la «nacionalización» de la propiedad se produjo de golpe tras la Revolución de Octubre; pero si el concepto de nacionalización carece de significado científico, en la práctica se ha procedido en Rusia a generalizar de un solo golpe el capitalismo de estado y su hermano de leche: el estatismo.

¿Qué ocurre en la economía? ¿Se ha vuelto socialista? No, dice Trotsky. ¿Es todavía capitalista? No, decimos nosotros; se trata de colectivismo burocrático.

León Trotsky piensa que «no se modifican los fundamentos de la sociedad sin revolución o contrarrevolución», y nosotros estamos enteramente de acuerdo con esto. Pero quisiéramos preguntar qué representa la lucha

que el propio Trotsky ha vivido y padecido. ¿No se trata acaso de lucha de clase entre el proletariado y la burocracia en formación? ¿No es tal vez el huracán de delitos que ensangrienta a Rusia desde hace unos años la última fase de esta lucha? ¿No es una auténtica guerra de clase, donde la nueva clase dirigente afirma su poder? ¿Acaso no conoce Trotsky la lucha entre la burguesía italiana y el fascismo?

En los inicios de su movimiento los camisas negras se libraron del proletariado con cuatro golpes de cachiporra. Lo que vino después fue una lucha cerrada, a veces en la sombra pero a puñaladas, entre la vieja clase dirigente y la nueva clase en formación. Una vez que la burguesía se ha dejado aplastar es muy difícil que reúna las energías necesarias para «oponerse violentamente»; tampoco quiere ofrecer, obviamente, posibilidades revolucionarias a los trabajadores.

De lo perdido saca lo que puedas, dicen los burgueses italianos; e instintivamente los más astutos de ellos invaden el estado transformándose en burócratas. Los conflictos entre los fascistas de la primera hora y los recién llegados nacen precisamente de este fenómeno. Es fundamentalmente cierto que el estado fascista pertenece a la burocracia solamente «en cierto modo»: no le pertenece aún totalmente, pero así será con el advenimiento completo del estado totalitario.

Trotsky admite que la burocracia fascista podría transformarse en una nueva clase; ¿por qué no admitir que esto ha ocurrido ya en Rusia, donde el estado totalitario es un fenómeno acabado? Trotsky se engaña aún creyendo que Hitler y Mussolini, al tratar de nacionalizar completamente la propiedad, toparán con la oposición violenta de los capitalistas. Demasiado tarde; para informarse, sólo hay que dirigirse a Von Seckt, a Amendola, a Nitti o al senador Albertini.

Desgraciadamente, en el exterior, y especialmente en el campo marxista, se ha entendido muy poco el fenómeno fascista. Primero fue definido como pequeñoburgués,

como si esta categoría pudiera desempeñar un papel orientador.

Como le han visto lanzarse contra las organizaciones obreras, los marxistas no podían ver en el fascismo más que un fenómeno social de reacción. Cegados por el binomio burguesía-proletariado, no pueden admitir que aparezca otra clase, por la disgregación de la economía capitalista y por la falta de toma de poder por parte del proletariado, para resolver, al menos en el ámbito de la producción, el gran antagonismo de la sociedad capitalista.

Sin tanto ruido, como por lo demás ocurrió en Inglaterra con la revolución burguesa que precedió a la francesa en un siglo y medio, un puñado de hombres decididos se ha impuesto a la clase dirigente de la que momentáneamente habían recibido una investidura de poder. Comprendieron rápidamente que para mantenerse en él era necesario seguir un camino opuesto al de los inmortales principios de la economía liberal; y no vacilaron en seguirlo.

No es posible desconocer que el fascismo ha llegado al poder con un golpe de fuerza, e incluso con el consentimiento de la Corona. Basta releer el «Corriente della Sera» de aquellos días para convencerse. El gran periódico de la burguesía liberal parecía escrito por revolucionarios. El propio caso Matteotti no es más que una de las manifestaciones de la lucha entre los burgueses y los fascistas. Que los llamados partidos socialistas estuvieran del lado del proletariado no cuenta en absoluto, porque estos partidos iban a remolque de la vieja clase dirigente. Al proletariado no le quedaba otro camino que el de bajar a la calle, pero se hallaba mal dirigido y los varios Turati, Treves, Modigliani, etc., le aconsejaban permanecer tranquilo, no incurrir en provocaciones y tener el valor de la cobardía. Hoy el fascismo tiene una fuerza tal que la burguesía está a su merced. Puede admitirse que todavía se manifiesta algún tumulto, pero la lucha ha concluido hace varios años.

Los *putsch* hechos en su momento contra Hitler tenían el mismo fondo burgués, pero fueron sofocados con

sangre, al igual que hoy Rusia ahoga en sangre cualquier resistencia a la dominación de la burocracia soviética. También Engels trató incidentalmente el argumento de la nacionalización.

En 1878 decía:

«Su transformación en propiedad de estado no despoja a las fuerzas productivas de su carácter de capital. El estado moderno no es más que una organización que las sociedades burguesas se han procurado para mantener las condiciones generales exteriores al modo de producción capitalista frente tanto a los trabajadores como a los capitalistas aislados. El estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista; es el estado de los capitalistas; es el capitalista colectivo ideal. Cuanto más se apropia de las fuerzas productivas, más se convierte en un auténtico capitalista colectivo, más explota a los ciudadanos. Los trabajadores siguen siendo asalariados, proletarios. El capitalismo no es suprimido, sino, por el contrario, llevado al extremo. Pero al llegar a este punto extremo cambia de dirección. El estado propietario de las fuerzas productivas no es la solución del conflicto: pero contiene en sí el medio mismo, la clave de la situación: ...la toma del poder por parte del proletariado.»

Las nacionalizaciones de los ferrocarriles, de los correos y de los telégrafos o de los tabacos, que se producían en el punto culminante del desarrollo económico capitalista, señalaban claramente la inevitable e ineluctable transformación de la propiedad privada en colectiva; iniciaban además ese proceso de involución estatal, en que el capitalismo se ha engolfado cada vez más hasta que se ha convertido en un proceso espasmódico en la actual fase de liquidación de la vieja sociedad.

Este proceso de involución y de hipertrofia estatal es consecuencia de la falta de revolución proletaria, pero las nacionalizaciones de que hablaba con tanta previsión Engels en 1878, cobran un aspecto muy distinto en este período, no sólo de decadencia sino de liquidación del capitalismo.

Si en 1878, en el punto culminante del desarrollo burgués, representaban el *non plus ultra* de la creación capitalista, «el capitalista colectivo ideal», como dice Engels, las actuales nacionalizaciones ya no se limitan a los tabacos y a los ferrocarriles, sino que abarcan la industria, el comercio, la banca, los seguros, los intercambios con el exterior e incluso la tierra; al «nacionalizar» destruyen la propiedad privada, pulverizando por tanto a la burguesía como clase.

Nos parece que Engels entrevé claramente el giro social que se impone cuando el estado lleva las nacionalizaciones al límite.

«...al llegar a este punto extremo, cambia de dirección. El estado propietario de las fuerzas productivas no es la solución del conflicto.»

Cambia de dirección, decimos nosotros también; sólo que lo que para Engels era una teorización hoy es una realidad social, y es preciso determinar cuál es la «nueva dirección».

Se ha creído siempre que la clave de la solución estaba en la toma del poder por parte del proletariado, pero la realidad es que en la URSS el proletariado ha sido privado del poder y que en el resto del mundo está derrotado políticamente. Mientras tanto se produce el fenómeno; y, como el proletariado está ausente, ¿quién ha tomado el poder? La burocracia, respondemos.

La obra es realizada por funcionarios y técnicos que fraguan en una nueva clase dirigente. En la URSS la colectivización de los medios de producción se produjo de golpe y era socializadora, pero la detención de la revolución en el mundo ha cerrado este proceso y sólo queda la forma colectiva de la propiedad, que de la égida de la dictadura del proletariado ha pasado a la de una nueva clase dirigente.

VII. La restauración burguesa

La restauración burguesa es la bestia negra de los marxistas ortodoxos y científicos; ronda como un fantasma por el campo de Agramante; turba el sueño de sus moradores y les llena de angustia. Todos, todos, están obsesionados por el temor de ver reaparecer a la burguesía por una metamorfosis de la burocracia. Como espantajo para quienes no pretenden defender a la URSS el argumento es bueno, pero para poder sostener que el desarrollo económico puede determinar un retorno al ordenamiento capitalista no parece demasiado adecuado. Marx jamás hizo una alusión de este tipo, y la historia registra un crecimiento constante en el volumen de la producción que corre paralelo a organizaciones económicas progresivas que desplazan a las que quedan superadas. Nuestros caballeros declaran que el actual sistema productivo de la URSS es superior al burgués, pero insisten en agitar su fantasma.

Es del todo inútil hacer una serie de citas: toda su literatura está llena de ellas, con Trotsky en primera línea. No obstante, Naville va más lejos, y es necesario citarle aunque nos duela perder el tiempo con un razonamiento tan trivial.

«La oleada de *terror* contrarrevolucionario que la burocracia desencadena en los ferrocarriles, las fábricas y los campos, fusilando a los obreros y funcionarios recalcitrantes a centenares, es la consecuencia de la nueva Constitución y de la esperanza que ésta abre a una serie de estratos sociales tras de los cuales se halla al acecho el capitalismo mundial. La burocracia, escudo de esta restauración, corre, sin embargo, el riesgo de perder su puesto, y esto revela la función contradictoria y ambigua de la burocracia soviética, que mina los fundamentos de su pro-

pia existencia: la propiedad estatal colectiva del suelo, de los medios de producción, de la gran industria, de las viviendas y del comercio.»

El capitalismo está al acecho y la burocracia se hace el *harakiri*. ¡Dormid tranquilo, arrogante caballero! La burocracia tiene intenciones muy distintas. Más adelante añade Naville: «La burocracia ha hecho votar una nueva Constitución que garantiza una serie de privilegios suyos; ha asesinado a casi todos los viejos dirigentes bolcheviques, cuya fidelidad resultaba sospechosa; ha dado a la diplomacia de la Sociedad de Naciones garantías inauditas; y, a pesar de todo esto, sigue atada de pies y manos, no solamente a causa de sus orígenes sino también como consecuencia de su funcionamiento, de su reclutamiento, de su reproducción y de su consumo actuales, a los marcos de la propiedad definida en el momento de la Revolución de Octubre.»

Solamente con estas dos citas cualquier modesto trabajador tuerce el gesto y piensa que no hay que mover un dedo por el país de la «vida feliz». Pero los marxistas científicos son duros de pelar. Derechos e impertérritos ante una brecha postiza, pinchando el aire lleno de fantasmas. La Revolución de Octubre necesita una segunda edición.

La previsión de Naville llega hasta el punto en que es capaz de precisarnos la forma específica que asumirá la economía con la restauración. «Dada la diferencia fundamental existente entre la industria estatal de la URSS y el capitalismo de los monopolios en el sistema del imperialismo, es evidente que, para volver al capitalismo privado en las ramas fundamentales de la producción, será preciso también que *la burocracia se descomponga*; veremos entonces surgir en la URSS clases sociales que, a causa de su modo de existencia económica, serán hermanas de sangre de la burguesía e incluso del fascismo europeo.»

La burocracia, a causa de sus modos de existencia, desciende ya de la sangre de la burguesía, y el fascismo no es sino su hermano gemelo. Ambos asumen un puesto directivo. Quede tranquilo el señor Naville: la burocracia soviética no se descompondrá, y particularmente, no

lo hará en los monopolios. Además de estos últimos, hace tiempo que se ha llegado al capitalismo de estado aplicado más o menos ampliamente, pero crecientemente, en todos los países, y no parece lógico que haya que volver a los monopolios, formas capitalistas anteriores al mismo imperialismo y mucho menos monopolistas que las empresas de estado. Trotsky ha enseñado que la burocracia soviética es el «dependiente» del imperialismo, pero los discípulos van todavía más lejos en su marcha atrás en la historia y llegan a los monopolios privados.

Incluso si la URSS se viera desmembrada por los países del pacto antikomintern, no se comprende por qué razón los conquistadores habrían de destruir un sistema económico que precisamente se halla en vías de construcción en sus propios países y al precio de sacrificios inmensos tanto en el campo nacional como en el campo internacional, y cuando precisamente este sistema explica su aparición en la historia, y sus éxitos. Admitido —y no concedido— que los estados totalitarios pudieran desmembrar a la URSS, consideramos que la forma económica se mantendría y esta vez la burocracia soviética se convertiría, seriamente, en el «dependiente» nipo-italo-germano.

¿Acaso el feudalismo pretendió alguna vez volver a la esclavitud? ¿Acaso el capitalismo ha tenido alguna nostalgia feudal? Y la famosa restauración francesa, ¿acaso no ha fijado el dominio indiscutido de la burguesía? Ésta fue precisamente su razón de ser, su tarea histórica. Napoleón se aprovechó de ello para sus locos proyectos megalómanos, pero a condición de seguir siendo el defensor o el propagandista de los «principios inmortales». Toda la analogía que formula Trotsky entre los regímenes autoritarios actuales y los bonapartistas no es muy indicada para la finalidad que se propone conseguir. Los fenómenos bonapartistas del siglo XIX nada tienen que ver con lo que sucede en Rusia, en Alemania y en Italia. El bonapartismo de Napoleón I y de Napoleón III dejó intacta la base económico-social, mientras que los supuestos bonapartismos del siglo XX trastornan, precisamente, el fon-

do profundo del tejido-soporte de la sociedad. Y si la burocrática URSS encontró ya realizada la nacionalización de la propiedad y la mantiene ahora, con la despreciativa definición de bonapartismo, se corre el peligro de justificar históricamente el fenómeno stalinista.

Trotsky siempre ha tenido buena mano en la elección de *slogans*; posee para ello un arte innato y el éxito le sonríe siempre, incluso cuando genera confusión. Para explicar el calificativo de «estado obrero» que todavía da al colectivismo burocrático de Stalin ha encontrado una hilarante analogía. Héla aquí:

«¿La URSS es un estado obrero? La URSS es un estado que se apoya en relaciones de propiedad creadas por la revolución proletaria y que está dirigido por una burocracia obrera en interés de los nuevos estratos sociales privilegiados. La URSS puede llamarse estado obrero más o menos en el mismo sentido —a pesar de la enorme diferencia de magnitud— en que un sindicato dirigido y traicionado por los oportunistas, o sea, por los agentes del capital, puede ser llamado una organización obrera.»

De ello se deriva que una burocracia obrera explota económicamente a sus patronos, caso que nunca se ha producido bajo la bóveda celeste; y, para dotar de realidad a los fantasmas, se recurre precisamente a una de esas estratagemas que representan el arte insuperable de Trotsky: se compara el estado con un sindicato. Nos hace pensar en ese nazi que, para impedir que los arios se crucen con los semitas, cuenta que el perro hace el amor con la perra, el gato con la gata, el león con la leona, y por tanto... Craipeau se indigna con razón, y muerde el freno en toda su exposición. Para nosotros, descubrir esta mosca blanca ha sido un placer: un placer comparable al de Robinson cuando finalmente encontró compañía. No obstante, pensamos que su concepción de la burocracia soviética huele demasiado a «burgués». Que la nueva clase se «abandone a todos los placeres» resulta lógico, puesto que eso está en el programa de todas las clases dominantes explotadoras; pero Craipeau no ha de temer la acumulación de riquezas ni su carácter hereditario.

La burocracia no tiene la misma naturaleza que el propietario burgués individual. Éste exhibía sus posesiones, pero hoy la propiedad está tan cerca de la socialización (en la evolución histórica), o sea, de su desaparición como propiedad, que, además de haber asumido una forma colectiva, es ocultada y negada por sus actuales poseedores. Lo que le importa al burócrata es sobre todo la plusvalía, pero también en este punto se ve obligado, en parte, a consumirla a escondidas.

¿Por qué piensa Craipeau en un retorno a la burguesía? Dado que admite la existencia de una nueva clase que no es burguesa, o al menos todavía no la considera tal, ¿por qué pretende que ha de transformarse de repente, otra vez, en una burguesía? Si se forma una clase es porque históricamente tiene un papel que desempeñar en la ascensión histórica de la humanidad.[14] Nuestra conclusión en este punto es que la burocracia ha asumido la tarea de organizar la producción sobre la base de la propiedad colectiva planificando la economía en el marco del estado, mientras que al socialismo le corresponderá la racionalización internacional y el problema de la distribución socialista de los productos.[15]

Craipeau se equivoca también respecto de la esencia del fascismo. El fascismo *ha estado* al servicio de la burguesía y también ha intentado seguir adelante con una economía capitalista, pero en las necesidades del desarrollo económico ha encontrado condiciones todavía más autoritarias en su propio movimiento político, que le han obligado a emprender rápidamente la vía del estado totalitario.

Temer estas verdades significa correr hacia el objetivo contrario del perseguido, hacer el juego a los demás, proyectar del revés la película del reformismo. Ya que Craipeau lo ha admitido precisamente contra Trotsky, ¿por

14. Creía todavía en el progreso continuo.

15. Hoy pienso de un modo muy distinto, pero mi película mental nunca se habría desarrollado si no hubiera visto en la URSS un orden social ni capitalista ni socialista.

qué no admitirlo contra él mismo? La hipótesis de *La revolución traicionada,* citada por Craipeau, tiene en realidad un sentido histórico y no un sentido lógico. El autor ha añadido, tras exponer la hipótesis, las siguientes frases: «Esta hipótesis es todavía *prematura.* El proletariado no ha dicho todavía su última palabra» (la cursiva es nuestra).

Admitida la existencia de una nueva clase en Rusia, ante el modo de pensar marxista se abren profundos abismos. No se pueden evitar cerrando los ojos. Hay que beber el cáliz de la amargura hasta la última gota; sólo después de esto será posible retomar el hilo por el lado bueno.

VIII. El reino de la pequeña burguesía

El reino de la pequeña burguesía se define así porque el fenómeno es general y no solamente ruso.

En la URSS, el fenómeno es típicamente burocrático porque ha surgido de la burocracia obrera, pero en los países totalitarios se nutre naturalmente de los técnicos, de los especialistas, de los funcionarios sindicales y de partido de toda especie y de todos los colores; encuentra su materia prima en el amplio estrato de la burocracia estatal y paraestatal, en los administradores de las sociedades anónimas, en el ejército, en los profesionales llamados liberales y en la propia aristocracia obrera.

A esa clase media, hacia la cual los partidos subversivos tanta aversión muestran y respecto de la que exhiben la más estúpida de las artes políticas al arrojarla una y otra vez en brazos del capitalismo, le ha llegado la hora de dar rienda suelta a su rencor contra los viejos amos y contra quien no supo hacer la vista gorda a sus inevitables y orgánicas debilidades. En vez de tenerla como aliado, de aprovechar sus capacidades dando alguna que otra satisfacción a su mentalidad pequeñoburguesa, el proletariado se la encuentra enfrentada a él y con los ropajes de una clase dirigente.

Todo el mundo económico, político, moral y espectacular, refleja la mentalidad de esta clase media.

La nacionalización se limita a las grandes empresas, pero en Rusia llega a ello en sentido contrario. No se procede a la acumulación de capitales, sino a la conquista de la «vida feliz», naturalmente a escala burocrática. Se nivela por arriba, pero se diferencia por en medio y, para estabilizar la situación, se invade el estado, y su posesión se mantiene con mano firme. Aparece el culto, se hace omnipresente, omnisciente y todopoderoso. La economía

se jerarquiza con un impulso que va de arriba a abajo, como en todos los escalafones burocráticos.

Los partidos se ven reducidos políticamente a uno solo que ni siquiera es un partido sino un órgano del estado. La pequeña burguesía, contrariamente a la democracia capitalista y socialista, es intransigente y absoluta al no tener un programa claramente definido.

Los conceptos nacionalistas de heroísmo personal, entrega al jefe, etc., se exacerban o vuelven a cobrar auge, incluso en Rusia.

La moral vuelve a ser la de la familia pequeñoburguesa, con su ídolo, con su dios, con la autoridad paterna sobre los hijos y la del hombre sobre la mujer, con el aborto para quien puede pagarlo, etc. El burócrata ruso se siente amo y señor; la lógica consecuencia de ello es una especie de íntimo desprecio hacia el trabajador: «Has nacido para tirar del carro», dice para sí.

El fenómeno no puede sorprender demasiado. ¿Qué eran en su gran mayoría los mandarines sindicales y de partido, sino pequeños burgueses en sus ocupaciones? ¿Acaso no palmeaban el hombro de su cliente proletario de cuyos intereses pronto se despreocupaban? ¿Y no son todavía los mismos, allí donde perdura su Imperio? El fenómeno es tan cierto que cuando sus colegas rusos llegaron al poder, en seguida se pusieron a su disposición, encantados de haber encontrado una inversión segura que no experimentaba las fluctuaciones del mercado capitalista, que estaba bien provista y abierta con la única condición de una exacta obediencia burocrática. Para ellos, no fue difícil entenderse, pero ¿puede saberse dónde estaba y dónde está el proletariado? Algo ha merecido éste su desgracia, puesto que una clase que quiere convertirse en dominante en la historia, no debe mostrarse débil hasta el punto de dejarse subyugar por su propia burocracia y ello ya en el período prerrevolucionario.

En vez de un estado que se disuelve en una administración económica desde abajo, el estado se hincha burocratizando la economía en una dirección que va de arriba a abajo.

La Casa de los Soviets, de 360 metros de altura, será como un emblema de este período, como una «Bastilla» del mundo burocrático.[16]

16. Veía la nueva clase, pero la hacía derivar erróneamente de una pequeña burguesía transformada. En realidad, como averigüé posteriormente, la primera coagulación de la nueva clase es el partido único que se asienta en el poder. Al crear un estado nuevo, procede a ampliar y perfeccionar la nueva clase dirigente dedicada enteramente a ocuparse del estado, de quien recibe emolumentos preferentes. Pero, ¿por qué el partido único, o incluso más solapadamente, una coalición de gobierno de varios partidos, representa la primera coagulación de la siguiente clase dirigente? Porque se apodera progresivamente de las palancas económicas. Una simple constatación marxista que los «marxistas» se cuidan mucho de poner de manifiesto.

IX. La definición de la URSS

Véase lo que dice Trotsky y a continuación nuestras observaciones:

«Calificar de transitorio o de intermedio el régimen soviético, significa dejar de lado las categorías sociales acabadas, como el *capitalismo* (incluyendo el "capitalismo de estado") y el *socialismo*. Pero esta definición es enteramente insuficiente en sí misma y susceptible de sugerir la falsa idea de que la *única* transformación posible del régimen soviético actual conduce al socialismo. Sin embargo, sigue siendo perfectamente posible un retroceso hacia el capitalismo. Una definición más completa forzosamente será más larga y más pesada.»

Un régimen social no es nunca transitorio; es peculiar para un determinado tipo de sociedad. La *fase* social de transición en la que cristaliza el nuevo régimen ha sido superada ya desde hace tiempo. Se ha producido la cristalización social. No es socialista ni tampoco capitalista. Se trata de un nuevo tipo de sociedad con un sistema económico corrientemente entendido como capitalismo de estado, con un régimen político de colectivismo burocrático, con propiedad de clase, explotación de clase, y, naturalmente, división de la sociedad en clases. Puede excluirse por tanto la «única transformación» hacia el socialismo e igualmente la posible transformación en capitalismo privado (aunque sólo fuera porque apenas se ha producido), puesto que sus tendencias de desarrollo son claramente muy estables y no individualistas.

La URSS es una sociedad intermedia entre el capitalismo y el socialismo en la que:

a) «Las fuerzas productivas son todavía demasiado pequeñas para dar a la propiedad de estado un carácter socialista.»

Tras el estado está la clase dominante, y por lo tanto nada hay que se parezca a una sociedad socialista por mediación del estado. Una propiedad de clase o de estado nunca será una propiedad socialista. Se trata de una cuestión de cualidad y no de cantidad.

b) «La tendencia a la acumulación primitiva, nacida de la necesidad, se manifiesta por todos los poros de la economía planificada.»

Esto es natural, pero no significa que esta nueva acumulación primitiva deba hundir al nuevo régimen y a su economía. Los nuevos amos pensarán en defenderse.

c) «Las normas de distribución, de naturaleza burguesa, se hallan en la base de la diferenciación social.»

No se trata de normas burguesas, sino de normas peculiares de una nueva clase explotadora. El capitalista se apodera de los beneficios directamente en su empresa. Los burócratas los reciben del estado, el cual, previamente, los ha extraído a todas las empresas. No se trata de la misma norma de distribución, ni tampoco es la misma la estructuración social que se deriva de ella.

d) «El desarrollo económico, mientras que mejora lentamente las condiciones de los trabajadores, contribuye a formar rápidamente un estrato de privilegiados.»

No negamos la mejora; solamente observamos que preocupa muy poco elevar las condiciones económicas a las que se había visto reducido el proletariado. Lo interesante consiste en ver si la burocracia soviética es capaz de elevar las condiciones de sus explotados por encima de las capitalistas. Y que se desarrolle «un estrato de privilegiados» es algo enteramente lógico en una sociedad dividida en clases.

e) «La burocracia, al explotar los antagonismos sociales, se ha convertido en una casta incontrolada, extraña al socialismo.»

Se trata de una clase dominante que tiene su razón de ser en el sistema económico puesto en vigor y en la propiedad de clase que se deriva de él.

f) «La revolución traicionada por el partido en el

gobierno, vive todavía en las relaciones de propiedad y en la consciencia de los trabajadores.»

La nueva propiedad rusa no resulta en absoluto ventajosa para quien trabaja; beneficia a quienes dirigen el estado. He aquí el resultado de la «revolución traicionada», que pronto lo será también para las consciencias.

g) «La evolución de las contradicciones acumuladas puede desembocar en el socialismo o proyectar a la sociedad hacia el capitalismo.»

La evolución ha llegado ya a donde tenía que llegar, y está completándose y perfeccionándose.

h) «La contrarrevolución en marcha hacia el capitalismo tendrá que romper la resistencia de los obreros.»

Esta resistencia ya ha sido vencida y la contrarrevolución afirma el colectivismo burocrático por medio de su valiente estado totalitario, y, además, no se halla en absoluto en marcha hacia el viejo capitalismo privado con su valiente democracia.

i) «Los obreros que avanzan hacia el socialismo deberán derribar a la burocracia. La cuestión se decidirá en definitiva por la lucha de las dos fuerzas vivas en el terreno nacional e internacional.»

De acuerdo. Se trata, sin embargo, de una cuestión nueva. Defender a la URSS quiere decir, por consiguiente, defender un nuevo sistema de explotación y a la clase que se beneficia de él.

La sociedad burocrática es en Rusia un hecho. Dirigida por una clase dominante de carácter nacional se opondrá cada vez más a las «fantasías» internacionalistas, preferirá el vasallaje y, entretanto, se adherirá a las diversas «sociedades de naciones», según sus peculiares intereses de clase.

Una vez más los trabajadores han sido engañados; las experiencias de China y de España sirven para comprobarlo.

Segunda parte

AL MARGEN DEL COLECTIVISMO BUROCRÁTICO

I. Cosas de Francia

Carta de Naville a «Le Contrat Social» del 6 de enero de 1959 como respuesta al artículo de Georges Henein de noviembre de 1958.

Un superviviente: Bruno R

Su colaborador no se ha informado como debía respecto del libro de «Bruno R.» *La Bureaucratisation du Monde*. Escribe que lo que se sabe de este autor se reduce a lo siguiente: «Antifascista italiano refugiado en Francia, Bruno Rizzi milita primero en el seno o en los márgenes de la IV Internacional, pero al tener ideas distintas de las de su dirigente acerca de la naturaleza del estado soviético, rompió en seguida sus vínculos y publicó su propia tesis; luego desapareció para siempre, probablemente víctima sin retorno de una de las redadas del ocupante.»

Me pregunto de dónde habrá sacado su colaborador semejante novela. Creo útil sustituirla por las siguientes precisiones:

1. He indicado ya el nombre del autor en la «Revue Internationale» de hace once años (junio de 1947, núm. 16, pág. 386), imprimiendo lo que sigue: «...el libro del señor Burnham es pura y simplemente la copia de una obra de Bruno Rizzi titulada *La Bureaucratisation du Monde*, publicada en París en 1939 y que por otra parte presenta mayor originalidad.

»Pero las originalidades del señor Rizzi, unidas a los lugares comunes del señor Burnham, no pasan de ser un embrollo vulgar presentado desfachatadamente como el

I. Cosas de Francia

Carta de Naville a «Le Contrat Social» del 6 de enero de 1959 como respuesta al artículo de Georges Henein de noviembre de 1958.

Un superviviente: Bruno R

Su colaborador no se ha informado como debía respecto del libro de «Bruno R.» *La Bureaucratisation du Monde.* Escribe que lo que se sabe de este autor se reduce a lo siguiente: «Antifascista italiano refugiado en Francia, Bruno Rizzi milita primero en el seno o en los márgenes de la IV Internacional, pero al tener ideas distintas de las de su dirigente acerca de la naturaleza del estado soviético, rompió en seguida sus vínculos y publicó su propia tesis; luego desapareció para siempre, probablemente víctima sin retorno de una de las redadas del ocupante.»

Me pregunto de dónde habrá sacado su colaborador semejante novela. Creo útil sustituirla por las siguientes precisiones:

1. He indicado ya el nombre del autor en la «Revue Internationale» de hace once años (junio de 1947, núm. 16, pág. 386), imprimiendo lo que sigue: «...el libro del señor Burnham es pura y simplemente la copia de una obra de Bruno Rizzi titulada *La Bureaucratisation du Monde,* publicada en París en 1939 y que por otra parte presenta mayor originalidad.

»Pero las originalidades del señor Rizzi, unidas a los lugares comunes del señor Burnham, no pasan de ser un embrollo vulgar presentado desfachatadamente como el

producto *up to date* del pensamiento económico americano.»

La identidad de Bruno Rizzi es por tanto perfectamente conocida.

2. En cuanto a las circunstancias de la redacción de su libro, el propio Rizzi escribe (*La Bureaucratisation du Monde*, p. 334): «Siempre lejos de mis compañeros y de la propaganda marxista, conseguí el número 9 de la "Quatrième Internationale" en noviembre de 1938 y en ella encontré el artículo de Trotsky *¿Un estado ni obrero ni burgués?* Al mes siguiente obtuve el número especial de junio de 1938 de la "Quatrième Internationale" con los trabajos de Naville, Trotsky y Craipeau. De aquí me vino la idea de escribir este trabajo, puesto que las ideas que maduraban en mí desde hacía tres años estaban en contraposición con el pensamiento de estos compañeros.»

3. Encontré a Rizzi más de una vez en el invierno de 1938-1939. He aquí alguna precisión al respecto. Rizzi no pertenecía a ninguna organización afiliada a la IV Internacional; nunca residió en Francia, donde por tanto no era un «refugiado». Era un comerciante establecido en Génova, en la Italia «mussoliniana». Esta profesión le permitía hacer algún viaje al exterior, especialmente al sur de Francia. Antiguo miembro del Partido Comunista Italiano después de Livorno, había apoyado la tendencia de Bordiga, y los «bordiguistas» refugiados en Francia se acordaban perfectamente de él en la época en que vino a París. Había abandonado toda militancia política, vivía libremente en Italia y se había puesto a «reflexionar», lo cual, después de todo, no está tan mal. Continuaba preocupado por la evolución del marxismo, había seguido desde lejos con simpatía la acción opositora de la izquierda y de Trotsky, tratando de hacerse una idea personal acerca de la evolución del capitalismo bajo los regímenes fascista y staliniano, en una perspectiva que hoy es la de Bordiga, si entiendo bien los últimos escritos de éste.

Durante sus viajes a Francia se hacía cor algunas de

nuestras publicaciones. Y a finales de 1938, como afirma él mismo, encontró en la «Quatrième Internationale», que yo dirigía, un artículo de Craipeau que sostenía que la burocracia soviética se había convertido en una clase explotadora dominante, punto de vista que él mismo adoptaba. Vino entonces a París y quiso participar en la discusión suscitada por este problema. Yo no aceptaba el punto de vista de Craipeau y menos aún el de Rizzi, puesto que en este caso se añadía un confuso conjunto de teorías procedentes de un «bordiguismo» aberrante, una variedad de corporativismo a lo Bottai, opiniones «tecnocráticas», como ya se decía entonces, y, peor aún, un antisemitismo «antiplutocrático» algo inquietante, todo lo cual convertía sus ideas en algo poco consistente, aunque enteramente sincero y expresado en un tono apasionado que no era desagradable. Al no poder hacer que colaborara en nuestras publicaciones, solicité que expusiera su opinión en un opúsculo.

A principios de 1939 recibí de él, enviado desde Italia, un grueso manuscrito cuyo estilo, lleno de italianismos, me pedía que corrigiera. Me escribió varias tarjetas postales con este fin (siempre desde Génova). Era *La Bureaucratisation du Monde* con un largo capítulo sobre el fascismo italiano que no he encontrado en el libro impreso. En aquella época no disponía de tiempo para dedicar a este trabajo, redactado en polémica con las ideas que yo defendía, y cuya conclusión es, en el fondo, que el régimen dominado por la nueva clase burocrática en la URSS, en Italia (de Mussolini) y en Alemania (de Hitler) es «progresivo». Al leer el libro impreso vi que Rizzi nunca me perdonó mi negativa.

4. En definitiva, Rizzi publicó el libro a sus expensas empleando como intermediario las Presses Modernes (96 Gallerie Beaujolais, París I) y el libro fue distribuido por las Messagerie Machette en otoño de 1939. Compré un ejemplar en Berger-Levrault en diciembre de 1939 cuando ya había sido movilizado. El pacto Hitler-Stalin, que Rizzi debió interpretar como el triunfo de su tesis, me pareció no obstante que tenía un sentido completa-

mente distinto. El libro fue enviado a Trotsky a México, el cual respondió en seguida en un opúsculo dirigido contra Burnham, que todavía no era el autor de *The Managerial Revolution.*

5. Leí *The Managerial Revolution* en 1945 y en seguida reconocí las ideas esenciales de Rizzi salvo su originalidad y la frescura de su pensamiento. Por ello escribí en 1947 que Burnham había pura y simplemente copiado a Rizzi. Digo *copiado,* porque no se trata de una coincidencia de ideas. Burnham conocía a «Bruno R.» (si no a Rizzi) desde la época de su polémica con Trotsky, y tras su ruptura con éste y con el marxismo se apropió simplemente de la tesis de Rizzi para convertirla en un *best-seller* americano sin mencionar a su oscuro predecesor.

6. He de decir también que todas las ideas difundidas desde hace quince años acerca de la «clase burocrática», el capitalismo de estado, etc. (y posteriormente en el libro intelectualmente inferior de Djilas), ya habían sido expuestas por Rizzi.

No estoy de acuerdo con las ideas ni con el método de análisis de Rizzi (que por otra parte él consideraba marxistas). Pero su libro, a pesar de su inverosímil estilo, suena a inteligencia auténtica, dando prueba de una pasión y de un sentido profundamente sincero del drama proletario que contrastan con las superficiales acritudes de los *scholars* que le sucedieron.

Pierre Naville

Para poner en su sitio, al menos en parte, las inexactitudes del compañero Naville, escribí un artículo que «Le Contrat Social» no quiso aceptar, limitándose en el número siguiente a publicar la carta que ya les había enviado consiguientemente al artículo de Georges Henein.

La «nueva clase»

El artículo de Georges Henein sobre *Bruno R. y la «nueva clase»,* en nuestro número 6 de 1958, ha suscitado

demasiadas respuestas y comentarios para que sea posible publicar cualquier cosa. Tras la carta de Pierre Naville deberíamos publicar en orden cronológico la del propio Bruno Rizzi, luego la de un americano que no conocía aún las dos anteriores, y pararnos aquí. No obstante, añadiremos un extracto de una carta demasiado larga que tiene el mérito de contradecir a Pierre Naville y a Bruno Rizzi a propósito de James Burnham.

Carta de Bruno Rizzi, Gargnano (Brescia), 10 de enero 1959

Acabo de leer el artículo de Georges Henein a propósito de la «nueva clase». Lo que realmente pensaba en 1939 está resumido en el prefacio a *La Bureaucratisation du Monde.* El libro es una película mental que tuve que dar a la imprenta rápidamente sin pasar del trabajo de análisis al de síntesis porque quería denunciar la alianza entre fascistas y comunistas que amenazaba al mundo por un milenio.

El prefacio lo escribí con absoluta libertad en París, mientras que el libro lo había redactado en Italia bajo la amenaza del fascismo y sin saber cómo ni cuándo lo publicaría. Mis ataques contra el marxismo son auténticos en lo que respecta a determinados axiomas marxistas, pero no en lo referente al fondo del marxismo, que pretendo haber prolongado y mejorado. Los falsos ataques contra Marx debían servirme para disimular lo demás. Desde 1938 había descubierto la propiedad de clase en Rusia e informé de ello a Trotsky, a quien apreciaba y consideraba como maestro. Era como si hubiera apartado una piedra destapando la boca de una enorme galería subterránea. En seguida comprendí que se trataba de una materia a la que dedicar toda una vida. Quería hacerlo, naturalmente, con mis compañeros pero no me fue posible; la historia les juzgará.

Una nueva propiedad suponía la existencia de una nueva clase dirigente. Luego entreví el nuevo sistema económico, el nuevo modo de explotación, el cambio de

naturaleza de la clase trabajadora, el nuevo régimen político, un nuevo derecho y una nueva moral. Por último, a tientas porque nadie lo había hecho nunca, abordé el análisis sociológico de una sociedad.

Se trataba sin duda alguna de una sociedad nueva, ni capitalista ni socialista. La denominé régimen de «colectivismo burocrático»; y como el marxismo y la universidad siempre habían dado por supuesto un proceso mecánico e inevitable, creí que se trataba de una sociedad progresiva entre el capitalismo y el socialismo. Me equivocaba sobre todo por haber permanecido demasiado fiel al marxismo.

Vista la identidad del fenómeno en los países fascistas, entreví el desenvolvimiento de la revolución anticapitalista por medio de una guerra entre los países del colectivismo burocrático y los capitalistas. Podéis imaginar cuánto me costaba en realidad realizar una identificación con los fascistas, pero éstos se volvían inequívocamente aliados anticapitalistas. Escribí en este sentido, y, entretanto, los grandes dirigentes pasaron a la acción, que concluyó con el tratado entre Hitler y Stalin de 1939.

Mientras tanto seguía desarrollando mi película mental y bien pronto me di cuenta de que el fascismo era ciertamente una síntesis, pero regresiva. Lo mismo debía ocurrir entonces con el bolchevismo, y al ver que Stalin estaba dispuesto a fascistizar Europa levé anclas y me trasladé primero a Francia y después a Inglaterra para publicar el libro y denunciar el peligro fascista-soviético que amenazaba a Europa y al mundo.

Naturalmente, nadie me creía; pero cuando los diarios parisinos anunciaron: «Londres y París frente a Berlín y Moscú», los politiqueros dijeron: «Ya lo sabíamos...» Sin embargo yo sí sabía lo que iba a pasar y pasé entonces por sufrimientos morales además de los físicos. Había, pues, fases de regresión en el desarrollo social, y el socialismo había fracasado en Rusia a causa de nuestra ignorancia económica. No se había aplicado un sistema económico socialista, que por otra parte na-

die había investigado, y el error se convertía en algo fatal y además inevitable porque habían sido santificados unos maestros que no podían preverlo todo, conocerlo todo, y porque solos, y además faltos de experiencia, no podían resolver el mayor problema de la humanidad.

Todavía estoy aquí, Georges Henein; no me han pillado en una redada; he recibido golpes que después de veinte años no acaban de dejarse de notar, pero no me han partido en dos, he aguantado y he proseguido mi obra, naturalmente solo, y me parece que he llegado bastante lejos. Lo que más daño me hizo fue la estupidez y la malevolencia de los compañeros. Trotsky es el más excusable, aunque su error nos ha hecho perder veinte años. Pero al menos él difundió la teoría del «colectivismo burocrático» y, según dice su mujer, murió obsesionado por los argumentos de la oposición de izquierda. ¿Qué pensar del renegado James Burnham? Plagió simplemente *La Bureaucratisation du Monde* y la convirtió en la *The Managerial Revolution.* Burnham había entendido bien mi libro, mejor que Trotsky; pero se sirvió únicamente del lado negativo y del primer estadio de la teoría del «colectivismo burocrático». Mi conclusión, anunciada hacia el final del libro, quedó expresada libremente en París en el prefacio, pero Burnham no la tuvo en cuenta para nada. En mi opinión, se debía «volver a empezar desde el principio», como escribí en el texto mecanografiado enviado a Trotsky, el cual interpretó mal la frase creyendo que yo lo consideraba todo perdido cuando hablaba de «volver a empezar». Pero seguimos aún en este punto: todo está por hacer; sin una nueva plataforma teórica basada en el principio fundamental del marxismo, que tenga en cuenta las experiencias históricas de las que deben inferirse los perfeccionamientos y las prolongaciones necesarias para la teoría, el socialismo está perdido para siempre. He seguido su degeneración con la muerte en el alma, pero tengo la conciencia tranquila.

Bruno Rizzi

A continuación, la carta de respuesta a Naville, no publicada por «Le Contrat Social», que había decidido ya, por lo que escribe la redacción en el número anterior, cerrar la polémica lo antes posible. En vez de alegrarse por el éxito y por la ocasión de abrir una discusión sobre un problema tan fundamental, «Le Contrat Social» obedeció a toda máquina las órdenes recibidas.

Respecto de la carta de Pierre Naville en el número de enero de 1959 de «Le Contrat Social», me veo obligado a hacer algunas rectificaciones.

Georges Henein ha hecho una novela solamente al creer que yo había sido víctima de una redada alemana. El resto lo ha comprendido o lo ha sabido con mayor precisión que Naville, el cual me vio varias veces seis o siete meses antes de mi fuga a París en junio de 1939. Aunque no de un modo oficial, porque en Italia no había nada, yo estaba realmente con Trotsky y con la IV Internacional. Al ir a París intermitentemente desde la Italia fascista intenté varias veces establecer contacto con los compañeros franceses para iniciar el trabajo en Italia. Pero los trotskistas italianos en Francia quisieron ver en mí un agente provocador. Era la excusa acostumbrada para no hacer nada. ¡Y pensar que yo lo arriesgaba todo! La broma se repitió bastante después en el despacho de Naville, quien me oyó muy bien cuando indignado y enfurecido les cubrí de injurias.

En realidad los compañeros franceses no dudaron nunca de mi honradez, incluido Naville, el cual, como dice en su carta, tenía noticias mías por los bordiguistas parisinos, que se acordaban muy bien de mí. Todo quedó en eso, y de trabajo en Italia nada.

En Londres, en 1938 y 1939, tuve varias entrevistas con los camaradas de la IV Internacional y frecuenté sus reuniones como un camarada cualquiera. Pero para ellos yo hablaba chino y a veces me consideraban antimarxista. A Trotsky le seguían bien, y siempre tenía razón.

Volví a Italia a finales de agosto de 1943 para tomar un puesto de combate. Ocho días después Mussolini se

detenía precisamente en Gargnano, donde vivo, y los camisas negras se aposentaron en parte en mi propia casa. El amigo Marcel Malplance, de París, temblaba al pensar en mí.

Naville ha señalado antes que yo que *The Managerial Revolution* no es más que una «pura y simple copia» de *La Bureaucratisation du Monde.* Pero me permito añadir que sólo en su parte negativa; Fenwick ha señalado que al final de mi película mental afirmo que el colectivismo burocrático representa una regresión y no ya un progreso de la sociedad.

En la Italia fascista no podía decir más y fui a París para concluir mi película mental en el prefacio que firmé el 15 de julio de 1939. Había querido publicar el libro sobre todo para advertir a los trabajadores que Stalin iba a traicionarles aliándose con Hitler y Mussolini.

Residí en Francia de 1939 a 1943, y precisamente como refugiado. Antes siempre aprovechaba mis viajes comerciales para acercarme a los compañeros, comprar publicaciones prohibidas en Italia y tratar de hacer algo que ayudara a derribar el fascismo.

Fui miembro del partido comunista desde la escisión de Livorno, pero nunca he sido bordiguista. No obstante, frecuentaba a estos valientes camaradas porque también ellos estaban en la oposición y deseaba conocer su pensamiento. Ya entonces discutíamos, pero apreciaba su franqueza, su gran fe y a menudo su acusada inteligencia. Estaba de acuerdo con ellos en que la III Internacional estaba al servicio de la URSS en vez de lo contrario. Hubiera preferido a Bordiga en el cargo de Zinoviev. No es exacto que yo «abandonara toda militancia política». Me vi obligado a ello. En Milán, donde vivía, después de bastantes detenciones comprendí en qué dirección podría encontrar al informador. Traté de ponerme en contacto directo con el centro, pero al verse descubiertos me acusaron de espía. Nunca he sido expulsado del partido; me «congelaron». Fue uno de los mayores dolores de mi vida, pero al menos esto me ahorró quince años de cárcel y hoy estoy sinceramente agradecido. La poli-

cía estaba al corriente de todo y unos años después me concedió el pasaporte. Había estado durante diez años privado de él.

Entre mis «perspectivas» y las de Bordiga hay un abismo que él se niega a aquilatar. No quiere discutir. Sostiene que la URSS es un país capitalista como América y si se le pregunta dónde están en Rusia los capitalistas no sabe qué responder, pero siempre está convencido de que tiene razón. En vez de rectificar a Marx a la luz de nuestras desastrosas experiencias, Bordiga empeora una situación teórica ya difícil de por sí. Se sube por las paredes para sostener su tesis y llega a servirse de la «impersonalidad del capital» o a ver en el campesino del *kolkhoz* un capitalista, un pequeñoburgués y un proletario al mismo tiempo. Localiza las nuevas clases en una sola y misma persona. Se diría que se trata de una nueva trinidad marxista y no ya cristiana (véase *Diálogo con los muertos* - Bordiga).

Al menos desde 1938 Bordiga y yo estábamos en las antípodas. Lo que en realidad es una novela es el bordiguismo que me atribuye el camarada Naville. En mi opinión, o se ha abierto una nueva vía al socialismo, basada siempre en el materialismo dialéctico, o mi obra no vale nada.

Nada tiene de malo que el honrado compañero Naville no compartiera mi punto de vista, que concordaba en parte con el de Craipeau. Lo triste es que Naville, como Bordiga, no aceptaba discutir. Les entregué dos artículos acerca del estado totalitario en los que iniciaba una aproximación entre el régimen político stalinista y los de Hitler y Mussolini. Al volver de Londres quise saber su opinión. ¡Pobre de mí! Había blasfemado, había querido romper todos los puentes, estaba condenado a perderme y me echó como a un perro. Me volví a encontrar solo una vez más. Fenwick y otros me reprochan ser un «solitario». Siempre he buscado compañeros incluso arriesgándome bastante, pero para vivir en buena armonía en ciertos ambientes no hay que tener ideas nuevas, y esto

no forma parte de mis costumbres. «¿Corporativista a lo Bottai», yo? Sueñas, camarada Naville.

¿«Antisemita inquietante»? Era la cuestión del día, y escribí un breve capítulo para ridiculizar cualquier explicación racista y tomar posiciones desde el punto de vista proletario. Imitando la carta de Carlos Marx a Bruno Bauer, señalé que el pueblo hebreo estaba integrado en gran parte por capitalistas. Su Sabbat y su religión no me importaban nada. Les llamé hermanos, como a todos los hombres, deseando que se hicieran socialistas, pero advertí a los compañeros y a los trabajadores que la plutocracia hebrea al frente de todo el pueblo tenía una fuerza inmensa a su disposición, una fuerza capitalista que siempre se opondría en los momentos decisivos a nuestros intentos revolucionarios. Éste es todo mi antisemitismo, pero ninguno de nosotros ha tenido el valor de plantear de este modo la cuestión. Y, sin embargo, su hora llegará: donde el capitalismo sea atacado, los capitalistas, hebreos o no, se defenderán, y los trabajadores los tendrán en contra. Yo denuncio a los enemigos del socialismo; no los cubro, como quienes me tachan de antisemita, para agradar a los capitalistas hebreos.

Por todo esto, se comprende que Naville viera «un conjunto confuso de teorías» procedentes del infierno. Trotsky se opuso a mis teorías pero no las consideró confusas. Burnham se apoderó de ellas casi físicamente, con todos los beneficios que hubiéramos podido aportar al movimiento revolucionario si un Naville cualquiera me hubiera ayudado a traducir y a publicar este libro. Pero yo estaba «en polémica directa con las ideas que Naville defendía», y entonces no se debe ayudar a un compañero. Aún no he olvidado su fanatismo de entonces; y no por razones personales sino por el mal que ha producido al movimiento socialista. Si hemos perdido veinte años es también por culpa suya. Hoy se reanuda la polémica que yo inicié contra Trotsky. Hay que reemprender el camino a partir de este punto si no se quiere permanecer en la nada, como ha ocurrido desde entonces hasta hoy.

Los ataques que dirigí a Naville en *La Bureaucratisation du Monde* no se deben a la «negativa» a ayudarme en la edición de este libro sino por el modo ruin en que había tratado a un compañero. Lo demás es polémica, precisamente porque «las ideas que maduraban en mi cabeza desde hacía tres años estaban en contraposición con las de Trotsky, Naville y Craipeau». Por otra parte, repito que la conclusión de mi película mental no es que «el régimen dominado por la nueva clase burocrática mussoliniana, hitleriana y staliniana era progresivo», sino que se trata justamente de lo contrario, y el prefacio así lo afirma sin sombra de dudas.

No guardo a Naville ningún rencor personal. Su error consistió en dar demasiado crédito a sus convicciones, como ocurre con todos los hombres de fe. Nunca les asalta la duda, y los compañeros que no piensan como ellos se convierten en adversarios. Así es como se crean las sectas y se abren los santuarios. La fe era necesaria para poner en marcha el movimiento socialista, y ésta fue la tarea de nuestros padres. Pero nosotros debemos construir el socialismo y necesitamos comprender el ordenamiento económico a través de largas y pacientes discusiones. Tuve que seguir mi camino, naturalmente, solo; por todas partes encontraba un Naville que se negaba a colaborar, a discutir y a publicar, pero no todos procedían, como él, de buena fe.

Bruno Rizzi

Naville me había visto varias veces antes del invierno de 1938-1939. Cuando iba a Londres siempre me detenía en París, donde conocí a Rouss y a otros, por no hablar de la mísera sede parisina de la IV Internacional. Al verla me dio un vuelco el corazón: «Míralo, tu partido; ahí está: un cuarto miserable tapizado de diarios y banderas rojas como en los albores del movimiento. Los traidores a los trabajadores viven en cambio en grandes palacios con relativo *confort*, siervos a las órdenes del patrón moscovita.»

Por último, Naville me convierte en genovés, porque por precaución siempre mandaba la correspondencia desde Génova y no desde Milán.

Considero inútil reproducir la carta de Hal Draper (marzo de 1969 «Le Contrat Social» y del 21-1-1959) porque repite inexactitudes ya corregidas en gran parte y porque no hace ninguna aportación teórica a nuestro tema y yo no pretendo aburrir más al lector. Al haberle respondido yo que desde 1939 ya no me interesaba a fondo por los acontecimientos rusos porque, habiendo diagnosticado la naturaleza del estado soviético, lo que ocurría en Rusia podía a lo sumo servirme de confirmación del colectivismo burocrático y no para investigar acerca del socialismo, escribe: «No parece que el movimiento socialista le interese ya.» Tiene que haber en esto mala fe, porque, a petición suya, le había enviado bastante material impreso, como los seis pequeños volúmenes de *Il socialismo dalla religione alla scienza*, artículos de revistas y otras cosas. Durante más de veinticuatro horas se había alojado en mi casa y habíamos hablado. Me he apartado tanto del socialismo que nunca he dejado de escribir sobre él, centrándome en esta temática de tal modo que Giorgio Galli, considerado tal vez no equivocadamente como el mejor crítico socialista de Italia, recientemente aclaraba a un interlocutor suyo en la «Critica Sociale» que debía sus ideas «esencialmente a Bruno Rizzi, que desde hace treinta años atrae la atención de los socialistas y de los estudiosos». Tan extraño al socialismo que acertada o equivocadamente he determinado también la solución económica de su construcción. Y tan extraño a Rusia que puedo concluir desde el punto de vista marxista que el colectivismo burocrático es, en el fondo, la cristalización del mundo feudal en el monopolio estatal sobre los medios de producción y sobre los trabajadores.

Hal Draper acudió a mí con la única finalidad de obtener un ejemplar de *La Bureaucratisation du Monde*. Debo creer que los llevados a Londres para Schachtman han desaparecido de la circulación. Sólo tenía uno, que

además no era mío sino propiedad de Marcel Malplance, y le dije a Draper que no se lo podía dar. Finalmente cedí con el acuerdo de que me lo devolvería tan pronto como lo hubiera leído. El *gentleman* nunca me respondió, y sabía que no me quedaba ninguno. Ese ejemplar me fue devuelto hace poco por la revista «New Politic» a la que había escrito contándoles lo ocurrido. Se comprende que la redacción de la revista impuso la devolución. La caradura de este joven es realmente sorprendente. En 1956 no publicó mi respuesta a Fenwick, que me había insultado además de adulterar malamente mi pensamiento; después de insistir varias veces tuve que tratarle con bastante dureza. Pero se comprende que es poco sensible. Cuando se presentó en mi casa con su mujer yo no podía creer que hubiera tenido el valor de hacerlo y le pregunté dos o tres veces si era realmente Hal Draper. Bueno; la hospitalidad es una tradición real en mi familia; les traté como a huéspedes aunque no me eran personas gratas. Pero a la villanía de negar la defensa a un compañero ofendido, Hal Draper quiso añadir otra: privarme de mi único ejemplar de *La Bureaucratisation du Monde.*

Y ya que hablamos de villanías, me pregunto si «Le Contrat Social» no debía permitirme responder a Naville y a Hal Draper que me trataban confusamente de bordiguista, de corporativista a lo Bottai, de antisemita e incluso de fascista. Pero desde el primer día de la polémica, «Le Contrat Social» había decidido cerrarla a marchas forzadas como prueban repetidamente las intervenciones de su redacción en los números siguientes; me negaron la palabra.

Alabada sea la democracia, pensé, porque la ley, incluso en Francia, obliga a los editores a publicar una carta de rectificación. Recurrí a un abogado parisino que consideró mi petición enteramente legítima. Pero al ver que mi carta no aparecía en «Le Contrat Social» le encargué al amigo Malplance que fuera a ver al abogado para saber en qué punto estábamos. El abogado había cambiado de opinión y ante la insistencia de mi emisa-

rio, que le hacía ver que con las publicaciones de «Le Contrat Social» yo podía ser juzgado mala e injustamente por los lectores, respondió que el juicio de los hombres no cuenta nada y que lo que importa es el juicio de Dios. Textual. Precisamente la historia de Renzo Tramaglino y del abogado Azzeccagarbugli, con la única diferencia de que Renzo se llevó los pollos a casa, mientras que yo tuve que pagar el pato por la gran ayuda obtenida de mi abogado que, mientras tanto, había dejado transcurrir el plazo señalado para la réplica. A distancia de siglos los poderosos siguen usando aún los mismos métodos. Pueden reírse de las leyes porque, cuando es necesario, recurren a las viejas usanzas. Ya no es necesario enviar «bravi» para convencer a un Don Abbundio cualquiera. Un telefonazo arregla rápidamente tantas cosas...

II. Naville y la teoría del colectivismo burocrático

«Tempi Moderni» ha reproducido el artículo de Naville en «Arguments» del primer trimestre de 1960.

Al encontrar inexactitudes y oscuridades acerca de mi comportamiento y mis teorías, me permito solicitar espacio para una puntualización que se extiende a una laboriosa polémica, visto el interés de esta revista por el problema en cuestión.

Es muy importante que Lenin, desde 1921, conciba el origen del burocratismo «en ciertas relaciones económicas definidas y en el comunismo de guerra». Marxista de ojos de lince, comprendió en seguida que no se trataba de una simple dificultad burocrática debida a la tendencia automultiplicadora de toda administración. Vio brotar esta burocracia de las nuevas relaciones de producción tan pronto como fueron impuestas. No me sorprende, pues, que expusiera este descubrimiento en el discurso sobre *el impuesto en especie.* Habiendo estudiado la sociedad feudal desde un punto de vista marxista, he visto que la burocracia de las monarquías feudales, faraónicas, incas o del imperio romano, etc., administraba, precisamente, la recaudación y la distribución del impuesto en especie. Estas burocracias eran, en suma, hijas suyas. Lenin comprendió la esencia del fenómeno en su mismo surgimiento, pero los «marxistas leninistas» ni siquiera ahora se dan cuenta de que el riachuelo inicial se ha vuelto tan ancho como el Volga. Precisamente para desembarazarse de esta burocracia, de sus errores y sobre todo de su incapacidad, que había llevado al desastre económico, Lenin decretó la NEP. O sea el mercado, no la autarquía, y Bujarin, mientras pudo hablar, sostuvo esta economía. Sólo se necesitaba la ciencia económica de un bruto como Stalin y la sumisión de sus siervos

para desencadenar y justificar todavía hoy el huracán eliminador de los *kulaks*.

Lenin casi muere con la crítica a la burocracia en los labios; Trotsky tomó su puesto y criticó a su vez; la vio crecer y aumentar su poder, pero siguió considerándola una clase política y no económica. A mi modo de ver, las clases políticas no existen ni han existido nunca; para ser una clase dirigente hay que tener el poder sobre los medios de producción, y entonces la clase es económica. Trotsky considera, pues, a la burocracia soviética como una clase política que se halla en la imposibilidad de convertirse en clase económica. Cegado por la revolución y por el problema de la propiedad, desgraciadamente introducido por el propio Marx como el origen de la explotación humana, Trotsky no ve el trabajo molecular de la economía, que sin barricadas ni decretos revolucionarios de expropiación hace cambiar de manos la propiedad. Sin un estudio histórico sobre las relaciones de producción, determinados fenómenos quedaban como algo imposible de comprender incluso para mentes superiores como la de Trotsky. De hecho siguió negando la existencia de una nueva clase dirigente en Rusia y queriendo defender a este país, porque «a pesar de todo, mantiene las nacionalizaciones y la planificación». De nada sirvieron mi bombardeo ni mi obstinación crítica. Trotsky consideró que nunca había sufrido uno tan intenso, y le creo, porque le puse los hechos uno tras otro bajo la nariz; él los declaraba indiscutibles, pero con un «quiebro» muy suyo hacía que la asamblea le diera la razón. En este arte era inimitable, pero esto no se hace con los compañeros pues no produce ningún bien y luego han de pagarlo todos. Es necesario aceptar que se está equivocado si se está equivocado, o hay que decir que no se consigue comprender la cuestión a fondo. Estamos construyendo una ciencia a partir casi de la nada y es lógico que nos extraviemos a cada paso. Pero el político no quiere equivocarse; siempre ha de tener razón. Trotsky tenía un poco este vicio; mucho menos, sin embargo, que los que estaban en contacto con él. No ponía

la revolución bajo sus pies para alzarse sobre ella. Era ambicioso, pero grande; ante todo, un inmenso revolucionario.

A veces también yo hablé de una incapacidad congénita del proletariado para convertirse en clase dirigente, o me expliqué el fracaso ruso por su aislamiento, aunque supiera muy bien que nacionalizaciones y planificación eran las columnas del colectivismo burocrático; pero mantuve muy poco estas posiciones. Mi película mental continuaba, y en seguida tuve claro que éramos incapaces de construir el socialismo incluso donde habíamos conseguido el poder porque no conocíamos la vía económica que conduce a él: la relación de producción socialista sobre cuya base se alzará todo el edificio del socialismo.

Dejemos el pensamiento de Trotsky y volvamos a Naville.

La cita de la página 251 de *La Bureaucratisation du Monde*, donde resumo según Naville mi teoría del «colectivismo burocrático», reproduce exactamente mi pensamiento en el momento en que la escribí. Ya he explicado en «Le Contrat Social», y lo he escrito también en el texto, que *La burocratización del mundo* no es realmente un libro listo y terminado. He escrito repetidamente que se trata de una *película mental* por la sencilla razón de que me lo saqué de la cabeza en poco tiempo y luego tuve que escaparme a Francia para hacerlo imprimir en la forma analítica en que estaba, sin proceder del análisis a la síntesis en la redacción del texto. Sucede pues que voy modificando mi pensamiento a medida que madura mi investigación analítica, y llego, por ejemplo al final, como ha señalado el atento periodista americano Fenwick, a decir que debo revisar toda mi posición anterior. ¿Qué había ocurrido? Casi hasta el final del libro había considerado que el colectivismo burocrático era una sociedad progresiva incómoda pero necesaria entre capitalismo y socialismo. Los marxistas y los universitarios hablaban siempre de progreso social, nunca de regresión. Es natural que si se me presentaba

ante los ojos una sociedad nueva debía considerarla progresiva en seguida, como una interpolación sociológica entre capitalismo y socialismo. Cuando me di cuenta de que era regresiva y que hacía volver al mundo a la barbarie, me encontré en la imposibilidad de seguir escribiendo en Italia porque había incluido el fascismo en el colectivismo burocrático. Comprendía también por los preparativos periodísticos que el acuerdo entre Stalin, Hitler y Mussolini avanzaba en la sombra, y como Stalin no apelaba a las masas occidentales comprendí que se estaba poniendo de acuerdo con los dictadores para fascistizar Europa. Ya no se trataba de profetizar una unión militar entre el Eje y Rusia para hacer saltar por los aires el capitalismo en todo el mundo. Había que plantarse: para denunciar a Stalin ante las masas trabajadoras y la conjura de los dictadores ante los gobiernos occidentales; había que publicar el libro en seguida y concluir en seguida con la última fase de la película mental concentrada en el prefacio. Ésta es la razón de que tuviera prisa y no trabajara el libro debidamente; salió lleno de errores e incluso de correcciones en las pruebas, como si llevara las heridas de la batalla. Pero ¿os imagináis a un revolucionario italiano en 1939, al corriente de que Stalin se está poniendo de acuerdo con Hitler y Mussolini para fascistizar el mundo? Era la muerte en cuerpo y alma tras haber esperado día a día durante más de veinte años, y también la muerte de una civilización. No comprendo cómo Naville no tuvo en cuenta estas cosas; cita la teoría en un solo momento, y no la conclusión. Mi teoría del colectivismo burocrático concluye destacando siempre que se trata de una sociedad que no es capitalista ni socialista, pero que es regresiva y no progresiva. Se trata de una diferencia enorme que vuelve del revés toda la estrategia proletaria y deja planteado el problema: ¿cómo hacer entonces para crear el socialismo, una sociedad progresiva en comparación con el capitalismo?

Pues bien: ni Trotsky, ni Naville ni Fenwick, que tuvieron en cuenta el *revirement* final, ni otros, tendrán

en cuenta el hecho de que mi libro fue declarado desde el principio una película mental y que lleva un prefacio en el que la concluyo. Lo escribí en París, donde podía publicar lo que quería. También en el resto del trabajo, contrariamente a mi costumbre, digo a veces lo contrario de lo que pienso. Me lanzo teatralmente, por ejemplo, contra el marxismo y los marxistas para hacer una corrección justa a mi modo de ver, y aprovechar al mismo tiempo para ocultarme como revolucionario al régimen fascista. Al escribir no sabía dónde ni cuándo publicaría mi libro. Escribía en Italia al lado de los carabineros; ésta era la realidad que no podía declarar y que ningún extranjero habrá comprendido ni acaso podía comprender. Veían un libro publicado en París y no pensaban que en Italia yo tenía que escribir de un modo anormal.

Ahora los lectores de «Tempi Moderni» podrán comprender mejor las citas de Naville y sus comentarios.

En estos veinte años he ido mucho más lejos en el perfeccionamiento de la teoría, en los estudios económicos, histórico-sociológicos y en el tratamiento del socialismo mismo, como las obras publicadas y las preparadas para la imprenta podrán demostrar. Mi «fuerza», a decir de Naville, consistiría en haber destacado los rasgos comunes de los sistemas económicos stalinista, hitleriano y fascista. Mi error fundamental consistió en identificar la economía de estado en la URSS con la Alemania de Hitler, la Italia fascista y el *new deal.*

Se juzga muy pronto. Mejor era aclarar las razones por las que resultaba equivocado sostener que se daba una orientación económica fundamentalmente idéntica en la URSS, en Alemania, en Italia y en el *new deal,* en el lejano 1939. También en otras cuestiones se limita Naville a decir que no está de acuerdo conmigo, y nadie pretende lo contrario; pero como en estas disputas se busca únicamente la verdad, habría que desnudarse de una vez por todas. Naville me lo ha prometido repetidamente, e incluso ha aceptado participar en la discusión abierta con *Socialismo e collettivismo burocratico* en la «Critica Sociale» del 20-11-1961. Los lectores tienen ra-

zón al pedir refutaciones y no sentencias. Personalmente deseo conocer el pensamiento de Naville, a quien aprecio y que se puso del lado de Trotsky en la discusión de 1939 sobre el «estado obrero», de la que salió la teoría del «colectivismo burocrático». Quien me obliga a corregirme me hace un favor. Ya he destacado los rasgos comunes de las economías dictatoriales en *La Bureaucratisation du Monde* y desde hace más de veinte años: en el fondo, se trata del paso de las empresas y sobre todo de las ganancias, al estado. Aquí es total, allá parcial y en otra parte incipiente, pero siempre se trata de este desplazamiento y en todas partes tiene un carácter constantemente creciente. Con las expropiaciones, la acumulación de las ganancias, los impuestos, las coparticipaciones y demás, América, Alemania e Italia avanzan a paso más o menos apresurado, y avanzan hacia una economía de estado como la instaurada en Rusia por la Revolución de Octubre. Se trata de fenómenos de gran amplitud que necesitan tiempo para concluir. La Rusia stalinista no llegó a completar el proceso en cuarenta años de revolución; Alemania e Italia estaban mucho más atrasadas, y los Estados Unidos más todavía, pero el fenómeno era y sigue siendo el mismo, con idénticos contragolpes en las sobreestructuras morfológicas, políticas, jurídicas y morales, a medida que el peso de la economía de estado se hace predominante.

Un marxista del valor de Naville nunca tendría que haber considerado un error la identificación de los regímenes mussoliniano y hitleriano con el stalinista, denunciados por mí precisamente a consecuencia «de los rasgos económicos comunes» justamente observados, como él mismo afirma. Yo *deduzco* a la manera marxista, a partir de la economía; Naville parece olvidarse, en cambio, ya que lo considera un error: mi error fundamental, dice. Pero él está en contradicción con el marxismo.

Lo bueno es que estos «rasgos comunes» consisten en la creciente identificación de la relación de producción, de lo que es más vital y característico en un sistema económico.

Hoy una empresa pasa al estado; mañana, otra; pasado mañana una revolución adjudica en bloque al estado un gran número de empresas; en otra parte, un «giro», un centro-izquierda, un gobierno laborista o un jefe africano proceden a las llamadas nacionalizaciones, felices y contentos de construir el socialismo o el estado nacional o la «igualación democrática».

Esto nos da, ya que no otra cosa, la medida de nuestra ignorancia en la materia. El propio Trotsky consideró «disparatada» mi afirmación de que si Hitler hubiera conquistado Rusia, no habría cambiado el fundamento de la economía. Pero en realidad ocurrió así: los *kolkhozes* entregaron los productos a la Wermacht y no al estado ruso, y quien quiera enterarse de las intenciones hitlerianas para el futuro, puede leer, por ejemplo, sus conversaciones de 1942 recogidas por Bormann. Con ello tendrá suficiente y se hará una buena idea acerca del colectivismo de estado que ese señor nos quería regalar.

Trotsky estaba en cambio convencidísimo de que Hitler habría entregado las tierras negras a los grandes capitalistas alemanes, y se reía de mí. Paciencia para él, en aquellos tiempos. Los prejuicios, sobre todo si son marxistas, no son fáciles de eliminar, pero Naville pretende sostener todavía hoy «que el análisis de Trotsky resultó mucho más perspicaz que el de Rizzi y sus sucesores». En realidad el propio Trotsky confirma lo contrario.

Dice Trotsky en su carta a Cannon: «O bien el estado stalinista es una forma transitoria, una deformación del estado obrero en un país retrógrado y aislado, o bien el "colectivismo burocrático" (Bruno R., *La Bureaucratisation du Monde,* París, 1939) es una nueva forma social que reemplaza al capitalismo en todo el mundo (stalinismo, fascismo, *new deal*). Las expresiones terminológicas (estado obrero, no estado obrero, clase, no clase, etc.) sólo tienen sentido desde este punto de vista histórico. Quien opta por la segunda alternativa admite, abierta o tácitamente, que *están agotadas todas las potencialidades revolucionarias del proletariado,* que el movimiento socialista ha quebrado y que el viejo capitalismo está

transformándose en "colectivismo burocrático" con una nueva clase explotadora.

»La tremenda importancia de esta conclusión se explica por sí misma. Concierne a todo el destino del proletariado mundial y del género humano. ¿Tenemos el menor derecho a inferir nosotros mismos una nueva concepción histórica en absoluta contradicción con nuestro programa, estrategia y táctica, a causa de puras expresiones terminológicas? La difusión de un cambio de concepto de este tipo sería ahora doblemente criminal, a la vista de los resultados de la guerra mundial, cuando la perspectiva de la revolución socialista se vuelve una realidad inminente, y cuando el caso de la URSS ha de aparecer ante todos como un episodio transitorio en el proceso de la revolución socialista mundial.»

«*Jamais se faire des tableaux*», decía Napoleón; gracias por la cuestión de las «*expresiones terminológicas*», por no hablar del temor a echar por tierra la «vieja concepción histórica». Pocos meses después, viviendo todavía Trotsky, la IV Internacional se había roto.

Trotsky admitió honradamente que el reproche que me había hecho por haber identificado la economía de la URSS con «la Alemania de Hitler, la Italia fascista y el *new deal*» no habría tenido ya sentido si se producía la revolución. ¿Se ha producido? Si la infame mano de Stalin no nos hubiera arrancado antes de tiempo a este gran revolucionario, no habría necesitado esperar al final de la guerra para convencerse de que la URSS no es un estado obrero degenerado sino un nuevo tipo de sociedad, ni capitalista ni socialista, enteramente regresiva. «Estaba obsesionado por los argumentos de la oposición», dijo su mujer, lamentando los últimos meses de vida de su compañero; y ella misma rechazó en seguida cualquier calificativo de «obrero» al estado ruso; pasó a la oposición.

Naville es tenaz. A saber por qué, y por qué no lo quiere explicar. Pero, mirad: (yo) «me impido a mí mismo comprender la crisis del estado y de toda la sociedad, tal como ésta se desarrolla ahora». No lo excluyo; pero ahora son bastantes los que piensan igual o más o me-

nos como yo, y todos deseamos ser sacados de nuestra incomprensión dado que la crisis todavía se está desarrollando. Según Naville, una razón sería la pérdida de la guerra por el Eje, que nos habría dado «la destrucción de la economía fascista». Ya se ha explicado en «Arguments» que cuando pensaba así estaba equivocado. En la postguerra la economía de estado se intensifica aún más que en tiempos de los dictadores, tanto en Italia como en América. Naville ha admitido que este hecho es «indiscutible», y al hacerlo ha de renunciar a emplear en la argumentación el hundimiento de la economía fascista. Nosotros esperamos enterarnos de por qué razón no comprendemos la crisis del estado y de la sociedad actualmente en curso.

No es sólo por curiosidad: está en juego toda una civilización. Llamamos a rebato desde 1938, pero Spengler y Arturo Labriola lo habían hecho ya antes con otro tipo de argumentaciones.

Hoy el colectivismo burocrático se extiende desde el Báltico hasta el Caspio; Asia y África vuelven decididamente la proa hacia este socialismo de castores estatales y en el centro de las Antillas surge de la noche al día una isla volcánica a cuatro pasos de Fort Knox. Desde hace tiempo se ha afirmado una nueva corriente económica en el mundo en relación con mi «error fundamental». Hace treinta años la habría saludado con alegría revolucionaria; hoy no poder detenerla me corroe el alma. Es difícil navegar contra corriente. Como mínimo se necesitaría una mente social, y esto es precisamente lo que les falta a los hombres, dispuestos a emplear todo género de astucias pero faltos o casi faltos de conocimientos económicos y sociológicos.

«La nueva clase» está en formación en todas partes, y aquí Naville debería tomar nota de su error fundamental. Ya no soy el único en verla, como en 1938, pero el fenómeno se desarrolla con la lentitud propia de las metamorfosis sociales, hasta ahora nunca percibidas por los contemporáneos. Haberse dado cuenta de ella es ya un hecho, y se lo debemos al marxismo. Pero como he

hablado de cien años de trabajo para la afirmación del nuevo orden social en curso de formación en el mundo, Naville hace ironías al respecto y considera que tenemos mucho tiempo por delante. En primer lugar, yo no soy un profeta, y no hay que tomar mis cálculos al pie de la letra por comodidad polémica; en segundo lugar, es difícil desarraigar a la nueva clase cuando ya se ha afianzado en alguna parte. Para Hitler y Mussolini fue necesaria una Segunda Guerra Mundial; hoy el mundo totalitario supera los mil millones de hombres. Ese mundo, no sólo está definitivamente perdido para la civilización occidental que se desarrolla desde hace dieciocho siglos sino que amenaza con apoderarse de todo el planeta.

Naville razona como Trotsky, que quería esperar a la evolución completa del fascismo para detectar a la manera marxista que se había vuelto anticapitalista. Mussolino le habría contestado: «*Me ne frego!*» Han pasado ya cuarenta y cuatro años; si Naville quiere, nos queda medio siglo de luchas, pero se trata ya de luchas defensivas y día a día perdemos terreno palmo a palmo en todos los sectores del globo terráqueo. Naville confía en la vitalidad de los capitalistas que han sabido deshacerse de Hitler y de Mussolini; no ve que a pesar de esto el sector totalitario ha aumentado en extensión y en poder precisamente porque se trata de un fenómeno en expansión. Los capitalistas también podrían perder la guerra, pero a mí me parece que nosotros debemos buscar una solución distinta. Todo el proletariado mundial está ausente de esta lucha que en cambio será el primero en pagar. La culpa es nuestra, de nuestra ignorancia marxista, de nuestra corrupción política, del retraso en plantear una forma teórica del socialismo a la luz de las experiencias históricas de los últimos cincuenta años. Todavía no se ha abierto una discusión... La historia será severa con nosotros. Nuestros padres podían ser socialistas infantiles, pero pusieron en pie el movimiento; nosotros lo hemos destruido o conseguido abortos monstruosos, viviendo del «capital político» acumulado por

nuestros predecesores, en la más crasa ignorancia económica, histórica y marxista.

Otra observación de Naville, a la que es conveniente responder, se me plantea a propósito de los títulos de propiedad que atribuyo a la burocracia rusa. Dice: «Para afirmar su tesis, Rizzi habría tenido que realizar un análisis mucho más profundo del sistema de formación y distribución de la ganancia social (plusvalía) en la economía de estado o nacionalizada. Pero este análisis habría sacado de quicio su simplificación lógica. De modo que se contenta con un esquema sumario que otros retomarán después.» Siempre que se pueda responder a ellas, me complace cualquier crítica; las críticas siempre sirven para aclarar las situaciones y precisarlas; pero se comprueba una vez más que el mundo es muy ingrato. Es la primera vez que un socialista realiza un análisis social de este tipo; me ocupo de la propiedad, de la relación de producción, del modo económico de explotación, de las clases, del régimen político, de los efectos morales, y se me objeta que no he documentado bien la propiedad de los medios de producción por parte de la burocracia porque no he analizado suficientemente la formación y la distribución de la ganancia. Esto ni siquiera es verdad. He dedicado un capítulo a la explotación burocrática, explotación de clase y no individual, pero de la clase dirigente en bloque que almacena el *reditus* por medio del estado en que se ha aposentado. Se lleva la parte del león como todas las clases dirigentes e invierte lo que queda en obras que ella misma elige. ¿Tenía que especificar cuánto se guarda para sí, cuánto pasa a los trabajadores y cuánto se destina a la potenciación de la producción? Trotsky, en *La revolución traicionada,* hizo lo que pudo en este sentido porque no era posible obtener datos precisos, pero a mí me interesaba *solamente* establecer la existencia de un modo económico determinado de explotación. Si hay explotación hay también propietarios, y así como la burocracia disfruta de una documentadísima situación preferencial, ya sea en los servicios sociales, ya respecto de la masa de rublos distribuida a los

consumidores, resulta matemáticamente que los propietarios han de ser los burócratas.

En lo que se refiere a la distribución de los productos, todo el mundo sabe que se hace por medio de las expendedurías del estado, y he aclarado que aquí la clase explotadora obtiene otras ganancias; tiene a los consumidores a su disposición porque goza de un monopolio. He explicado que otra fuente de ganancias está representada por las requisiciones forzosas, especialmente las agrícolas, cuyas cuotas fija arbitrariamente el estado.

En suma, es el estado el que ingresa las ganancias sociales, pero al identificarse el estado con la clase burocrática, los beneficiados son los burócratas que distribuyen y emplean las ganancias a su antojo, como todas las clases dirigentes. Todo esto, y más ampliamente, ha sido dicho ya; ¿qué más se pretendía de mí para demostrar la existencia de la propiedad burocrática por medio de la formación de la ganancia y su distribución? Por lo demás, ¿no había dedicado ya un capítulo directamente a la propiedad de clase? En el campo marxista hasta ahora se ha hablado simplemente de propiedad privada y de propiedad colectiva. Aclaro que puede haber diversas especies de propiedades colectivas, y que colectivo no quiere decir socialista; descubro una nueva forma de propiedad, denominándola propiedad de clase, y un poder hasta ahora desconocido sobre los medios de producción, y finalmente tengo que oír que me limito a investigaciones superficiales. El propio Naville está de acuerdo en que ningún profesor burgués ha intentado nunca realizar un análisis de este tipo; y luego me dice que me limito a un «esquema sumario».

¿A quién hubiera tenido que pedir consejo? Quisiera saberlo, porque en lo poco que he hecho, nadie me ha enseñado el análisis ni el método de análisis. Ni siquiera Marx. Yo no tenía ningún método de análisis social; en sociología todo está por hacer. Esta ciencia no existe, pero llegará a existir precisamente por medio de simplificaciones lógicas y de esquemas sumarios como los del que suscribe. Es un misterio, por qué Naville no procede

por sí mismo a «análisis mucho más profundos», evitando mis superficialidades. En 1939 mi crítica no se dirigía tanto a él como a Trotsky. No le ha faltado tiempo a Naville para hacer algo mejor, y sin embargo pretende que una crítica más profunda habría sacado de quicio mi «simplificación lógica»; me pregunto por qué no lo hace. Por mi parte, no veo ninguna «salida de quicio» posible, pero prefiero equivocarme que permanecer en el error. Algunas frases son muy cómodas para quien habla para la galería, pero quien busca la verdad os dirá que si no las basáis en la debida demostración, son pura y simplemente palabras, e incluso palabras de mala ley.

Cierto es que el análisis social de la burocratización del mundo es bastante primitivo. Ahora lo haría mucho mejor, pero sólo por el hecho de que durante veinte años he perfeccionado, mejorado y profundizado ese método de investigación que inicié en *La burocratización del mundo*. Partí de la cuestión de la propiedad a causa de la doctrina marxista, y mi punto de partida fue malo. La propiedad es un derivado de la economía, no una categoría económica. Ahora sé que hubiera debido partir de la relación de producción precisamente porque profundizando en la investigación también he mejorado el método; pero entonces me encontraba con una ciencia económica que había sido iniciada por los fisiócratas doscientos años antes y que se interesaba solamente por el capitalismo, con una sociología inexistente, con una historia casi eminentemente política y falta de base económica, y hoy está claro para mí por qué esta última es una ciencia en pedazos. Todavía más triste es la etnografía, y nuestro socialismo está todavía en la fase infantil y no en el estadio científico. Convengamos que en estas condiciones proceder al análisis de una nueva sociedad, en medio de las brumas de la fe, de las ideas preconcebidas y de la charlatanería de todas las tendencias, no era cosa fácil. Admito que llegué de mala manera a diagnosticar a la URSS; hoy lo haría de un modo más sencillo y preciso, pero sólo porque hace más de veinte años llegué a la meta mal curtido. Hoy puedo decir a Naville que en

Rusia no existe plusvalía. Hay, naturalmente, trabajo excedente, pero ya no se expresa como plusvalía. La explotación se produce a través de los servicios estatales. El sistema económico ruso está falto de mercado o casi, y por tanto es inútil buscar la formación y la distribución de una plusvalía inexistente. Pero sigue existiendo un modo de obtener la parte del león en la renta y de ser propietario; y esto logré demostrarlo ya entonces.

Pero mirad: tras haber utilizado el argumento del inexistente hundimiento de la economía fascista para demoler mi tesis sobre la creciente burocratización del mundo, y al no encontrar al parecer otros argumentos, Naville grita, porque en el breve espacio solicitado a «Arguments» no he explicado «cómo la intervención del estado en la economía —e incluso su casi monopolio— contribuye a la formación de una nueva clase explotadora». Dicho de otro modo, pretende conocer con detalle el juego económico y cómo conducen los cambios introducidos en el sistema económico de la intervención del estado a la formación de una nueva clase explotadora y dominante.

Yo creía que el marxista Naville lo vería por sí solo. En *La Bureaucratisation du Monde* precisé el advenimiento de una nueva forma de propiedad para los dirigentes rusos: la propiedad de clase; y también he tratado ampliamente el modo económico de explotación específico de la burocracia soviética. Hay más, pero me detengo aquí porque Naville tendrá bastante para comprender cómo la intervención del estado en la economía, al generar un nuevo tipo de propiedad y de explotación humana, debía provocar a su vez el nacimiento de la clase dirigente propietaria y explotadora. Marx no hizo más: una vez establecida la propiedad de los medios de producción y la extorsión del trabajo excedente como plusvalía, según él no podía faltar una clase explotadora de tipo mercantil. Pero a Marx se le creía a pies juntillas; en cambio un marxista desviacionista siempre profiere absurdos a ojos de los marxistas-leninistas, y los colegas desviacionistas no hacen la menor gracia. Aquí yo

tenía que explicar, en una breve y graciosa intervención, el movimiento de la transformación social en profundidad y en detalle. Cosas estas que Marx nunca abordó. Pero Naville tiene *chances*: creo que también le puedo explicar los detalles desde un punto de vista marxista.

Precisamente el monopolio del estado sobre la economía genera el advenimiento de la nueva clase explotadora. Resulta infantil hablar de capitalismo y de capitalismo de estado en Rusia. Hay un solo propietario o, casi, un solo explotador: el estado. Éste ha monopolizado medios de producción y fuerza de trabajo. Donde hay monopolio no puede haber mercado, y en realidad en Rusia éste sólo aparece como mercado negro o kolkhosiano. Pues bien, ¿puede creerse que al faltar el mercado la relación de producción puede ser la misma que en Occidente? Evidentemente, no. Damos por seguro una nueva relación de producción, admitida universalmente por los demás, y con ello una nueva clase dirigente dado que la explotación del hombre por el hombre perdura. Toda relación de producción nueva implica nuevas clases, nuevas funciones económicas (formas) de los medios de producción y de los productos. En el origen está el monopolio, el antídoto del mercado, eso que los socialistas infantiles siempre han combatido frente a los capitalistas y que ensalzan en su casa. Y es que lo querían «por medio del estado socialista» como confirmación de nuestra inconmensurable ingenuidad «marxista leninista». Ahora tienen el monopolio estatal, con los debidos anexos marxísticamente deducidos, y lo presentan públicamente como socialismo. Me desgañito desde hace treinta años para hacerlo comprender, pero incluso allí donde esperábamos una ayuda fraternal no hubo otra cosa que estúpida oposición. Naville sabe algo de esto. Desde hace treinta años los acontecimientos nos enfrentan: debíamos marchar hombro con hombro, y con la ayuda de Trotsky ciertamente habríamos hecho algo. En cambio... estamos aquí sin querer retomar una polémica vital hace veinticinco años y urgentísima hoy.

Pero ¿cómo hace el marxista Naville para no ver por

sí mismo que el monopolio de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, con la consiguiente extinción del mercado, engendra una explotación más bestial que la capitalista y la necesaria clase dirigente que se beneficia de ella? El capitalismo, al menos, nos dejaba la propiedad de nuestras manos; el proletario puede elegir entre un capitalista y otro, discutir el salario y negarse a trabajar. Al faltar estas posibilidades, la presión política del dirigente sobre su explotado debe ser más fuerte y un régimen político como la democracia capitalista resulta inepto ya sea para garantizarlo, ya para administrarlo. He aquí sucintamente explicada la inevitabilidad de un régimen político autoritario. He aquí la «burocracia soviética» al desnudo; he aquí revelado el engaño de los dirigentes a unas víctimas que sufren pasivamente una mixtificación escandalosa desde hace más de treinta años.

Dado el monopolio, de él se deriva la autarquía, base económica de todos los regímenes feudales; al faltar el mercado desaparecen las mercancías y con ellas el dinero (el rublo es un bono de consumo). La plusvalía ya no se extrae como plustrabajo, sino en forma de servicios de estado, y el trabajador ya no es un proletario, o sea un libre vendedor en el mercado de su fuerza de trabajo; ésta se le arranca según las cuotas y condiciones arbitrarias impuestas por el estado. Este último paga a sus siervos con bonos de consumo y les envía a que se provean de lo que dispone en sus almacenes de distribución, donde, contra la entrega de bonos de consumo, les cederá lo que quiera, en las cuotas que más le convengan, sometiendo a su querida «masa trabajadora» a un segundo esquileo. Siempre en el exclusivo interés del «estado obrero» de infausta memoria, por cuenta de la dictadura del proletariado que sería una democracia «moderna» y por la hermosa cara de un socialismo creador de la servidumbre de estado.

«Galeotto fu il Monopolio e chi lo prescrisse
da quel giorno più non andammo avante.»

III. «Ensalada» socialista

En su libro *Le nouveau Léviathan*, vol. II, Naville señala en determinado momento que alude a mi artículo en «Tempi Moderni» de 1962; empecemos por reproducir este pasaje:

«Se trata, en el fondo, del paso de las empresas y sobre todo de las ganancias al estado. Aquí es total; allí, parcial, y en otra parte está empezando; pero siempre se trata de la misma transposición y en todas partes está creciendo constantemente. Con las expropiaciones, la confiscación de beneficios, los impuestos, las participaciones estatales y demás, América, Alemania, Francia e Italia, a un ritmo más o menos rápido, avanzan hacia una economía de estado como la instaurada en Rusia por la Revolución de Octubre.» Y comenta: «¿Qué significa la expresión economía de estado desde el punto de vista de la explotación de clase?»

La nueva clase dirigente, la burocracia, forma un todo con el estado; lo he señalado cien veces, y aquí explico que con la estatización los auténticos beneficiarios de las ganancias empresariales son los burócratas mismos. Hace más de cuarenta años que considero que la propiedad está en segundo o tercer plano; yo no estoy obsesionado con la propiedad privada.

A la economía de estado corresponde la explotación de estado, es decir, por cuenta de la clase que lo encarna. Me parecía obvio, pero Naville dirá como de costumbre: «Esto ni cambia ni añade nada.» Todas las explicaciones son «superficiales» si no se revela «el mecanismo de la producción y de la apropiación de la plusvalía».

No obstante, podría ocurrir que no existiera esta plusvalía, como sucede, por ejemplo, en la sociedad feudal. Esta forma del trabajo excedente es característica de la

economía mercantil y no está dicho que la soviética siga siendo una economía así.

El trabajo excedente en el sistema económico feudal se presenta bajo el aspecto de *servicio*, de trabajo gratuito y no de plusvalía. Precisamente se llama siervo al trabajador porque se le extraen servicios y no ya plusvalía. La sociedad patriarcal tiene a su vez su modo peculiar de explotar al trabajador reducido a la esclavitud, y también la tiene el colectivismo burocrático, a mi modo de ver. Considero, pues, más seguro referirme a la relación de producción tal como la he encontrado en la acción de la historia y en la etnografía con documentaciones inobjetables, expuestas, por ejemplo, en *La rovina antica e l'età feudale* o en el «Contratto Sociale», col. IV de *Socialismo dalla religione alla Scienza.*

La relación de producción no puede faltar en ningún sistema económico; representa «el elemento creador de su funcionamiento y de sus variaciones».

Dicho telegráficamente: si la producción se desarrolla en ciclos constituidos por cuatro elementos constantes, dirigente - trabajador - medios de producción - productos, tendremos que estudiar cuáles son las relaciones entre estos cuatro elementos en un determinado país y en un período determinado de su desarrollo social. Fijadas las características peculiares (el aspecto económico) de cada elemento, habremos obtenido las cuatro *formas* económicas asumidas por la relación de producción. He aquí que en la sociedad capitalista éstas son: capitalista - proletario - capital - mercancías. En la sociedad feudal, en cambio, tendremos: feudatario - siervo - favor - servicios. Son las cuatro columnas que rigen todo o casi todo el edificio social, como creemos haber explicado y demostrado en nuestros estudios. Extraer plusvalía o servicios al trabajador no es lo mismo. En el primer caso se está ante un sistema económico mercantil, mientras que en el segundo se trata del sistema económico feudal. Una clase trabajadora de asalariados no es lo mismo que una casta de siervos.

Y en una economía de estado, esto es, con el cuasi-

monopolio de los medios de producción y de la fuerza de trabajo hoy vigente al otro lado del telón, ¿cómo funciona la «producción y la apropiación» del *trabajo excedente*?

En el pasaje citado he escrito que «sobre todo las ganancias» pasan al estado y esto podría incluso bastar, al menos como alusión, a nuestro crítico Naville, porque con las ganancias debe pasar también al estado la plusvalía, admitiendo —sin concederlo— que exista.

Como «mecanismo», he descubierto que los burócratas someten a los trabajadores a dos esquileos: *primero* cuando les pagan en rublos y con cuotas arbitrarias, porque *detentan* el monopolio o cuasi-monopolio de los medios de producción y de la mano de obra, por no hablar de la fábrica estatal de moneda que funciona como ellos gustan. *En segundo lugar,* cuando los trabajadores van a aprovisionarse a las expendedurías de estado, ya que también aquí impone la burocracia cuotas arbitrarias a los productos disponiendo, o casi, del monopolio del sector de la distribución.

Entre la cantidad de trabajo entregado y el «precio» de lo que Naville todavía considera un «salario», los señores burócratas realizan sus ganancias de producción. El «mecanismo» de la «producción del plustrabajo» en Rusia no es, pues, demasiado complicado, y he añadido que al administrar los burócratas la masa de estos beneficios, piensan además en la distribución privilegiada entre sus miembros, con un abanico de estipendios más o menos amplio. Lo advierte el propio Naville cuando señala que los «salarios» de los burócratas llegan a ser quince o veinte o más veces mayores que el «salario» del obrero medio. Pero también hay que tener en cuenta los «servicios sociales», en los cuales la burocracia que los gestiona tiene, naturalmente, las manos libres...

¿Podía pedirse más, en una breve alusión, para revelar el mecanismo de la explotación? Naville pretende tener una discusión acerca de una plusvalía inexistente para mí. En la distribución rusa no hay valor de cambio. El objetivo distributivo se alcanza en gran parte por

economía mercantil y no está dicho que la soviética siga siendo una economía así.

El trabajo excedente en el sistema económico feudal se presenta bajo el aspecto de *servicio*, de trabajo gratuito y no de plusvalía. Precisamente se llama siervo al trabajador porque se le extraen servicios y no ya plusvalía. La sociedad patriarcal tiene a su vez su modo peculiar de explotar al trabajador reducido a la esclavitud, y también la tiene el colectivismo burocrático, a mi modo de ver. Considero, pues, más seguro referirme a la relación de producción tal como la he encontrado en la acción de la historia y en la etnografía con documentaciones inobjetables, expuestas, por ejemplo, en *La rovina antica e l'età feudale* o en el «Contratto Sociale», col. IV de *Socialismo dalla religione alla Scienza.*

La relación de producción no puede faltar en ningún sistema económico; representa «el elemento creador de su funcionamiento y de sus variaciones».

Dicho telegráficamente: si la producción se desarrolla en ciclos constituidos por cuatro elementos constantes, dirigente - trabajador - medios de producción - productos, tendremos que estudiar cuáles son las relaciones entre estos cuatro elementos en un determinado país y en un período determinado de su desarrollo social. Fijadas las características peculiares (el aspecto económico) de cada elemento, habremos obtenido las cuatro *formas* económicas asumidas por la relación de producción. He aquí que en la sociedad capitalista éstas son: capitalista - proletario - capital - mercancías. En la sociedad feudal, en cambio, tendremos: feudatario - siervo - favor - servicios. Son las cuatro columnas que rigen todo o casi todo el edificio social, como creemos haber explicado y demostrado en nuestros estudios. Extraer plusvalía o servicios al trabajador no es lo mismo. En el primer caso se está ante un sistema económico mercantil, mientras que en el segundo se trata del sistema económico feudal. Una clase trabajadora de asalariados no es lo mismo que una casta de siervos.

Y en una economía de estado, esto es, con el cuasi-

monopolio de los medios de producción y de la fuerza de trabajo hoy vigente al otro lado del telón, ¿cómo funciona la «producción y la apropiación» del *trabajo excedente*?

En el pasaje citado he escrito que «sobre todo las ganancias» pasan al estado y esto podría incluso bastar, al menos como alusión, a nuestro crítico Naville, porque con las ganancias debe pasar también al estado la plusvalía, admitiendo —sin concederlo— que exista.

Como «mecanismo», he descubierto que los burócratas someten a los trabajadores a dos esquileos: *primero* cuando les pagan en rublos y con cuotas arbitrarias, porque *detentan* el monopolio o cuasi-monopolio de los medios de producción y de la mano de obra, por no hablar de la fábrica estatal de moneda que funciona como ellos gustan. *En segundo lugar,* cuando los trabajadores van a aprovisionarse a las expendedurías de estado, ya que también aquí impone la burocracia cuotas arbitrarias a los productos disponiendo, o casi, del monopolio del sector de la distribución.

Entre la cantidad de trabajo entregado y el «precio» de lo que Naville todavía considera un «salario», los señores burócratas realizan sus ganancias de producción. El «mecanismo» de la «producción del plustrabajo» en Rusia no es, pues, demasiado complicado, y he añadido que al administrar los burócratas la masa de estos beneficios, piensan además en la distribución privilegiada entre sus miembros, con un abanico de estipendios más o menos amplio. Lo advierte el propio Naville cuando señala que los «salarios» de los burócratas llegan a ser quince o veinte o más veces mayores que el «salario» del obrero medio. Pero también hay que tener en cuenta los «servicios sociales», en los cuales la burocracia que los gestiona tiene, naturalmente, las manos libres...

¿Podía pedirse más, en una breve alusión, para revelar el mecanismo de la explotación? Naville pretende tener una discusión acerca de una plusvalía inexistente para mí. En la distribución rusa no hay valor de cambio. El objetivo distributivo se alcanza en gran parte por

medio de una mastodóntica anona de estado que hace palidecer la de Roma y que tiene el privilegio de ser lubricada por contraseñas de papel, anónimas además, en vez de por las célebres *tablettes* romanas donde se precisaba la cantidad y calidad de los productos a entregar. Niego, pues, la existencia de plusvalía en Rusia y demuestro que la mayoría de las transacciones no son mercantiles. Niego además que el rublo sea una auténtica moneda; lo considero una moneda de cuenta y una unidad de medida de los bonos de distribución, entregados por el estado a los trabajadores según las prestaciones recibidas. Niego también que haya salario porque no hay contrato entre las partes. En estas condiciones, y lo dicho no es todo, me parece un poco difícil ir en busca del mecanismo de la «producción y apropiación» de plusvalía, pero creo haber mostrado más claramente cómo se afirma la explotación de clase, por no hablar de los privilegios de los individuos que componen la clase dominante.

La masa de los beneficios directos e indirectos, de los que dispone la burocracia de estado, está siendo utilizada, por tanto, en bonos de entrega o de consumo, según se prefiera, pero no en moneda garantizada en metálico. Se trata del «tesoro» de la anona de estado, pero no es igual que el del faraón o el de Diocleciano, depositado en los almacenes; éstos pagaban en especie, mientras que «el estado socialista» paga con dinero-trabajo entregado a sus siervos. Se trata de diferencias sustanciales para un economista. En realidad estas diferencias impiden el paso a un desarrollo claramente feudal anunciado por el muy feudal monopolio de estado de los medios de producción y de la mano de obra; pero hace tiempo que el tren totalitario ha despedido al mundo mercantil. Se trata de una sociedad enteramente nueva para los hombres y que se edifica en todas partes aunque en dirección opuesta a la del socialismo.

Bastaba examinar atentamente qué *formas* económicas adoptaban en general los cuatro elementos del ciclo productivo al otro lado del telón.

Ya no hay capitalistas; quienes tienen la sartén por

el mango son los señores burócratas amos del estado, y ahora ya estamos casi todos de acuerdo en este punto.

Podemos, pues, pasar al examen del segundo elemento del ciclo productivo de la «economía de estado». Hay aún gran diversidad de pareceres acerca de la forma económica del trabajador ruso. Naville lo considera simplemente un asalariado del estado, y Bordiga, con mayor lógica, sostenía la misma tesis. Yo no, lo he dicho repetidamente. En realidad el trabajador ruso está limitado a la «*portion congrue*»; ha de aceptar lo que el estado quiere o bajar a la calle contra los tanques, como ha ocurrido últimamente en Dantzig. El trabajador del estado totalitario no recibe un salario; su jornada de trabajo no tiene un precio. No hay verdaderos precios en la economía monopolista de estado. El trabajador no *vende* su fuerza de trabajo a su antojo. Se la arranca el monopolio estatal, que le compensa entregándole bonos de consumo canjeables en primer lugar en los almacenes estatales, a las cuotas impuestas una vez más por los burócratas, y no por la demanda y la oferta de un mercado inexistente o casi inexistente. «*O mânes de von Mises*»; he descubierto la «servidumbre» feudal en Rusia.

Pero en cambio me contento con haber encontrado la servidumbre de estado, un modo enteramente nuevo de explotar a los trabajadores y nunca visto en la historia.

El trabajador se encuentra entre la condición del siervo de la gleba y la del proletario, pero no es ni lo uno ni lo otro, y más bien se parece al villano o al artesano occidental de los siglos XII al XVI, cuando era abandonado por la nobleza que, sin embargo, le entregaba *verdadera moneda,* y no bonos de consumo, no moneda-trabajo; he aprendido a tomar en consideración *seria* estas diferencias económicas.

Las taras feudales de la economía soviética son muy graves; basta enumerar el monopolio de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, idéntico al monopolio feudal. Pero el faraón, el inca, el hijo del cielo, el gran lama, el negus o los vasallos europeos no disponían

de rublos, de moneda-trabajo, con qué pagar las prestaciones del estado. Además, sin moneda-trabajo no podían lubricar y aligerar la distribución de los productos. En la sociedad feudal se pagaba en especie, lo cual implicaba una mayor presión política de la casta dominante sobre los explotados. Aquí está pues el trabajador vinculado al lugar de producción, y también las castas que faltan en Rusia, pues a mi modo de ver ello se debe precisamente a la existencia de una circulación de signos de papel. Precisamente por esto el régimen político del colectivismo burocrático puede ser menos brutal que el del feudalismo, pese a que Stalin lo ha transformado inútilmente en «terror»; pero Stalin o Breznev, sin circulación, serían meros dobles del faraón o de Moctezuma.

En lo que respecta al *tercer elemento* de la relación de producción, los medios de producción, se admite diversamente y desde muchos puntos de vista que éstos no desempeñan ya la función propia del capital. ¿Cómo podría haber capital si no hay mercado? Llamamos «estatal» a esta nueva función desempeñada por los medios de producción.

Cuarto elemento: que los productos entregados en esos países no son en general mercancías, debería estar claro porque sin moneda convertible y sin contrataciones, en un régimen de dictadura económica de estado, el mercado se convierte en... mercado negro. De este examen, aunque esté expuesto sucintamente, me parece que resulta claro que «la economía de estado», como plustrabajo, «produce» una masa de bonos de consumo o de moneda-trabajo, como se prefiera, puesta a la disposición de los burócratas instalados en el estado y que no olvidan, como cualquier clase dominante, apoderarse de la parte del león.

Pero ¡qué queréis! Para el supercrítico Naville, que incluso me enseña el italiano (escribe que «azienda» no significa exactamente *entreprise*, sino *economía doméstica*), mis *descripciones* son «completamente imaginarias». Héme aquí científicamente servido, hasta tal punto que puedo hacer reír al gran crítico con mi supuesta

servidumbre soviética, aunque sea después de todo lo que él mismo dice acerca de la situación de los trabajadores en Rusia. Efectivamente, veo una servidumbre de estado y considero *convertidos en siervos* a los trabajadores correspondientes. No en siervos, claro está, como en el feudalismo, pero ello no se debe a la pericia stalinista ni a la bondad de Breznev y compañía, sino a la supervivencia como dinero de cuenta, del auténtico dinero de los tiempos pasados.

Hablar todavía de *precios* cuando se alude a la economía de estos países está, como se ha dicho desde hace mucho tiempo, fuera de lugar. Donde hay monopolio y falta el mercado no son posibles precios efectivos; la relación aritmética entre oferta y demanda falta. Hay cuotas expresadas en dinero de cómputo y determinadas predominantemente por las necesidades administrativas del estado monopolizador. Los burócratas piensan «fijar los precios» porque en realidad deben regular «el equilibrio del plan», surgido del estado burocrático por la actuación dirigente de los burócratas y no por las sugestiones del mercado. ¿Tiene sentido hablar todavía de precios en estas condiciones y pretender que desempeñasen una función equilibradora como la que realmente desempeñan en el intercambio mercantil?

Nos preguntamos a cuenta de quién hay que cargar las «descripciones enteramente imaginarias».

Naville atribuye al sistema económico del otro lado del telón rasgos que son propios de la economía capitalista, mientras que en Rusia y países satélites he observado un nuevo sistema económico en el que no solamente varían la relación de producción y el órgano de distribución sino también la naturaleza del instrumento circulatorio empleado para la asignación de los productos. Estas monedas de cómputo no son dinero, sino unidades de tiempo-trabajo que sirven para la adquisición de los productos. Estas monedas de cómputo o bonos de consumo, según se prefiera, alcanzan el mismo fin que las tablillas anonarias empleadas por el Imperio romano, aunque se hayan vuelto impersonales, anónimas.

A mi modo de ver se trata del instrumento distributivo del futuro, pero tiene sus propias exigencias y su propia naturaleza, que no hay que confundir con las del auténtico dinero de otro tiempo. La economía da vuelta de hoja, abre un capítulo nuevo.

En contra de mi opinión, Naville afirma que «el valor de cambio circula (en Rusia) y el salario perdura como un cambio calculado monetariamente». Los «precios regulan» el equilibrio del plan.

Juzgue el lector y observe si el rublo de Nicolás II es lo mismo que el de Stalin, porque precisamente en esta identidad basa Naville su afirmación acerca de la perduración del salario en Rusia. En rublos se «calculaba» en tiempos del zar, y ahora todavía *lo parece*, pero con la enorme diferencia de que de instrumento monetario efectivo, esto es, garantizado por cierto peso de metal precioso, se ha transformado ahora en una unidad de tiempo-trabajo garantizada únicamente por la producción. Si esta última faltara, el rublo actual se convertiría en puro papel, y si la emisión de papel aumentara sin contrapartida de productos, se envilecería correspondientemente la capacidad adquisitiva de este símbolo de papel. El actual *pseudo-salario* ruso *varía* sin la intervención de nuevas transacciones entre los poseedores de los medios de producción y los de la fuerza de trabajo. ¿Podemos llamar todavía salario, esto es, precio de una jornada de trabajo, a este pago del trabajo humano *impuesto* por el estado y calculado por medio de un parámetro cambiante? ¿Es lícito sostener que se trata de un intercambio calculado en términos monetarios? En la realidad económica no hay ya intercambio mercantil ni cálculo monetario.

Hace más de treinta años que Naville me considera equivocado, pero los trabajadores del otro lado del telón me dan la razón al salir repetidamente a la calle contra los tanques para rebelarse cotntra el «salario» (de hambre) impuesto por sus pretendidos compradores de mano de obra mercantil.

Donde el salario es efectivo y el trabajo es una mer-

cancía cualquiera, nunca se ha llegado a estos tremendos excesos. La naturaleza del «salario» del otro lado del telón es altamente política y no económica, y los trabajadores, para modificar el «salario», deben tener el valor de afrontar la metralla.

«A pesar de lo dicho (no analizaré) la existencia de determinadas relaciones de producción.» «*O mânes de von Naville*», diré a mi vez. Es el principal tema de mis cuarenta años de estudio.

Siempre he acusado a Marx de haber hablado constantemente de ello explicando pocas cosas y omitiendo toda prueba histórica, por no hablar de las etnológicas. Pretendo haber realizado este trabajo, haber descubierto la verdadera relación de producción y determinado a la empresa como célula procreadora del orden social. En seguida me puse a investigar las relaciones de producción socialistas y sometí una de estas relaciones a una prueba experimental. He revelado la relación de producción soviética, explicando que generaba el colectivismo burocrático; he hecho sondeos en la protohistoria, en el neolítico tribal y patriarcal, y resulta que ¡he olvidado interesarme por las relaciones de producción de la URSS, mi argumento fundamental en *La Bureaucratisation du Monde!*

En realidad no he seguido el viejo camino de la ley del valor, y, claro, a juicio de nuestro crítico, que lo critica todo sin avanzar en nada por sí mismo, al no hablar de la producción y de la apropiación de la plusvalía no he hecho nada.

Puede ocurrir que Naville no se haya convencido aún de que la plusvalía es sólo uno de los aspectos económicos del sobretrabajo existente hasta ahora en todas las sociedades humanas, pero que toma distintas formas según el sistema económico de que se trate.

En cualquier caso, no sabe qué entiendo yo por relación de producción, cuando no entiendo otra cosa que el esqueleto económico de la empresa en todos los tiempos y el generador fundamental de las sobreestructuras sociales.

En los cuatro elementos del ciclo productivo y en sus relaciones mutuas, reconozco la relación armónica de la economía, de la misma manera que cuatro puntos tomados al azar sobre una recta constituyen la relación armónica de la geometría analítica. En la relación de producción puede verse también un fenómeno similar al de los isómeros, bien conocido por la química orgánica, por el cual con una misma estructura física se obtienen productos muy diversos, atribuibles a otros tantos modos diferentes de *relaciones* entre los mismos elementos que constituyen la célula de esos productos. Según nuestro crítico se trata en cambio de «criterios sin consistencia» y de clasificaciones «de carácter ilusorio». A decir de Naville, retorno a Aristóteles por el simple hecho de que él no entiende bien el italiano y por «azienda» entiende *la administración de los asuntos domésticos.* Y aún no basta; mi análisis del sistema feudal es *trivial,* y dicta sentencia como de costumbre sin haber leído siquiera *La rovina antica e l'etá feudale.* Según Naville no he dicho en qué se parece el feudalismo al colectivismo burocrático, cuando en todos mis trabajos he sostenido repetidamente que ambas sociedades gozan de una economía de estado con un monopolio de los medios de producción y de la mano de obra, faltándoles el mercado.

¿He de repetirme más? Temo que ya lo he hecho demasiadas veces. Por atenerme al tema de las relaciones de producción, diré que «el socialismo será fruto de una relación de producción de tipo nuevo y por tanto de un nuevo tipo histórico de empresa». Pero como no soy un inconsciente que se sirve de toda una nación como cobaya socialista y propongo la verificación de la relación de producción socialista con dos o tres experimentos empresariales, para poder generalizar luego con conocimiento de causa, se me atribuye «considerar suficiente el ejemplo para obtener la proliferación de falansterios y cooperativas».

Nunca he hablado de falansterios en ninguno de mis trabajos y siempre he afirmado de las cooperativas que son copias mal hechas y mal gestionadas de las vitupe-

radas empresas capitalistas. No parece que la interpretación de Naville sea un modo serio de explicar mis trivialidades y mis superficialidades.

De momento pretendo hacer experiencias de laboratorio y basta. Si se advierte la desaparición de la explotación en la empresa y se pueden reducir los costos de producción, podremos entonces pasar con conocimiento de causa a la generalización de este nuevo tipo de empresa por vía reformista o revolucionaria según los casos, y a partir de esta base infraestructural dar surgimiento a las sobreestructuras socialistas. ¿Está claro?

Según Naville ni siquiera he descubierto la propiedad de clase porque «todas las propiedades son de clase, incluida la propiedad privada o individual». Estamos servidos, tanto yo como quien se asombra o mantiene su escepticismo respecto de la «propiedad de clase». Dejémoslo... y dejemos también eso de «cantar las alabanzas del mercado» sin haber leído las «concepciones» de Lange porque no es necesario concebir los hechos: basta tomar nota de ellos. Se ha comprobado que en Occidente, desde el siglo XII en adelante, con el advenimiento y el desarrollo del mercado, llegaron al mismo tiempo, en simbiosis cada vez mayor, libertad y un creciente bienestar hasta el siglo XX, donde persiste el progreso material; pero las libertades se hallan en regresión, advirtiéndonos que muy pronto podría concluir el propio bienestar. Por lo demás, con una producción mundial todavía en gran parte insuficiente en lo que se refiere a bienes de consumo necesarios, o se introduce el racionamiento o se piensa que el mercado tiene que regular la distribución, si el economista Naville no conoce otro medio más eficaz. Estoy en favor del mercado y aconsejo a los socialistas que utilicen este órgano maravilloso. El mayor regalo que la naturaleza social ha dado nunca espontáneamente a los hombres. ¡Pobre de mí! Me comporto como un «pequeño comerciante que consulta una lista de precios» o como «un especulador de bolsa», y no como economista. Lo acepto: siempre he comprobado que los pequeños comerciantes tienen mejor sentido económico que el de

ciertos profesores de «economía política» o de sociología vulgar.

Quisiera acabar esta diatriba pero no puedo; ahora se me acusa de «hacer resurgir la teoría burguesa del beneficio en todo su esplendor» porque considero culpable de la explotación capitalista a la extorsión de plusvalía, por no hablar de la fórmula mercantil del beneficio. ¿Tengo acaso que atribuirlo al mercado? Que se me demuestre entonces cómo genera este órgano, que yo considero positivamente esencial, la explotación del hombre. Por mi parte creo haber demostrado que una sustracción entre los precios y los costes está en el origen de una expoliación y oposición cotidiana y sistemática. Pero, si los cultos modernos no creen en ciertas «quisicosas» y las toman por trivialidades de los pobres autodidactas ignorantes, también puedo pedir ayuda al espíritu de Pitágoras, que hace veintiocho siglos veía a la naturaleza expresarse en números. Pues bien: si Naville mira con suspicacia a quien le vende algo, es porque sabe que la otra parte tiende a hinchar el numerador de esa sustracción entre los precios y los costes a la que *también* nuestro crítico *debe* someterse para adquirir cualquier cosa. Hay que tener paciencia si en el mundo hay ingenuos como yo que proponen una fórmula del beneficio en porcentaje sobre los negocios y entrevén que la situación social cambiaría muchísimo a consecuencia de ello. Séame permitido preguntar, sin embargo, qué tienen que ver estas cosas con «el beneficio burgués» que se me atribuye y que siempre me ha producido asco.

Pues por lo que dice Naville, parece incluso que la obtención de plusvalía ya no sea imputable de explotación, quedando como acusados el mercado y un pequeñoburgués: yo. Lo siento porque creía haber propuesto una relación de producción socialista, aunque también podría ser que Naville ni siquiera haya leído el capítulo «Socialización» en *Socialismo infantile.*

Cita otro pasaje mío (página 276-277): «Suponed, por ejemplo, que las empresas productivas, de distribución y de los servicios actuales obtuvieran sus ganancias no ya

sobre la base de una sustracción entre precio y costo sino por medio de un porcentaje sobre los ingresos de ventas, y veríais que el mundo da un giro de 180 grados...

»En lo relativo a la extorsión de plusvalía, una empresa que obtiene sus beneficios por medio de un porcentaje (acordado con las organizaciones de consumidores) para pagar el trabajo y desarrollar la empresa, ya no explota a nadie: una parte de los beneficios se invierte en la propia empresa para conservarla eficientemente y desarrollarla; la otra se distribuye entre quienes han suministrado las prestaciones necesarias y de acuerdo con la calidad (a juicio del mercado) y la cantidad del trabajo aportado. Ni individuo ni ente alguno integran beneficios.»

Yo había aludido a la fórmula socialista del beneficio, y en aquella ocasión no se podía decir más, pero nuestro crítico comenta inopinadamente: «¿Qué ensalada es ésta?»

Su manía de querer dictar leyes es tal que precisa incluso la calidad de la ensalada, pese a confesar que no sabe qué gusto tiene. No está claro si se trata «de buen capitalismo neo-keynesiano o de lo que sucede en Yugoslavia y en Rusia según los nuevos teóricos». ¡Ojalá! Creo que en tres años la economía socialista sería eficiente en todas las Rusias. Desgraciadamente allí no me aguantan ni a mí ni a mis tesis, y se comprende fácilmente que los burócratas teman quedarse sin empleo. En cambio son los más cualificados para entrar a formar parte de las nuevas empresas especializadas en la venta, en las compras o en la administración, que surgirían tras la diferenciación empresarial que he propuesto y explicado más de una vez. ¡Caramba, señor Naville! Cuando se ha calificado de «inteligencia auténtica» a una persona hay que ir con un poco de cuidado al calificar de «ensalada» un nuevo fruto de su pensamiento. Uno se podría equivocar, como en 1938, cuando nuestro crítico se dio a todos los demonios porque osé comparar a Stalin con Mussolini. Pero este último propugnaba la economía estatal y el otro la tenía ya. Un marxista como Naville, especializado en el valor y la plusvalía, hubiera debido alargar las orejas al

oír semejantes propósitos. En cambio... se enfureció como un obseso. Antistalinista, sí; pero ¡comparar a Stalin con los fascistas! Un año más tarde ambos compadres estaban juntos tras haberse reconocido; afortunadamente la estupidez política de Hitler sacó las castañas del fuego. De otro modo, Stalin y Mussolini se habrían entendido bien durante mil años como habían prometido.

En suma: Naville aprende a gustar ciertas «ensaladas» demasiado tarde, siempre tarde; tiene el vicio de despreciarlas cuando se presentan como algo nuevo, inaudito, nunca dicho por Marx y Engels, en fin... Parémonos aquí porque no acabaríamos nunca. Dice también: «El beneficio (debería) ser privado, porque es el de una clase capitalista.» ¿Acaso los artesanos (la clase obrera de los siglos XII al XVI) no disfrutaban de beneficios privados antes de que naciera el capitalismo? Afirma que el beneficio se deriva «de la existencia de una clase». Por tanto, no de las relaciones de producción o de la ley del valor. Me parece, sin embargo, que clases y beneficios cambian al cambiar los sistemas económicos, y sobre todo al variar las relaciones de producción.

Además, según Naville, yo atribuyo a la inexistencia de las contradicciones capitalistas imaginadas por Marx, negadas al final hasta por Trotsky, el «crecimiento» de la economía capitalista en los Estados Unidos, cuando en realidad digo que allí el capitalismo se desarrolló más que en otros lugares deshaciendo precisamente las famosas contradicciones y mostrando que es posible en el mundo un ulterior desarrollo capitalista. Lo que dice Naville —y que yo nunca he pensado— no lo considero cierto.

Seguiría con otros «infantilismos» muy poco dignos, a decir verdad, del autor de un libro titulado *Socialismo infantile* y que de improviso se ha vuelto senil hasta el punto de proponer «un nuevo estilo de crédito». Ciertamente, no pretendo privar a la autogestión socialista de la posibilidad de gozar del crédito. Estoy convencido de que en una fase de capitalismo decreciente como la presente, precisamente el amplio crédito actual suple los rotos muelles del capitalismo. Imagínese si pretendo pri-

var de él a la empresa socialista, y como los trabajadores no tienen una propiedad privada que ofrecer como garantía, sostengo que la garantía más segura consiste en las cualidades morales y la capacidad técnica de quienes hacen que las empresas funcionen. Pero las bancas socialistas podrán hacer uso del dominio privado sobre las máquinas que compran para las fábricas socialistas hasta amortizarlas si pretenden tomar garantías materiales.

Por lo demás tendrán en sus manos la contabilidad de las empresas autogestionadas por los productores socialistas y podrán pararse a tiempo. Acabemos, pues, con estos infantilismos, pero yo no renuncio al crédito socialista.

Consulte Naville la ley del valor y escuche lo que dice la Pitia.

He oído afirmar que Owen había intuido dónde había que actuar para crear el socialismo (en la empresa), pero nunca he sugerido que hay que «seguir» su modo de socializar; en cambio, estigmatizo desde hace décadas toda propuesta burguesa de subdivisión de los réditos empresariales. Lo que exijo es una relación de producción *socialista*. Si mi solución puede considerarse una ensalada insulsa, paciencia: algún Naville encontrará la buena. No, ciertamente, un Cabet o un Fourier; menos aún Servambes o Moro. Ninguno de éstos se interesó nunca por las relaciones de producción, el teorema de Euclides de la economía, y por tanto no podía aparecer el teorema de Pitágoras, o sea, la relación de producción socialista. Ni siquiera Proudhon se interesó por las relaciones de producción, pero mostró una sensibilísima intuición en las cuestiones económicas del devenir socialista aunque las entreviera desde muy lejos. En este terreno mostró ser más economista que Marx al apuntar medidas de tipo mercantil. Proudhon no tuvo siquiera en la antecámara del cerebro la planificación que destruye el mercado ni la estatización de las empresas.

En modo alguno era un político ni quería convertirse en un hombre de estado; pensaba en cómo se podía realizar la emancipación de los trabajadores.

IV. Socialismo y colectivismo burocrático

Finalmente, después de un soliloquio de casi un cuarto de siglo, en la reunión de las revistas socialistas de Bruselas se ha proyectado la apertura de la discusión sobre unos temas considerados siempre de gran interés para el futuro del socialismo. «Critica Sociale» me invita a exponer sintéticamente unos temas sobre los que he escrito ya ríos de tinta y en los que está planteado el mayor problema de la humanidad: ¿cómo volverse conscientes y artífices del devenir social? Está claro que, para criticar debidamente la plataforma teórica de los diversos socialismos, y sus supuestas realizaciones, y exponer de qué modo hay que proceder realmente para llegar a la sociedad socialista, un par de artículos es poco.

El lector me excusará, pues, si no consigo satisfacer más que muy parcialmente su sacrosanta curiosidad y si he de hablar demasiado de mí mismo, pero estoy obligado a abrir un debate acerca de ideas que en gran parte son mías. En 1937 publiqué por mediación de la editorial La Prora un librito titulado *Dove va l'URSS?* Planteaba un problema y no lo resolvía. Escribí, en sustancia, el discurso de Khruschev acerca del culto a la personalidad con veinte años de anticipación.

Acusé a Stalin incluso de la muerte de Kirov. No hablemos ya de la vieja guardia leninista ni de tantas otras cosas. Quería también poner al corriente a los compañeros italianos sobre los progresos técnicos conseguidos en Rusia, valiéndome de las informaciones de Trotsky, y pretendía «hablar a la nuera para que entendiera la hija». En realidad quien entendió fue Mussolini y el libro fue rápidamente secuestrado. Pero ¿a dónde iba la URSS? En 1939, en Francia, contesté a esta pregunta con *La Bureaucratisation du Monde.* No iba hacia el socialismo, sino ha-

cia el colectivismo burocrático, un tipo de sociedad humana ni capitalista ni socialista. Cualquier compañero puede comprender fácilmente la tempestad que se desencadenó en mi cerebro y la tragedia de mi corazón. Pero los hechos estaban allí, irrevocables, y el marxismo me ayudaba a desvelarlos y a comprenderlos. Para explicar cómo lo hice, debería reproducir la polémica con Trotsky y Naville, las consideraciones sobre el fascismo, el nazismo, el stalinismo y el *new deal*; tendría que resumir *La Bureaucratisation du Monde*, una obra de investigación sociológica en un campo en que la ciencia estaba todavía en su infancia, abandonada a análisis atrasados, de modo que la síntesis tenía que brotar «del ojo de águila» y no del método, todavía imperfecto.

Obviamente no puedo reproducir una síntesis acerca de la naturaleza del estado obrero y la teoría del colectivismo burocrático, pero puedo afirmar lo siguiente: mis estudios históricos me han dado la gran satisfacción de comprobar, documentos en mano, que un cambio en el sistema económico implica la subsiguiente transformación de las estructuras morfológicas, políticas, jurídicas y morales de la sociedad. Marx las consideraba justamente como sobreestructuras, y está demostrado que el factor económico resulta determinante, por no decir germinal. En suma: el principio fundamental del marxismo, a mi modo de ver, está demostrado históricamente. Y está claro, por tanto, que donde se nacionalizan las empresas, se planifica o se hace intervenir de algún modo al estado en el fenómeno de la producción y la distribución, el resultado social debe ser el mismo, tal como señala el principio fundamental del marxismo, incluso si las modificaciones económicas las quieren hombres ideológicamente muy diferentes unos de otros, con intenciones distintas. Si Stalin, Mussolini, Hitler u otros hacían lo mismo económicamente, igual debía ser el resultado sociológico para mofa de los idealistas y en honor de los marxistas.

Sí; pero entonces hubiera debido ser socialismo también lo que estaban creando los fascistas, y esto no me lo podía creer. Comprendí, pues, bastante rápidamente,

que el stalinismo había emprendido una vía regresiva y no ya progresiva, creando una especie de fascismo rojo con iguales manifestaciones sobreestructurales e incluso coreográficas. En una palabra: también en Rusia habíamos ido hacia atrás y no hacia adelante. Este país infeliz iba hacia el despotismo y cada vez se conculcaban más las libertades. Nada de internacionalismo, sino torpe patriotismo; poca mantequilla y muchos cañones. Ahórreseme, pues, la facilísima puesta en cuestión del socialismo en Rusia con la ayuda de las manifestaciones sobreestructurales y acéptese que estoy en mi sitio desde el punto de vista marxista al afirmar que todo el mal proviene del estado productor, distribuidor y planificador. No hay, en suma, una explicación marxista mejor, ni probablemente pueda haberla. Si el fallido socialismo no se debe a las medidas económicas adoptadas al nacionalizar y planificar, poned el marxismo en el desván y atribuid la culpa a las sobreestructuras. No echéis el ancla en la economía, sino en la política, en la jurisprudencia o en la moral, y adiós muy buenas.

Pero, mirad, el asunto también se puede explicar económicamente: nacionalizaciones, planificaciones, o, de algún modo, intervención estatal llevan a un resultado único e innegable: la muerte del mercado. Los autodenominados marxistas consideran que el monopolio capitalista es funesto y contrario a las libertades; el monopolio perpetrado por el estado es peor, total, excluye el mercado, o sea, el órgano en que está basado incluso el capitalismo. Es lógico y, desde el punto de vista marxista, matemático que las sociedades surgidas de la base del monopolio estatal deben ser completamente distintas del edificio capitalista. De hecho todas las sociedades feudales de la historia no tienen nada en común con el capitalismo precisamente porque su sistema económico está falto de mercado. Hay marxistas importantes, como Bordiga, que consideran a Rusia un país capitalista como Norteamérica, pero a este resultado llegan economistas que no se dan cuenta de la desaparición del mercado y del dinero en Rusia. Entre el rublo y el dólar no hacen diferencias. Pero

los Estados Unidos entregan divisas exteriores contra dólares, mientras que el estado soviético no puede hacer lo mismo, negando de este modo la calificación de dinero al rublo. Este último es en realidad un bono de consumo dado por el estado monopolizador de los medios de producción y de la mano de obra a quienes suministran trabajo, a fin de que puedan mantenerse en situación productiva y reproductiva, enviándoles a sus almacenes anonarios para que se provean de bienes a las cuotas arbitrariamente fijadas por él.

Ninguna sociedad vive en estado puro, y en Rusia el mercado aparece todavía en forma de mercado kokhosiano y mercado negro, pero la gran masa de las transacciones las realiza el estado. Está claro que la existencia de un mercado negro confirma la supresión del mercado. La característica peculiar del capitalismo es la compra de la mano de obra como una mercancía cualquiera. Evidentemente el estado soviético no compra la fuerza de trabajo porque no hay una libre contratación entre las partes. En realidad la monopoliza y se sirve de ella a su antojo. Los obreros socialistas y comunistas húngaros pretendían volver a la condición de los explotados proletarios de Occidente y tenían en ello más razón que ciertos teóricos del marxismo. Precisamente por esto sus mandarines les dieron... plomo. Caramba, el estado amo y señor no puede permitirse el lujo de dejar que el trabajador vaya a donde quiera, ni le puede conceder el derecho a discutir sus pretensiones. El estado monopolizador no puede proveerse de mano de obra en el mercado extinguido por él mismo y está condenado a guardar a sus siervos. En suma, nacionalización y planificación han cambiado el sistema económico y consiguientemente el mundo. Observación marxista trivial, pero que no aceptan quienes, cegados por el capitalismo, siguen viéndolo en todas partes y pretenden que Rusia es un país tan capitalista como América aunque tienen que admitir que allí no existe una clase capitalista.

Nuestra ignorancia sociológica y socialista es tal que a los absurdos antes mencionados se añade la gran men-

tira, implantada por todas partes, de considerar socialista a la URSS y a sus satélites del otro lado del telón. No sólo alimentan la mentira los dirigentes rusos y de los partidos comunistas; el capitalismo les ayuda un poco por ignorancia pero sobre todo por interés. No hay mejor propaganda para un enemigo del socialismo que la posibilidad de decirles a los trabajadores: «He aquí vuestro socialismo, miradlo y miraros al espejo. Sólo tenéis que hacer un viajecito por Praga, Budapest o Berlín. Sólo tenéis que leer en la prensa de vuestro propio partido lo que sucede en Rusia desde hace cuarenta años para comprender cómo se vive allí, en qué estado de libertad y bienestar.» Y es cierto que en la vecindad de las fronteras soviéticas ya no hay partidos comunistas y que en los países conquistados hubo que disfrazarlos. Es tan cierto que donde el llamado socialismo ha triunfado, la Internacional revolucionaria ha sido eliminada y no ha podido realizarse en el plano social. Entre «estado socialista» y «estado socialista» hay fronteras y aduanas. El reputado campesino chino no puede ir a cultivar las tierras incultas de Siberia y el obrero checoslovaco carece de la libertad de suministrar sus productos industriales a sus hermanos de otros países que no los tienen. Todos los comunistas del mundo se han vuelto patriotas y emplean un lenguaje patriotero que daría náuseas a nuestros padres socialistas. En suma, la gran mentira de nuestros tiempos vive de la ignorancia de las masas, como ha vivido la gran mentira de las iglesias y al igual que los capitalistas han vivido y viven de la gran mentira de la patria.

En *La Bureaucratisation du Monde* revelé la existencia de un nuevo tipo de propiedad de medios de producción: la de clase. Propiedad no privada y tampoco socialista. El estado es propietario, pero el estado es, desde el punto de vista marxista, un órgano de clase, el aparato de opresión de la clase dirigente. Claro está que, si es propietario, lo es por cuenta de la clase dominante que se ha asentado en él y no de toda la sociedad como pretende el socialismo. Cuando un nuevo sistema económico haga que los consumidores tengan el poder sobre los me-

dios de produción podremos decir que la propiedad es socialista, o sea, inexistente para los individuos y para los grupos. Se reveló, además, un nuevo, pero viejo, modo de explotación humana: el estado ingresa las ganancias, distribuyéndolas e invirtiéndolas en interés de la clase que se ha apoderado de él. Pero, mirad, el estado en Rusia no sería el estado, tal como diagnosticaron y definieron Marx o Lenin: se pretende que en manos de los politiqueros del consumismo es lo mismo que la sociedad. La mentira «burguesa» refutada por nuestros maestros ha sido adoptada por los burócratas soviéticos, por no hablar de sus lacayos dispersos por el mundo, y servida en sopa a las bien amadas masas.

Advertí también que los trabajadores rusos ya no son proletarios precisamente porque no tienen la posibilidad de vender en el mercado su fuerza de trabajo como una mercancía cualquiera, y que, correspondientemente, los nuevos dirigentes sociales ya no son capitalistas, porque no la compran sino que la monopolizan. *Ergo,* han surgido dos nuevas clases, una de trabajadores sometidos al estado más o menos como en las grandes monarquías feudales y otra de dirigentes del estado productor y distribuidor, como en la burocracia faraónica, inca, romana imperial o en el mandarinato chino. No sólo no se ha eliminado la división de la sociedad en clases sino que se ha llevado a formas más arcaicas y retrógradas. De ello se deriva que un estado encaminado a mantener el orden constituido en un ambiente social semejante debe ser forzosamente despótico, porque necesita mantener una presión política constante sobre los trabajadores a los que se impide disponer libremente de su trabajo. Claro que tampoco la democracia capitalista puede respirar en un ambiente social así, y resulta lógico el culto de la personalidad del dirigente omnisciente e infalible de todas las grandes monarquías bárbaras. Gagarin, al volver del cosmos, tuvo que expresarse como habría hecho un «camarada» al lado del general que le felicitaba.

No podemos ir más allá de estas simples alusiones; pero no olvidemos que si la economía es el factor deter-

minante y germinal del edificio social, y si el estado es el órgano de opresión de la clase dominante, desde el punto de vista marxista y socialista no se podía cometer mayor error que el de entregar al estado la producción y la distribución. En resumen, hemos hecho marxísticamente omnipotente al órgano que se quería eliminar, y esto se reparte como socialismo del bueno pese a que sus resultados prácticos son de lo más repugnante desde el punto de vista socialista. «Y entonces ¿cómo se hace para construir el socialismo?» La pregunta se plantea espontáneamente, porque seguimos creyendo en el socialismo a pesar del fracaso bolchevique. Y no equivocadamente, porque nadie puede excluir que el capitalismo pueda ser sustituido un día u otro por un sistema económico superior, capaz de engendrar un orden social mejor. Nadie puede excluir que se pueda hallar la manera de eliminar la explotación del hombre por el hombre, y por tanto las clases y el estado. Sólo hay que buscar y encontrar otro camino económico, porque el de las estatalizaciones y las planificaciones se ha mostrado experimentalmente no sólo equivocado sino contraproducente y contrarrevolucionario. Al advertirlo «como socialista» me quedé hecho polvo, pero la fe hace milagros y empecé a echar un pulso con el «socialismo científico». Caramba, debían haber errores graves, aunque los cometieran padreternos incensados sin la menor crítica por los inevitables sacerdotes del culto de la personalidad. Escribí *Il socialismo dalla religione alla scienza* con la honesta intención de poner al día la teoría del socialismo con la ayuda de las dolorosas experiencias de los últimos cuarenta años, por no hablar de las aportaciones económicas y sociológicas que el estudio de la historia y de la etnología me había sugerido. También aquí es imposible pedirme a mí el resumen de una investigación sociológica que planea en el espacio y en el tiempo. Me limitaré, pues, al punto de vista más importante para nuestra discusión.

Marx habla muy a menudo de relación de producción como base de la sobreestructura social, pero explica poco, no la define y ha descuidado documentar históricamente

su afirmación. Basta leer el último documento de los académicos soviéticos —el prefacio al tratado de «economía política» que querían escribir— para advertir qué confusión se ha engendrado en los cerebros marxistas y particularmente en el de Stalin. El azar quiso que yo estudiara el feudalismo. El feudo es un contrato o convención vigente en el interior de la casta dominante, por el cual el *señor* hace una cesión de poder (sobre la tierra y sobre los hombres que la habitan) a su vasallo a cambio de *consilio et auxilio,* de servicios administrativos y militares. Es el modo de pagar a los dirigentes estatales en la economía feudal, cuando el régimen político es el del vasallaje. Dicho económicamente, un contrayente concede medios de producción y mano de obra y quien los recibe paga en servicios, no en dinero. Me saltó a la vista el hecho de que el feudo no era la piedra miliar de la sociedad feudal ni el generador de ésta, como pretenden algunos historiadores, sino simplemente el reflejo jurídico en el seno de la casta dominante de algo mucho más importante que se da en el terreno económico: la relación entre siervo de la gleba y feudatario. Este último dice más o menos: «Te concedo este *mansus,* cuyos frutos serán tuyos a condición de que trabajes tres días por semana mis tierras de señor.» Una parte da medios de producción en explotación y quien los recibe paga por medio de servicios, convirtiéndose en siervo ligado a la gleba. Este modo económico de producir y de distribuir debe estar salvaguardado y garantizado, porque es el principio de vida de toda la sociedad feudal. Entre otras cosas, genera el contrato de feudo que regula las relaciones entre los señores. En suma, el feudo es una copia proyectada, y no el original, de algo mucho más importante.

Pensé en la relación de producción porque la relación considerada tenía la capacidad de influir en las sobreestructuras. El ulterior examen de otros tipos de sociedades humanas me indicó que probablemente acertaba. Por último, si la economía es el factor determinante del devenir social, la relación de producción se presentaba como el generador de un tipo de sociedad peculiar si se conce-

bía como un complejo de relaciones entre los cuatro elementos que intervienen en el ciclo productivo: dirigente-trabajo - medios de producción - productos.

Hay distintos *modos económicos de ser* de estos elementos y de relacionarse entre sí, y cada uno de ellos constituye una relación de producción específica: la patriarcal, la feudal, la capitalista, etc., si las *formas económicas* de los elementos del ciclo aparecen en la serie capitalista-proletario-capital-mercancías tendremos la relación de producción capitalista y la sociedad que se deriva de ella. Con la serie señor-siervo-favor-servicios se tendrá la relación de producción feudal y el edificio social que le corresponde. El régimen político puede variar en una sociedad capitalista (monarquía, república) y en una sociedad feudal (monarquía, *civitas* antigua, vasallaje, patronazgo), pero esto no resulta esencial. Fueron sociedades feudales el imperio faraónico o el de los incas, la monarquía espartana y nuestro vasallaje. En una relación de producción feudal siempre habrá castas y no clases, un régimen político despótico, la división de la tierra en dos partes (la de los señores y la de los siervos), la justicia de casta y fenómenos espectaculares de sumisión a los que aludir. Los estudios históricos y etnográficos de diversos tipos de sociedad me mostraron que estaba en lo cierto. Cierto es también que la relación de producción instaurada mediante las nacionalizaciones y las planificaciones es el elemento germinal de un tipo de sociedad humana, pero no de la sociedad socialista. La denominé relación de producción del colectivismo burocrático.

Dicho de otro modo: la relación de producción es el orden económico empresarial de un tipo histórico de empresa: la patriarcal, la feudal, la capitalista, etc. En las empresas está en vigor un mecanismo económico mucho más importante que los mecanismos técnicos, por artificiosos que sean éstos. De aquél, y no de éstos, dependen los diversos tipos de sociedades humanas que se han sucedido en la historia y que encontramos en la etnografía. En una palabra: es la empresa, y no el hombre, la célula constitutiva de la sociedad. ¿Se quiere cambiar el orden cons-

tituido? Cambiad económicamente la empresa, pero poned atención, porque se actúa en un campo muy sensible y muy poco experimentado. Si el planteamiento económico empresarial es equivocado se va, por ejemplo, a un feudalismo moderno como en Rusia y no al socialismo. El error es excusable ya que el hombre intentaba por medio de la economía, por vez primera, construir un orden social según su voluntad. Se trataba de hacer consciente el desarrollo social y resulta comprensible que el primer intento haya constituido un error. Persistir en él es realmente criminal porque se ha creado un mundo antisocialista y antiproletario con la enseña de la bandera roja, bandera que siempre hemos querido, pero por lo que realmente debe representar.

A los filósofos y a los ideólogos les podrá parecer extraño que el edificio social dependa de una relación de producción, pero los hechos, tanto los históricos como los actuales, hablan lo suficientemente claro a quien quiera entender. Se trata, por otra parte, de la clave de bóveda de toda la sociedad. Además, el concepto de relación en general, aunque poco discutido y estudiado, sorprende a cualquier pensador; creo que por debajo de él hay algo muy importante. Cuando se comprende, por ejemplo, la relación armónica de la geometría analítica, maravilla la previsión y constancia de un hecho de gran importancia; y cuando se consideran los isómeros, no se puede explicar su diversidad, pese a su perfecta identidad química, más que por un modo de ser distinto de los elementos que constituyen sus células, o sea, por el conjunto de relaciones distintas entre los mismos elementos que constituyen la célula. No nos sorprende, pues, que la relación de producción, tal como la concebimos, represente el quicio más importante de cualquier sistema económico, «la base de la sociedad» como decía intuitivamente Marx. Pero podemos ver que cuando varía el modo de ser entre los elementos del ciclo productivo todo el edificio social existente quiebra y es sustituido por otro.

Un historiador francés advirtió por su parte, particularmente, que entre la época de Augusto y la de Dagober-

to media un abismo, un salto inevitable. El hombre de la época de Dagoberto ya no comprendía a su abuelo augusteo. Para nosotros se trata de algo clarísimo, porque el mundo entretanto cambió: del orden mercantil esclavista se había pasado al orden feudal; toda la civilización antigua se había hundido y había nacido de sus ruinas un ordenamiento bárbaro, un mundo agrícola sin ciudades, sin comercio, sin municipios e incluso sin estado. ¿Qué puede comprender el hombre de esta última época de los esplendores del foro, de la vida ciudadana o del tráfico, cuando durante diez siglos abarcará a lo sumo los límites de la aldea feudal? La transformación fue tan lenta (en comparación con la vida del hombre) que nadie se dio cuenta de ella. Sólo Gregorio de Tours exclama: «El mundo envejece.» Parece que le veamos asomar la cabeza ante su puerta y volver pensativamente la vista sobre un panorama desolado con la sensación de que el mundo ha envejecido. En realidad había empeorado mucho; ¡y cómo!

Pues bien: investigad como yo lo he hecho y veréis que el colonato de final de la república al siglo II después de Cristo no es más que la sustitución de la empresa mercantil esclavista o artesana por la feudal. Cambió lo que llamamos relación de producción, con la consecuencia lógica desde el punto de vista marxista de que se vinieron abajo los andamiajes sobreestructurales de la Roma republicana siendo sutituidos por los de la sociedad feudal. Empezaba una nueva civilización, la nuestra, sobre las ruinas de la antigua, a la que el cristianismo hizo un tremendo funeral quemándolo todo, escondiéndolo todo, ahogando cualquier gemido del antiguo esplendor para que nada les fuera revelado a los hombres, recaídos en la barbarie y en la miseria. El hombre de Dagoberto se había convertido en un primitivo y no comprendía nada del lenguaje de sus antepasados de la época de Augusto. En los siglos XI y XII se produjo el fenómeno contrario: de la economía autárquica del feudalismo se pasó a la de mercado, y, consiguientemente, todo el mundo cambió. Las sobreestructuras del feudalismo se hundieron una tras otra y fueron sustituidas por las de la so-

ciedad mercantil. Los trovadores son los adelantados de la casta feudal que se arruina; reaparecieron las ciudades con la reanimación del comercio y del artesanado, y los Comunes representan la primera cristalización política impuesta por la economía de mercado; reaparece el derecho romano porque ha reaparecido la propiedad de los medios de producción, y posteriormente hace explosión el renacimiento porque dos o tres siglos antes había resurgido el comercio, la empresa artesanal y la del campesino.

En la relación de producción está implícito todo el desarrollo social de una época histórica y es posible leerlo a grandes rasgos en las formas económicas que adoptan los elementos del ciclo. Cuando los medios se presentan como capital, se puede dar por cierto el advenimiento del crédito, de las bancas, el comercio, los negociantes, las clases, etc. Cuando asume el aspecto de un favor (*precarium*, beneficio, enfiteusis, feudo) como en la sociedad feudal, las manifestaciones más arriba mencionadas están ausentes, porque la forma económica del capital también falta; pero encontraremos las castas, la anona, las *corvées*, las *redevances*, la *fides*, etc. La libertad del proletariado se debe al hecho de que vende libremente su fuerza de trabajo como una mercancía cualquiera. El trabajador feudal es un siervo porque paga en servicios la concesión de una parcela de tierra para cultivarla por sí mismo. Las mujeres e hijos del patriarca son esclavos porque no disponen en absoluto de los frutos de su trabajo; quien distribuye es el *pater*.

Ahora que sabemos cuál es el artífice de las estructuras sociales, podemos decir que también el socialismo será el fruto de una relación de producción, de un nuevo tipo histórico de empresa, aunque la primacía de ésta ha de situarse en el campo de la producción y la distribución. Los hechos que se desprendan de la relación de producción inducirán a los políticos de la sociedad socialista a disponer el régimen que mejor salvaguarde y garantice el nuevo principio vital. Paralelamente, los juristas, por el empuje de los hechos cotidianos, redactarán el código socialista que sustituirá al de Napoleón, y nuevos sacer-

dotes y profetas rojos, ya en germen hoy, predicarán la nueva moral. El socialismo tiene que nacer de la misma manera que todos los tipos de sociedad que le han precedido: difusión de un nuevo tipo histórico de empresa, sobre cuya base se elevará el edificio social en sus adecuadas estructuras defensivas y propulsoras. Falta encontrar la relación socialista de producción, esto es, el mecanismo económico empresarial capaz de realizar los postulados del socialismo.

Acertada o equivocadamente he buscado una solución. Adelante quien tenga otra mejor. No pretendo experimentar con un pueblo entero, como hicieron los socialistas a los que llamo «infantiles». Con conocimientos científicos es posible trabajar en el laboratorio. Bastaría «hacer funcionar» tres o cuatro empresas planteadas según la relación de producción por mí diseñada para ver si se evita la explotación del hombre, si descienden los costos y si aumenta la capacidad adquisitiva de los individuos. Eliminada la explotación mueren las clases, y en el plano interior el estado-policía ya no tiene razón de ser. Hasta la realización de la Internacional sobrevivirá un estado que defienda a la sociedad de las amenazas exteriores, y luego irá a parar al museo de la barbarie. Los socialistas «infantiles» me han acusado de tomarme en serio vulgares cuestiones «burguesas» como la de los precios de coste, pero, en mi opinión, si hay que eliminar la dirección capitalista de las empresas es necesario ser capaces de hacerlo mejor y no peor que los capitalistas. Si un cazo cuesta *x* liras producido al modo capitalista, debe costar menos producido al modo socialista, pues de otro modo en vez de enriquecer al mundo lo empobreceríamos. Todo debe conseguirse favoreciendo las libertades humanas y no oprimiéndolas.

Hasta ahora el desarrollo social se ha producido automáticamente, por no decir sin que los hombres se apercibieran de él. Nacía incidentalmente una nueva relación de producción, y si era mejor que las existentes imponía la construcción de un nuevo edificio social. Ahora la sociedad se halla en vísperas de volverse consciente y exige

una relación de producción ya no obtenida al azar sino querida y pensada por el hombre. Hay que hallarla o permanecer en la inconsciencia social con las consecuencias derivadas de esto. Sin embargo, todo el mundo viaja ya a velas desplegadas hacia un moderno feudalismo. Los resultados contraproducentes y antisocialistas obtenidos al clausurar el mercado, determinado por las nacionalizaciones, las planificaciones y la intervención en general del estado en la economía nos indujeron a considerar la posibilidad de que el sistema económico socialista tuviera que apoyarse aún en el mercado. En realidad se pretendía arrojar al mar infantilmente un órgano que aún no ha agotado su función histórica, para sustituirlo por un aparato anonario que no es una novedad, sino el retorno a una economía bárbara. La sociedad humana nunca ha podido disponer de un órgano de distribución y racionalización de la producción más sensible, inmediato y exacto que el mercado. En vez de disponer planes dictados por la falaz previsión humana y esperar sus resultados a largo plazo, el mercado puede ser consultado en cualquier momento por la empresa más pequeña y distante para regular lo que tiene que hacer.

Se ha visto, además, que las taras del capitalismo no se deben al mercado. Éste, con su ley de la concurrencia, es el único defensor de los intereses de los consumidores, y, por tanto, de las sociedades, y con la libertad que exige para las mercancías es el auténtico determinante de las libertades humanas alcanzadas hasta el presente. Por otra parte, el mercado es el medio de distribución más racional cuando la producción sigue siendo inferior a las necesidades humanas fundamentales. Las crisis capitalistas no se deben a la sobreproducción sino a la escasez de capacidad de compra. El socialismo es quien debe llevar a la saturación positiva del mercado, o sea, de las necesidades humanas; sólo entonces podremos librarnos del mercado. Hacerlo hoy es como empeñarse en emplear el caballo en vez del automóvil. Un mercado enteramente libre, vaciado de todos los monopolios y de todas las intervenciones estatales, no debería dificultar una relación de

producción que tiende a elevar el poder de compra, a extender los cambios y a liberar al hombre de la explotación. Si en la economía capitalista hay explotación no es a causa del mercado, sino de la extracción de plusvalía y de la fórmula de la ganancia. Esta última es una resta entre el precio y el costo. He aquí consumado el crimen: la sociedad está eternamente dividida en dos secciones opuestas y necesariamente hostiles: mi bien y tu mal. Pitágoras no se equivocaba cuando reducía a cifras las leyes últimas de la naturaleza. Pero no está dicho que el mercado no pueda funcionar magníficamente con otra relación de producción, en que la ganancia no sea una detracción.

Suponed, por ejemplo, que las empresas actuales de producción, distribución y de servicios obtienen su ganancia (por el pago de los bienes) no en base a una sustracción entre el precio y el costo sino en base a un porcentaje sobre las ventas-ingresos y veréis que el mundo da un giro de 180 grados. El posadero ya no querrá aguarnos el vino para ganar más, si crecen los ingresos, pues para obtenerlos debe vender buen vino a los mejores precios. El zapatero ya no me pondrá suelas de cartón porque ello no le resultará rentable. Siempre ganará más sirviendo bien a la clientela, tanto en la calidad como en el precio. El panadero ya no tendrá ningún interés en mezclar polvos de mármol en la harina; el droguero en hacerme beber aceite mineral, y todos querrán servirme a los mejores precios. Tampoco mi desconfianza tendrá ya razón de ser. En lo que se refiere a la extracción de plusvalía, una empresa que obtiene sus beneficios con un porcentaje (acordado con los organismos de consumidores) para pagar el trabajo y desarrollar la empresa ya no explota a nadie: una parte de las ganancias se invierte en la propia empresa para su conservación y desarrollo, y la otra se subdivide entre quienes han suministrado las prestaciones necesarias, según la calidad (siendo juez el mercado) y la cantidad del trabajo aportado. Ninguna persona ni ente alguno ingresa beneficios.

En suma: además de la eliminación de la explotación

humana, el precio ideal en la economía socialista es el mínimo y no el máximo también para el empresario, que constantemente se ve empujado a fomentar la capacidad de compra y que por último deja de estar en oposición con los intereses del consumidor. Armonía social en vez de lucha continua y todo con el simple cambio de la fórmula del beneficio. Poder pitagórico de los números y maravilla de la economía que, con una pequeña modificación en el mecanismo económico que rige la empresa, hace girar al mundo sobre un punto de apoyo nuevo sin ayuda de la física de Arquímedes. ¿Acaso el mercado no puede regir la distribución y el cambio de las mercancías producidas por un nuevo tipo de empresa? Que se trate de mercancías no tiene nada que ver, y lo serán, porque los productos se contratarán libremente y se cederán a cambio de dinero, o sea, que se venderán realmente a quienes tomen posesión de ellos. No hay, pues, ningún obstáculo a que los socialistas se sirvan del mercado. En cambio, hay otra cosa; pero aquí nos interesaba aludir al antisocialismo de la economía autárquica, además de aludir al hecho de que todavía podemos y debemos servirnos del mercado.

«Crítica Sociale», *20 de noviembre de 1961.*

V. Victoria en la derrota

«Victoria en la derrota» es el título del postfacio de Isaac Deutscher al tercer volumen de su biografía de Trotsky, titulado *El profeta en el exilio.* ¿Cuál es el sentido de la obra de Trotsky y cómo valorar su derrota? Estoy de acuerdo con Deutscher en que la interpretación depende sobre todo de cómo se juzgue la revolución rusa. Pero aunque de la explotación capitalista se ha pasado a la del estado burocrático y en vez de ir más allá del liberalismo se ha retrocedido a un orden social regresivo, me guardaré bien de considerar a Trotsky como «el sumo sacerdote de un dios destinado a la caída» o como el seguidor de una utopía. El socialismo no puede compararse a un dios ni a una utopía. ¿Quién puede negar que la sociedad humana es capaz de pasar a una forma superior a la actual? ¿Cómo excluir que la sociedad humana se vuelva más rica y más libre?

Si la revolución rusa no garantizó estos objetivos ello no significa que sean inalcanzables, sino únicamente que no se ha encontrado el camino de la construcción del socialismo; un marxista debería aceptar que el nuevo sistema económico iniciado por la Revolución de Octubre ni siquiera es socialista. Para Deutscher, en cambio, la negación del socialismo en Rusia le lleva a preguntarse si Trotsky fue o no el sumo sacerdote de una nueva religión o un cultivador de ilusiones y sueños utópicos. En realidad Trotsky fue uno de los mayores dirigentes de la construcción del orden social ahora existente en Oriente, y si fue víctima de él en vida y muerte fue precisamente porque este orden no correspondía al socialismo, al que permaneció fiel aunque tuvo que admitir que su obra y la de sus compañeros había sido destruida, o, peor aún,

había acabado en el regresivo orden social del colectivismo burocrático.

Para dar fuerza a los argumentos de la oposición en su propio movimiento, Trotsky acabó demoliendo su propia teoría del «estado obrero» degenerado, confiando únicamente en la revolución, que debía desatarse al final de la Segunda Guerra Mundial. También en esto le desmintió la historia. Pero por ello parece como si quienes tuvieran razón fueran los críticos marxistas de Trotsky, pero esto vale muy poco y resulta un magro consuelo que no se determine el error: Trotsky entonces y Deutscher ahora, veinticinco años después, siguen creyendo que las nacionalizaciones, los planes económicos estatales y la eliminación del mercado son medidas económicas necesarias para un régimen socialista.

Una experiencia de casi medio siglo, que ha implicado casi a la mitad del género humano, demuestra que de esta base económica ha surgido el colectivismo burocrático.

El análisis marxista sugiere que era necesario arrojar por la borda la economía de estado porque además de cerrar el paso al advenimiento del socialismo conducía a la humanidad a una nueva edad media. Marx y Engels se equivocaron en sus concepciones acerca del advenimiento del socialismo, y nosotros también nos equivocamos al seguir ciegamente sus sugerencias. Era necesario sacar consecuencias de todos los hechos: hallar un sistema económico que evitara la explotación del hombre garantizando a los hombres mayor claridad y más amplias libertades. Precisamente el fracaso de la construcción socialista en Rusia debía impulsar al pensamiento proletario a la búsqueda de nuevas vías económicas al socialismo. Trotsky no tuvo tiempo de hacerlo. Cuando fue eliminado apenas si había llegado a comprender que gran parte de las previsiones y de las inferencias de Marx no servían para nada. Ante semejante fracaso teórico, consideró que el desastre era total y sólo pensó en la defensa de los trabajadores en el porvenir; trabajadores reducidos a la condición de siervos estatales.

Marx podía haberse equivocado al aconsejar la colec-

tivización y la planificación estatal; en realidad los resultados sobreestructurales de Rusia estaban en contradicción con su proyecto de socialismo. La abolición de la concurrencia y del mercado podía ser otro error marxista; no es un azar que Marx afirmara que un órgano social no desaparece hasta haber agotado toda su tarea histórica. ¿Acaso no era una pretensión ingenua la de eliminar el mercado, órgano racionalizador distributivo de una producción todavía insuficiente?

Príncipe y servidor de la política, Trotsky ni siquiera tuvo tiempo de plantearse ésta y otras preguntas; pero para un marxista de su altura debía estar claro que si el edificio social ruso no correspondía al socialismo la causa debía residir en el sistema económico. Se imponía, pues, una actualización del marxismo a tenor de los hechos: una actualización que pusiera en cuestión las apresuradas deducciones marxistas hechas a partir de un principio sociológico exacto.

1. *Feudalismo y planificación*

Aunque se hubiera producido la revolución en la segunda postguerra, nos habríamos encontrado, al igual que los bolcheviques, en la imposibilidad de construir el socialismo porque no se había elaborado el sistema económico que lo puede generar. Quienes se han mostrado incapaces, adviértase, no han sido las masas, que han logrado el poder varias veces, sino los marxistas, faltos de conocimientos económicos. Las derrotas y las equivocadas previsiones de Trotsky se deben a no haber comprendido que nacionalizaciones, planificación y abolición del mercado no son medidas económicas de orden socialista.

Deutscher piensa, en cambio, que «el progreso de Rusia, inseparable de su economía nacionalizada y planificada, sacaba de quicio y minaba desde dentro al stalinismo»; como si ahora hubieran cambiado las estructuras sociales en Rusia tras el incremento productivo.

También las sociedades de la servidumbre feudal ha-

cen progresos: del patronato de los siglos V y VI pasamos al vasallaje que en el siglo XI regía una sociedad mucho más avanzada, aunque en ambos casos se trataba de feudalismo. Khruchev regía un mundo mucho mejor que el de los tiempos de la aniquilación de los *kulaks*, pero el colectivismo burocrático ruso sigue asentado en las mismas bases económicas que en tiempos de Stalin: la economía monopolista de estado.

Resulta comprensible que Trotsky, en 1939, pretendiera defender a la URSS a pesar de Stalin para salvaguardar una economía planificada; pero hoy ya no lo es. Medio mundo está sometido a ella y sólo tenemos que observar sus efectos. En diez años, Occidente ha reconstruido un mundo en ruinas y hoy hay bastantes proletarios motorizados. ¿Es que al otro lado del telón las gentes son menos hábiles? Nada de eso: lo que es inferior es el sistema económico. Sin nacionalizaciones, e incluso desmantelándolas, y contra toda planificación estatal, la derrotada Alemania se ha convertido en sólo diez años en el país económicamente más sólido del mundo. Los hechos son éstos: hay que tener el valor de mirarlos de frente. Stalin no ha desaparecido porque los progresos de la economía de estado minaran su poder, sino porque también en una sociedad de siervos a veces se cambian los gobiernos. La facción en la oposición teje su tela en la sombra hasta que atrapa la presa o ésta última expulsa al tejedor.

Tras varias tentativas frustradas la oposición logró el éxito. Khruschev gobernó más humanamente que Stalin sin la menor intención de alterar las bases sociales del régimen stalinista. Deutscher puede estar seguro de que los progresos que son posibles en el colectivismo burocrático proseguirán hasta su superación. Pero serán progresos de un mismo sistema económico.

Al igual que el *fellah* egipcio, el siervo de la gleba, el ilota espartano o el trabajador de los incas, el siervo de estado soviético está monopolizado por el estado, que monopoliza además los medios de producción, pagando con dinero-trabajo las cuotas que se le antoja. Entre la eco-

nomía de los grandes imperios feudales de la Antigüedad y la soviética hay una diferencia: el rublo, un bono de consumo —y no dinero— que no conocían los faraones. Pero el «anacronismo» está de nuestra parte, ya que distinguimos la existencia de una servidumbre de estado en el totalitarismo del colectivismo burocrático.

Los grandes progresos de la URSS han anulado, según Deutscher, las estructuras fundamentales de una sociedad: «En la Unión Soviética hay mucha menos pobreza, desigualdad y opresión en los primeros años de la década de 1960 que en los años treinta o a principios de los cuarenta. El contraste es tan fuerte que resulta anacrónico hablar de un nuevo totalitarismo esclavista establecido por el colectivismo burocrático.»

2. *Nivel de vida y estructura social*

Con este método, comparando la situación del proletariado en Inglaterra descrita por Engels con la situación actual tendríamos que convenir que el capitalismo ya no existe allí y en cambio se ha ido más allá del socialismo. Los trabajadores ingleses son indiscutiblemente mucho menos pobres y están menos oprimidos que hace cien años, pero no parece que por esto el capitalismo haya dejado de existir: mientras que ha llegado a hacer menos estridentes las desigualdades sociales, detenta sólidamente el poder para defender la estructura económica que garantiza su dominio de clase y ha sido capaz de asegurar a los trabajadores un nivel de vida, de libertad y de igualdad social nunca alcanzados en la historia.

Por ejemplo, ¿por qué el régimen soviético no concede el derecho de huelga a sus trabajadores? El sistema económico en vigor no se lo permite, y lo mismo vale para todas las libertades perdidas. La mano de obra ha sido monopolizada como en las monarquías feudales, que no conocieron la huelga; la compensación por el trabajo es establecida por los órganos estatales en función del plan económico fijado por la alta burocracia. Discutir los pa-

gos equivaldría a poner en cuestión todo el plan y tener que hacerlo otra vez, tal vez cuando el estado ya sabe que no puede dar más si quiere alcanzar las metas que se ha asignado programáticamente.

La huelga de siervos carece de sentido. Desde el siglo IV hasta el siglo XI no se rebelaron jamás. Luego hubo *jacqueries* y alteraciones que culminaron en auténticas revoluciones; pero en Occidente, desde el siglo XII, el monopolio estatal de los medios de producción y de la mano de obra ya no constituía la base del sistema económico. Aparece el mercado, el trabajo se convierte en una mercancía y se contrata como tal. El trabajador acepta o rechaza una compensación en dinero y se cruza de brazos si le parece oportuno. El mercado le ha hecho propietario de sus fuerzas, antes sometidas al monopolio estatal. Por esto los progresos de la economía soviética nunca concederán a los trabajadores soviéticos ni siquiera las libertades capitalistas: la relación de producción en vigor en la URSS no es mercantil e impide a un gobierno supuestamente socialista garantizar la libertad de huelga a los trabajadores precisamente porque los ha convertido en siervos y porque es imposible pretender las libertades políticas con el monopolio económico, o sea, de dictadura económica. Desde el punto de vista marxista, habrá dictadura incluso bajo el régimen de Khruschev y pese a todos los progresos señalados por Deutscher. Es verdad que no todas las dictaduras son iguales. Para explotar burocráticamente al pueblo ruso no es necesario un sistema bestial como el de Stalin: también puede conseguirse de otra manera, del mismo modo que la actual democracia capitalista sigue explotando a los proletarios en Occidente sin los feroces caracteres que tenía que adoptar en la época de Engels.

Empleando el método de análisis sociológico iniciado por Deutscher podríamos decir entonces que en América hay socialismo y en Europa capitalismo, porque al otro lado del charco hay mucha menos pobreza y opresión con una igualación mucho más adelantada. E incluso se podría sostener que en la época del plan Marshall, Alema-

nia vivía en pleno feudalismo, mientras que ahora, cuando muchos obreros tienen coche, ha superado el socialismo. Podríamos decir además que en los siglos XVI y XVII no había capitalismo, puesto que éste garantiza hoy a los proletarios unas condiciones económicas, políticas y civiles bastante superiores a los de los *ciompi*, los *sans culottes*, y otros, asalariados ocasionales todos ellos.

Hoy en Rusia, desde todos los puntos de vista, se está mucho mejor que en los tiempos de Stalin; por tanto, según Deutscher, es anacrónico hablar de servidumbre de estado. Pero habría que informarse acerca del estado de ánimo de los trabajadores del otro lado del telón. Quieren una vida «como en Occidente», desean vivir como los explotados proletarios de los «imperialistas-capitalistas». Pero telones de acero y muros, mucho menos metafóricos, les mantienen aislados, vedándoles el panorama del «infierno» capitalista porque sus dirigentes saben que viven en un «infierno» peor aún. ¿Quién incurre, pues, en anacronismo? Creo que el «marxista» Deutscher no está al día en la teoría iniciada por un genio pero sometida en todas partes a las revisiones que imponen los hechos históricos.

La moraleja de la derrota de Trotsky es la derrota de todo el movimiento socialista que ha querido tomar al pie de la letra cuanto había dicho y previsto Marx. En la prueba de la historia el marxismo ha mostrado ser auténtico en cuanto a su principio sociológico y estar equivocado en casi todas las deducciones y previsiones obtenidas a partir de él. Muerto Marx, había que continuar su obra de investigación sociológica partiendo precisamente de las últimas líneas de *El Capital*, donde advierte que lo sociológicamente determinante no es la propiedad sino la distribución de los beneficios. En efecto: el propietario legal de un árbol de la miel, en la realidad social, ya no lo es cuando la miel se la come otro. El verdadero propietario es éste aunque carezca de títulos jurídicos. Los marxistas no comprendieron nada cuando los anarquistas, con Bakunin a la cabeza, señalaron los peligros del estado y de la concentración de los poderes en el partido. Tam-

poco prestaron atención a las críticas liberales en defensa del mercado, escuchadas incluso por Mazzini. Marx había hablado y todo lo había dicho. ¡Sólo había que poner en práctica sus enseñanzas!

3. *Construcción consciente de una nueva sociedad*

El error es comprensible: se trataba, nada más y nada menos, de iniciar la obra de construcción consciente de una nueva sociedad. Una tarea enteramente nueva en la historia, de enorme dificultad para el estado embrionario de ciencia en que se hallaba el marxismo y por el pequeño desarrollo de la sociología, la economía, la historia y la etnología.

Nos hemos equivocado todos y todos hemos salido derrotados como Trotsky. En el movimiento sólo podían vencer los que supieron adaptar su comportamiento político a los hechos y no a las metas socialistas. Lenin se encontró en seguida en dificultades y proclamó la NEP. Fue el gesto más sensato de su vida, pero la «dictadura del proletariado» temía una resurrección burguesa y Stalin volvió a la colectivización integral, desencadenando un huracán social sin parangón en la historia. Los supervivientes, hombres y animales, padecieron un régimen estatal de hierro que pocos socialistas tendrían el valor de mantener. Stalin era en cambio el hombre adecuado, consecuente hasta en el terror: toda revolución que sale de la cavidad prescrita por la historia, paga su tributo devorando a sus propios hijos.

Stalin se adecuaba tanto a la realidad impuesta por las instancias económicas del colectivismo burocrático, que, al final, se atrevió a volver del revés el postulado socialista de la atenuación de la lucha de clases a medida que se avanza hacia el socialismo. Consideró que Marx se había equivocado porque él, Stalin, comprobaba que la lucha de clases se recrudecía (y estaba en lo cierto). Lo de Stalin se comprende, pero que un estudioso de la URSS como Deutscher no haya entendido aún que el *in-*

discutible recrudecimiento de la lucha de clases durante el stalinismo se debía al advenimiento de dos *nuevas* clases, la de los burócratas y la de los siervos de estado, resulta muy poco tranquilizador. Al carecer del concepto de forma económica, no se da cuenta de que el dirigente social ruso no es un capitalista y de que el trabajador no es un proletario; hay dos clases nuevas. Con idéntica desenvoltura se desembaraza Deutscher, apelando a un supuesto «anacronismo», de la teoría del colectivismo burocrático, que ha dado ya la vuelta al mundo. Por lo demás, nunca la ha asimilado enteramente, pues en *El profeta en el exilio* dice que el autor de estas páginas lo consideró progresivo, cuando yo lo descalifiqué como regresivo tanto al final del análisis como en el prefacio del libro, escrito en Francia el 15 de julio de 1939, con frases como las siguientes: «La URSS se ha convertido en el quicio de la política mundial y será o bien el bastión de la revolución proletaria o la emboscada del proletariado mundial.» «Si quiere la revolución, trasladará el centro revolucionario a las masas trabajadoras anglo-franco-americanas; si no lo hace, ayudará a la fascistización de Europa y del mundo.» «Esta nueva fórmula social (el colectivismo burocrático) es una forma degenerada, pero en actividad, y cada vez se impone más al capitalismo...; «...nace un nuevo mundo monstruoso, y nace tan mal que resucita la servidumbre tras dos mil años de historia.» Y concluía haciendo un llamamiento «a los hombres que quieren vivir con honor y en libertad y que desean ahorrar al mundo la infamia de una nueva esclavitud». Si todo esto es para Deutscher una valoración progresiva, no resultan sorprendentes las incongruencias señaladas anteriormente. No habrá victoria, sino derrota, para quienes no vean en la economía de estado el factor fundamental del fracaso socialista en el Este y el agente regresivo, respecto del capitalismo, que corroe y desarticula el resto del mundo.

Al no haber comprendido la metamorfosis social rusa, Deutscher se halla todavía ante el dilema de reforma o revolución, propio de los debates proletarios anteriores a 1921. Creo que si la historia nos presenta una situación

revolucionaria hay que aprovecharla, pero fuera de este caso las reformas también pueden servir para la formación de una infraestructura económica socialista. Se trata de saber, sin embargo, cómo es posible instaurar el sistema económico correspondiente y sobre todo su relación de producción. Sin esto, reforma y revolución no sirven para nada, como muestran los hechos.

4. *El socialismo está en el porvenir*

Los hombres hablan de socialismo desde hace más de ciento cincuenta años y califican de socialistas a ciertos países, inmensos o pequeños; pero el socialismo todavía no ha surgido en la tierra. No hay una sola empresa en la que se haya eliminado la explotación del hombre y se hayan reducido los costes del capitalismo. Sin la primera condición habrá siempre clases y estado al servicio de los dirigentes. Sin la segunda, no puede aumentar el bienestar. O se reducen los costes de producción del capitalismo o se renuncia a empobrecer el mundo como lo más conveniente. La terrible propiedad privada de marxista memoria está hoy colectivizada a medias por el estado.

¿Por qué los partidos socialistas, cuando están o han estado en el poder, no han socializado nunca las empresas estatales o paraestatales? ¿Por qué no han demostrado con ejemplos prácticos que es posible organizar la empresa de modo que se elimine la explotación y se reduzcan los costes de producción capitalistas? No lo han hecho nunca porque son incapaces de ello, hasta el punto de que ni siquiera se han planteado la cuestión fundamental de la empresa socialista, o, si se prefiere, de su relación de producción. Pero sin empresas socialistas no habrá nunca socialismo. Se contentan, en cambio, con gobiernos de color socialista, con medidas de asistencia social que dejan intactas las estructuras fundamentales del capitalismo. O bien, y esto es lo peor, se llama socialización a la estatalización, y entonces no hay razón alguna

para denostar el socialismo ruso o chino y sí en cambio, mucho que copiar, porque allí todo está estatalizado.

Deutscher, a diferencia de Trotsky, es optimista acerca del futuro socialista de la URSS: con las décadas poststalinianas, el despotismo burocrático se ha mitigado y limitado, y, según Deutscher, están en marcha frescas corrientes de «aspiraciones» populares para «transformar ulterior y más radicalmente la sociedad soviética».

El socialismo científico se ha reducido, pues, a confiar en las aspiraciones populares nada menos que para una obra de transformación infraestructural. Y Khrushev debe haberla iniciado ya, pese a dejar intactas las bases económicas. Una planificación regional y no ya nacional no cambia las instancias fundamentales; si acaso, puede perfeccionarlas, pero en la misma dirección. La URSS sigue basándose en una economía de estado; no se ven ni están en el programa transformaciones en una dirección distinta.

Trotsky decía: si hay una revolución después de la guerra el período stalinista aparecerá como un episodio transitorio de la revolución socialista; en caso contrario, «no habrá más remedio que admitir que el programa socialista, basado en las contradicciones internas de la sociedad capitalista, ha resultado una utopía». La revolución no se ha producido, y Deutscher, que debía escribir para Trotsky «victoria en la derrota» y en cambio la escribe para sí mismo, altera el pensamiento de su maestro para hacerlo coincidir con el suyo. Así, escribe: «Trotsky creía que algún día los horrores del stalinismo aparecerían como un episodio de la fase de transición», sin precisar la condición preliminar de una revolución victoriosa en el mundo. Y por tanto puede concluir que los progresos realizados por la sociedad soviética desde la época de Trotsky, aunque modestos, son, a pesar de todo, un «comienzo».

Este «comienzo» reivindicaría la revolución y el fundamental optimismo que ella implica. Se disiparían densas nieblas de desencanto y desesperación... Trotsky murió confiando únicamente en la revolución, obsesionado

por los argumentos de la oposición. Hoy vivimos en un momento en que China les pide a los herederos del zar que abandonen sus colonias como hicieron los capitalistas occidentales. Al no haber nada socialista en los llamados estados socialistas, tras haber reforzado las fronteras de la patria se pasa ahora a las reivindicaciones nacionalistas. Entretanto los partidos comunistas degeneran hasta hacerse irreconocibles; siguiendo un impulso centrífugo, se vuelven revisionistas. ¡Hasta ellos son desviacionistas!

En cambio Trotsky estaba tan lejos de esperar aún un éxito autónomo de la revolución rusa, que uno de sus últimos actos fue una proclama dirigida a los trabajadores rusos para inducirles a rebelarse abiertamente. Fue tan optimista que afirmó que todo estaba perdido si no se producía la revolución en Occidente. La auténtica victoria de Trotsky consistió en permanecer fiel al socialismo cuando tuvo que deshacer con sus propias manos las creencias de su vida.

En los años veinte y treinta, con todas sus diferencias y con todos sus disensos, las numerosas corrientes de oposición respetaban a Trotsky, le apreciaban y le querían. Yo acabé, personalmente, hallándome en las antípodas de su pensamiento, y, sin embargo, fue la primera persona a la que me acerqué, y nada más amargo para mí que no poder llegar hasta él en 1939. Pese a discutir mi teoría del colectivismo burocrático, fue él quien, como revolucionario honrado, la difundió por el mundo, sin preocuparse de las recriminaciones de sus allegados. Los argumentos, decía, eran «indiscutibles»; amenazaban suscitar un debate teórico en un momento político ultradelicado y sin embargo, no se calló. Ciertamente, en él había surgido una duda, y se puso a revisar su teoría con correcciones y rectificaciones que, según dice Schachtman, la redujeron a la esperanza de una revolución en la postguerra. En sustancia: él mismo desmontó su teoría con sus propias manos. También aquí tocamos con la mano la victoria en la derrota del revolucionario: él mismo sepultó el credo y la obra de toda su vida. Pero la fe

le mantuvo en pie: todavía confió en el milagro de la revolución a la que se había entregado.

No importa que Trotsky se equivocara en el examen de la sociedad soviética; estaba en el centro de la oposición, de la que debía brotar el relanzamiento del socialismo en el mundo. Fue en los ambientes intelectuales de la oposición, y no en las academias del Kremlin, donde primero se trabajó durante veinte años para comprender las razones del desastre revolucionario en Rusia y luego para forjar una nueva plataforma teórica.

El inevitable renacimiento del movimiento socialista sucederá a la actual degeneración y fragmentación de los partidos proletarios; todo se produce mucho más despacio de lo que esperaban los opositores, pero la victoria solamente puede ser suya, y en el primer congreso de la nueva fase histórica del socialismo el retrato de Trotsky se agigantará entre banderas rojas. Este hombre llegó hasta los umbrales del nuevo curso del movimiento socialista. A sus espaldas quedaba toda la época infantil, con sus dogmas, los axiomas y el respeto por los textos sagrados: la época en que se era socialista únicamente por sentimiento y no se calibraba con exactitud el paso del capitalismo al socialismo. Más jacobinos que marxistas, se creía que bastaba tomar el poder para pasar fácilmente a una sociedad superior y más justa. Los propios Marx y Engels no tuvieron una idea clara de las dificultades que implica la instauración de un nuevo orden social. El socialismo debía surgir, casi de un modo natural, de las contradicciones internas del capitalismo. Pero Marx no había profundizado la relación de producción, la cual, por el contrario, no se cansaba de proclamar como base general de la sociedad; en la fase de la construcción el socialismo resultó inalcanzable.

Peor aún: el mundo marchaba en dirección contraria a él. La propia revolución devoró a toda una generación de revolucionarios. Trotsky recorrió la época infantil y heroica del socialismo, abandonando en el camino, en el último momento, el bagaje teórico en que había creído durante toda su vida. Se detuvo a veces, sólo para recu-

perar el aliento, y llegó al punto de paso: sólo le quedaba la esperanza en el milagro de la revolución. Como un pensador legendario, fue asesinado aquí. Al llegar al punto en que el pensamiento revolucionario debía pasar a la construcción después de la demolición, la muerte no le permitió ver el panorama del otro lado.

El pensamiento de Trotsky quedó enterrado entonces; no le dio tiempo de recuperarse del *shock* y pasar a revisar el marxismo. Tuvo que morir con la derrota del socialismo en el corazón. Es la mayor injusticia que puede haberse infligido a un revolucionario de su temple y de sus méritos. Acabó con la misma desolación con que murieron millares de oscuros combatientes del socialismo. Si hubiera vivido aún unos pocos años más, o unos meses, su ingenio tremendo habría iniciado la reconstrucción a partir de las ruinas. La idea preconcebida sobre las nacionalizaciones y la planificación estatal no podía mantenerse por mucho tiempo bajo los golpes de las continuas contradicciones en que se había sumido. Habría superado el paso...

Al subrayar que en la disputa del «socialismo en un solo país» los acontecimientos históricos más bien han dado la razón a Trotsky que a Stalin, Deutscher muestra tomarse todavía en serio este rancio dilema. En realidad no ha existido nunca. Lo creamos los opositores para explicarnos el fracaso socialista en la URSS. Cuanto ocurría contradecía el socialismo, y como valientes jacobinos atribuíamos el fracaso socialista al aislamiento de la revolución en un solo país. A nadie se le ocurrió poner en cuestión la economía. Esto puede dar una idea de nuestra madurez marxista pasada y actual.

Hoy, cuando medio mundo pretende ser socialista, la Internacional ha sido abolida, cada estado «socialista» va por su lado y las estructuras fundamentales son las mismas que en la URSS en la época de Stalin. La ruptura del aislamiento no ha tenido consecuencias sociológicas: al lado de un país regido por el colectivismo burocrático hay otros de igual naturaleza, como al lado de cualquier país capitalista. Todo parece indicar que Rusia

y China están a punto de iniciar la serie de los conflictos «intersocialistas».

Hemos visto cómo Deutscher explotaba por su cuenta la frase en que Trotsky considera episódica y transitoria la fase stalinista en el camino de la revolución. Ahora nos devuelve el contexto, antes dejado de lado para modificar el sentido: «En su último debate Trotsky hipotecaba todo el futuro del marxismo y del socialismo a las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Convencido de que ésta debía llevar a la revolución —la clásica revolución marxista—, afirmaba que si no se producía, el marxismo quedaría refutado, el socialismo perdido y que la época del colectivismo burocrático ocuparía su lugar.»

Semejante perspectiva, para un marxista que sigue considerando las nacionalizaciones y planificaciones como medidas económicas de orden socialista, no tiene vuelta de hoja y debería ser también la opinión de Deutscher. Pero he aquí cómo cree refutarla el intérprete: «En cualquier caso, se trataba de un modo de ver apresurado, dogmático y desesperado; la realidad histórica había de mostrarse inconmensurablemente más complicada que los esquemas teóricos. La guerra, efectivamente, puso en movimiento una nueva serie de revoluciones, pero el proceso, una vez más, no se conformó según el esquema clásico. El proletariado occidental dejó una vez más de atacar y conquistar los bastiones del viejo orden, y en la Europa oriental fue el empuje del poderoso ejército rojo, que avanzó victorioso hasta el Elba, lo que hizo caer el orden establecido. La separación entre la teoría y la práctica —o entre la norma y el hecho— se ensanchaba cada vez más.»

Al llamar revolución a la ocupación militar y a los golpes de estado soviéticos en Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Hungría, etc., se demuestra en todo caso que se tiene un concepto bastante extraño de la revolución marxista. Siempre hemos sabido que debía surgir desde abajo y no desde arriba. Siempre se les dijo a los trabajadores que ellos mismos debían ser los artífices de su

emancipación. Según Deutscher, en cambio, ésta se realizaba a punta de bayoneta, al mando del peor autócrata del momento. Los hechos se produjeron, además, sin intervención de las poblaciones, al margen de su voluntad política y sin sufragio democrático. Cualquier cambio del orden establecido es, para Deutscher, una revolución; pero en la historia también hay contrarrevoluciones. No se pueden eliminar de un plumazo «rápido y dogmático».

La realidad histórica mostraba además no ser nada complicada: Stalin ampliaba a los países conquistados el régimen social doméstico. Tenía para ello la autorización de Roosevelt y de Churchill. Las zonas de influencia se habían repartido en Yalta y las partes observaron el pacto. Los occidentales se guardaron bien de intervenir al este de Europa en nombre de la democracia y de la libertad; Stalin apuñaló por la espalda a los revolucionarios de Grecia, como por lo demás ya había hecho en España, y utilizó a los partidos comunistas italiano y francés para amordazar toda veleidad revolucionaria. Deutscher, que conoce estos hechos y a veces los denuncia, tiene el valor —«apresurado, dogmático y desesperado»— de pretender que la acción política de Stalin era revolucionaria precisamente en los países que cayeron bajo su dominio de vencedor.

En una palabra: Deutscher debería dar el paso. Entonces todo se volvería claro, sencillo y coherente. Y tendría que admitir por un momento que el sistema económico instaurado por la Revolución de Octubre (nacionalizaciones, programación, eliminación del mercado) no es socialista. Esto lo explicaría todo: la degeneración de la revolución misma, el terror, el colectivismo burocrático, el creciente desastre del movimiento socialista en el mundo, las derrotas y la traición de Moscú, el fracaso y el sacrificio de Trotsky, sus infinitas contradicciones y las tardías pero no menos patentes del propio Deutscher.

No hay «divorcio» alguno entre el principio sociológico del marxismo (la infraestructura económica generadora de las sobreestructuras morfológicas, políticas) y

la realidad social del otro lado del telón. Está documentado históricamente en el paso en Occidente de la civilización antigua al feudalismo y de éste a nuestra época mercantil, como sociedad artesanal-nobiliaria (siglos XII al XVI), y posteriormente de ésta al capitalismo. Se confirma, además, precisamente en nuestra propia época, por los acontecimientos de la Revolución de Octubre: la economía de estado lleva a sus lógicas y necesarias consecuencias y da resultados antisocialistas porque de un monopolio estatal de los medios de producción y del trabajo (de la dictadura económica) era inevitable, desde el punto de vista marxista, que surgiera un régimen político dictatorial y no un superliberalismo. La fuerza de trabajo incautada por el estado, no podía crear más que una nueva servidumbre, y una empresa estatal no podía hacer mayor la reducción de costes, o sea el bienestar.

5. *Mercado y libertad*

La desaparición del mercado tenía que implicar la pérdida de todas las libertades, surgidas desde los siglos XII al XIX. Además, la base económica autárquica y de monopolio estatal de la producción y de la distribución es la misma que en las monarquías feudales del pasado y en todas las sociedades feudales. Stalin llevaba la contrarrevolución a su zona de influencia y concedía a los emancipados una nueva servidumbre, idéntica a la que había construido en su país, que no por azar regía con los métodos de Iván el Terrible. Hermosa revolución a decir verdad: merecedora de un divorcio con las instancias del socialismo, pero consecuente entre «normas y hechos», entre principio sociológico marxista y construcción del edificio social para quien tenga el buen sentido de admitir que la autarquía y el monopolio estatal de la producción y la distribución son la base económica del colectivismo burocrático, de una moderna servidumbre, y no del socialismo.

Ningún progreso técnico, ni siquiera la automación,

permitirá nunca un retorno a las libertades civiles y políticas con una relación de producción como la existente al otro lado del telón. El hombre puede ser siervo tanto empuñando la hoz como dirigiendo la maquinaria más perfeccionada. La cuestión no es técnica: es estrictamente económica. La falta de mercado y la monopolización del trabajo por el estado implican la servidumbre. El trabajador ruso no puede hacer huelga ni elegir el puesto de trabajo. Está atado al lugar de producción, señalado por el estado. Si quiere cambiar necesita una «autorización» de claros rasgos feudales. Estaba, y tal vez lo está todavía, provisto de un salvoconducto interior; en cualquier caso no puede ir más allá de las fronteras patrias, de la misma manera que el siervo de la gleba no podía ir más allá de los límites de la aldea feudal. Las dimensiones han cambiado pero el principio es el mismo: la autoridad política controla la persona del trabajador porque le explota directamente, y si no le ha convertido en siervo en el sentido estricto de la palabra, sin embargo le ha sometido a servidumbre.

La técnica más perfecta y difundida no batirá nunca al capitalismo en el terreno de los costes si se aplica en empresas estatales; aunque todo el mundo lo admite y lo ve, aún se tiene la desvergüenza de proponer esta relación de producción para la sociedad socialista. Para vivir más miserablemente que en el régimen capitalista no vale la pena hacer la revolución. Hoy Rusia es un país muy desarrollado industrialmente, pero la capacidad adquisitiva de su población figura entre las más pobres del mundo, con escasísimos bienes de consumo.

Muy poco hemos aprendido si Deutscher prevé un porvenir rojizo precisamente como consecuencia del desarrollo técnico. Del hecho de que hoy «Rusia es la segunda potencia industrial del mundo» infiere que «su estructura social se ha transformado radicalmente».

A mi modo de ver, la estructura social no consiste en un amasijo de máquinas o en el predominio de la agricultura, sino sobre todo en la relación de producción, esto es, en la osamenta económica del tipo de empresa pre-

dominante, que representa el principio vital de la sociedad misma. Los fenómenos macroscópicos no son los de la economía porque frecuentemente dependen de la técnica; esta última potencia la producción, pero no crea un sistema económico.

Entretanto, la «clase obrera» se ha ampliado y desea vivir modernamente; el nivel de vida y la educación se hallan en rápida expansión, y de este modo (concluye Deutscher) están dadas las condiciones previas del socialismo. El éxito es indiscutible: medio siglo de tremendos sacrificios para volver al punto de partida. Evidentemente, el intérprete pretende justificar históricamente casi cincuenta años de régimen ruso y se contenta con muy poco. Calculamos que quince años de desarrollo capitalista habrían conducido al mismo sitio, aunque ahorrando sangre, sudor y lágrimas.

Sea como fuere, «en relación con las nuevas necesidades sociales, el stalinismo, con su amalgama de marxismo y barbarie, resultaba anacrónico», tenía que caer. Hay que dar las gracias por tan edificante explicación. Hemos descubierto demasiado tarde al sociólogo del anacronismo, y ello es una lástima para quien ha empleado casi toda una vida en comprender qué eran las famosas relaciones de producción que Marx sitúa en la base de la sociedad. Con el método del anacronismo la tarea hubiera sido ciertamente más fácil y llevadera; pero tal vez anacronismo y alejamiento de los hechos son cuestiones que sólo tienen que ver con el sociólogo Deutscher y su interpretación de la historia, en particular la de la URSS en los últimos cincuenta años. El stalinismo, además de otros méritos señalados por Deutscher, tendría incluso el de haber mantenido «en estado de hibernación» la tradición marxista, por no hablar de la Revolución de Octubre; ahora finalmente millones de espíritus se despertarán para combatir «los privilegios burocráticos, la inercia stalinista y el lastre del dogma monolítico». El stalinismo, en suma, ha preparado el terreno «para el retorno al marxismo clásico». Cincuenta años de historia, que valen por quinientos, han pasado, pues, en vano con

sus terribles experiencias. Deutscher vuelve simplemente al marxismo clásico como si pretendiera repetir el *via crucis* de estos dolorosísimos cincuenta años. Stalin tiene el mérito de haber conservado helado el marxismo, aunque lo haya deformado más que nadie, pero permaneciendo fiel sin embargo al marxismo en la aplicación de sus sugerencias para su dictadura y para la construcción del socialismo.

6. *La soberanía empresarial*

Se advierte en todas partes un levantamiento sordo y profundo contra la dirección económica del estado. Se cita como ejemplo a Tito. Los rumanos van más allá. Checoslovaquia se vuelve hacia los mercados internacionales y en las academias estatales los economistas hacen declaraciones que estremecen al «marxismo-leninismo».

La línea de orientación principal, tal vez parcialmente inconsciente, de este movimiento aún confuso y desordenado, tiene sin embargo un fin evidente para nosotros: se tiende a la soberanía empresarial. Habida cuenta, gracias a una costosísima lección de cuarenta años, de que el estado, además de ser el peor de los explotadores es también poco eficiente en la dirección económica, se hace marcha atrás: se deja dirigir las empresas a los hombres propuestos por las empresas mismas. Es éste un plano inclinado que puede llevar muy lejos.

Se abre así una discusión, a la que sólo podemos aquí aludir de pasada, pero que se impone a todo el socialismo internacional: del planteamiento económico de la empresa dependen todas las sobreestructuras sociales y por tanto la naturaleza misma de la sociedad. Si emprendemos el camino socialista tendremos el socialismo; si nos equivocamos obtendremos algo distinto, como ha ocurrido con la estatización de las empresas. Al actuar sobre la empresa se ataca la relación de producción, se actúa en un terreno delicadísimo y hay que ir con mucho cuidado. Si uno no se quiere equivocar hay que discutir

primero sobre la organización económica de la empresa socialista; y una vez decidida esta organización, hay que ponerla a prueba experimentalmente en tres o cuatro empresas piloto.

Hay un hecho, sin embargo, que hay que dar como cierto: si se atiende a la soberanía y a la independencia empresarial hay que restaurar el mercado. La empresa, ya la rijan los productores socialistas o los burócratas, ya los comités obreros (como en Yugoslavia), para sentirse independiente debe sumergirse en el mercado. Si la producción, la administración, las compras y las ventas ya no se controlan y planifican desde arriba, es necesario dirigirse al mercado. No es posible encontrar otra solución. O bien el fundamento económico es mercantil, o es autárquico. Nadie ha entrevisto hasta ahora nada nuevo en este plano. Nosotros mismos basamos el socialismo en el mercado, pero con una relación de producción distinta de las mercantiles ya conocidas. Y parece que nuestras «blasfemias marxistas» están en vías de realización precisamente en esos países que juran cada día poniendo la mano sobre los textos sagrados del «marxismo-leninismo».

Silenciar «democráticamente» a Khrushev es algo relativamente fácil si la clase dirigente quiere, como demuestra el consenso de los jerarcas, de la policía y del ejército en el último golpe de palacio; pero invertir las corrientes económicas es algo muy distinto. O se acude a Pekín y uno se apunta a la destrucción total del capitalismo, lo que en el mejor de los casos conduciría al dominio de un mundo semidestruido, entregado a la incapacidad económica de los fanáticos del socialismo infantil, incapaces de realizarlo con medio mundo a su disposición, o bien forzoso es que el *tren* en curso siga su camino. Nada de eso, dice Deutscher. Ahora Rusia ya se ha industrializado, ha creado las premisas que Marx consideraba necesarias para la instauración del socialismo; se puede pasar a las realizaciones que buscaba la revolución «clásica». Pero ya están dispuestas nacionalizaciones, programación y cierre del mercado tienen ya cuaren-

ta años y no es preciso imponerlos de modo revolucionario. Precisamente *contra* este sistema se está formando una corriente contraria en todos los países de la *commonwealth* soviética. Amenaza dar al traste con todas las teorías de Deutscher sobre el futuro socialista ruso.

Lo que está sucediendo en el campo económico en los países «socialistas» es muy importante. Hace tiempo que Tito ha reintroducido parcialmente el mercado y ha ampliado la dirección empresarial a los comités de productores. Checoslovaquia apunta hacia empresas híbridas, donde los dirigentes están interesados en el beneficio. Rumanía se rebela contra la economía dirigista. Hungría, Polonia y la República Democrática Alemana van en el mismo sentido. Mientras tanto, en Rusia, hasta los economistas oficiales hacen repetidas revelaciones que tienen entretenida a la prensa mundial capitalista. Es ésta una orientación práctica que, teóricamente, representa ya la denuncia y el fracaso de las nacionalizaciones, de la programación estatal y de la autarquía.

7. *La perspectiva china*

Para su consuelo, Deutscher puede señalarnos que los laboristas nacionalizan el acero, que en Italia hasta el partido de Cristo es programador y nacionalizador y que en Francia *le grand bourgeois* De Gaulle no les va a la zaga. Ciertamente, es un hecho, denunciado desde 1939 en *La Bureaucratisation du Monde*; pero que sea un hecho no significa que sea positivo. Yo, que tengo buenas razones para estigmatizarlo, lo he visto hace décadas; pero creo que Deutscher y los programadores occidentales harán bien en informarse por quienes desde hace años aplican este sistema y hoy lo desautorizan clamorosamente.

Se cuenta que un representante típico de una de las más antiguas civilizaciones del mundo, entró furtivamente en China y unos años después salió de allí llevando coleta. La fuerza de absorción de este pueblo es inmensa,

pero seguramente inferior a la profundidad sociológica de Deutscher, que se volverá chino sin estar en China. No hay que bromear: los compañeros chinos están en su sitio desde el punto de vista marxista y leninista. Quien se enreda con el mercado, el beneficio, los precios y otras rarezas burguesas acabará en la política de la «coexistencia». Quien insiste en la autarquía, en las nacionalizaciones y en la programación estatal correspondiente, como hace Deutscher para realizar la célebre revolución clásica, llevada por Stalin a su punto de maduración, ha de estar de acuerdo en que la coexistencia con el diablo nos expone a diabluras disolventes, además de impedirnos la realización del socialismo «en un solo mundo». Hay que decidirse a acabar con el diablo, como sostienen los compañeros chinos, porque ese cornudo dominador del reino del fuego no puede soportar la autarquía, las nacionalizaciones, ni la programación de marxista memoria.

No debe sorprendernos que los compañeros chinos asuman la defensa integral del «marxismo-leninismo». La larga y heroica lucha y sus graves responsabilidades después de la victoria no les han dado la posibilidad de hacer un examen crítico, profundo y preciso del fenómeno ruso. También ellos han tropezado, al igual que Lenin, con la aplicación pedestre de las sugerencias de Marx, y los frutos recogidos aún no les han convencido de que Marx se podía equivocar en algo, al igual que Lenin y Mao. Viven todavía en la época del socialismo infantil, y su corazón es mayor que su cabeza. No lo digo con desprecio, sino como un título de honor revolucionario. Los «puros» están hoy allí; aquí, en Italia, en torno a Bordiga y a Damen; pero los puros son a menudo fanáticos; no aceptan discutir sobre un tema que puede significar una amenaza para sus ideas preconcebidas y rechazan la discusión.

Si ha habido un fenómeno de «hibernación» del marxismo-leninismo, Deutscher puede encontrarlo entre los seguidores de Bordiga. Los oirá decir que Rusia es un país capitalista al igual que América. Y si les hace notar que en Rusia no hay capitalistas en carne y hueso, no les

hará cambiar de idea. Descompondrán al campesino del *kolkhoz* en tres formas económicas, como el dios uno y trino, y le presentarán una de ellas como el mismísimo capitalista ruso. Un verdadero milagro revolucionario. Entretanto, sin embargo, Mao ha llegado al poder; y con bomba atómica, además. Ciertamente, Mao es una personalidad excepcional, un revolucionario honrado a carta cabal, como la gran mayoría de los queridísimos compañeros chinos. Gente de corazón y de fe. Pero el fanatismo es peligroso hasta en un santo, y tal vez más en este caso. No olvidemos de lo que fue capaz en el pasado el fanatismo religioso. Pues bien: el fanatismo chino me asusta incluso a mí, marxista y revolucionario de nacimiento. Estos compañeros, convencidos de la justicia, la bondad y la verdad científica de sus ideas, con la mayor buena fe y la mejor intención pueden organizar una situación peligrosa en el mundo. Y quien no está a favor del mercado está tarde o temprano a favor de Mao.

VI. La empresa socialista

La empresa capitalista se compone de cuatro actividades muy distintas: producción, administración, compra y venta. El mejor capitalista era el que, pudiendo disponer de un capital para invertir, se mostraba competente en estas cuatro funciones necesarias para el ciclo productivo. Al surgir el capital financiero y las correspondientes *corporations*, se hicieron necesarios cuatro grupos de *managers* especializados en cada una de las actividades empresariales. El típico capitalista de Karl Marx desapareció en buena parte; ya no fue necesario que poseyera riquezas; en vez de sus propiedades empleó el crédito, pero este cambio enorme dejó intacta la relación de producción capitalista. Es más: la potenció de un modo inaudito.

Nuestros proletarios conocen la producción e indudablemente sabrían mantenerla sin el capitalista; pero no saben nada, ni puede pretenderse que lo sepan, de administración, de ventas y de compras, funciones que siguen siendo vitalmente necesarias incluso cuando se da la posibilidad de intentar la socialización de la empresa.

Ocupad las fábricas: los trabajadores siempre han acabado perdiendo porque son incapaces de administrar, de comprar y de vender. Ahora bien: estas cuatro actividades siguen siendo necesariamente inescindibles si la propiedad es privada, pero no lo son cuando la propiedad ha sido expropiada. Más de la mitad del movimiento económico italiano corresponde a la esfera pública en la actualidad, y esta esfera puede permitir la diferenciación de las cuatro actividades distintas de la empresa actual. Nada obsta a la creación de empresas de administración, de compras y de ventas altamente especializadas, que ofrezcan sus servicios a las empresas de producción, li-

beradas al fin de tareas que no les son propias y que no saben realizar. Tendríamos entonces que si un personal obrero ha recibido de un ente público, o sea, de los consumidores, una fábrica de tejidos porque se le considera capaz de emprender este tipo de producción, en lo relativo a la administración se dirigirá a una firma especializada en esta función y que sirve a otras varias empresas de producción.

Lo mismo ocurre con la venta y la compra. Así los trabajadores se ven liberados de tareas empresariales imposibles para ellos y pueden concentrar todas sus posibilidades en la empresa productiva, como parecía natural. No era natural en cambio que asumieran tareas no estrictamente productivas.

Se elimina así un primer obstáculo a la socialización y se consigue una segmentación empresarial que siempre fue pregonera de progresos en todos los caminos de la historia. El capitalismo, por ejemplo, ha creado toda la enorme rama empresarial de las ventas al por menor que antes no existía; la empresa artesanal lo era al mismo tiempo de producción y de distribución. Pero ¡cuánto progreso y cuánta riqueza ha generado esta diferenciación empresarial capitalista!

Veamos ahora cómo puede procederse a la constitución de una empresa de un tipo que excluya la explotación humana y que al mismo tiempo reduzca los costos de producción.

La empresa autogestionada debe poder disponer para ello del *mercado* en que procurarse lo necesario y al que lanzar sus productos. Si se elimina el mercado algún extraño ha de ocuparse del suministro de las empresas y de la colocación de los productos. La empresa deja de estar autogestionada. Por idéntica razón, la empresa no puede permitir extracciones monetarias desde fuera. Salvo el pago de los suministros y lo debido al personal obrero, nadie debe tener cuentas pendientes con la empresa. Ni siquiera el pago de la concesión, que debe ser gratuita.

¿Cómo alcanzar el fin de eliminar orgánicamente la

explotación de los trabajadores y dar al mismo tiempo un nuevo empuje a la reducción de costos? No hay socialismo sin que ambas condiciones queden satisfechas. Aclarada la primera, es necesario satisfacer la segunda, pues todo el Progreso humano ha corrido paralelamente a la reducción de los tiempos de trabajo. De la caza a la cría de ganado, desde el punto de vista económico se consigue una reducción de tiempos de trabajo. De la autarquía al mercado hay un salto en el mismo sentido. De la obra artesanal a la producción standarizada se obtiene una «obra maestra» en los costos de producción: se reducen tanto que las cosas se vuelven de consumo corriente.

Probemos a modificar la fórmula del beneficio y veamos qué pasa. Hoy esta fórmula se representa por una resta entre precio y costo. Hace inevitable la oposición entre productor y consumidor. El uno quiere vender caro y el otro comprar barato. El uno tiende a aprovecharse de su cliente y éste teme ser engañado. La especulación, en todas sus formas, se basa en la maldita resta entre precio y costo. Siempre ha sido así, se dice; y se cree que se trata de un mal necesario. Pues no, señores: la matemática ofrece otras posibilidades.

Tratemos de plantear la ganancia empresarial a partir de un porcentaje y no sobre una resta. El acto público de concesión de una empresa por un ente de consumidores a un grupo de producción debe ser gratuito, pero debe precisar que la ganancia empresarial debe fijarse por medio de un porcentaje sobre los negocios con buen fin. Supuesto que el porcentaje sea el 10 %, al ingresar un millón por mercancías vendidas la fábrica tiene derecho a 100.000 por las prestaciones del grupo de producción (desde el peón hasta el director). Se dirá: «*Se non è zuppa è pan bagnato*»; pues bien: no es así, sino todo lo contrario.

Todas las perspectivas de los individuos (productores y consumidores) cambian. Pues ¿qué interés tendrán ahora los productores en vender caro? Ninguno, dado que su ganancia depende de la cantidad de mercancías ven-

didas y no de su precio. Pero para vender mucho de un modo no ocasional sino sistemático no hay más que un medio: ofrecer buenos precios y mercancías inobjetables. Precisamente esto es lo que quieren los consumidores, y he aquí que ya los tenemos en armonía y no en contradicción con sus proveedores. La mentalidad «burguesa» cambiará totalmente porque ya no temeremos vernos engañados por los proveedores, cuyo interés será idéntico al nuestro. La armonía entre quien compra y quien vende es algo que asombra a los «astutos», pero se ha vuelto factible al emplear un porcentaje en vez de una resta en la fórmula de la ganancia empresarial. Maravilla de la economía, incomprensible para quien nunca se ha dado cuenta, ni siquiera parcialmente, de todo lo que ha hecho ya. Nuestros políticos están obsesionados por la industrialización, por las máquinas, y confunden la técnica con la economía. Así, por ejemplo, ningún progreso técnico ha eliminado la especulación, la cual recientemente, jugando con los cambios, se ha tragado los millones a millares. Parece que hemos vuelto a la época de la usura, cuando Bruto o Atticus prestaban al 120 %. Pues bien: cambiando la fórmula de la ganancia nadie habrá que lo intente y acapare siquiera el azúcar, la sal o el aceite, porque si los precios aumentan nadie obtiene beneficios. Por el contrario, se será antiacaparador por definición, porque se ganará si se multiplican las transacciones y no si las mercancías se esconden en los almacenes.

Extraña y lógicamente, para que la relación de producción se vuelva definitivamente socialista la ganancia empresarial tiene que armonizarse con la ganancia que corresponde al grupo de producción. Éste lo dividirá entre sus miembros en función de la cantidad y la calidad del trabajo aportado. Lo que queda, fuera de los gastos, representa la ganancia empresarial socialista; ésta, intocable, pertenece a la empresa, pero será empleada para la potenciación de la producción o para la realización de servicios útiles a los trabajadores o a sus familias.

POSTFACIO

Sobre la burocratización del mundo

El fracaso, la derrota del movimiento comunista de la sociedad industrial, la no realización del ideal igualitario que este movimiento ha pretendido convertir en realidad, acaso parezca a algún lector novedad desagradable. Para otros, admitirlo es delito de apologética reaccionaria. Ciertamente, cabe enterrar los ojos en hechos que, conceptuados muy abstractamente, despojados de la mayoría de sus rasgos reales, pueden tranquilizar a los espíritus poco amigos de la Incertidumbre y de la Duda (las diosas del pensamiento verdadero): pervive el estado nacido de Octubre y los poderes de la China, de Cuba, del Vietnam...; no se ha agotado el impulso de la descolonización política; las organizaciones aún llamadas comunistas son votadas en Europa occidental; en 1968 calambró la sociedad francesa y érase que se era una vez fue derrotado el fascismo; el credo socialista (no tanto los valores; el valor de la época es el motor de explosión) se difunde... Inventario en mano se puede ser terco ante la verdad y referir exógenamente los «aspectos negativos», las «anomalías» del «socialismo realmente existente» al imperio capitalista. Stendhal, en el siglo pasado, podía ser despiadado con la inanidad de la sociudad burguesa desplegada ante sus ojos, sin dejar de admirar a Napoleón, cuyas campañas forzaron en Europa la difusión de este orden. Hay un socialismo subalterno que ante los alienados frutos cosechados por el movimiento comunista observa la actitud de Stendhal.

Un ideal degradado socialmente a apologética de sus enajenadas realizaciones preside un movimiento detenido. La casi ciega confianza histórica de la tradición marxista hegemónica en el movimiento comunista ha quedado defraudada por la cristalización de nuevas socieda-

des estratificadas en clases donde se logró destruir las existentes. A este desmentido social de lo que se tuvo por *la* teoría —fundamental en orden de importancia pues es una base de la *contención* del comunismo en el mundo— viene a añadirse otro socio-natural: el supuesto del crecimiento cuantitativo ilimitado de las fuerzas productivas, prometedor de la abundancia común, naufraga ante el estrago de la Tierra, un planeta finito y agotable.

Ciertamente, el capitalismo mostró ser incapaz de generar la industrialización en ciertas sociedades atrasadas; en otras, el salto industrial capitalista hoy en curso funciona como un mecanismo de empobrecimiento relativo. El impulso socialista resultó fecundo desde el punto de vista de la industrialización en estos casos. Hoy ya se puede decir que lo que se ha llamado socialismo ha resultado ser el único camino de acceso a la sociedad industrial viable para la periferia del capitalismo. No ha sido, sin embargo, el disolvente de la dominación de clase.

La clase obrera industrial de los países capitalistas adelantados, antaño enarboladora de la Idea, perpetuamente derrotada en el centro del viejo sistema social, es hoy un objeto de la historia. Mecanismos sociales objetivos han vuelto equívoco el significado de su bandera. El orden del «socialismo realmente existente» posee un generador endógeno de su propio crecimiento económico cuantitativo, y la pervivencia competitiva del capitalismo convierte en virtud aparente esa necesidad ingobernable de crecer que experimenta el «socialismo». No hay, como afirmaba demagógicamente Stalin, dos mercados mundiales, sino uno solo: el más activo conocido por la historia. Y al margen del mercado pedalea el ominoso mecanismo de la guerra de armamentos. Ni los funcionarios del capital ni los del «socialismo realmente existente», agentes históricos del *statu quo*, pueden ver la producción por la producción críticamente. Se sobrevive hacia la catástrofe ecológica implicada en este tipo de carrera. La bandera roja es aún negación del capitalismo pero ya no (y todavía no) negación de la sociedad de cla-

ses: el orden que hasta ahora ha reemplazado parcialmente al capitalismo es a su vez un orden estratificado socialmente. *Éste es el problema principal.*

Cierta tradición marxista del movimiento se mantiene ante él en imprudente nirvana: salvo desesperación, confía en que de algún lado se descolgará la historia con un final feliz. Las cartas con que esta posición critica lo que llama «la impaciencia revolucionaria» se cifran en la ampliación del «mundo socialista» y en el supuesto de la aparición en ese mundo de una clase obrera industrial de ideología comunista; pone la hipótesis de que más allá de la nacionalización de los medios de producción tal como la formularon Marx y Engels no puede ir ninguna entidad nacional. Esta posición del movimiento debería reflexionar sobre la propensión a consumir que parece estar en la perspectiva de los trabajadores de Oriente y sobre la naturaleza de la división del trabajo que se desarrolla allí. La tradición libertaria, por su parte, atribuye al poder político la pervivencia de la sociedad estratificada: el fundamento de las nuevas diferencias de clase (por no hablar de las antiguas) es para ella la posesión de ese poder. Y aunque su diagnóstico no vaya desencaminado, esta tradición se detiene hipnóticamente ante la substancialización del poder político que surge de sus propios supuestos analíticos. Para ella el estado no se alimenta de algo distinto de él mismo, y su función es primordialmente represiva. El sector libertario del movimiento, en otro tiempo el educador colectivo más formidable que éste supo crear, es hoy una tradición que vive su decadencia en la nostalgia y el recuerdo. No ha comprendido siquiera que el estado, la Bestia, tuvo para esta insólita especie que es la humana un papel educador. Derrotada en la derrota, se ha acomodado más a la crítica que a la búsqueda. Los últimos creyentes en el Buen Salvaje no pueden explicar convincentemente la pervivencia del mal en el mundo. Son la estética del movimiento comunista. Hay, por seguir todavía con el desolado panorama, un marxismo académico que también se presenta mal armado para

comprender y afrontar los problemas que afectan al movimiento. Hasta es dudoso que este fruto de su lenta toma de posiciones en las instituciones del viejo sistema de clases siga siendo suyo. No se habla aquí (conviene aclararlo en estos tiempos de confusión entre marxismo y comunismo) del marxismo extracomunista cultivado instrumentalmente por funcionarios (en el más estricto de los sentidos) de los sistemas de dominación, sino de núcleos intelectuales formalmente socialistas o comunistas que se hallan sutilmente separados —por su posición en el sistema de la división social del trabajo— de la amplia base social que sufre en tinieblas las peores consecuencias de la explotación al estar despojada de los instrumentos para pensar que aquéllos poseen. Estos núcleos son hasta ahora muy poco sensibles a la problemática acuciante (que en su estado insoluto impide el avance del movimiento) suscitada por el hecho de que precisamente la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción materiales no realiza la abolición de la dominación de clase: sólo induce su metamorfosis.

La nueva estratificación del «socialismo realmente existente» (por emplear aún el eufemismo de Bahro)[1] que trata de cubrir su vergüenza social con una ideología —en el peor de los sentidos— comunista (desconcertando de pasada a los comunistas lúcidos, que ya no pueden decir su nombre sin salvedad), no es un hecho reciente. Ni siquiera es reciente el proyecto de mostrar intelectualmente el dato, de darle explicación. Muchos lo han intentado, con mejor o peor fortuna analítica y hay que admitir que más bien peor. «El exceso de luz ciega», decía Pascal. Entre ellos, probablemente el primero en hacerlo con cierta consistencia, un militante comunista prácticamente desconocido: Bruno Rizzi.[2]

Rizzi fue miembro del Partido Comunista de Italia

1. R. BAHRO, *La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente,* Barcelona, Ed. Materiales, 1979.

2. Rizzi nació en 1901 y murió en 1977. Hay motivos para considerarle el introductor de esta temática en las preocupaciones del movimiento comunista; anterior o contemporáneamente,

desde Livorno. Simpatizó con las corrientes de izquierda del partido aunque siempre negó haber sido bordiguista. Un episodio de la clandestinidad le hizo quedar «congelado».[3] Se dedicó entonces al estudio identificándose cada

---

sin embargo, se habían formulado ya alusiones al tema. *Vid.* N. BERTI, *Anticipazioni anarchiche sui «nuovi padroni»* en «Interrogations, 1976, núm. 6. El pensamiento conservador (Ortega y Gasset, Von Mises) avanzó aserciones en el mismo sentido; la irracionalidad de sus supuestos explica la mayoría de las veces que desde el otro bando se viera en ella poco más que episodios del aspecto ideológico de la lucha de clases. El primer autor de habla castellana que se ha ocupado de Rizzi ha sido Alejandro NIETO (*La burocracia,* Madrid, Instituto de Estudios Administrativos, 1976). *Vid.* también *Bruno Rizzi: in Memoriam,* en «Revista Mensual» (Barcelona), I, 3/4, julio-agosto 1977, y el texto firmado por Alfonso CASTAÑOS, *¿Tiene el socialismo su prehistoria?,* Barcelona, Blume, 1977, pp. 30-33. De pasada señalaré que Daniel BELL (*vid. El advenimiento de la sociedad postindustrial,* Madrid, Alianza, 1976, p. 113) estaba pésimamente informado sobre Rizzi en 1973.

3. Los lectores han de excusar esta jerga; siempre se nos roba nuestra propia historia. El Congreso de Livorno señala el nacimiento del Partido Comunista de Italia en 1921, como escisión del Partido Socialista. Con la escisión se seguía la estrategia propugnada por la Internacional Comunista de crear organizaciones de tipo bolchevique, capaces de dirigir el proceso revolucionario, separándose de los partidos socialistas obreros tradicionales, con su pluralidad de tendencias (incluida la reformista) si éstos no aceptaban un programa maximalista. Esta estrategia implicaba una alianza con los grupos socialistas *después* de la separación. La dirección del recién nacido Partido Comunista estaba encabezada por Amedeo Bordiga e incluía entre otros a Antonio Gramsci, quien más tarde aludiría a lo de Livorno como un *error* (pues la nueva división entre socialistas y comunistas, que se añadía a la antigua entre socialistas y anarquistas, disgregaba más aún al movimiento obrero en la fase de ascenso del fascismo). Por bordiguismo se entiende una corriente izquierdista posterior, encabezada también por Bordiga, apeado finalmente de la dirección del PCI. Esta tendencia se oponía a una suavización táctica de la línea del partido necesaria para ampliar su base. La derrota del bordiguismo en el seno del PCI dejó la dirección de éste al grupo encabezado por Gramsci, Togliatti, Scoccimarro... que tenía a su derecha a Angelo Tasca en una posición que viene a ser como la prehistoria del eurocomunismo.

Pasando a otro asunto, en el *argot* de la clandestinidad se

vez más con la oposición de izquierda en la URSS hasta ingresar en la IV Internacional. Logró divulgar en la Italia de Mussolini las principales tesis de Trotsky presentándolas en un librito propio titulado *¿Adónde va la URSS?*, que finalmente fue secuestrado por la censura. Conviene recordar esta estratagema porque tal vez excuse alguno de los peores rasgos de *La burocratización del mundo,* escrito bajo el mismo terrorismo de estado. Otras circunstancias deben ser mencionadas para comprender la gestación del libro. En 1939 era un hecho más que establecido la posición claudicante ante el fascismo de los regímenes parlamentarios occidentales, manifestada no sólo por la debilidad de su apoyo a la República Española sino también por su capitulación ante Hitler en Munich, abandonando a la invadida Checoslovaquia, que perdió los Sudetes a manos de los nazis; por no hablar de su indiferencia ante la anexión alemana de Austria. Stalin ya había fusilado a los principales dirigentes de la Revolución de Octubre; Trotsky, en el exilio, seguía calificando a la URSS de «estado obrero degenerado». Esta posición de Trotsky, a fin de cuentas el autor de la política económica de industrialización forzada aplicada por Stalin, resultaba ambigua por implicar la consecuencia política de exigir de los comunistas el continuado apoyo crítico a la URSS, cuya «desviación burocrática» consideraba Trotsky pasajera. El idilio Hitler-Stalin, que concluiría en los pactos de no agresión y *de amistad*[4] desconcertantes para los comunistas occidentales, estaba en el ambiente. Fue entonces cuando Rizzi, bastante joven aún, escribió rápidamente *La burocratización del mundo*[5]

dice que un militante queda «aislado» o «congelado» temporalmente cuando se corta toda relación con él por poner policialmente en peligro a sus compañeros, o también por existir sospechas de infiltración policial momentáneamente imposibles de confirmar o refutar.

4. *Vid.* sobre este punto L. Colletti, *La cuestión de Stalin,* Barcelona, Anagrama, 1977, p. 34.

5. *La bureaucratisation du monde* se publicó por vez primera en traducción francesa en París, en 1939, amparándose Rizzi

en polémica con Trotsky. A pesar de los muchos aspectos negativos del libro, el dirigente de la IV Internacional se lo tomó absolutamente en serio. Para Trotsky estuvo siempre claro que si él no tenía razón quien la tenía era Rizzi, a quien dedicó su último artículo teórico importante. El libro inició una polémica que quedó truncada con el asesinato de Trotsky y el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

La burocratización del mundo tiene todas las características necesarias para ser el libro maldito en que se ha convertido. Lleno de exageraciones y simplificaciones excesivas, de errores de apreciación política, de concesiones inexplicables al enemigo de clase, su originalidad ha dado lugar, sin embargo, a una amplia literatura que ha pretendido ignorar (y al final ha llegado a ignorar realmente) a este antepasado oscuro. Por un lado —seguramente el menos importante— está la tesis de la *managerial revolution,* que corre desde el libro de Burnham,[6] el trotskista «renegado» que conoció el trabajo de

---

en el pseudónimo «Bruno R.». La identidad del autor permaneció oculta hasta la derrota nazi y fascista, salvo entre los círculos más allegados a Trotsky en México y en París. Rizzi no logró encontrar editor italiano para su obra después de la guerra (hay que recordar que su tesis destruye el optimismo de un rápido paso del capitalismo al socialismo), publicándola a sus expensas en 1967 con el título *Il collettivismo burocratico.* Recientemente, en cambio, el texto, siempre buscado por los estudiosos, se ha publicado nuevamente en francés e italiano y se halla en curso de traducción a otros idiomas. El volumen que publica Ediciones Península incluye, además del texto clásico de Rizzi que constituye la primera parte del libro, otros trabajos del autor, de desigual valor, incluidos en la última edición italiana. La traducción se ha obtenido de esta última teniendo a la vista la edición francesa (en la que se invierte el orden de los dos últimos capítulos). Incluye también el *Prólogo* escrito por Rizzi en París en 1939 (sin el temor por tanto de que cayera en manos de la policía italiana), considerado muy importante por su autor, prólogo que falta injustificablemente en la edición italiana de 1977, con prefacio de Bettino Craxi.

6. James BURNHAM, *La revolución de los directores,* trad. cast. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1967, y Ed. Huemul, 1962.

Rizzi y, a decir de Naville, pura y simplemente lo plagió (aunque James Burnham plagió muchas otras cosas: los primeros capítulos de su famoso libro, por ejemplo, son una exposición esterilizada y americanizada, para leer con la leche del desayuno, de temas del libro I de *El Capital*), hasta *El nuevo estado industrial* de Galbraith y ciertas tesis de Gouldner;[7] por otro lado está la idea de *la nueva clase*, probable invento de Rizzi divulgado por Djilas en un mal libro de burócrata cesante que trasladaba al lector una acusada miopía histórica, tesis recogida luego entre otros por Martinet y, en el fondo, eufemismos aparte, en el enormemente sugestivo trabajo de Bahro.[8] Estos datos parecen suficientes, en un momento de crisis de las ciencias sociales, para justificar la traducción castellana del texto, que puede verse además y principalmente como un documento dramático del comunismo inmediatamente anterior a la Segunda Guerra Mundial.

La principal tesis de Rizzi es muy simple: la estatización de los medios de producción ha significado para la sociedad soviética un giro histórico, pero un giro que no ha ido en el sentido del socialismo sino que ha suscitado un nuevo tipo de clase dominante. Rizzi identifica genéricamente esta clase con la burocracia: [9] la burocra-

7. J. K. GALBRAITH, *El nuevo estado industrial*, trad. cast. de M. Sacristán, Barcelona, Ariel, 1967 y 1974; A. W. GOULDNER, *La dialéctica de la ideología y la tecnología*, Madrid, Alianza, 1978.
8. *Op. cit.*
9. Como el lector advertirá, el hilar delgado no es costumbre de Rizzi. Hoy habría que empezar a distinguir, como hacen los disidentes comunistas polacos MODZELEWSKI y KURON (*¿Socialismo o burocracia?*, París, Ruedo Ibérico, 1968), diversos estratos burocráticos, señaladamente la burocracia central, a la que parece convenir el papel que le asigna Rizzi, de la burocracia periférica, subordinada a la primera como mostró el resultado de la discusión iniciada en la URSS por el economista Liberman. Por otra parte, aunque al hablar de burocracia conviene recordar, como hace Hegedüs, que el problema nada tiene que ver con la actividad de funcionarios incompetentes, no resulta convincente por estrecha la conceptuación de este autor, como «un conjunto de relaciones sustantivas a que dan lugar determinados tipos de ad-

cia que planifica y dirige desde arriba la industrialización. Advierte, con penetración notable, que la inexistencia de un mercado de fuerza de trabajo en el nuevo sistema, pues el trabajo y los recursos se asignan autoritariamente, imposibilita la equiparación del orden soviético con cualquier tipo de capitalismo «encubierto»: nada más lejos de Rizzi que la tesis de ciertos marxistas de izquierda según los cuales la URSS (u hoy China) ha reemprendido la vía capitalista. En la URSS no hay mercado, ni trabajo asalariado propiamente dicho. No hay capitalismo; no tiene sentido hablar ahí en sentido estricto de plusvalía, concepto acuñado en función de la forma específicamente capitalista de explotación,[10] sin que la metamorfosis de esta última le impida a Rizzi percibir su pervivencia: se trata de un nuevo sistema de explotación y de dominación. La nueva clase explotadora es la burocracia, que al dominar el estado resulta ser, según Rizzi, el *propietario colectivo,* como clase, de los medios de producción. Rizzi expresa así, groseramente, por emplear un término, «propiedad», nada adecuado a las nuevas relaciones de producción, una intuición acertada que sin embargo expone su tesis inmediatamente a las críticas.

Estas críticas pueden apoyarse fácilmente, además, en la comparación que Rizzi establece entre el sistema objetivamente surgido de la Revolución de Octubre y los de tipo feudal. Aparece aquí uno de los puntos débiles del autor: sus escasos conocimientos (y no el ser «autodidacta», como lo llama él) le hacen ignorar el término

---

ministración o de gestión económica» (*vid.* A. HEGEDÜS, «El análisis marxiano de la burocracia» en *Socialismo y burocracia,* Barcelona, Ed. Península, 1979). Para conceptuar la burocracia en toda su significación no basta hablar de administración económica, sino traer a colación el sistema clasista de división del trabajo.

10. Ha estado de moda entre profesores utilizar laxamente el concepto de plusvalía (como Marx hizo alguna vez) y hablar, por ejemplo de la extracción de plusvalía en el orden feudal (y no, como sería más preciso, de las formas que adopta en él la explotación o el sobretrabajo).

de comparación más adecuado, que viene dado por los sistemas basados en el modo de producción que Marx y Engels llamaron «asiático». Un autor con acceso a la cultura académica, Wittfogel,[11] vería en este punto algo más certeramente al subrayar la similitud del sistema soviético con los antiguos *despotismos hidráulicos*. En realidad no se puede censurar a Rizzi por esto: de un lado varios de los sistemas supuestamente feudales por él mencionados corresponden precisamente a los modos asiáticos de producción; de otro, no hay que olvidar que, desde mediados los años treinta, Stalin, por razones obvias, había prohibido personalmente la mención y el estudio del modo de producción asiático, proscrito la edición de los principales textos de Marx que tocaban el asunto, etc., de modo que probablemente haya que cargar la ignorancia de Rizzi en la cuenta de la policía si reconocemos a esta última entidad sus verdaderas dimensiones.

Lo que sí es criticable en Rizzi —como en Wittfogel probablemente, por otra parte—, es la incapacidad para explicar satisfactoriamente por qué cristaliza el nuevo sistema de dominación; es decir: qué mecanismos sociales objetivos determinan la constitución de una parte de la población en explotadora de la otra como condición indispensable para la supervivencia de todos. O, lo que es lo mismo, cuáles son las condiciones en que hipotéticamente la explotación dejaría de ser una necesidad social. Aquí el fracaso de Rizzi es tan manifiesto como por él inadvertida la ausencia de explicación seria. Por una parte, en el texto de 1939, se refiere predominantemente a consideraciones de naturaleza política: la mayoría de la población está excluida del proceso de toma de decisiones tanto en la planificación como en los restantes asuntos sociales o en el propio centro de trabajo, donde queda dispuesta en sindicatos de encuadramiento. Este modo de

11. Karl A. WITTFOGEL, *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power*, New Haven, 1959; existe una ed. castellana de Revista de Occidente muy difícil de encontrar.

ver precipitado, y lamentablemente muy difundido, tiene el defecto de que, al considerar a lo que en definitiva no son más que los aspectos políticos del sistema como la causa última de éste, se deja en la oscuridad las verdaderas causas últimas; tiene además el de engendrar subjetividades que ven traidores y maléficos por todas partes, como si la sola subjetividad voluntarista pudiera dar nacimiento a un modo de producción. Por otra parte, Rizzi, en sus escritos posteriores, probablemente los que le hacen más atractivo hoy para los bienpensantes partidarios de las reformas sociales, considera que el origen de la nueva explotación está en la planificación misma y propugna el restablecimiento del mercado como instrumento para la realización del socialismo. Con ello ignora —y es lo de menos— la decadencia del capitalismo,[12] el cual también planifica, aunque a su manera, sin eliminar las relaciones funcionarios-subordinados. Este último Rizzi tiene embotado el en otro tiempo aguzado sentido crítico que le permitió percibir bajo la ideología comunista la realidad funcionarial. Si el plan tiene funcionarios el mercado tiene los suyos. Lo menos que puede objetarse es que el mercado, como el plan (dejando de lado una discusión sobre mecanismos mercantiles en la economía pla-

12. No es posible discutir aquí el pretendido renacimiento del mercado capitalista en la crisis actual, y menos aún las propuestas de los economistas neoliberales. Aquí se da por supuesto que el sistema económico capitalista es un orden decadente. La imprescindible intervención estatal en la economía capitalista, en sus múltiples formas, es tendencialmente contradictoria (en último término) con el carácter privado de las empresas. Los neoliberales no pueden pronunciarse contra esta intervención, que es condición de la supervivencia del capitalismo; sí pueden, en cambio, por el contrario, propugnar el desmantelamiento del aparato asistencial del Estado, reforzando la explotación y canalizando los medios que quedan disponibles hacia una acumulación previa al relanzamiento. La degradación social consiguiente es entonces el precio de éste. Dicho sea de paso, cuando está de moda atacar a Keynes, éste tenía al menos sobre sus críticos actuales la superioridad de saber que el orden capitalista no puede plantearse el largo plazo.

nificada, que además de constituir una digresión en el presente contexto se prestaría fácilmente a infinidad de equívocos), reintroducido sin más, generaría una enajenación de los objetivos comunistas semejante a la presente.

El fracaso de Rizzi es el de todo el pensamiento comunista occidental, ciego para la verdad en el momento exigido, sin fuerza casi siempre que percibe una verdad. Para ir más allá de la noción de *propiedad colectiva, de clase,* de Rizzi es necesario *buscar* las causas profundas del nuevo orden que se está imponiendo mundialmente. La similitud de este orden con los antiguos despotismos hidráulicos (por emplear una expresión divertida para este sombrío asunto) cuando ambos tipos de sociedades difieren abismáticamente desde los puntos de vista cultural, tecnológico, etc., debe ser precisada. A este objeto están dedicadas las páginas que siguen.

Lo que llamamos trabajo es una relación de intercambio entre el hombre y la naturaleza. Este intercambio, visto abstractamente no es exclusivo del ser humano: trabajan también las restantes especies animales al procurarse los medios de subsistencia. El trabajo tiene en la especie humana, al igual que en muchas otras, la cualidad de ser social. Con esto se significa que ya en anteriores estadios evolutivos resultaba imposible la supervivencia de individuos aislados. El intercambio con la naturaleza, apoderarse de fragmentos de ella en concurrencia con ciertas especies animales y directamente contra otras, exigió de los homínidos la cooperación, su asociación y la división o descomposición del trabajo en la sociedad. Se trata aquí de datos conocidos en los que no es preciso insistir. Valga como prueba de este hecho básico en nuestra especie el que las crías del animal humano son, entre todas, las de crecimiento más lento y más necesitadas de asistencia: sin una cierta división del trabajo social muy originaria la especie humana no habría perdurado hasta hoy. El trabajo que realiza cada individuo humano se compone con el de otros. Sólo así puede ser productivo, realizar su función. *El carácter social del*

trabajo humano es el primer rasgo de éste que es preciso retener a los fines de este razonamiento. Obviamente, trabajo social presupone trabajo individual. Dicho de paso, además, estas afirmaciones son puramente descriptivas, con ausencia de todo tipo de admoniciones sobre un supuesto deber de trabajar, etc., y se refieren a una necesidad natural genérica ante la que son, en principio, indiferentes los modos en que se organiza socialmente el trabajo.

Un segundo rasgo del trabajo humano es su carácter indirecto, mediado. El hombre interpone instrumentos, medios de trabajo, entre él mismo y la naturaleza. Esto es algo muy característico de la especie humana aunque tampoco exclusivo de ella, pues esta mediación se encuentra también en otras pocas especies animales, alguna tan graciosa como cierta variedad de los pinzones de Darwin, cuyos miembros, en vez de capturar directamente los insectos que necesitan para subsistir, se valen de una espina vegetal de la longitud adecuada para escarbar en las cortezas de los árboles.[13] Las especies que emplean medios de trabajo han de dividir su tiempo de trabajo en dos partes: una dedicada a trabajar para conseguir medios de trabajo y otra al empleo de éstos para alcanzar el resultado último. Lo específicamente humano es la multiformidad, artificiosidad y pluralidad de esta mediación de su trabajo. De hecho —y dejando de lado nuevamente lo relacionado con otros aspectos sociales de la organización de la producción tal como la conocemos históricamente—, se trata de un *puzzle* de mediaciones tan largo y complicado que por sí mismo dificulta la percepción de sus implicaciones. Se puede dar por supuesto que en principio estas mediaciones han abierto enormes posibilidades para la especie. Por citar una de ellas, universal, la mediación de la cocina permite satisfacer la necesidad de subsistencia independizándola relativamente de la caza o recolección inmediatas. Hace retroceder la barrera

13. *Vid.* I. Eibl-Eibesfeldt, *Las islas Galápagos. Un arca de Noé en el Pacífico,* Madrid, Alianza, 1975.

de la necesidad natural creando mayor espacio para la supervivencia. Pero las mediaciones también pueden ser terribles en la medida en que se interponen entre un acto y sus consecuencias. Nuestra inmensa capacidad depredadora intraespecífica tiene que ver con estas mediaciones instrumentales. Es muy raro, por ejemplo, que dos mamíferos superiores de la misma especie lleguen a matarse al luchar entre sí. Ciertos actos rituales ponen fin al combate y el vendedor exhibe una piedad natural hacia el vencido de la que casi se ha desprendido el ser humano instrumentífero. La mediación se ha hecho históricamente muy compleja, fragmentaria y también social. Hoy la cibernética ha ampliado en un grado nuevo esta separación entre el hombre y el objeto de su trabajo que es susceptible en abstracto y potencialmente de ampliar el ámbito de su capacidad. Hay que recordar, sin embargo, que los artificios, como ya señaló Marx, pueden echar muy lejos hacia atrás las barreras naturales pero no eliminarlas. Pues toda esa máquina de artefacto que ha modificado el trabajo y la vida del hombre desde la piedra y el leño deja subsistir el inevitable hecho natural del trabajo. En un hipotético paraíso de artificios (resulta impío hablar de artificios técnicamente concebibles cuando se está desolando la Tierra del exilio) podría acaso el hombre obtener una gama enormemente refinada de productos con menor desgaste propio que su antepasado cazador-recolector para obtener su ración, si la producción por la producción no constituyera un obstáculo casi insalvable para ello.

El tercer rasgo del trabajo que es preciso traer aquí antes de abordar el material causal de la burocratización del mundo viene dado por el hecho de que *la producción no es sólo producción de cosas, sino en sí misma producción de ideas.*[14] Otras especies animales realizan el trabajo de un modo fundamentalmente instintivo; ello no se puede afirmar del hombre, cuyo impulso instintivo nece-

14. *Vid.* sobre esto L. COLLETTI, «Bernstein y el marxismo de la Segunda Internacional» en *Ideología y sociedad,* Barcelona, Fontanella, 1975.

sita el concurso de lo que llamamos cultura para obtener sus realizaciones. En su intercambio con la naturaleza, el hombre, objeto de la necesidad, que es la causa última del trabajo, no se ve impulsado a éste por un instinto ciego, sino que tiene capacidad natural para *inventar* el resultado de su trabajo. La idea, el producto de su trabajo en su especie intelectual, como finalidad realizable mediante el trabajo material, surge en el proceso de trabajo como lo que Aristóteles llamaría causa final de éste y es, al mismo tiempo, *resultado* del proceso: se obtienen así no sólo las cosas, sino *las ideas de las cosas* cuya verdad es ofrecida por los entes materiales que corresponden a ellas. Del trabajo han nacido el lenguaje y el número; no sólo cosas, sino cosas dichas y contadas.

La variedad de los productos culturales dificulta la percepción de este hecho tan básico. Es cierto que con el distanciamiento de las necesidades inmediatas el hombre también transforma la naturaleza lúdicamente,[15] o al menos de un modo que se relaciona con la subsistencia mucho menos directamente que hacer del trigo pan, por ejemplo; es cierto que de estas actividades nacen igualmente ideas y también, muy destacablemente, que las circunstancias de la organización social de la producción han dado de sí la sobrevaloración de unos productos culturales respecto de otros. Estas complicaciones, cuyo estudio está en sus comienzos,[16] no constituyen dificultad para tomar como un dato la relación del universo ideal con el proceso productivo frente a la tradición especulativa que trata de presentarse como independizada de éste.

Las ideas, obviamente, no sólo son un producto del proceso de trabajo sino que pueden ser empleadas como medios de producción.

Estamos ahora en condiciones de abordar el tema de los principios de la división social del trabajo, o de los aspectos bajo los cuales puede verse esta división. La

15. Se menciona sólo la circunstancia extrema para no hacer más laberíntico el razonamiento.

16. Véase, por ejemplo, la obra de Michel Foucault.

fragmentación del proceso productivo en una sociedad dada es una necesidad; las modalidades que adopta son complejas e históricas. Puede hablarse de una base natural de la división del trabajo que afecta a la participación en él de niños, adultos y ancianos, pero sobre esta base se constituyen divisiones muy diversas en la historia y en las distintas culturas. Otra base natural de la división del trabajo es y ha sido el sexo, de lo que puede decirse lo mismo. Estas bases naturales de la división del trabajo resultan estar en el fondo muy moduladas por la historia, lo cual en definitiva hace que a efectos de la división del trabajo que se da materialmente en cualquiera de las sociedades que han hecho retroceder apreciablemente las barreras de la necesidad natural, los principios o aspectos no naturales resulten decisivos.

Hay un aspecto de la división del trabajo que está determinado por la técnica de la producción. Que entre los oficios de una sociedad haya los de molinero, sastre o programador, tornero o matricero, depende fundamentalmente del aparato técnico, instrumental, interpuesto entre la naturaleza y el hombre. Con el maquinismo y la gran industria la división del trabajo dio un giro insospechado, y hoy se asiste a otro. Estos cambios son de índole técnica en el sentido de que su necesidad la impone el mecanismo técnico empleado.[17] Este aspecto de la división del trabajo ha sido fundamentalmente ciego, y se ha introducido con independencia de la consciencia social, que a lo sumo ha buscado la innovación técnica al margen de sus consecuencias en la división del trabajo. Ahora bien: la base técnica de la división del trabajo a menudo abre una multiplicidad de posibilidades a la división real de éste. No es frecuente que imponga una determinada solución y sólo una. Por ejemplo, el *taylorismo*, cuya base viene dada por la tecnología de punta a principios de siglo, no es un criterio meramente técnico de división del trabajo, puesto que a los criterios de este tipo hay que

17. Al respecto se pueden repasar los capítulos dedicados a la manufactura y al maquinismo en el libro primero de *El Capital.*

yuxtaponer los derivados del principio de la producción por la producción en su variante capitalista,[18] criterios estos últimos que hacen abstracción de las personas en el acto de trabajar para contemplarlas sólo como consumidores: se trata de los criterios *sociales* que concurren a la configuración de la división del trabajo realmente existente. Estos aspectos sociales de la división del trabajo, aparentemente menos fuertes o concretos que los aspectos naturales y técnicos de ésta, resultan ser finalmente los decisivos siempre. Es, pues, el momento de retomarlos en consideración.

Es lugar común que las relaciones sociales de producción son las objetivamente existentes entre miembros de una sociedad dada a propósito de los medios de producción, entendiendo por esto último los objetos del trabajo y los instrumentos para realizarlo. Salvo en las sociedades primitivas, en las que tanto la producción como los medios de producción son comunitarios, la interposición de mediaciones entre los medios de producción y los productores engendra clases sociales, grandes grupos de personas diferenciados abstracta y fundamentalmente por el lugar que ocupan quienes los componen en sus relaciones con estos medios.

Estas mediaciones pueden compararse a las que se dan en una colmena entre una abeja cualquiera y la reproducción del conjunto. En este ejemplo, la relación es altamente indirecta, pues la abeja ha de participar necesariamente con su trabajo en el mantenimiento de los miembros reproductores de la colmena (la abeja reina y un ignorado zángano entre muchos) y en el acondicionamiento de los huevos; y a pesar de que nuestra abeja carece (fisiológicamente) de los medios de reproducción, ésta no puede realizarse sin su concurso. Los entomólogos pueden reconstruir las relaciones que se dan en la colmena

18. Los escritos de Gramsci en la cárcel, sobre el taylorismo, que ofrecen la medida de su penetración en las tendencias sociales más profundas, dan escalofríos si se leen desde un punto de vista que elimine la necesidad de la producción por la producción.

y analizar sus mediaciones con mayor facilidad que los científicos sociales —dicho sea esto para prevenir objeciones doctrinarias a la metodología subyacente aquí— sus objetos, ya que carecen de la mentalidad de una abeja reina o de la ideología de un zángano.

Los despotismos hidráulicos surgieron con el descubrimiento y la práctica de la agricultura masiva, que exigía una articulación de las fuerzas productivas distinta de la existente en las primitivas comunidades. En éstas la condición social de acceso de un individuo a los medios de producción (útiles de caza, pesca, etc.) era la mera pertenencia al grupo social, determinada por las reglas de parentesco. La agricultura en los grandes valles aluviales hizo necesario un cambio social estructural, integrador de la cooperación intercomunitaria, así como un saber de tipo técnico cualitativamente distinto del suficiente en la comunidad primitiva: astronomía (para la determinación del momento de las operaciones agrícolas), matemática, hidráulica, ingeniería... Este saber se concentra en los miembros de una comunidad o grupo director del conjunto de grupos ahora asociados, comunidad que puede asumir la forma de una casta sacerdotal (incas, egipcios) o funcionarial (el mandarinato chino). En los despotismos hidráulicos se percibe la diferenciación de los medios de producción en dos grandes grupos: unos, materiales (tierra, aperos agrícolas), siguen a veces a cargo de las comunidades subordinadas (la tierra no siempre), y la condición de acceso a ellos es la pertenencia a estas comunidades; otros medios, los de naturaleza estrictamente conceptual (alfabeto, matemática, hidráulica, saber organizativo, etc.), se concentran exclusivamente en el grupo director, que es la clase socialmente dominante, la cual los guarda celosamente con astucia culta, con el secreto y no sólo con la fuerza militar: piénsese en el ininteligible calendario incaico, o en los lustros que exige el aprendizaje de la escritura en China, o, incluso, en transposición civilizatoria, en el carácter sacerdotal y sagrado de los números para Pitágoras y del derecho (sa-

ber organizativo) para los romanos.[19] Si ambos tipos de medios son igualmente necesarios para la producción, su asignación a clases sociales distintas ha de verse igualmente como una necesidad exigida históricamente para hacer retroceder las barreras naturales mediante el nuevo dispositivo productivo. Al mirar el pasado de esta especie que produce socialmente, es preciso hacerse cargo de la función social que ha desempeñado la explotación, por decirlo con todas las letras. El surgimiento de los medios de producción que han hecho posible un gran distanciamiento de las necesidades inmediatas de la supervivencia ha estado vinculado a la explotación intraespecífica.

Back in the USSR ocurrió que el movimiento comunista no tuvo en cuenta que son *dos* los tipos de medios de producción de que dispone y ha de disponer una sociedad moderna. Ni siquiera Marx había ido muy lejos en el análisis de los medios de producción de naturaleza esencialmente intelectual: al menos, en *El Capital* las escasas alusiones al tema de la ciencia en el proceso productivo son casi siempre citas o transcripciones de Ferguson o de socialistas ricardianos; parece que se da por supuesto que la desprivatización de los medios de producción materiales (tierra, maquinaria, materias primas, etc.) puede implicar por sí misma la desprivatización de los medios de producción de naturaleza ideal. Por lo demás, aunque el tema no ha estado del todo ausente de la reflexión vinculada al movimiento obrero, lo cierto es que la cuestión del papel desempeñado por el saber como medio de producción por una parte y la del modo en que se halla socialmente disponible este saber (su privatización) son aún hoy cuestiones ignoradas en realidad por el movimiento.

19. Sobre el asunto empieza a existir buena bibliografía. Pero véase la antología de textos de Marx y Engels con introducción de M. Godelier, *Sobre el modo de producción asiático* (Barcelona, Ed. Martínez Roca, 1969), y M. Godelier, *Infrastructures, Societies and History* en «New Left Review (112), nov.-dic. 1978, pp. 84-96.

Sin embargo, Marx había descrito el hecho de que el saber engendrado en el proceso productivo social (la mecánica, la química, el saber organizativo...) se enfrenta a los trabajadores como una fuerza extraña a ellos en el sistema capitalista. Los saberes son el resultado social de los actos parciales y divididos de la producción. Son un producto que en los sistemas de dominación de clase queda sustraído del alcance de los productores y privatizado como cualidad de ciertos miembros de las clases dominantes. Es preciso subrayar este aspecto: el saber no existe sólo como entidad externa, como medios de cultura, sino que su fortaleza más fundamental está dada por su existencia en las consciencias, como propiedad o cualidad de quienes saben, que saben además cómo saber. Las clases dominantes se reservan el acceso a los lugares de cristalización del conocimiento nuevo.

La importancia del saber como medio de producción es directamente proporcional a la complejidad del proceso productivo. Esta temática no puede ser obviada por más tiempo por el movimiento comunista, y ni siquiera es arriesgado suponer que su propia supervivencia depende de su capacidad para enfrentarse con ella.

El saber es, ante todo, *trabajo acumulado*. Es resultado de innumerables actos productivos sociales. Es un producto social aunque se presente como cualidad individual, al igual que el precio de un bien no es una cualidad del bien sino expresión de unas relaciones sociales determinadas. El saber es por otra parte un *bien escaso*. Este punto no debe entenderse como una estimación o valoración, sino como la descripción del hecho de que aún no se dispone socialmente de él en forma universal. Por el contrario: su distribución o asignación social es limitada, cualidad que tiene en común con los bienes que se presentan como capital, en sentido estricto, en la sociedad capitalista. Es un medio de reproducción social, y por tanto un medio de explotación.

El movimiento obrero ha percibido en las últimas décadas que en la producción moderna la ciencia es una

fuerza productiva directa.[20] Tanto que esta afirmación puede parecer un lugar común. Ahora bien: la tesis de que la ciencia es hoy una fuerza productiva directa es profundamente equívoca. Sólo es aceptable en sentido técnico-productivo, y resulta en cambio falsa si se entiende en sentido socio-económico. La intervención de la ciencia directamente en la producción *en sentido técnico* es asunto bastante observable. Los departamentos de investigación científica sostenidos por las empresas bajo el capitalismo con la intencionalidad de beneficiarse inmediatamente de los descubrimientos o el mismo carácter sofisticado de las tecnologías, transposición casi inmediata del saber científico en sentido estricto (los ejemplos pueden multiplicarse) la muestran. Pero desde el punto de vista económico y social la intervención de la ciencia en el proceso productivo se ha vuelto más indirecta y mediatizada que antes, acaso como nunca lo haya sido la relación de los trabajadores con este medio de producción. La ciencia ha quedado socialmente sustraída, incluso como medio de producción, a la clase trabajadora. Este medio ha sido asignado a los miembros de un estrato especial, no obrero. Acéptase la denominación «estrato social especial» atendiendo a la relativa novedad del fenómeno. Este estrato procede de la burguesía propietaria de medios de producción materiales donde esta clase existió consolidadamente, o de grupos sociales especiales (entre ellos la aristocracia obrera) en otro caso. El acierto del movimiento en la comprensión del cambio operado (la ciencia no es eliminable del proceso productivo sin catástrofe) puede compararse con su ceguera en cuanto a la percepción del papel social de los que ha llamado «trabajadores científicos». Los llamados «trabajadores científicos» difieren de los trabajadores no sólo por su mayor participación en la percepción del producto o de la renta, lo cual es analíticamente secundario, sino por su particular relación con lo que socialmente es *su* medio de producción, que

20. R. RICHTA y otros, *La civilisation au carrefour*, París, Anthropos, 1969 (hay trad. cast.).

no les puede ser enajenado y cuya hipotética socialización comunitaria sólo puede ser resultado de un proceso de transformación social profunda. Esto —por no hablar de la capilar y molecular influencia de factores sobreestructurales, como la ideología y biografía personales, el medio de origen, etc.— diferencia radicalmente en términos sociales a los miembros de este estrato, de los trabajadores de verdad. Mantienen con su medio de producción una relación tan estrecha como la que quienes ejercen la prostitución guardan con el suyo, dicho sea con el respeto debido a todos.

Los cambios sociales y políticos introducidos por la Revolución de Octubre en Rusia no pusieron en cuestión la estratificación social del saber. En la hipótesis límite de que a partir de Octubre se introdujera en la URSS el principio distributivo de transición señalado por Marx en la *Crítica del programa de Gotha*,[21] de proporcionalidad al trabajo rendido, al aplicarlo a personas de saber desigual, y por tanto con distintas potencialidades productivas, sólo se conseguiría la reproducción de la estratificación socialmente desigual del saber. Cabe argumentar la afirmación de varios modos teóricos; el más cómodo consistiría en postular que esa distribución habría de reponer no sólo la fuerza de trabajo sino los medios de producción de naturaleza ideal incorporados como cualidad personal en los distintos trabajadores. Pero si no disponemos de un análisis que permita el encaje teorético de los hechos podemos movernos a nivel meramente descriptivo: con la industrialización se impusieron en Rusia el pago a destajo y una jerarquía salarial. El dato se ha repetido en las experiencias china y cubana, en el último caso con una discusión que aportó cierta claridad respec-

21. *Vid.* este texto, por ejemplo, en MARX-ENGELS, *Obras Escogidas*, vol. 2 (Moscú, Progreso, 1966), pp. 15 y ss. El desenfoque del tema, en el fondo, está relacionado con el carácter enormemente abstracto de análisis económico de Marx, como no podía ser de otra manera dado el saber de su tiempo. Marx no podía introducir el supuesto de grados diferentes de explotación en una sociedad dada.

to de las implicaciones de los llamados incentivos materiales a la producción. Algo había entrevisto ya Lenin al final de su vida, cuando consideraba la revolución cultural como única posibilidad de salir del pantano.[22]

A grandes rasgos, la propiedad estatal de los medios de producción materiales permitía en Rusia emprender la industrialización al margen de las relaciones sociales capitalistas. El estado podía planificar la asignación de los medios de producción y de la fuerza de trabajo prescindiendo de las relaciones mercantiles. Los medios de consumo atribuidos a la reproducción de la fuerza de trabajo pierden el carácter de salario: la fuerza de trabajo no se vende en el mercado sino que la asigna, junto con las condiciones de su reproducción, el plan. Los bienes producidos y el destino del excedente económico están igualmente planificados. Los mecanismos del mercado son sustituidos por decisiones económicas y políticas a la vez que tienen en cuenta los gigantescos libros de inventario —inventario de todo— de que habla Bahro y el cálculo económico subyacente a la planificación.

La planificación, en condiciones sociales de desigualdad, se realiza autoritariamente. Aunque desaparezcan las relaciones sociales capitalistas, la producción exige una dirección y decisiones constantes. Reaparece así el depositario privado del saber social: el ingeniero, el administrador, el organizador, que en nombre de la producción han de oponerse a la base corporativa de un sindicato, a la ineducada voluntad política de personas desiguales, a la ignorancia de trabajadores especializados en tareas subalternas. No se trata de la supervivencia de la antigua burguesía (como parece que creyó ingenuamente Lenin al percibir el fenómeno en el aparato estatal): aunque un terror rojo hubiera aniquilado físicamente a todos sus miembros, la nueva clase, en forma de una burocracia social depositaria del saber necesario para la supervivencia, *cristalizaría siempre sola.* Su base es la parcelación y

22. LENIN, «Sobre la cooperación», II, 6 de enero de 1923, en *Obras Escogidas,* 3, Moscú, Progreso.

privatización desigual de un medio de producción necesario generadas por la división clasista del trabajo.[23]

Esta división se reproduce y perpetúa por mecanismos sociales objetivos distintos del mercado. La planificación autoritaria es el eje del nuevo sistema social. Pues la desdotación cultural, la subalternidad de la gran masa de la población hace posible y necesario dirigirla desde arriba. Pero si el funcionariado ha de asumir la tarea de planificar la reproducción de la sociedad y —concediendo la hipótesis— orientarla hacia el socialismo, también es cierto que el funcionariado no puede identificarse con ella, ni ver objetivos sociales con los ojos subalternos del pueblo, lo cual estaría en contradicción con la necesidad objetiva que le ha hecho surgir y dominar. Tiene sólo ojos de clase y adopta decisiones de clase empedrando el camino del infierno —la expresión favorita de Lenin— con sus buenas intenciones hipotéticamente socialistas. Y como la existencia de ingenieros, de investigadores, de organizadores, de economistas, de enseñantes —en otras palabras: la existencia del funcionariado— *es una necesidad,* el plan tiene que verla como la primera necesidad vital de la sociedad, y reproducir y ampliar el funcionariado mismo. Ello no sólo está por debajo del sistema de incentivos materiales, de la asignación desigual de los medios de consumo,[24] sino también de la asignación del excedente económico, de su destinación.

23. La tesis que se expone aquí deja de lado como secundarias las causalidades que suelen ser aducidas para explicar el fenómeno burocrático, resumibles en el conocido tema del atraso ruso en 1917, argumentado por autores como DEUTSCHER (*vid. Las raíces de la burocracia,* Barcelona, Anagrama, 1969) y W. BIENKOWSKI (*vid. Burocrazia e potere socialista,* trad. ital. del original polaco, Bari, Laterza, 1970).

24. En los sistemas de «socialismo realmente existente» el dinero no tiene el mismo papel que en un sistema capitalista, dato que percibió Rizzi. Sin entrar en el tema, me limitaré a señalar, respecto de la asignación desigual de medios de consumo, que su adquisición depende menos del dinero en la URSS que en las economías capitalistas. Un sistema de preferencias, alma-

Toda ampliación cuantitativa de la producción refuerza el dominio burocrático [25] y la subalternidad social, los cuales no arraigan sólo —como suponen los anarquistas y el joven Rizzi— en la dominación política y en la fuerza de tipo militar, sino sobre todo en un sistema clasista de división del trabajo que enajena el saber dirigente y planificador de la población trabajadora y lo deposita en una clase explotadora. La lógica de estos nuevos sistemas ha de buscarse en el círculo que justifica el plan por la producción y la producción por el plan; éste, en las circunstancias dadas, es la mediación a través de la cual el «socialismo realmente existente» se convierte como el capitalismo en un sistema de producir por producir, de crecimiento cuantitativo que preserva y refuerza su base en la división del trabajo.

Retrospectivamente, las hipótesis expuestas aquí permiten comprender la intensidad que alcanzó la lucha de clases en la URSS en la década de los treinta, que se saldó con la derrota de los comunistas opuestos a la lógica social de la nueva clase dirigida políticamente por Stalin. Actualmente hay que admitir, por otra parte, que los trabajadores soviéticos componen una clase cualitativamen-

---

cenes especiales, asignaciones a los cargos, etc., complementa las desigualdades de asignaciones nominales a los empleos.

25. Esta burocracia está organizada según pautas similares a las de los estados capitalistas. *Vid.* L. SZAMEL, *Legal Problems of Socialist Public Administrative Management,* Budapest, Akadémiai Kiadó, 1973. En las páginas 74 y ss. de este libro puede encontrarse un ejemplo grotesco de utilización ideológica de tesis marxistas. En un epígrafe titulado «La abolición de la burocracia en la administración pública húngara» se alude a la burocracia como una «clase privilegiada de funcionarios» que hay que combatir y abolir; pero, claro: «La lucha por la abolición de la antigua burocracia y contra el florecimiento de una burocracia nueva no debe ser identificada en el estadio de construcción socialista con una lucha contra el aparato administrativo profesional y adiestrado. La experiencia histórica de la Unión Soviética y de las democracias populares ha demostrado que los estados socialistas no pueden prescindir de un aparato administrativo integrado por funcionarios altamente cualificados.»

te distinta de la que forman los trabajadores de cualquier sociedad capitalista, por mucho que ambas se parezcan. Los trabajadores soviéticos no venden su fuerza de trabajo en el mercado. Cualquier reivindicación económica suya como clase es inmediatamente política, pues cuestiona el plan (nada fácil de modificar, de otro lado) y a la autoridad planificadora. Sólo a través de consideraciones de este tipo es posible llegar a comprender los nuevos sistemas sociales, emprender un análisis capaz de esclarecer la realidad sin acomodar su imagen al deseo.

En *La burocratización del mundo* expone Rizzi una segunda tesis igualmente destacable: la tesis de la aparición, en algunas sociedades capitalistas adelantadas, de una nueva clase en cierto modo simétrica a la burocracia soviética: la clase de los *managers*, de los directores. Ésta es la tesis que retomó Burnham. En Rizzi la exposición del asunto se torna algo confusa por su identificación precipitada y extrapolada entre estas clases y las que protagonizaron los regímenes políticos nazi y fascista.

La identificación de Rizzi, en lo que tiene de histórica, es más que discutible en el caso de Italia, donde como es sabido el fascismo fue apoyado en principio por el capitalismo agrario y grupos sociales conceptuales al modo tradicional; respecto de Alemania, el asunto también es dudoso desde casi todos los puntos de vista. Pero no resulta satisfactorio intelectualmente aplicar a las tesis de Rizzi los criterios de la crítica histórica cuando precisamente estamos viéndonoslas con un anticipador. Rizzi habla de una clase social en gestación, distinta de la capitalista y al propio tiempo explotadora, engendrada en el sistema capitalista por mecanismos tan objetivos como aquellos de los que nace su negación potencialmente revolucionaria. Esta nueva clase no tiene, según Rizzi, interés substancial alguno en los sistemas políticos parlamentarios ni de libertades políticas. Al gestionar económica y técnicamente el aparato productivo del capitalismo se ve inducida a reclamar la intervención económica estatal y a dirigirla, con-

trariamente a los capitalistas tradicionales, de quienes los directivos se diferencian por su posición en el proceso productivo y por sus intereses.

Basta recordar la crítica de Lukács a Burnham[26] a propósito de este tema, para calibrar la insensibilidad ante el fenómeno que Rizzi cree detectar por parte de las corrientes dominantes en el pensamiento de tradición marxista y en el movimiento. Como la actitud de desprecio por el asunto obedece a un tabú, al temor de hacer apologética indirecta del capitalismo, acaso se me disculpe que traiga aquí con cierta extensión las opiniones del menos marxista de los escritores, o sea, del propio Marx.

Pues Marx se ocupó ciertamente del asunto,[27] sin que le resultara extraño siquiera el término «*managers*», que cita empleado por Ure. En el contexto temático del desdoblamiento de la ganancia en interés y ganancia del empresario, atiende Marx en primer lugar a lo que llama trabajo de alta vigilancia, sin que se le escape que «el trabajo de explotación es trabajo exactamente lo mismo que el trabajo al que se explota». Escribe: «De un lado, en todos aquellos trabajos en que cooperan muchos individuos la cohesión y la unidad del proceso se personifican necesariamente en una voluntad de mando y en funciones que no afectan a los trabajos parciales, sino a la actividad total del taller, como ocurre con el director de una orquesta. Es éste un trabajo productivo cuya necesidad se plantea en todo régimen combinado de producción. De otro lado —aun prescindiendo en absoluto del departamento comercial—, este trabajo de alta vigilancia se presenta necesariamente en todos aquellos sistemas de producción basados en el antagonismo entre el obrero como productor directo y el propietario de los medios de producción. Cuanto mayor es este antagonismo, mayor es también la importancia que desempeña el trabajo de alta

26. *Vid.* G. Lukács, *El asalto a la razón*, Barcelona, Grijalbo, 1978. Postfacio.

27. Las citas que siguen están tomadas de *El Capital*, libro III, cap. XXIII (principalmente las páginas 366-372 en la traducción de Roces, ed. FCE, México, 1966).

vigilancia. Por eso este trabajo alcanza su punto culminante bajo el sistema de la esclavitud. Sin embargo, es también indispensable en el régimen de producción capitalista, puesto que aquí el proceso de producción constituye, al mismo tiempo, el proceso de consumo de la fuerza de trabajo por el capitalista. Del mismo modo que en los estados despóticos el trabajo de alta vigilancia y la ingerencia total del gobierno engloba ambas cosas: tanto la realización de los asuntos comunes que se derivan del carácter de toda comunidad como las funciones específicas que responden al antagonismo entre el gobierno y la masa del pueblo.»

Marx alude más adelante al salario de administración; y en un pasaje especialmente destacable para nuestros propósitos señala: «Las empresas por acciones —que se desarrollan con el sistema de crédito— tienden a separar cada vez más este trabajo administrativo como función, de la posesión del capital, sea propio o prestado, del mismo modo que al desarrollarse la sociedad burguesa las funciones judiciales y administrativas se van separando de la propiedad territorial, de la que eran atributo en la época del feudalismo. Pero mientras que, de una parte, el capitalista en activo se enfrenta al simple propietario de capital, al capitalista de dinero, y que, con el desarrollo del crédito, este capital-dinero asume por sí mismo un carácter social, se concentra en bancos y es concedido en préstamo por éstos y no por sus propietarios directos y mientras que, por otra parte, el simple director de una empresa, que no posee el capital bajo título alguno, ni en concepto de préstamo ni de otro modo, desempeña todas las funciones reales que corresponden al capitalista en activo como tal, *queda en pie solamente el funcionario* y desaparece del proceso de producción, como un personaje superfluo, el capitalista.» [28] Rizzi envidiaría seguramente la precisión con que Marx describe el fenómeno, hablando ya en el siglo pasado de «la formación de una numerosa

28. La cursiva no está en el texto.

clase de directores industriales y comerciales interesados en saquear a los accionistas y enriquecerse».[29]

Ciertamente, los razonamientos de Marx acerca de las consecuencias sociales de la gran empresa y del monopolio, entonces en pañales, hacen pensar en la necesidad de abordar nuevamente en profundidad el estudio de las clases en el capitalismo contemporáneo. La pretensión de autores como Galbraith[30] de considerar a los *managers* como sustitutos de los antiguos capitalistas, y cincelar una imagen de la empresa capitalista evolucionada como distante de la lógica de la maximización del beneficio y dirigida de un modo meramente técnico resulta demasiado superficial. La relación capitalista de explotación subsiste con independencia de si los funcionarios del capital, el cerebro y la voluntad de esa relación social cosificada, tienen uno u otro título jurídico, son propietarios o directivos no propietarios. Pero es cierto que a ese nivel sobreestructural se observan desplazamientos importantes. La multinacionalización de las grandes empresas, el papel de una coordinación económica capitalista internacional, la intervención estatal-nacional, etc., crea nuevas condiciones sociales en las que, permaneciendo intocadas en lo sustancial las condiciones de acumulación y reproducción del sistema, pierde importancia relativa el papel di-

29. Las citas en el mismo sentido pueden multiplicarse fácilmente. Así, *ibid.*, Libro III, cap. XXVII, sobre el papel del crédito en la sociedad capitalista (p. 415 de la ed. citada): «En las sociedades anónimas, la función aparece separada de la propiedad del capital (...)»; «transformación del capitalista realmente en activo en un simple gerente, administrador de capital ajeno (...)»; p. 417: el crédito «en ciertas esferas implanta el monopolio y provoca, por tanto, la ingerencia del estado. Produce una nueva aristocracia financiera, una nueva clase de parásitos en forma de proyectistas, fundadores de sociedades y directores puramente nominales: todo un sistema de especulación y de fraude con respecto a las fundaciones de sociedades y a la emisión y el tráfico de acciones. Es una especie de producción privada, pero sin el control de la propiedad privada». Etc.

30. *Op. cit.*

recto del propietario y la empresa planifica más allá del viejo límite del balance anual.

La sociología reaccionaria viene haciendo mucho ruido con este asunto: trata de sustituir el mito de que un vendedor de periódicos puede llegar a millonario por el de que cualquiera puede ser directivo de una multinacional sin poseer un voluminoso paquete de acciones. Ciertamente, los *managers* parecen acomodarse más fácilmente que los propietarios a la política económica necesaria para la conservación de un sistema decadente: al menos, no gritan como ratas cada vez que interviene el estado para sanear las condiciones generales del negocio. A mi modo de ver, es erróneo creer que este grupo social tendrá una importancia efímera en la historia de la decadencia, como la confusión de la Babel pseudoliberal en la actual crisis induce a creer a algunos. La intervención económica estatal y la redistribución estatal de los recursos y de la renta es una necesidad de la que el capitalismo ya no podrá liberarse. Cuestión distinta es el desmantelamiento del aparato asistencial de estado, por la que claman los neoliberales, clamor al que las clases *manageriales* pueden unirse sin dificultad.

Aunque íntima, la relación del estrato que nos ocupa con la explotación específicamente capitalista es menos directa que la de la burguesía propietaria. Esto no deja a este grupo social disponible para el socialismo, *pero sí para otro sistema de explotación que exija el mantenimiento de sus privilegios sociales.* Parece obvio que lo que consolida como clase a este estrato es su posesión de un saber necesario para el proceso productivo, diferenciándose en cambio y fundamentalmente de la burocracia soviética en que el sistema social de que ha surgido opone resistencia a su dominación exclusiva y directa.

La burocratización del mundo, como la imagen de *1984,* es una pesadilla que nos acecha despiertos. Pues no se ve salida; no hay bárbaros al otro lado de la frontera. Las revoluciones de Oriente parecen movidas por fuerzas encadenadas a implantar nuevos «socialismos real-

mente existentes», otros sistemas de dominación. Un supuesto podría alterar el cuadro: la revolución —todavía— en el corazón del orden social capitalista, acabar con la lógica del mercado mundial y el crecimiento cuantitativo incontrolado de la producción. Sueños. Una clase obrera desmoralizada por la enajenación del cambio revolucionario, conducida políticamente al redil reformista, disgregada por el impacto de los medios de manipulación de masas, sojuzgada por regímenes políticos neoautoritarios; sin autoconsciencia, sin proyecto, no puede alterar las condiciones. Un zurcido no es un proyecto; y la revolución cultural dirigida a modificar el aspecto clasista de la división del trabajo sigue fuera de las perspectivas del movimiento. Parece más probable una historia de la decadencia distinta: la gente se acostumbrará a cambiar de residencia por causa de los accidentes nucleares, a ser tiroteada por error por los agentes del orden existente; sonreirá ante la memoria de las generaciones que se bañaban en el mar de los griegos y se consolará de la previsible dieta de escasez recordando la sopa de arcilla proteínica de los esclavos de la descomposición romana. Esta puede ser la historia bucólica, de la cotidianidad; se entremezclará con otra de lo que aún hoy entendemos por catástrofes.

No vale la pena considerar la ceguera de quienes hablan de *anomalías* para descualificar la consideración de problemas que el movimiento comunista dominado por la III Internacional quiso descartar. Salvo que no se trate de ceguera, sino de ideologización política al servicio de la clase dominante de nuevos despotismos industriales. No puede olvidarse que el pensamiento marxista hegemónico en el movimiento comunista contiene no sólo un importante germen de verdadera ciencia social sino también elementos ideológicos y limitaciones teóricas[31] que

31. Ejemplo de los primeros puede ser el supuesto de la posibilidad de crecimiento ilimitado; de los segundos, el mencionado en nota 21.

le hacen convertible en pieza fundamentante de la ideología de una nueva clase dominante.

Objetivamente sólo un algo, en apariencia endeble, se opone sólidamente a la catástrofe: es el sueño mismo. El hecho de que se trate precisamente de este sueño: el ideal de una organización social que elimine la dominación del hombre por el hombre. El que este sueño se haya despertado y viva en la consciencia de esta especie socialmente dividida es una realidad profundamente sorprendente. Una entidad así, contra cuya latencia en las clases explotadas movilizan las explotadoras todos sus instrumentos de operación sobreestructural, no es intelectualmente despreciable. Pues si casi todo lo que sabemos de los ideales de la especie es que son históricos resulta arriesgado reducir éste a epifenómeno cuando quedan por andar muchas vueltas del laberíntico camino de la decadencia. Si es cierto que las ciegas fuerzas de los dos sistemas del universo burocratizado conducen a una cadena de catástrofes, el mundo subalterno, hoy limitado a la mera resistencia, a sobrevivir aun subalterno, puede reencontrar el sueño en condiciones alteradas. Solamente hipótesis. La consciencia, el ensanchamiento de lo que se sabe y del cómo es sabido por el movimiento, puede hacer menos eficaz la resistencia mientras tanto.

JUAN - RAMÓN CAPELLA

Viladrau y Barcelona, agosto-septiembre de 1979.

Sumario